

# Alonso Aguilar

# Monteverde

Por un México libre y menos injusto



1 CONFERENCIA NACIONAL DEL MOVIMIENTO  
DE LIBERACION NAL. MEX. D.F. OCT. 1963. M.L.N

**CENZONTLE**  
GRUPO EDITORIAL



# MEMORIA

**Alonso Aguilar Monteverde**

**Por un México libre y menos injusto**

**Alonso Aguilar Monteverde**  
Por un México libre y menos injusto

Publicado por Grupo Editorial Cenzontle S. A. de C. V.  
© Primera edición 2007

Colección: Memoria

*Diseño y composición:* Jesús Hernández Garibay.

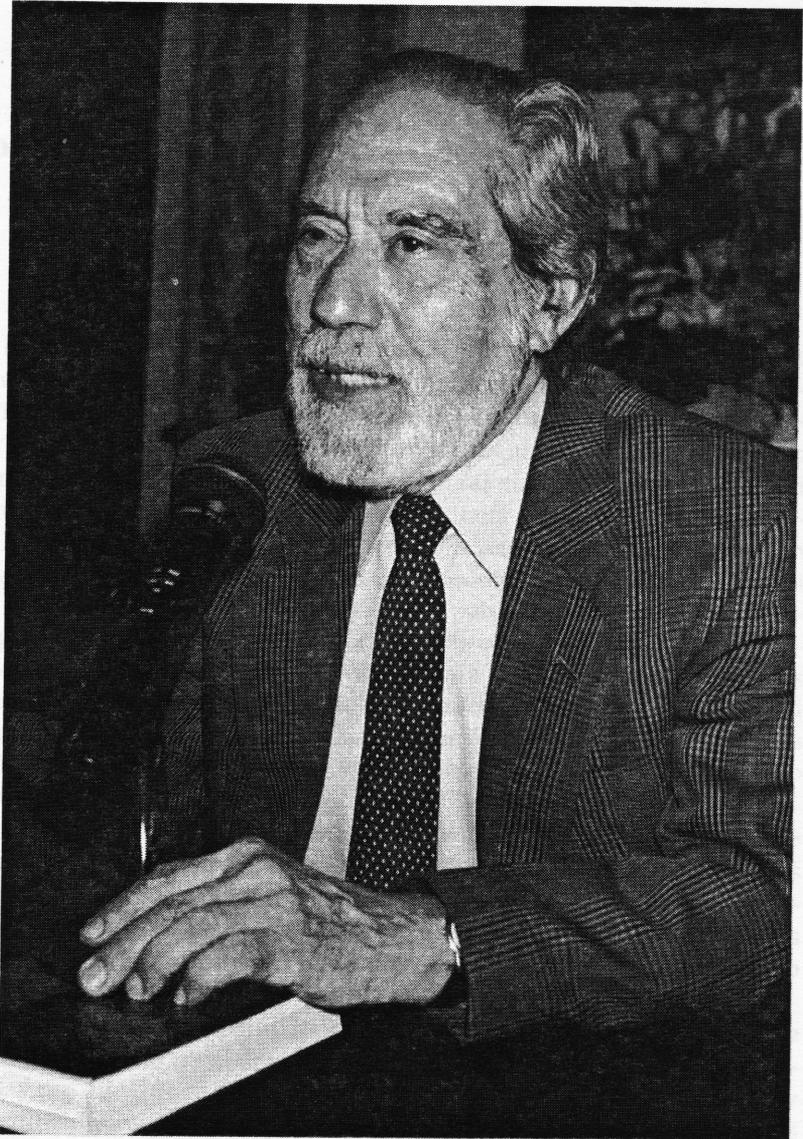
*Imagen de portada:* Autor desconocido

Printed by Publidisa

Todos los derechos reservados conforme a la ley  
ISBN: 978-970-9929-07-2

**Impreso y Hecho en México**  
*Printed and Made in Mexico*

[www.cenzontle.ws](http://www.cenzontle.ws)  
Manuel María Contreras No. 61 Bis 3. Colonia San Rafael  
CP 06470. Delegación Cuauhtémoc, México DF.



Alonso Aguilar Monteverde.

Intro

Desde  
edad.  
ca de  
tanto  
escrita  
vida h  
una a  
unpar  
en y  
nada  
depad  
estuvo  
que de  
modo  
de su  
Re  
na, se  
refiere  
que de  
pagina  
algun  
Ha  
circu  
reac  
on est

podria resultar más fácil y de fácil lectura. Recogí sus  
con otros amigos, y estos comentaron que la idea de escribir el libro les  
parecía interesante, y que incluso no dudaban de su utilidad, que también  
consideraban un acierto que el lector consultara en preguntas y respuestas,  
y que en vez de que una sola persona planteara las preguntas, ellos sugie-  
rían que éstas procedieran de múltiples fuentes, como es de amigos, de compa-

## Introducción

Desde hace ya algunos años, y sobre todo desde que cumplí los setenta de edad, algunos compañeros de trabajo y amigos me sugirieron escribir acerca de ciertos aspectos de mi vida sobre los que, pensaban, podía ser interesante y útil recapitular; y otras personas me preguntaban si proyectaba yo escribir sobre algunas experiencias. En general siempre respondí que mi vida había sido sencilla y probablemente no tenía algo especial que interesara a los demás. Un par de compañeros, en particular, comentaron, sin embargo que entendían y respetaban mi opinión; pero que sentían que si en vez de intentar una autobiografía me ocupaba de actividades de preferencia políticas, en las que, a veces con muchas otras personas hubiera participado, podría resultar un texto que ayudara a comprender lo que esos esfuerzos intentaron y lo que significaron como elementos de una realidad que desconocen sobre todo los jóvenes; y que así se tratara de actividades modestas, a la vez eran parte de la vida de muchos mexicanos y por tanto de su historia y su cultura.

Reconsideré la cuestión, y después de reapreciar lo que se me proponía, sentí que acaso tenían razón ciertos compañeros, y el recordar algunos esfuerzos en los que participamos muchas personas, podría ser útil. Y aunque debo decir que no estoy plenamente convencido de ello, redacté estas páginas que ahora ofrezco al lector, y éste será quien decida si tienen o no algún interés.

Hace unos meses un compañero hizo referencia a tales cuestiones, se ofreció amablemente a colaborar si yo aceptaba escribir sobre esas experiencias, y me dijo que él podría hacerme numerosas preguntas, porque –y en esto coincidimos– si la recapitulación se hacía en preguntas y respuestas podría resultar más ágil y de fácil lectura. Recogí su sugerencia, conversé con otros amigos, y éstos comentaron que la idea de escribir el libro les parecía interesante, y que incluso no dudaban de su utilidad; que también consideraban un acierto que el texto consistiera en preguntas y respuestas, y que en vez de que una sola persona planteara las preguntas, ellos sugerían que éstas procedieran de múltiples fuentes, esto es de amigos, de com-

pañeros, de personas que me hubieran entrevistado, de dudas nuestras al realizar tales actividades e inclusive de lo que yo pudiera recordar; esto es, de lo que nosotros mismos nos preguntamos muchas veces.

Confieso que al empezar a escribir afloraron nuevas dudas y con frecuencia no tuve claridad acerca de lo que intentaba hacer. Por ejemplo, no obstante estar convencido de que el texto en proyecto no debería ocuparse de aspectos de mi vida personal desvinculados de la actividad política, a menudo recordé ciertos hechos o experiencias respecto a los cuales no tenía claro, en realidad, en dónde estaba la línea divisoria. A veces, también, tuve presentes aspectos de mi actividad profesional, que de uno u otro modo se relacionaban con actividades propiamente políticas, y de los que tampoco sabía qué debía recoger y qué no. Ello ocurría, en particular, en torno a mi trabajo de investigación a lo largo de muchos años en la universidad y otras instituciones. E inclusive al recordar a compañeros con quienes trabajé, frecuentemente me pregunté si debía o no mencionar lo que ellos pensaban sobre ciertas cuestiones.

A la postre consideré que lo más aconsejable sería sólo reparar, y ello brevemente y de paso, en aspectos de mi vida que habían influido en mi manera de ser y de pensar, y por tanto en mis posiciones; que de mi actividad profesional y concretamente de mi trabajo de investigador en el campo de la economía y de las ciencias sociales solamente hiciera también una rápida mención, no obstante haber cristalizado ese esfuerzo en numerosos libros, artículos, conferencias y otras actividades, a lo que por cierto se hace referencia en una antología de la que se publicó un primer tomo (*Temas de Economía Política*<sup>1</sup>), y de la que ya está editado el segundo<sup>2</sup>. En cuanto a compañeros con quienes trabajé de cerca no debía tampoco intentar recoger sus opiniones sobre los problemas a los que por mucho tiempo tuvimos que enfrentarnos, pues ello desbordaría el propósito de este libro, me obligaría a manejar una información de la que carezco, y me expondría a hacer referencias muy parciales e inadecuadas de lo que pensaban otras personas, únicas, en realidad, que podrían hacerlo.

Inclusive para mí fue a veces difícil recordar lo que yo mismo pensaba sobre ciertas cosas y sobre lo que, casi siempre en sólo unas cuantas líneas, debía recordar. Y lo que resultó más difícil fue reapreciar crítica y autocríticamente nuestro esfuerzo y saber qué hicimos medianamente bien y qué hicimos mal. A esto último traté de prestar especial atención, y espero que el lector quede convencido, como yo lo estoy, de que no fue poco lo que hicimos mal.

---

<sup>1</sup> *Temas de economía política. Antología de Alonso Aguilar Monteverde*. Tomo I, compilada por Josefina Morales, Isaac Palacios e Irma Portos. Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM y Editorial Nuestro Tiempo, México, 1998.

<sup>2</sup> *Economía política del desarrollo. Antología de Alonso Aguilar Monteverde*. Tomo II, compilada por Josefina Morales, Isaac Palacios e Irma Portos. Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM y Casa Juan Pablos, México, 2005.

En el presente texto repito que mucho de lo poco que sé y que a lo largo de mi vida pude hacer, lo debo a lo que aprendí de otros. Al respecto hubiera deseado extenderme y recordar a muchas otras personas de las que en México y en otros países recogí valiosas enseñanzas, desde personas muy cercanas en mi propia familia, hasta trabajadores sencillos, hombres y mujeres que conocían bien sus problemas y que aun no sabiendo cómo resolverlos, casi siempre tenían algo interesante y útil que decir sobre ellos.

Pese a limitaciones, fallas y errores, y siendo consciente de que ni el nuestro ni otros esfuerzos lograron hasta ahora lo que pretendían, pienso a la vez que vistas las luchas populares en conjunto —si bien después de la desaparición de la Unión Soviética y de los demás países socialistas europeos muchos pensaron que en adelante no podría ya recorrerse el camino del socialismo, porque lo acontecido cancelaba esa posibilidad—, en los más recientes años se han multiplicado los movimientos sociales que se oponen al neoliberalismo, a los efectos más negativos de la globalización capitalista y en general a las posiciones más conservadoras, y que aun discrepando en ciertas cuestiones importantes, tratan de avanzar de nuevas maneras y reconocen la necesidad de trabajar en marcos amplios y de buscar la unidad en la diversidad, en la lucha misma.

Se repite a menudo que para enfrentarse con éxito a los más graves problemas es necesario contar con una estrategia alternativa. Mas por una parte a veces no queda claro qué es lo alternativo. Y a veces, también, en tanto algunos piensan que ya se dispone de esa estrategia, otros, a la inversa, no sólo consideran que carecemos de ella sino que no está a nuestro alcance construirla, porque nuestros países son atrasados y dependientes, y porque las grandes potencias a las que tendríamos que hacer frente son muy poderosas y lograrán hacer prevalecer sus intereses.

En mi opinión es cierto que requerimos de una nueva y verdadera estrategia, y cierto también que no la tenemos; pero por fortuna podemos forjarla y no partimos de cero. Lo hecho en años recientes, con todo y ser desigual, es ya importante. Es decir, las protestas, planteos, demandas y justos reclamos, críticas y rechazo de las políticas en boga son avances que sería un error desdeñar. Y sin prejuicio de reexaminar una y otra vez lo que se hace y aun lo que hasta ahora no ha podido realizarse, lo que a mi juicio tiene especial significación es conocer lo que se hace en ciertos países por el pueblo, y que desafortunadamente no conocemos bien.

Desde luego nada de lo que acontece en algunos países es mecánicamente trasladable a otros; pero lo que se puede aprender de su experiencia, sobre todo si no se cae en el error de copiarla, es mucho. Pensando tan sólo en naciones hermanas de América Latina, es indudable que conocer la forma en que Cuba logró no sólo sobrevivir, sino afirmar su independencia y hacer frente con éxito a serios problemas después del largo e ilegal bloqueo de Estados Unidos, del empeño de ciertos intereses también norteamericanos de fortalecer a los enemigos de la revolución cubana en nombre de la

«democracia», y sobre todo, no obstante la desaparición de la Unión Soviética y de mecanismos como el Consejo de Apoyo Mutuo Económico (CAME). Lo mismo podría decirse de la experiencia que vive hoy Venezuela, en donde en respuesta a los cambios que un movimiento bolivariano ha puesto en marcha, las poderosas fuerzas más conservadoras han intentado, hasta ahora sin éxito, derrocar al gobierno constitucional de Hugo Chávez. También ha sido importante lo hecho por el Frente Amplio en Montevideo, y desde luego el triunfo de Lula da Silva en Brasil y la forma en que lo logró; las primeras medidas del gobierno de Kirchner en Argentina y las justas demandas que los pueblos indios de México, Ecuador, Bolivia, Guatemala y otros países han planteado en defensa de sus culturas, su identidad y una vida digna. Tan son importantes todas esas luchas, que apoyados en ellas han cobrado fuerza el Foro Social Mundial de Porto Alegre y la oposición a las políticas neoliberales, al Consenso de Washington, a las formas más negativas y perjudiciales de globalización, a la intervención de las grandes potencias en los asuntos internos de otros Estados, a la pseudo democracia y a las guerras preventivas.

En resumen, en vez de caer en el error que con frecuencia cometen muchos intelectuales, de creer que son ellos quienes tienen las respuestas y la solución a los más graves problemas, entendamos que son los pueblos los que, en ejercicio de su soberanía, cuando se organizan y unen pueden contribuir a que las cosas cambien y sean mejores, sobre todo si son capaces de construir y poner en práctica una verdadera estrategia revolucionaria de desarrollo. Pero lo que esto supone, en primer lugar, es entender en qué consiste trazar una estrategia.

Con frecuencia se confunde una política de corto plazo con una verdadera estrategia, y por ello algunos piensan que unas cuantas medidas económicas del gobierno en turno, o lo que sugiere hacer tal o cual partido, son una estrategia. Desde luego ello no es así, una estrategia de desarrollo es un complejo proceso de alcance multidimensional, o sea económico, político, social y cultural, interno y a la vez de proyección internacional, y que debe establecer con precisión tanto las metas principales como los medios que proyectan utilizarse para alcanzarlas, bajo una determinada organización social y a partir de ella, en la fase de transición hacia una organización diferente.

Las luchas que recientemente libran nuestros pueblos en varios países hermanos, significan en mi opinión que se está avanzando en ese sentido, aunque todavía falta mucho por hacer. Y a pesar de lo que creen los escépticos y quienes piensan que dados nuestro atraso y debilidad es poco o nada lo que podemos hacer frente a países muy poderosos, confiamos en que las cosas cambiarán y que en el siglo que se inicia será posible lo que hasta ahora fue imposible.

**Para terminar estas líneas iniciales, quisiera decir que al recapitular sobre algunas actividades políticas en las que me tocó participar, soy conciente de que buena parte de lo que hice fue posible gracias a la valiosa coopera-**

ción que siempre tuve de múltiples personas, y, sobre todo, gracias a su esfuerzo. A algunas de ellas ya las mencioné en el texto, y si no extiendo la lista es porque, a lo largo de más de cincuenta años fueron tantas, que sería muy difícil recordar a todas. Al menos, sin embargo, dejaré constancia de que varios buenos amigos leyeron estas páginas antes de publicarse, me expresaron que las consideraban útiles y aun hicieron algunas sugerencias que les agradezco, y la licenciada Lorena Reyes batalló con la captura electrónica del material y puso en limpio, una y otra vez, los borradores que yo corregía. Así que puedo decir que su ayuda fue cardinal.

**Alonso Aguilar Monteverde.**

## Capítulo 1.

### Años de estudiante

*¿Cuándo empezó usted a interesarse en asuntos sociales y políticos y cuáles fueron los principales, en esos años?*

En la Preparatoria, que cursé en la Universidad Autónoma de Guadalajara de 1937 a principios de 1939, queríamos otros compañeros y yo, entender mejor lo que acontecía, la situación de México, saber cuáles eran nuestros grandes problemas y qué pasaba en otros países.

*¿Qué hechos influyeron en esas inquietudes?*

Entre los más importantes: la política del gobierno de Lázaro Cárdenas, esto es, la ruptura con el maximato Callista, la reforma agraria, el impulso a la organización de los trabajadores, la expropiación del petróleo, la solidaridad hacia la República española y, en general, la posición nacionalista y antiimperialista de ese gobierno.

Seguramente también influyeron en mi formación lecturas que al margen de la enseñanza propiamente académica, hacíamos con cierto desorden, pero con creciente interés. Por ejemplo en esos años leímos a varios de los clásicos españoles: Cervantes, Lope y otros, aparte del mexicano Juan Ruiz de Alarcón, y empezamos a conocer a Vasconcelos, a autores franceses famosos como Balzac, Zola, Anatole France y otros, y algo de la literatura mexicana de los siglos XIX y XX.

*¿En cuanto a su experiencia de estudiante hubo alguna otra cuestión, digamos más ligada a la Universidad, que influyera en su manera de pensar?*

Desde luego. Yo la resumiría diciendo que el conservatismo de esa Universidad, que quienes procedíamos de escuelas progresistas encontrábamos extraño e inaceptable, nos hizo ver las cosas en actitud crítica y tratar de romper con los estrechos marcos en que la educación que recibíamos se movía, y con los prejuicios que exhibía. Y casi siempre chocábamos con las

posiciones dominantes en historia universal y de México, en filosofía, lógica y ética, y en la apreciación de lo que acontecía en el país.

Por ejemplo, en historia universal, los grandes movimientos sociales y las revoluciones en Inglaterra, incluso en Francia, y desde luego la revolución de octubre en Rusia, se dejaban de lado como hechos secundarios.

En la apreciación de nuestra propia historia, apologeticamente se subrayaba la significación de lo hecho por las fuerzas más conservadoras, y se criticaban y menospreciaban los intentos de cambio, de las corrientes liberales renovadoras. En fin, la lógica que se enseñaba era lineal, formalista y estática, y todo esfuerzo por explicar cualquier proceso dialécticamente y desde una visión materialista, se descalificaba y aun era considerado anticientífico.

*¿Por qué, viniendo de escuelas progresistas, estudiaba usted en una universidad tan conservadora?*

Yo hice la Secundaria en Hermosillo, en una escuela pública laica, en la que las cosas se explicaban desde posiciones amplias, a menudo críticas de las opiniones más convencionales y del sistema imperante. Si no seguí estudiando en mi tierra fue porque no había una escuela preparatoria. En tales condiciones mi padre pensó que podría continuar en Guadalajara y, teniendo un amigo en esa ciudad le pidió su ayuda para que yo entrara a la Prepa. Desde luego yo no conocía la situación que ahí privaba, y menos sabía que hubiera dos universidades en abierta pugna y que una de ellas fuese muy conservadora. Y al llegar y ver al amigo de mi padre, un señor Maytorena, que era funcionario del entonces Ferrocarril del Pacífico y quien por cierto siempre fue cordial y amable, me dijo que todo estaba en orden y que ya me había inscrito en la Autónoma. De manera que a ella entré, en realidad sin saber qué tipo de Universidad era.

*Mencionó usted a su padre y, yendo un poco más atrás querría preguntarle: ¿influyeron sus padres, sobre todo en sus primeros años –digamos niñez y adolescencia– en su manera de ser y de pensar?*

Yo salí de casa a los doce años de edad, y a partir de ahí sólo regresé de vacaciones. Aún así, considero que mis padres ejercieron una muy sana y positiva influencia.

No sé en qué medida asimilé sus enseñanzas. Supongo que sólo parcialmente. En todo caso a mí no correspondería establecerlo.

Mis padres procedían conforme a la divisa martiana de que la mejor forma de decir es hacer. No eran dados a largos y tediosos sermones, y lo que aprendimos de ellos fue gracias a lo que una y otra vez les vimos hacer.

En casa de mis padres había disciplina y puntualidad. Las cosas se hacían cuando debían hacerse, no después. Podría decir que no se dejaba para mañana lo que podía hacerse hoy. En cuanto a puntualidad no recuerdo, por ejemplo, que una sola vez llegáramos tarde a la escuela durante los seis años de la primaria.

Lo que se hacía, además, había que hacerlo con gusto, no a regañadientes como si fuera una pesada carga o algo desagradable. Y ya hecho, debíamos sentirnos con libertad para jugar o descansar.

Algo que también recuerdo de casa es que siempre hubo tolerancia y respeto. Mis padres eran católicos; pero respetaban a quienes no lo eran y nunca oí que se criticara a alguien por tener otra religión. Tuve incluso una experiencia personal que me confirmó la sinceridad de su actitud. De niño fui parte de una familia católica; desde la adolescencia, en cambio, no tuve ya religión. Y mis padres siempre me mostraron el mismo cariño, confianza y respeto, y nunca me hicieron observación o crítica alguna al respecto.

En fin, mis padres fueron honrados, sencillos y generosos, ayudaban de un modo u otro a quien podían, y aunque siempre vivieron dignamente y aun con cierta holgura, no les interesaba el dinero. A manera de anécdota podría recordar que estando en casa de vacaciones, cuando charlábamos una noche en familia después de cenar, alguien llamó por teléfono a mi padre desde la ciudad de México. Habló unos minutos, y al regresar a la mesa comentó que una empresa le ofrecía una gran cantidad de dinero si convencía a los arroceros del yaqui que vendieran su cosecha o el grueso de ella por conducto de esa empresa. Mi padre, a quien recurrían porque había sido presidente de la Confederación de Agricultores de Sonora y tenía prestigio y cierta influencia, se limitó a decir que si lo creían útil podía ponerlos en contacto con los principales agricultores, mas no cobrar por ello ninguna cantidad de dinero ni ser intermediario. Pues bien, en no pocas ocasiones pudo él haber hecho dinero en diversas actividades, y no lo hizo, y además, hasta donde yo recuerdo, nunca hizo referencia a ello en años posteriores. Con frecuencia, además, le ofrecían lotes de terreno a muy bajos precios cuando Ciudad Obregón empezaba a crecer de prisa, y no compró ninguno.

Mi madre fue también comprensiva y no sólo respetuosa sino receptiva, además de alegre, cariñosa y una persona muy sencilla, informal, con mucha iniciativa y sentido del humor. Yo solía charlar con ella, y más que contarle de mis actividades, algunas veces le expliqué por qué luchábamos para que las cosas fueran diferentes, menos injustas y mejores para la mayoría. Y cuando lo hice siempre sentí que, lejos de defender el orden establecido, desde su posición de buena cristiana interesada en los demás acogía mis palabras con simpatía.

*¿Influyeron en su manera de pensar sus abuelos?*

No. En realidad sólo los vi pocas veces de niño, y tres de ellos murieron en 1930, cuando yo solamente tenía ocho años.

Respecto a los abuelos, no obstante, quisiera decir algo que puede ser interesante. Mi abuelo paterno, que como mi padre se llamaba Fernando Aguilar, fue una persona que se interesaba en todo. De profesión fue médico, y aun años después de haber fallecido se le recordaba con simpatía y respeto, porque ya viejo se ocupaba de sus pacientes de manera nada co-

mún. O sea era generoso, a menudo no les cobraba honorarios, les regalaba medicinas y los ayudaba en todo lo que podía. Y al margen de la medicina había estudiado y practicado la pintura, dado clases de física y matemáticas y le interesaba la geografía, la historia, la botánica, la música y la lectura de obras muy diversas.

Mi abuelo materno también estudió medicina, y aunque terminó su carrera nunca la ejerció. Durante algún tiempo se ganó modestamente la vida dando clases de piano; después estuvo fuera de México, y en los años veinte viajó a la capital porque siendo Secretario de Educación Vasconcelos, el general Obregón lo invitó. Y así fue como, con Agustín Loera y Chávez dirigió la revista *El Maestro*, que aparte de ocuparse de los cambios que por entonces se realizaban en nuestro país, sobre todo en materia educativa, empezó a dar a conocer a nuevos e importantes autores jóvenes, lo que para mi abuelo no fue difícil debido a que era un hombre culto, que acogía con entusiasmo las nuevas ideas en el campo de la literatura y el arte. Posteriormente, ya bajo el gobierno de Calles, él fue a Mérida como representante del gobierno federal en «Henequeneros de Yucatán», pero la muerte de su hijo Enrique, a quien junto a Francisco Serrano y otras personas asesinaron en Huitzilcac en 1927, quebrantó seriamente su salud, y poco tiempo después falleció.

*¿De qué manera influyó la política cardenista en usted?*

En primer lugar debo decir que sólo sabíamos de algunos aspectos de dicha política; pero nos impresionaban de manera particular.

Yo venía de Sonora, de una importante región agrícola como es el Valle del Yaqui, que entonces se pensaba tenía amplias posibilidades de crecimiento. Pues bien, hasta antes de la reforma agraria cardenista buena parte de la tierra cultivable se desaprovechaba y permanecía ociosa, bien por carecer de agua o porque los grandes latifundistas, algunos de ellos extranjeros, sólo sembraban en parte de ella. Entre 1936 y 1938 el presidente Cárdenas dio a través de la reforma agraria un gran impulso a la agricultura del noroeste, y a partir de una nueva política de redistribución de la tierra, en poco tiempo se multiplicó el número de genuinos pequeños agricultores y ejidatarios y empezaron a sentarse las bases que unos años más tarde harían posible regar más tierra, mecanizar la agricultura e impulsar el desarrollo agropecuario y económico en general.

Los grupos más conservadores ligados a los terratenientes criticaban esa política, pues según ellos todo iba mal. Los jóvenes, en cambio, simpatizábamos con ella. Y con los años comprendimos que si bien se incurrió seguramente en no pocos errores, como alguna vez dijo don Jesús Silva Herzog, al menos no se cometió el que habría sido mucho mayor: no hacer la reforma agraria.

El empeño con que el presidente Cárdenas llamaba a la gente a organizarse y su apoyo a la nueva organización de los trabajadores al crearse la

CTM y romper con el ya viejo sindicalismo «moronista» que en casi veinte años poco había contribuido a mejorar sus condiciones, nos simpatizaban también.

Y, sobre todo la expropiación del petróleo no sólo nos emocionó sino que nos hizo sentir que se abría con ella una nueva etapa, un proceso de reconquista de recursos naturales básicos que habían estado por largo tiempo en manos ajenas. Recuerdo que pocos días después del 18 de marzo de 1938 hubo en Guadalajara varias grandes celebraciones, en las que decenas de miles de personas salieron a la calle alegremente, ofreciendo contribuir al pago de la deuda petrolera de México a las empresas extranjeras.

En fin, la solidaridad del gobierno de Cárdenas con la República española nos parecía una forma concreta e importante de llevar el antifascismo de las palabras a los hechos. Y como estudiábamos en una escuela en la que había buen número de franquistas, nuestra simpatía hacia la causa republicana en España no era algo abstracto y lejano, sino también una manera de mantener una posición avanzada y justa dentro de la propia escuela.

*¿Cuál era la actitud, frente a todo ello, de la mayoría de los estudiantes?*

En nuestra escuela la mayor parte de los estudiantes eran ajenos. Muchos adoptaban una actitud silenciosa y pasiva que volvía difícil saber lo que pensaban, y algunos de los más activos eran conservadores y repetían lo que oíamos a muchos profesores. Quienes nos preocupábamos por esas cuestiones éramos pocos y estábamos dispersos, aunque algunos nos fuimos conociendo, y a partir de ciertas afinidades e inquietudes comunes hicimos amistad. Para mí fue importante la relación con Emilio Krieger, un muy buen estudiante que venía del Ateneo Fuentes de Saltillo y estaba muy bien informado. El clima que privaba en la Preparatoria no era fácil para quienes teníamos ciertas inquietudes. A punto de terminar el segundo año, por ejemplo, circuló en la escuela el rumor de que podíamos ser expulsados. No tengo ya claro, después de tantos años, de qué se nos acusaba. Pero lo que evidentemente no agradaba a ciertas personas era nuestra manera de pensar. Recuerdo que Emilio y yo incluso hablamos de que si surgía algún problema podíamos intentar ir a San Luis o alguna otra ciudad, para no perder el año, y presentar ahí exámenes a título de suficiencia. Por fortuna todo siguió en orden, y como nosotros éramos regulares estudiantes, no pocos compañeros aun de aquellos que no compartían nuestras posiciones, mostraron respeto e inclusive cierta simpatía. Aparte de nuestras múltiples, largas y a menudo estimulantes conversaciones, recuerdo un par de charlas que creo en 1938 tuvimos con Elena Vázquez Gómez, hermana de la madre de Emilio –e hijas ambas de don Emilio Vázquez Gómez– que había ido unos días a Guadalajara y estaba muy enterada de lo que ocurría en el gobierno y en la política. El cambiar impresiones con ella, y sobre todo conocer su opinión sobre asuntos que nos interesaban y de los que teníamos pocos elementos, fue para nosotros de gran utilidad.

Otras charlas muy diferentes que también recuerdo con agrado fueron con un ferrocarrilero que vivía en la misma casa de asistencia que yo. Se trataba de Víctor, maquinista que hacía la corrida de Guadalajara a Los Reyes, y que era en realidad un obrero con inquietudes, amplia experiencia en su trabajo, conocimiento de algunos problemas y una actitud abierta y amistosa, fresca y siempre alegre y llena de sentido del humor.

*¿Cuándo inició sus estudios en la Universidad de México?*

Llegué a esta ciudad el 30 de mayo de 1939, y con Emilio Krieger y algún otro compañero de Guadalajara, de inmediato intentamos inscribirnos, pero como los cursos se habían iniciado desde principios de marzo tuvimos dificultades. Durante semanas fuimos una y otra vez a las oficinas de la Universidad en la calle Justo Sierra, pero por una u otra razón las cosas no avanzaban y seguíamos en las mismas. En un momento dado planteamos nuestro asunto al maestro Mario de la Cueva, quien era secretario general de la UNAM, y con él tampoco tuvimos suerte pues nos dijo que el año estaba ya muy avanzado y que era preferible que esperáramos al siguiente. En realidad sólo nos quedaba acudir al rector, don Gustavo Baz, y sin ningún optimismo nos acercamos a él y, por fortuna, autorizó nuestro tardío ingreso. Así fue como hacia agosto de 1939 entramos finalmente a la Escuela de Derecho.

*¿Qué ambiente encontraron en la Universidad?*

Desde nuestros primeros contactos con la Escuela y sobre todo al empezar a asistir a clases, advertimos un ambiente que no correspondía, ni remotamente, a nuestras expectativas y aspiraciones. Habíamos venido a la ciudad de México, pensando que en ella encontraríamos respuesta a nuestras inquietudes; mas ello no fue así. Antes al contrario pronto nos dimos cuenta de que las mismas fuerzas políticas que habíamos conocido en Guadalajara, estaban aquí también presentes y en acción. Acaso eran menos provincianas, pero sus posiciones eran semejantes.

Desde luego había profesores competentes que conocían su materia. En la escuela, sin embargo, dominaba el anticardenismo; las posiciones más avanzadas y para nosotros más atrayentes en la filosofía y la ciencia política se consideraban anticientíficas e inaceptables. Ciertos profesores parecían más interesados en repetir principios del Derecho Romano que en acoger posiciones críticas nuevas que surgían frente a los viejos dogmas. En fin, los patrones conforme a los cuales se enseñaba nos parecían, en general, anacrónicos, y la teoría era abstracta, árida y divorciada de la práctica.

*¿Cuál fue su primera actividad propiamente política en la Universidad?*

Contribuir a crear y participar activamente en la Agrupación Revolucionaria de Estudiantes (ARDE)

### *¿Qué fue ARDE?*

Fue una pequeña organización política, cuyos miembros éramos estudiantes universitarios; por cierto no muchos, hasta donde recuerdo unos sesenta o poco más. En un principio, los animadores fuimos estudiantes de Derecho; pero pronto comprendimos que nuestras inquietudes no eran exclusivas; las compartían otros estudiantes: de Medicina, Ingeniería, Economía, la Preparatoria y otras escuelas.

La organización era independiente, es decir no estaba ligada a ningún partido político, a las autoridades universitarias ni, desde luego, al gobierno, aunque no ocultábamos nuestra simpatía a la política cardenista.

Nuestras posiciones eran claras. Aspirábamos a una universidad abierta, moderna, democrática y progresista, en la que, respetándose todas las opiniones, se avanzara en el intento de renovar la enseñanza, dar cabida al pensamiento crítico y vincular la teoría a la realidad. Considerábamos que la Revolución Mexicana había sido un proceso socio-político muy importante y que era incorrecto e inaceptable verla, como lo hacían los más conservadores, como un movimiento desquiciador, destructivo y que sólo había quebrantado el orden, a la postre sin provecho para el país. Nos sentíamos identificados con los cambios que la Revolución había hecho posibles y a la vez pensábamos que tales cambios eran sólo el principio de un proceso que era necesario profundizar y llevar adelante, como el gobierno del general Cárdenas lo había hecho, y que la Universidad no debía seguir siendo un reducto de las fuerzas más conservadoras. Veíamos al socialismo como un nuevo y prometedor sistema social, aunque respecto a la Unión Soviética, en particular, teníamos opiniones diversas. Estábamos abiertamente por la paz y contra la guerra y el imperialismo, que amenazaban con destruir riquezas y vidas humanas como nunca antes en la historia. Éramos antifascistas y, a propósito de la guerra civil que había desgarrado a España, antifranquistas, y nuestra simpatía y solidaridad hacia la República no sólo se expresaba en declaraciones. Recuerdo que con frecuencia íbamos por las noches a la Federación de Organismos de Ayuda a la República Española (FOARE), a un lado de la Alameda, y ayudábamos a distribuir periódicos y, a veces, a buscar hospedaje para algunos jóvenes que carecían de él. Nos simpatizaban los refugiados, y a menudo pudimos comprobar que entre ellos venía gente muy valiosa. Por ejemplo recuerdo que por entonces conversamos y charlamos varias veces con Ángel Palerm, que entiendo había sido dirigente de la Juventud Socialista Unificada (JSU), y quien nos pareció muy bien informado y lúcido, y mostró simpatía a nuestro esfuerzo.

### *¿Recuerda usted a algunos de los miembros de ARDE?*

Han pasado tantos años que seguramente ya no recordaré muchos nombres, y al mencionar a unos cuantos podría incurrir en el error de omitir a algunos y de considerar miembros a personas que se reunían con nosotros

y simpatizaban con lo que hacíamos, aunque formalmente no eran parte de la Agrupación.

Entre los compañeros más activos recuerdo a varios. A Emilio Krieger, a Rogelio Álvarez y Fernando Rosenzweig, a Raúl Álvarez y Manola Garín, a Jesús Reyes Heróles, Luis Echeverría, Francisco de la Peña, Fernando Peláez, Santos Bárcena, Antonio Canchola. Emilio y yo fuimos secretarios generales, y Rogelio dirigió el periódico de la Agrupación, que por cierto hacíamos con gran esfuerzo y con las pequeñas aportaciones, a veces de no más de 2 a 5 pesos que hacían algunos simpatizantes. Por entonces conocí también, aunque creo que algunos no fueron miembros de ARDE, a otros compañeros: Narciso Bassols Batalla, José Luis Ceceña, Raúl Salinas Lozano, Fernando Zamora y otros.

*¿Cómo funcionaba el grupo?*

De manera sencilla y yo diría, democrática. Nos reuníamos regularmente una vez por semana unos veinte a treinta compañeros, en el local de algún sindicato o en una escuela. En cada sesión se informaba brevemente de lo hecho y se presentaba o recogía de los asistentes alguna propuesta. De no haber acuerdo se reservaba el asunto para un examen posterior, y cuando había alguna cuestión urgente o imprevista se invitaba a los miembros más activos a considerarla y resolver lo que se creyera mejor.

*¿Cuál era el ambiente en que se trabajaba?*

En general amistoso y unitario. Había un amplio acuerdo en torno a las líneas centrales de actividad, y ello facilitaba las cosas. Pero en ocasiones se discutía largamente y no faltaban compañeros con los que no era fácil lograr un rápido acuerdo, en parte porque encontrándose en minoría, trataban de hacer prevalecer sus opiniones.

*¿Cuánto tiempo se trabajó y por qué dejó de funcionar la organización?*

Si mal no recuerdo se empezó a trabajar a principios del año cuarenta, y lo hicimos hasta las primeras semanas de 1941. O sea poco más de un año.

ARDE, dije antes, fue una pequeña organización política independiente, y podría agregar que la independencia fue acaso su principal rasgo distintivo. Pues bien, hacia fines del año cuarenta, a punto de tomar posesión de la presidencia de la República el general Ávila Camacho, Carlos Madrazo, que dirigía la sección juvenil del PRM, o sea el partido oficial, nos propuso convertirnos en parte de esa sección del Partido. Recuerdo que conversamos con él dos o tres veces en la oficina del PRM, en el Paseo de la Reforma, y su argumento central fue que al margen del PRM no tendríamos posibilidad alguna de hacer lo que pretendíamos y que, en cambio, de incorporarnos a ese partido, contaríamos con recursos y podríamos hacer mucho más. Recuerdo incluso que hablamos de una reunión latinoamericana por la paz que estaba por realizarse en La Habana, y a

mí, personalmente, me dijo que si aceptábamos lo que él proponía, yo formaría parte de la pequeña delegación mexicana que estaba por integrarse, y cuya composición se decidiría días después, como era usual, de arriba abajo y en forma antidemocrática.

La no aceptación, de parte de buen número de compañeros, de la propuesta de Madrazo, respondía a nuestro juicio a una cuestión de principios. Comprometer nuestra independencia y aun renunciar a ella nos parecía inaceptable. El PRM estaba entonces presidido por el general Heriberto Jara, a quien veíamos con respeto, sobre todo por el papel tan positivo que había jugado en el Constituyente de 1917. Pero, a la vez, en un momento en el que se instalaba el nuevo gobierno, todo hacía pensar que –como a la postre ocurrió–, la posición del partido sería más avilacamachista que cardenista, y que, de incorporarnos a la sección juvenil del PRM, de hecho contribuiríamos a debilitar e incluso a abandonar una posición que creíamos justa, y a partir de la cual proyectábamos llevar nuestro trabajo adelante.

El asunto se debatió durante varias sesiones, y desafortunadamente, al final no fue posible llegar a un acuerdo, en gran parte debido a que los compañeros que de una u otra manera estaban vinculados a un partido, –que principalmente era el comunista– aceptaron la incorporación al partido oficial, en tanto que quienes sólo pertenecíamos a ARDE, optamos por mantener nuestra independencia. El saldo fue la desaparición del grupo pues la discrepancia no pudo superarse; y a partir de ahí nos dispersamos en otras modestas actividades.

*Antes de que mencione usted otras actividades, quisiera preguntarle ¿cuál fue la actitud de usted y de sus compañeros frente a la elección presidencial de julio de 1940, de la que resultó presidente el general Ávila Camacho?*

Lo cierto, debo decir, es que nosotros no simpatizábamos especialmente con Ávila Camacho. Habríamos preferido que el sucesor de Lázaro Cárdenas fuera alguien más cercano a las más consecuentes posiciones cardenistas. La campaña electoral de Ávila Camacho no nos satisfizo; la sentimos débil y contemporizadora con los grupos conservadores; pero como su contrincante era el general Juan Andrew Almazán, éste abiertamente derechista, anticardenista y reaccionario, nuestra muy modesta labor fue en apoyo del candidato del PRM. Recuerdo, en particular, que la tarde y noche del sábado 5 de julio de 1940, que me parece fue la víspera de las elecciones, tuvimos una reunión en el Sindicato de Trabajadores de Artes Gráficas, en la calle de Donceles. Pues bien, salimos de ella cuando ya había oscurecido, y de inmediato nos dimos cuenta de que desde un edificio de enfrente, ocupado por una de las organizaciones almazanistas empezaron a tirar piedras y pedazos de ladrillos, lo que hizo que la gente que pasaba por allí corriera hacia la esquina más próxima, de la calle Bolívar, para escapar al «entusiasmo» almazanista. A partir de ahí, hasta la madrugada, varios compañeros hicimos un recorrido por una parte del centro, y en las siguientes cinco a

seis horas presenciarnos no pocas expresiones de agitación y violencia, de las que incluso pudimos haber sido víctimas inocentes.

*Como el Partido Acción Nacional se creó por entonces, ¿cuáles fueron sus posiciones sobre ese esfuerzo?*

Lo sentimos identificado con la extrema derecha, pues desde un principio dejó ver que se oponía a la Revolución Mexicana, rechazaba la reforma agraria y la política antiimperialista del gobierno de Cárdenas, y en cuanto a España, lejos de apoyar a la república, era franquista y aun fascista.

*¿Cuáles fueron otras actividades de ustedes, después de ARDE?*

En cuanto a los compañeros que no estuvieron de acuerdo en mantener el plan de trabajo original, lo cierto es que no sé si en definitiva se vincularon al PRM o no lo hicieron. Y por lo que hace a otros, con los que me sentía identificado, a partir de 1941 nos repartimos en varias modestas tareas, e incluso nos empezamos a alejar unos de otros.

En enero de ese año apareció el semanario *Combate*, que dirigía Narciso Bassols con otras cuatro personas -Víctor Manuel Villaseñor, Ricardo J. Zevada, Manuel Mesa Andraca y Emigdio Martínez Adame. Su publicación nos entusiasmó, porque desde los primeros números denunció que el gobierno de Ávila Camacho se deslizaba hacia la derecha, que las posiciones cardenistas más consecuentes se abandonaban y que, por tanto, era el momento de actuar sin demora, de cerrar el paso y de hacer política abiertamente.

El llamado a hacer política nos entusiasmó.

*Combate es un semanario político. Nada más que eso. Pero ni un punto menos. Es un periódico sin máscara, sin falsas posturas literarias o científicas; sin cobardías que pudieran llevarlo a negarse a sí mismo... Nace para hacer política y no lo oculta...*

... nosotros, en vez de creer que el hacer política es labor indigna de un verdadero intelectual, pensamos que su rango en nada desmerece al confrontarse con la ciencia, la filosofía o el arte... [C]onsideramos que sólo la cobardía, la pereza o la ignorancia, pueden explicar que a estas horas no sea un político cada universitario y cada llamado hombre de ciencia de nuestro país...<sup>3</sup>

Cuando sólo habían aparecido los primeros números de *Combate*, tres o cuatro compañeros nos acercamos al periódico y conocimos al maestro Bassols y al licenciado Villaseñor. Nos recibieron cordialmente, y nosotros les expresamos nuestra simpatía y solidaridad, y les hicimos ver que si en algo podíamos ayudar como estudiantes, lo haríamos con gusto. Y por lo que a mi hace, en particular, podría decir que leí regularmente el periódico, aprendí muchas cosas que desconocía y, cuando buena parte de la izquierda se acomodaba a una peligrosa derechización y aun se subordinaba al nuevo go-

<sup>3</sup> *Combate*, Año I, número 1, México, D. F., 1º de enero de 1941.

bierno en actitud oportunista, la honesta y siempre crítica posición de *Combate* fue un ejemplo y una guía para nuestra acción política independiente.

La agresión de Alemania a la URSS, en junio de 1941, volvió la situación política mundial más difícil. Y ello, y limitaciones de recursos que resultaron insuperables, hicieron que el periódico sólo se publicara hasta el mes de agosto.

Pero hablábamos de nuestras actividades.

También en 1941 fui director de un pequeño periódico, *Sonora en México*, que editaba el Centro de Estudiantes Sonorenses. Era éste un grupo del que formaban parte cerca de cien estudiantes principalmente universitarios, del IPN y de Chapingo, y no obstante haber entre ellos muy diversas posiciones políticas, había a la vez una

base de acuerdo en torno a cuestiones como éstas: mantenernos en contacto mientras estudiábamos en la capital; enterarnos de lo que ocurría en Sonora, a fin de no desligarnos del Estado natal; contribuir a que Sonora modernizara su agricultura y se industrializara; favorecer la creciente integración del Estado al resto del país, pues lo sentíamos muy alejado y, a ciertos sonorenses, a menudo más interesados en acercarse a Estados Unidos, que a la cultura, la historia y el corazón de nuestra patria.

La labor del Centro era muy modesta y, como siempre, la hacíamos casi de milagro, o sea sin medios financieros, y nuestro nivel organizativo era mínimo. Pero las reuniones solían tener interés, y para los más jóvenes había la oportunidad de conocer a estudiantes que estaban a punto de concluir sus carreras y aun a personas ya recibidas, que desde luego tenían más experiencia. Entre ellos recuerdo, por ejemplo, a dos abogados: Guillermo Ibarra y Fausto Acosta, con quienes, por cierto, unos años más tarde hice una buena amistad, y a un dirigente sindical de los maestros, Hermenegildo Peña, a quien también conocí de cerca.

Del contacto con el Centro de Estudiantes Sonorenses recuerdo una breve conversación con el general Abelardo L. Rodríguez, a quien me tocó entrevistar por encargo de la Dirección. Después de esperarlo como media hora en su casa, y cuando yo empezaba a temer que no lo vería, me



Primer número del periódico *Combate*.

recibió. En unos minutos le di cuenta de lo que era y hacia el Centro, y le expresé que deseábamos que él conociera ese esfuerzo y, de ser posible nos ayudara de algún modo a llevarlo adelante, pues era importante mantenernos vinculados e interesados en Sonora. La actitud del general me pareció bastante seca, y su reacción fue para mí del todo inesperada, pues en vez de referirse a lo que el Centro proyectaba, dar su opinión y ofrecer algún apoyo, procedió como si el objeto de mi visita fuera hacerle saber que estábamos con él y que simpatizábamos con su intención de ser gobernador en Sonora. Por lo que nos daba las gracias.

Yo le aclaré de inmediato que ese no era el caso, que el Centro no había siquiera considerado la posible adhesión a su candidatura y que yo en lo personal tampoco me había ocupado de ese asunto. Y, de nuevo me sorprendió el General al decirme que estimaba la franqueza con que le había hablado. Ahí terminó la entrevista, y nunca recibimos de él ayuda o siquiera alguna expresión de interés.

*¿Conoció usted, por entonces, a algún intelectual o dirigente político?*

Sí. Desde el periodo de ARDE empezamos a conocer a varios intelectuales, y después seguimos viendo a algunos de ellos, que incluían a ciertos de nuestros profesores. Habitualmente éramos nosotros quienes les solicitábamos una entrevista, tanto para saber de su trabajo como para darles a conocer lo que intentábamos hacer, y para cambiar impresiones sobre problemas de la Universidad y del país, en general. Recuerdo que entre otros conocimos a Agustín Yañez, a Octavio Medellín Ostos, a Antonio Castro Leal y a Luis Garrido. Y entre quienes eran profesores en la Facultad, conversamos algunas veces con Antonio Martínez Báez, Samuel Ramos, Antonio Carrillo Flores, Manuel Gual Vidal, Raúl Cervantes Ahumada, José Campillo Saenz y Jesús Rodríguez y Rodríguez.

A mí, en particular, además, me tocó tratar de cerca a Roberto Cossío y Cosío, profesor de Derecho Civil y Derecho Mercantil –a quien en la escuela llamaban el «charro»–, porque cerca de dos años asistí todas las mañanas a su despacho profesional, en la calle de Isabel la Católica. Roberto y su hermano Juan Manuel eran buenos abogados y miembros destacados del PAN –el primero de ellos incluso alto funcionario–, y ahí me tocó conocer también a Adolfo Christlieb, quien más tarde incluso presidiría ese partido; y a otros abogados cuyas posiciones eran conservadoras. Roberto, en particular, conocía mi posición política y aun solía llamarme «comunista». Pero en verdad siempre fue respetuoso y cordial. Y aunque yo nunca recibí un centavo por la pequeña colaboración que prestaba en el despacho, me familiaricé no sólo con ciertos aspectos –a menudo desagradables de la práctica profesional–, sino incluso con problemas jurídicos interesantes, porque al preparar Roberto algún alegato, con frecuencia tuvo la gentileza de darme a conocer e invitarme a charlar, pensando que ello me permitiría aprender nuevas cosas. Respecto a los Cossío sólo añadiré que no obstante pen-

sar de manera tan diferente, siempre que los vi, entonces y después, sentí que su actitud era realmente amistosa.

Por entonces conocí, además, a varias mujeres activas, progresistas e inteligentes, de las que también aprendí. Varias veces nos reunimos en el departamento de Elena Vázquez Gómez, cercano al monumento de la revolución, para cambiar impresiones sobre la situación política. En una ocasión acompañé a la propia Elena y si recuerdo bien, a Paula Alegría, a Matilde Rodríguez Cabo y me parece que Palma Guillén, a ver a don Jesús Silva Herzog, en la secretaría de Hacienda. Se le invitó a suscribir un breve texto en favor de la paz y la no incorporación de México a la guerra, y después de leer con dificultad las primeras líneas debido a su limitada capacidad visual, don Jesús me pidió –quizás por ser el más joven y menos importante de los presentes– que yo continuara leyéndolo, y al final lo firmó.

En otra ocasión, siendo Silva Herzog director de Estudios Financieros de Hacienda, tuve la oportunidad de charlar con él, ahora a través de compañeros economistas como Ricardo Torres Gaytán y Eduardo Botas, que eran sus colaboradores. Y las conversaciones fueron muy interesantes y útiles. Y ya a punto de terminar los estudios universitarios conocí y traté un poco al doctor Joaquín Rodríguez y Rodríguez, autor de varios trabajos sobre Derecho Mercantil y Bancario, con quien Julián Bernal y yo solíamos charlar a menudo.

Otra persona a quien me tocó conocer y tratar cuando estudiante fue Ramón Beteta, por entonces subsecretario de Hacienda. ¿Por qué y cómo lo conocí? Porque él era primo hermano de mi padre, y de estudiante viví yo unos años en casa de la familia Grisi-Quintana. Pues bien, la tía Lucha Quintana era también prima de Ramón, y éste, que como todos la estimaba, solía caer inesperada e informalmente a la casa de Marsella, en la colonia Juárez, en donde comía y pasaba un rato, antes de regresar a la Secretaría. En varias ocasiones me tocó charlar con él, y aunque ya no mantenía las posiciones progresistas de la época de Cárdenas, era sin embargo bastante abierto, crítico del capitalismo y una persona inteligente con quien se podía hablar y aun discutir.

Más de alguna vez en esas conversaciones, en actitud típicamente juvenil y quizás imprudente critiqué la política avilacamachista; y Ramón, o bien dejó la impresión de que estaba de acuerdo o bien hizo algún comentario que ignoraba lo que yo había dicho. Y a veces, en lugar de hablar de esas u otras cuestiones, me invitaba a jugar ajedrez, lo que en realidad ni él ni yo hacíamos bien.

En el curso de 1941, Luis Echeverría y yo tuvimos un par de breves y estimulantes conversaciones con Pablo Neruda, quien era cónsul de Chile en la ciudad de México. Aunque por entonces al menos yo sólo conocía unas cuantas cosas sueltas de la obra poética de Neruda, lo admirábamos mucho como escritor y sobre todo como intelectual progresista, y nos interesaba saber más de Chile e incluso, de ser posible, hacer un corto viaje a

ese país, por el que sentíamos gran simpatía. Neruda nos contó varias cosas interesantes sobre Chile y nos dijo que le agradaba la idea de que algunos estudiantes mexicanos fueran a su país, —a la postre lo hicieron el propio Luis y José López Portillo— y que nos pedía que le ayudáramos para que jóvenes chilenos pudieran, a su vez, venir a México. En nuestra visita al consulado conocimos también al escritor Luis Enrique Délano, quien entiendo era vicecónsul y persona muy cercana a Neruda.

En fin, en esos años de estudiantes establecimos relaciones con muy diversas personas. De ellas mencionaré sólo una con un compañero venezolano: Luis Hernández Solís, que estaba en México en el exilio. Hernández Solís era linotipista, y después fue socio o dueño de una pequeña imprenta, que nosotros utilizábamos para nuestras publicaciones, porque era buena y más barata que otras. El era también estudiante de Derecho en la Universidad, y por tanto compañero nuestro, aunque varios años mayor. Recuerdo que su tesis profesional fue sobre el panamericanismo, al que criticaba desde una posición latinoamericanista y antiimperialista. Durante muchos años no volví a verlo ni supe de él; pero en una ocasión, estando yo en Caracas, alguien lo mencionó y lo busqué para saludarlo y saber de su trabajo. Charlamos amistosamente, y me enteré de que había sido un alto funcionario del gobierno venezolano.

A propósito de entrevistas y charlas acostumbrábamos reunirnos informalmente con personas muy diversas. Lo hacíamos con dirigentes sindicales con quienes teníamos cierta amistad o cuyo trabajo nos interesaba, y ello nos permitió conocer problemas, condiciones y demandas de los trabajadores, lo que a menudo nos resultó enriquecedor y muy útil. Con cierta frecuencia, también, solicitábamos alguna entrevista a profesores de la Universidad, y a artistas e intelectuales por quienes sentíamos respeto. Por ejemplo en julio de 1941, a propuesta de Luis Echeverría, quien estaba mejor relacionado que otras personas y tenía mucho interés en esas entrevistas, solicitamos ver a José Vasconcelos. Unos días más tarde nos recibió en su despacho de la calle de Palma —recuerdo la fecha— porque fue dos o tres semanas después de que la Unión Soviética fue víctima de la agresión de la Alemania nazi.

Por Vasconcelos sentíamos no sólo respeto sino simpatía. Conocíamos en general y nos parecía importante su gestión como Secretario de Educación en los años veinte, y habíamos leído y disfrutado varios de sus libros: *Ulises Criollo*, *La Tormenta*, *Bolivarismo* y *Monroismo* y, sin mucho entusiasmo, algunos de sus escritos filosóficos. Le habíamos oído además alguna conferencia, y nos pareció que era un buen expositor.

Al entrevistarle nos interesaba saber fundamentalmente cómo veía la situación de México, qué problemas consideraba más graves y qué podría hacerse frente a ellos. Y, recordando su *Bolivarismo*, pensamos que haría también referencia a América Latina y a la difícil relación con Estados Unidos. Pero nos equivocamos.

En la entrevista poco pudimos intervenir, y en realidad hasta olvidamos buena parte de lo que proyectábamos plantearle. Aquello fue un monólogo antisoviético ininterrumpido, pues nuestro ilustre entrevistado habló principalmente de Alemania, y una y otra vez aseguró que, como ya lo anticipaban ciertos comentaristas, la Unión Soviética caería en seis semanas ante el invencible ejército alemán. La verdad, nos dio Vasconcelos la impresión de que había sido ganado por el fascismo, y la entrevista nos desilusionó.

Recuerdo que de ahí fuimos a tomar un café a «Las Truchas», en la calle de Bolívar y tras reclamar, sin razón, a Luis, que la entrevista había sido un fracaso, convinimos en que al proyectar nuevos encuentros debíamos tener claro qué plantear, y con quién hacerlo, y por qué.

*¿Considera usted que algunas lecturas, bien de textos académicos o de otro tipo de literatura, influyeron entonces en su manera de pensar?*

En cuanto a los libros que debíamos leer en la Universidad, aunque seguramente no pocos de ellos contribuyeron a nuestra preparación profesional, no recuerdo de momento alguno que nos impresionara especialmente, e incluso pienso que aun los mejores y más útiles no respondían plenamente a nuestras aspiraciones. Lo cierto es que no pocos de ellos eran con frecuencia apuntes hechos de prisa, repetitivos y a los que faltaba rigor y una seria y cuidadosa elaboración.

En cambio, en lo que hace a literatura no jurídica, creo que sin duda influyó en nuestra formación intelectual y en nuestro pensamiento. Por aquel entonces, en realidad leíamos bastante, a menudo sin ningún orden y probablemente con frutos muy pobres; pero a la lectura de lo que nos interesaba le dábamos mayor atención que a la de los textos que, como estudiantes, debíamos estudiar. Incluso con frecuencia, en vez de ir por la tarde a una o dos clases, pasábamos en alguna biblioteca del centro —muchas veces la de



José Vasconcelos, 1882-1959.

la Secretaría de Hacienda, en el Palacio Nacional- una y media a dos horas leyendo otros libros, y de ahí, más tarde, nos íbamos a la Facultad.

*¿Recuerda usted algunas de las lecturas que más les atraían?*

Sin la intención de hacer aquí un recuento de lo que leíamos, podría decir que en mi caso, en esos años empecé a conocer a varios autores mexicanos de la época de la Reforma y a escritores de la Revolución. Ya mencioné antes a Vasconcelos, y podría añadir a Martín Luis Guzmán y a Mariano Azuela. Por lo que se refiere a la literatura de otros países solíamos hacer planes muy ambiciosos para conocer las principales obras; pero en la práctica nos quedábamos siempre muy atrás de lo que proyectábamos en el papel. No obstante, a partir de entonces yo, por ejemplo, leí y aprecié:

- A autores franceses como Zola, Stendhal, Anatole France, Henri Barbuse y, con particular admiración, a Romain Rolland, de quien conocimos desde luego *Juan Cristóbal*, y varios textos políticos como «Por la revolución la paz».
- A autores ingleses que incluían desde obras sueltas de Shakespeare, hasta Chesterton y Bernard Shaw;
- A varios de los grandes escritores rusos: Tolstoi, Dostoyevsky, Adreiev, Pushkin y Gorki, a quien sentíamos, por cierto, más cercano a nuestras inquietudes.
- A escritores norteamericanos, entre los que poco a poco fui conociendo a Mark Twain, Steinbeck, Sinclair Lewis, Upton Sinclair, John Dos Pasos, Hemingway y Theodore Dreiser.
- A españoles como Unamuno, Azorín y Ortega y Gasset.
- Y a otros autores, como Thomas Mann y su *Montaña mágica*...

A propósito de lecturas recuerdo que Jesús Reyes Heróles era siempre de los mejor enterados, y que solía darnos cátedra y repetir de memoria algún pasaje de un libro que la mayor parte de las veces desconocíamos. Nosotros le hacíamos bromas y críticas, en parte porque era a menudo muy suficiente, y en parte porque, sobre todo en ciertos temas de los que leía mucho, disponía de una información de la que nosotros carecíamos, lo que desde luego no nos gustaba.

Con «Chucho» Reyes Heróles, Emilio Krieger, Paco de la Peña o algún otro compañero, yo iba con frecuencia a las librerías de viejo en las calles de Hidalgo y de Argentina, en las que comprábamos algún libro, generalmente de los más baratos, como eran los de ediciones Ercilla (chilenos) y los de las editoriales argentinas Tor y Claridad, por los que a menudo pagábamos solamente cincuenta centavos a un peso. Por entonces empezábamos a descubrir y apreciar la literatura latinoamericana. Sentíamos gran admiración por José Martí, de quien a veces encontrábamos algún breve texto, aunque nos interesaban también José Ingenieros, de quien yo sólo conocía *El Hombre Mediocre*; Rodó, Sarmiento y otros autores. Y probablemente por esos años empezamos, además, a leer a Rómulo Gallegos (*Doña Bárbara*), así como

*La Vorágine y Huasipungo*, de José Eustasio Rivera y Jorge Icaza; y años después a Mariátegui, Julio Antonio Mella, Aníbal Ponce y otros autores.

En los últimos años de la carrera me interesé cada vez más en ciertas obras marxistas y sobre economía. De las primeras, más que leer a Marx mismo, de quien sólo conocimos tres o cuatro breves textos que desde luego no incluían *El Capital*, nos interesaban mucho algunos escritos de Lenin, como *Qué hacer*, *El estado y la revolución* y *El Imperialismo, fase superior del capitalismo*. Y, de economía, lo que por esos años leí fueron principalmente algunos libros sobre historia económica –Pirenne, Henri See, Birnie, Silva Herzog y otros– y varios textos introductorios a la teoría económica, la moneda y la banca.

Entre otros libros de Economía y de Moneda y Banca recuerdo los de Seligman, Cole, Chandler, Kock y Sayers, varios de los cuales pudimos leer gracias al esfuerzo editorial del Fondo de Cultura Económica. Nuestro interés en cuestiones monetarias y bancarias obedeció en buena parte a que durante dos años trabajé en la Dirección de Crédito de la Secretaría de Hacienda –Departamento de Moneda, Banca e Inversiones–, y a que con frecuencia advertimos que si bien muchos asuntos de los que ahí veíamos eran propiamente jurídicos, otros requerían de conocimientos en moneda y banca, de los que carecíamos. Por ello tratábamos de saber al menos ciertas cosas fundamentales en tales materias, y yo incluso asistí buen número de veces a los cursos que en la Escuela de Economía impartían Ramón Beteta sobre Crisis y el doctor Sacristán Colás sobre Bancos, así como a varias conferencias de Silva Herzog y Mario Souza.

Tanto las lecturas como ciertas entrevistas y nuestras pequeñas experiencias políticas nos sirvieron para realizar diversas actividades; por ejemplo, acostumbrábamos reunirnos en círculos informales de lectura en los que se resumían y comentaban ciertos textos, y a veces dábamos, además, charlas principalmente a trabajadores que nos pedían ocuparnos de ciertos temas, para ellos de interés. Y aunque no teníamos mucho qué decir, apreciaban nuestra buena disposición; y lo que leíamos, oíamos o recogíamos de otra manera, lo llevábamos al café y lo volvíamos tema central de conversación. Casi todos los días íbamos al Café Fornos o al París, en el centro de la ciudad, y durante una o incluso dos horas hablábamos de todo, «resolvíamos» los problemas nacionales y aun mundiales, y en muchos de nuestros planteos manteníamos posiciones críticas que considerábamos avanzadas y justas; y que empezábamos a sentir no eran ya compartidas en ciertos grupos de izquierda, los que se acercaban cada vez más a las conservadoras líneas políticas del gobierno avilacamachista.

Con el correr del tiempo y al avanzar en la carrera, por otra parte, el pequeño y en un principio compacto grupo de amigos empezó a disgregarse; y aun cuando en general seguimos teniendo una buena relación, nos veíamos menos porque cada quien tenía, aparte de la escuela, alguna otra ocupación.

Por ejemplo, aun siendo todavía estudiantes universitarios, Emilio Krieger se separó, y después de trabajar en el despacho del licenciado Castro Estrada se vinculó a una Financiera y a ciertos grupos empresariales como funcionario. El y yo nos dejamos de ver más de cuarenta años; confieso que incluso pensé que se había alejado definitivamente de la izquierda, pero en los últimos años de su vida -ya en los noventa- volvimos a reunirnos con frecuencia, y al invitarlo a participar en la Asociación por la Unidad de Nuestra América y aun antes, en el esfuerzo ciudadano de apoyo a la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas, me dio gusto que él aceptara prestarnos su valiosa colaboración.

A otros viejos compañeros también dejé de verlos por mucho tiempo. A Jesús Reyes Heróles porque se convirtió en un alto funcionario, con quien teníamos ya muy poco en común, aunque pocos años antes de su muerte, Arnaldo Orfila y yo aceptamos tres o cuatro veces su invitación a charlar, y lo hicimos sobre problemas de México y América Latina durante algunas horas.

A Rogelio y Raúl Álvarez casi no les volví a ver, aunque muchos años después me dio gusto conocer y tratar al hijo de éste y de Manola Garín, Raúl Álvarez Garín, quien fue uno de los principales dirigentes del Movimiento Estudiantil de 1968.

A Francisco de la Peña no lo vi desde los años cincuenta, cuando me separé del Banco Nacional de Comercio Exterior.

A Luis Echeverría no lo vi por muchos años, salvo una ocasión en que coincidimos en un avión, yendo él a Quintana Roo y yo a Mérida, y, curiosamente, volvimos a encontrarnos unos días después, de regreso a la ciudad de México, lo que nos permitió charlar un buen rato.

En cuanto a viejos amigos sonorenses, en una época tan cercanos como Otilio Garavito y Federico Valenzuela, ambos médicos, también fui dejando de verlos, y al paso de los años poco o nada supe de ellos, así como de Abraham Aguayo, Guillermo Corona Richardson, Roberto Romandía y otros. Sólo de vez en cuando, estando algunas veces en Hermosillo me reuní con Carlos «Chale» Cabrera, y de paso en Ciudad Obregón saludé a Mario Aguayo, a Jesús Corral Ruiz y a otros.

*Un breve paréntesis. Al mencionar usted que se reunían con frecuencia a charlar en algún café, se me ocurrió preguntarle otra cosa, creo que no desligada de lo que hacían y pensaban. ¿Cuáles eran por entonces sus principales diversiones?*

Como teníamos muy poco dinero, nuestras diversiones eran sencillas, sanas y modestas, y a la vez muy agradables. Nos gustaba, por ejemplo, caminar. El México de entonces era una ciudad tranquila, bastante segura y mucho menos contaminada, y disfrutábamos hacer largos recorridos, ir a Chapultepec o a alguna bonita, tranquila y vieja plaza como Santo Domingo, la Ciudadela y la Alameda, en la que pudiéramos sentarnos y conversar

o aun leer un rato. Íbamos casi diariamente a algún café, incluyendo los cafés de chinos cercanos a nuestra escuela.

Nos gustaba el cine, en el que además de ver una buena película norteamericana, nos interesaba especialmente lo que venía de Francia y también de Italia y la Unión Soviética.

Pasábamos buenos ratos oyendo música. Durante 12 domingos yo asistía a la temporada popular de la Sinfónica, en el Palacio de Bellas Artes; y el abono por esos tres meses costaba en el tercer piso sólo 12 pesos. Complementariamente, a menudo íbamos a Radio Universidad, en el centro, en donde algún amigo nos permitía gentilmente que durante una o dos horas oyéramos lo que más nos gustaba. No pocas tardes yo fui, además, a la XELA, en la que Pedro Ferriz, compañero de Escuela y locutor solía invitarnos también a oír música sinfónica, práctica que más tarde conservó otro locutor y buen amigo, Emilio Igartua.

De esa manera empezamos a familiarizarnos con la música sinfónica, y entre los compositores que más me gustaban recuerdo a Beethoven, Schubert, Chopin, Lizt, Rechmainoff y Falla.

En realidad éramos poco «fiesteros» aunque con frecuencia íbamos a tomar unas cervezas o a bailar con algunas amigas; disfrutábamos salir a lugares cercanos a la ciudad, y quienes procedíamos de provincia, al visitar a nuestras familias hacíamos ciertos viajes, a veces largos e interesantes. Yo, por ejemplo, siendo sonorenses iba una vez por año de vacaciones a mi Estado, y además de pasar por Guadalajara, ciudad siempre atractiva y agradable, ya en Sonora visitaba lugares relativamente cercanos como Ciudad Obregón, Álamos e incluso Guaymas, Hermosillo y aun otros más alejados.

A propósito de nuestras modestas diversiones y de no tener dinero, recordaré varios hechos significativos, y uno de ellos, además, chusco.

Cuando estudiantes pasábamos buena parte del día en el barrio Universitario, y con frecuencia almorzábamos en el mercado Abelardo L. Rodríguez, porque una comida corrida costaba cincuenta centavos. Y algunos compañeros solían decir que ellos iban a los cafés de chinos, porque los biscuits eran baratos y buenos, y con uno o dos, y varios vasos de agua, se llenaban.

Algunos compañeros y yo íbamos con frecuencia a La Lagunilla, lo que por cierto seguí haciendo con Stella mi esposa años más tarde, y más que comprar otras cosas, buscábamos algún libro o revista, y disfrutábamos ciertas artesanías y el ambiente popular.

En una ocasión me habló un amigo y me preguntó que haría ese sábado por la tarde. Le dije que me quedaría en casa o caminaría un rato porque no tenía dinero. Y él comentó: por eso te hablé para invitarte a ir al cine y al café, porque voy a vender un traje que está muy bueno, pero no lo necesito.

Él vivía en la Casa del Estudiante, en la plaza del Carmen, y yo llegué antes que el comprador del traje. Unos minutos después lo hizo éste, y como el chaleco estaba en otro gancho preguntó: ¿También vende el chaleco? Sí,

le dijo mi amigo, y entonces el comprador comentó. Pues con el chaleco, que sólo me sirve para hacer una cachucha, le doy dos pesos por el traje. Mi amigo pidió un mejor precio, pero no lo consiguió, y los dos pesos sólo alcanzaron para ir a un cine cercano y pasar por un café de chinos.

*Volvamos al tema central. ¿Qué fue la Liga de Acción Política y qué relación tuvo usted con ella?*

Fue una organización política creada por Narciso Bassols y otras personas que compartían sus posiciones. Entiendo que se fundó en 1941 y que el periódico *Combate* estuvo ya ligado a ella.

En realidad no tuve relación con ese esfuerzo, del que fuimos sólo simpatizantes. En 1943, la Liga lanzó a tres candidatos a diputados federales: el propio Bassols, Víctor Manuel Villaseñor y José Iturriaga. Pues bien, aunque era poco lo que nosotros como estudiantes podíamos hacer, apoyamos con entusiasmo esas candidaturas y especialmente la del maestro Bassols, en Tacubaya, repartiendo propaganda y reuniéndonos con personas a quienes tratábamos de ganar.

*¿Cuándo terminó usted su carrera, sobre qué escribió su tesis profesional y en qué medida ese trabajo académico recogió algunas de sus inquietudes e ideas políticas?*

Mi generación universitaria fue la de 1939-43, y en este último año concluí la licenciatura. La tesis se denominó «Esquema de Derecho Bancario», e intentó ser una rápida, y a la postre muy insuficiente apreciación de conjunto del sistema bancario mexicano. El interés por los asuntos bancarios lo tuve desde tiempo atrás, pero fue mayor desde que llevé el segundo curso de Derecho Mercantil, que correspondía a Títulos y Operaciones de Crédito, y sobre todo, desde que empecé a trabajar en la Dirección de Crédito, de Hacienda. El trabajo que presenté como tesis fue sólo parte del que proyectaba, porque al finalizar 1944, o sea cuando la escribía, obtuve una beca para hacer estudios de postgrado en el extranjero, lo que me impidió hacer lo inicialmente previsto; pero al menos en pequeña medida creo me permitió dar cuenta de cómo veía yo algunos problemas, desde una posición que intentaba ser crítica de la «sabiduría convencional». Aunque al respecto debiera también tenerse presente que era un estudio breve y sujeto a ciertas limitaciones académicas.

Para no hacer una larga e innecesaria recapitulación, mencionaré sólo algunas ideas que expreso en esa tesis.

Un punto de partida, podría decirse, es que para entender la naturaleza del Derecho, y en particular del Derecho Bancario, es preciso saber a qué organización social corresponde, y en el caso de México, ésta es el capitalismo. Lo que quiere decir que los rasgos propios de este sistema se advierten, concretamente, en el funcionamiento de la banca. El Derecho Bancario, como conjunto orgánico de normas –se señala en la página 12– ha nacido en la época actual, pertenece a la era del imperialismo; igualmente en este periodo se han desarrollado

los bancos hasta adquirir lineamientos jurídicos precisos y funciones económicas bien determinadas...

... el panorama bancario mexicano no puede presentar los rasgos característicos de países de gran desarrollo económico. México sigue viviendo una condición sustancialmente semicolonial, tanto por la arraigada dependencia de países extranjeros, particularmente Estados Unidos, como por el raquitismo de su desarrollo interior... (p. 22).

La redistribución de bienes y recursos (que hizo posible la Revolución Mexicana) ha sido provechosa, y aunque de hecho poco ha beneficiado al pueblo, su importancia deriva del papel que ha jugado en nuestro desenvolvimiento. La Revolución ha hecho nacer y ha fortalecido una clase social predominante, más vigorosa que la vieja casta que, en plan privilegiado, compartió con el clero durante siglos la explotación y aprovechamiento de las fuentes más ricas de nuestro suelo... (p. 23).

En México, como en otros países, la banca exhibe un alto grado de concentración, lo que de nuevo da cuenta de cómo el Derecho y el funcionamiento de la Economía, expresan leyes propias del capitalismo. Éste... en su etapa de juventud, pujante y vigorosa, pudo negar con éxito el monopolio; pero desde el momento en que se inicia la concentración y mediante ese trance se llega al monopolio, todo sistema jurídico que lo prohíba se convierte en una mera ilusión... (p. 26). En México no se ha resentido cabalmente el fenómeno del monopolio, no debido a la prohibición (del artículo 28 constitucional) sino en virtud de que no hemos arribado a condiciones que impongan este inevitable fenómeno de la economía (capitalista) contemporánea (*Ibid*) ... siempre tendrá más validez una práctica económica ilegal que una ley antieconómica. (*Ibid*).

... el Derecho Bancario es un conjunto homogéneo de principios y de normas jurídicas, que determinan las funciones de la banca a la vez que reglamentan sus operaciones propias, su creación, su organización y el desarrollo general de sus actividades... (p. 32).

El Derecho Bancario fue inicialmente una rama del Derecho Mercantil, y por tanto del Derecho Privado. Los sistemas bancarios actuales -en cambio- giran en torno de Bancos Centrales que en cierta forma vienen a ser Bancos de Estado; la actuación de los bancos se condiciona a la previa intervención estatal; su funcionamiento es objeto de constante inspección y vigilancia por parte de organismos especiales y, en fin, la banca se conecta con el Estado en una forma antes desconocida o rechazada. (p. 35). El Derecho Bancario -además- resultante de exigencias, de necesidades, de imposiciones prácticas que rompen el formalismo propio del Derecho tradicional, siempre tendrá en la Historia Económica un método y una fuente, a la vez que una disciplina amiga. (p.38).

Inicialmente, los bancos fueron sólo «negocios de comerciantes». Pero a partir de 1917, nuevas corrientes de pensamiento influyeron sobre nuestro sistema bancario; aparece el Banco Único de Emisión controlado por el Estado y sirviendo de centro al sistema... (p. 44) y años después se crean otras instituciones nacionales de crédito, como la Nacional Financiera, el Banco Hipotecario Urbano y de Obras Públicas, el Banco Nacional de Comercio Exterior y el Banco Nacional de Crédito Ejidal, que sin duda adquieren creciente importancia y modifican las formas tradicionales de funcionamiento de la banca y el crédito.

Creo que las ideas anteriores dejan ver que mi tesis profesional, pese a su esquematismo e insuficiencias, permitió que yo expresara algunas inquietudes y algo, por tanto, de lo que entonces pensaba de ciertos problemas.

Desde luego fue un estudio muy parcial, escrito de prisa y en el que, dada su amplitud y brevedad se advierten múltiples lagunas. Por ejemplo, impresionado probablemente por la intensidad de la tendencia a la concentración y el monopolio en la banca y por el peso del móvil de lucro, procedí con cierto mecanicismo y no tuve claridad respecto a qué hacer y cómo enfrentar ese problema, a fin de que aun bajo el capitalismo pudiera lograrse que el crédito se distribuyera mejor y contribuyera al desarrollo económico nacional.

*En resumen y en conjunto, ¿tiene usted la impresión de que fueron ciertos hechos y personas los que, en particular, más influyeron en su formación hasta el término de su carrera profesional?*

Como ya indiqué, las condiciones de esos años, ciertos problemas y lo que se hizo frente a ellos, nuestra propia pequeña actividad, así como las personas que estuvieron más cerca o con quienes tuve relaciones más estrechas y duraderas, ejercieron influencia en mi manera de ser y de pensar. Lo que no podría es clasificar esas influencias y asignar un rango o significación determinada a cada una de ellas. Al recapitular sobre lo acontecido y pensar en las experiencias que entonces me tocó vivir, siento más bien que mi formación fue fruto desde luego de cierto esfuerzo personal, pero en el que fui recogiendo de múltiples y muy diversas fuentes lo que se expresó más tarde en acciones y opiniones no sólo diferentes sino a menudo contradictorias, tan contradictorias como la realidad misma en la que viví, y en buena medida como, seguramente, mi propia personalidad.

Y lo que puedo añadir es que, cuando muchos años después recuerdo lo que hacíamos y lo que con ello pretendíamos lograr, siento que éramos unos jóvenes idealistas, sin clara conciencia de la dimensión del compromiso que contraíamos. Pero la práctica, o sea la vida misma se encargó de enseñarnos a ser realistas y a ver las cosas de manera diferente.

## Capítulo 2.

### Los años cuarenta y cincuenta

*¿Qué significó para ustedes la Segunda Guerra Mundial?*

Si bien un batallón mexicano tomó parte en ese conflicto y algunos compatriotas perdieron en él su vida, podría decirse que la guerra no nos afectó directa y gravemente; pero, a la vez, su impacto fue grande.

En primer lugar porque el mundo no había sufrido hasta entonces una guerra tan cruenta y de tal magnitud. El precio que la humanidad pagó en términos de riquezas materiales y sobre todo de vidas destruidas fue enorme, y contribuyó a que se comprendiera, acaso como nunca antes, la importancia de vivir en paz.

Con la guerra logró por fin superarse la profunda depresión de los años treinta, y el explicable aumento de los precios de numerosos bienes y servicios trajo consigo inestabilidad.

Aunque sobre todo después de que Estados Unidos entró a la guerra en respuesta a la agresión japonesa de Pearl Harbor, y la Unión Soviética empezó a detener la invasión de Alemania, fue claro que el fascismo no duraría los mil años anunciados por Hitler; aun así entrañaba un grave peligro que hizo que en México y muchos otros países cobrara fuerza tanto la derecha como el antifascismo.

Nuestra relación con Estados Unidos era compleja. De un lado se reconocía la importancia militar y económica de su participación en la lucha contra el Eje. Del otro, aunque las perentorias exigencias bélicas obligaban a ese y los demás países beligerantes a renunciar temporalmente a ciertas actividades, en el caso de México, a la vez que se avanzaba en el proceso de industrialización con menos competencia de los países más desarrollados, se acentuaba la dependencia respecto a Estados Unidos, que ahora era sin duda la nueva potencia dominante. Y por ello los sectores progresistas más consecuentes mantenían una posición antiimperialista.

Los gobiernos de Ávila Camacho y Alemán fortalecieron a los grupos conservadores, en general anticardenistas, y ambos contribuyeron a una cada

vez mayor corrupción. En particular, bajo el régimen alemanista no pocos funcionarios públicos influyentes se enriquecieron de la noche a la mañana, aprovechando sus cargos y amplias relaciones, y sobre todo la cada vez mayor importancia del capitalismo significó mayor concentración del capital y de la riqueza en general.

*¿Qué fue lo que, ante tal situación, hicieron algunos jóvenes como usted?*

En general, rechazamos los conservadores rumbos que tomaba la política oficial. Por ejemplo, aunque ya terminábamos la licenciatura y dejábamos la Universidad nos opusimos a Brito Foucher en la UNAM, y trabajamos porque la nueva Ley Orgánica de la Universidad promoviera ciertos cambios democráticos ya inaplazables. Apoyamos, como ya dije, varias candidaturas a diputados de la Liga de Acción Política que presidía Narciso Bassols. Estuvimos en contra de que se abrieran las puertas al capital extranjero. Nos interesó seguir de cerca lo que ocurría en Estados Unidos, pues apenas concluida la Segunda Guerra empezó a reaparecer el antisovietismo y se puso en marcha la política de guerra fría, y en México, nos solidarizamos con Bassols y otras personas que oportunamente denunciaron la contra-reforma agraria lanzada por Alemán al modificar el artículo 27 constitucional, y el apoyo que su gobierno daba a los líderes «charros» en el movimiento sindical.

A propósito de Narciso Bassols, a principios de 1946 empezamos varias personas a reunirnos con él, a fin de cambiar impresiones sobre la situación del país, y recoger sus siempre incisivas y autorizadas opiniones. Nos reuníamos con él, aproximadamente cada mes, entre otros, Ricardo Torres Gaytán, Manuel Bravo, Raúl Salinas Lozano, Luis Correa, José Attolini, Horacio Berbera y yo; y alguna vez asistieron otros compañeros. A menudo se recordaban páginas de nuestra historia, sobre todo de la época de la Revolución Mexicana, y siempre se habló de problemas de actualidad y de la política del gobierno, así como de asuntos internacionales y del intento de Estados Unidos de afirmar su hegemonía y su dominación en México y en general, en Latinoamérica y el Caribe.

Después de dos o tres encuentros, el maestro Bassols me llamó un día y me dijo que como yo acababa de regresar de Estados Unidos me invitaba a charlar sobre las condiciones de la izquierda, las posiciones del movimiento obrero, los nuevos problemas económicos y las críticas que se hacían en el partido comunista a Earl Browder, que culminaron con su expulsión. Le agradecí su interés en conversar conmigo, y no sólo nos vimos una ocasión sino varias; y a partir de entonces empezamos a encontrarnos con cierta frecuencia, primero, cada dos semanas, y algún tiempo más tarde, semanalmente.

Días después de aprobada la reforma a la Constitución, empezamos a reunirnos varias personas con algunos artistas e intelectuales para examinar lo que acontecía y pensar juntos en lo que podíamos hacer. Y aunque de ello

no surgió un esfuerzo organizado, se intercambiaron inquietudes, se advirtió un amplio consenso, se expresó inconformidad y se hicieron protestas significativas, que en pequeña medida ayudaron a que se entendiera mejor lo que realmente era el alemanismo.

Gracias a esos encuentros empecé a tratar a varios artistas: Alfredo Zalce, Pablo O'Higgins, Elizabeth Catlett y Pancho Mora; y poco después a Leopoldo Méndez, Mariana Yampolsky, Alberto Beltrán, José Chávez Morado y a algunos jóvenes como Castro Pacheco, García Bustos y Bracho. A Ignacio Aguirre lo había conocido unos años antes, y gracias a él hicimos más tarde Stella y yo amistad con la coreógrafa Ana Sokolov; a Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros les oí alguna

conferencia desde los años de la Segunda Guerra, pero los empecé a tratar hacia fines de los cuarenta, a través del maestro Bassols, y a Fanny Rabel la conocí por conducto del doctor Horacio Zalce, en los años sesenta.

En 1947, cuando colaboré en la revista mensual *Política*, que dirigía Luis Correa Sarabia, escribí entre otros un artículo -en el número 2- sobre los cambios que se registraban en Estados Unidos, en el que señalé que la situación social de ese país mostraba, desde la terminación de la guerra, un revelador e inquietante deterioro. En efecto el nivel de empleo se reducía, la economía no crecía como antes, los salarios reales no aumentaban, y junto a tendencias inflacionarias empezaba a cobrar fuerza una deflación que eventualmente podía desenlazar en una depresión como la que se había vivido en los años treinta. En 1947, en particular, la aprobación de la antiobrera Ley Taft-Hartley que el dirigente Philip Murray, del CIO, calificaba como «el primer paso real en el desarrollo del fascismo en Estados Unidos,» dejó ver que la política rooseveltiana del New Deal había quedado atrás. Los trabajadores eran acusados por ciertos monopolios y medios de comunicación de ser responsables de que la producción y el empleo disminuyeran y los precios se elevaran. Mas lo cierto es que las protestas, reclamos y huelgas de los trabajadores eran la respuesta a una situación lesiva, de la que ellos eran las principales víctimas.



Narciso Bassols, 1897-1959.

La derecha norteamericana no sólo se lanzaba contra los trabajadores; lo hacía en realidad contra las libertades democráticas, contra los negros, que eran cada vez más discriminados, contra ciertos altos funcionarios que el gobierno de Truman había heredado del de Roosevelt, y contra intelectuales progresistas como Howard Fast. El llamado Comité Rankin y su rechazo a toda actividad «antiamericana» anunciaba ya el macartismo, y la política exterior de Estados Unidos, crecientemente antisoviética, se interesaba claramente en fortalecer y estrechar relaciones con ciertas dictaduras.

Para entender lo que todo eso significaba es preciso recordar lo que ocurría, concretamente en Estados Unidos, desde la terminación de la guerra.

Apenas concluida ésta se inicia el proceso de reconversión de la economía norteamericana, y en cierto modo de la economía mundial. Pues bien, en Estados Unidos, la mayoría de la población esperaba y aun confiaba que la reconversión se llevaría adelante a partir de las ideas políticas hasta entonces en boga y los compromisos contraídos por los gobiernos, en buena medida desde la Carta del Atlántico suscrita años antes. Pero lo que aconteció fue bien distinto.

En vez de que el tránsito de una economía de guerra a una de paz se realizara en beneficio de los trabajadores, éstos resultaban los más lesionados. Y aunque de palabra se hablaba de respetar sus derechos, sus salarios y su empleo, lo cierto es que en la práctica todo favorecía al gran capital propiamente monopolista. En tal virtud las ganancias de las más poderosas empresas aumentaron incluso frente a los ya muy altos niveles que habían alcanzado durante la guerra; los impuestos se redujeron, las huelgas se combatieron y aun prohibieron; se dividió al movimiento obrero, y especialmente la *American Federation of Labor* jugó al respecto un papel muy negativo.

Todo ello coincide con un profundo viraje en la política exterior de Estados Unidos. A principios de 1946, Winston Churchill visita ese país, y en un agresivo discurso que pronuncia en Fulton, Missouri, deja ver que en lugar de contribuir a preservar la unidad de los «tres grandes», propone una estrecha alianza anticomunista anglo-norteamericana. O sea, se aparta de los acuerdos de Yalta y Potsdam, y coincidiendo con las reaccionarias posiciones de los republicanos John Rankin, Arthur Vandenberg, Robert Taft y otros, convierte al aliado soviético, o sea al pueblo gracias al cual se pudo en gran medida derrotar al fascismo, en el enemigo a combatir.

Dicha política exhibe otras manifestaciones reveladoras. El gobierno, no obstante que la guerra ha concluido, se militariza; mantiene bases en otros países cuya soberanía es lesionada e interviene una y otra vez en los asuntos internos de otras naciones. Hacia América Latina, en vez de apoyar su desarrollo y democratización, respalda a regímenes dictatoriales, y en nombre del «libre comercio», lo que pretende es que se abran las puertas al capital extranjero —especialmente estadounidense— para que éste refuerce

su dominación del subcontinente latinoamericano. La Conferencia de Chapultepec, en México, comprueba que lo que Estados Unidos buscaba no era promover una genuina cooperación económica internacional, sino hacer prevalecer los intereses del capital monopolista norteamericano. Y todo ello se confirma en la Conferencia de la que, poco tiempo después, surgirá La Carta de la Habana.

Para abrir paso al capital se reenarbola la bandera del libre comercio, lo que comprueba que apenas concluida la guerra Estados Unidos se interesa en reconquistar los mercados en los que su posición se había debilitado. Y explicablemente, los países latinoamericanos, y sobre todo aquellos que avanzan en su industrialización, defienden a su vez las políticas proteccionistas y la sustitución de importaciones por producción interna.

Mientras sucedía todo eso, el gobierno de Truman, que en un principio parecía interesado en mantener la política de Roosevelt, muy pronto demostraría que aun en aquellos casos en que había propuesto adoptar ciertas medidas, en realidad no las defendería y acabaría cediendo ante las fuerzas conservadoras que se oponían a ellas. Así fue en el Congreso y en otros ámbitos.

Por entonces, además, nos preocupó el nuevo y peligroso paso hacia la guerra y la lesión de nuestra soberanía que significaba el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, conocido como Pacto de Río de Janeiro. Sobre éste seguimos de cerca la débil posición del gobierno mexicano, y muchos compañeros nos identificamos con la crítica que el licenciado Bassols hizo de ese Tratado y de la posición del gobierno de México, en particular.

*¿Por qué les parecía muy peligroso ese Pacto?*

Porque, por encima y al margen de las Constituciones nacionales de cada uno de nuestros países, y de la Carta de las Naciones Unidas, creaba un régimen de «alianza automática» con el país que fuera objeto de un «ataque armado». O en otras palabras, aun en el caso de que ese país hubiese agredido a otro u otros, si en respuesta a esa agresión era atacado, los demás de nuestra América tendrían que apoyarlo. Fácilmente se advertirá que el Pacto de Río de Janeiro intentaba, en realidad, someter a nuestras naciones a los intereses de las fuerzas dominantes de Estados Unidos.

Como diría Narciso Bassols:

El Tratado de Río de Janeiro es un gran paso hacia la guerra, en vez de serlo hacia la paz, por dos motivos capitales: porque estimula a las fuerzas imperialistas norteamericanas -lanzadas a la empresa de la dominación mundial, aun a costa de la guerra-, ya que les entrega el concurso de Latinoamérica en no importa qué clase de contienda provoquen; y porque violando el artículo 53 de la Carta de San Francisco, consagra un gran atentado contra la Organización de las Naciones Unidas, al establecer que sin autorización del Consejo de Seguridad, podrá cualquier país americano, y naturalmente todos ellos juntos, poner en ejecución medidas coercitivas militares, es decir hacer la guerra; todo

ello además de que, desvirtuando por completo los conceptos de lo que es la «legítima defensa» y la «acción de carácter regional», viola también los artículos 51 y 52 de la misma Carta de San Francisco.<sup>4</sup>

En 1949-50 cooperamos varios compañeros en la creación del Movimiento Mexicano por la Paz, cuando se fundaba el Consejo Mundial, y poco tiempo después en la organización de la primera conferencia americana por la paz, que se realizó en nuestro país, y en la que entre otras muchas personas trabajamos en la Comisión de Organización Víctor Manuel Villaseñor y yo, así como el cubano Carlos Rafael Rodríguez, a quien así conocimos y estimamos desde entonces.

La iniciativa de realizar ese congreso fue en general muy bien recibida. Numerosas personas: intelectuales, dirigentes políticos y sindicales, académicos, trabajadores, hombres y mujeres, la acogieron con interés y simpatía, y buen número de personalidades de otros países ofrecieron venir a México con ese motivo, y quienes no pudieron hacer el viaje a nuestro país ni participar en dicho encuentro –como ocurrió por ejemplo con el actor Charles Chaplin–, dejaron clara constancia de su solidaridad.

A la vez, sin embargo, algunas personas –entre los que recordaría a Alfonso Reyes–, prefirieron no participar porque consideraban que el Congreso americano y la lucha por la paz eran actividades políticas y ellos no eran políticos.

En el año cincuenta empecé a escribir en el diario *El Nacional*, la columna: «¿Avances? ¿Retrocesos? Una semana de hechos», a invitación de su entonces director, Guillermo Ibarra. Recuerdo que en una primera conversación con éste se mencionó que yo podría escribir de asuntos económico-políticos; pero, pensando probablemente Ibarra que, dada mi posición crítica de la política oficial ello podría plantear un problema, me sugirió que mejor me ocupara de cuestiones internacionales; y así lo hice en unos veinte artículos.

Al examinar asuntos internacionales no los vi como si fueran cuestiones ajenas a nuestro país, sino más bien el nuevo escenario-contexto en que México se desenvolvía, y que nos afectaba de múltiples maneras. O en otras palabras, sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial ningún país, y menos el nuestro, siendo vecino y dependiendo cada vez más de la nueva potencia dominante, podía vivir al margen de los cambios en la situación mundial.

Al empezar a examinar lo que ocurría, advertí hechos importantes como los que siguen:

- pese a la terminación de la guerra y la necesidad de impulsar la economía con inversiones productivas, el gasto militar seguía siendo enorme, el gasto

<sup>4</sup> Narciso Bassols. *Obras*. Fondo de Cultura Económica. México, 1964. p. 88.

social se restringía, y Estados Unidos establecía bases militares en múltiples países;

- aun después del triunfo de la revolución china, bajo la presión norteamericana se impedía a la China Popular estar representada en la ONU, en la que seguía reconociéndose al derrotado Kuomintang y a Chiang Kai Shek;
- la situación de Europa era difícil, e incluso en los principales países occidentales -Italia, Inglaterra, Francia, Holanda, Bélgica y otros-, crecían el desempleo, los precios y la desigualdad social;
- desde 1945, en que se aprobaron los Acuerdos de Postdam, se consideró que Alemania sólo podría reintegrarse pacíficamente a la comunidad internacional después de ser «desnazificada» y «desmilitarizada», y cuando, entre otras cosas, fueran destruidos los poderosos monopolios y cárteles que habían apoyado y contribuido a fortalecer el nazismo; mas lo cierto es que nada de ello se hizo, en gran parte porque sobre todo Estados Unidos e Inglaterra endurecieron su política no contra Alemania, sino contra la Unión Soviética;
- y a partir del inicio de la «guerra fría», el Plan Marshal y la llamada «doctrina Truman», el intento de sostener el viejo régimen se refuerza, y en vez de apoyar a los países que tratan de industrializarse y avanzar hacia un desarrollo independiente, lo que se hace es fortalecer el neocolonialismo, mantener ciertas colonias como las de Francia en Indochina, y pretender que los países subdesarrollados de Latinoamérica, Asia y África se conformen con producir y vender a bajos precios materias primas, que las naciones industriales se niegan a menudo a comprarles.

Quando mi colaboración a *El Nacional* iba aparentemente bien, una mañana me habló el director del periódico; nos reunimos, y me dijo que no sería ya posible que continuara escribiendo porque el embajador de Estados Unidos, que no recuerdo quién era, se había acercado a la Secretaría de Relaciones Exteriores y protestado porque *El Nacional* publicara mis artículos, hostiles a la política norteamericana. No había más que hablar; y sintiendo que Ibarra estaba apenado, me limité a comentar que no se preocupara, que le agradecía su interés en que yo colaborara en el periódico, y que sólo lamentaba que en el diario del gobierno mexicano no pudieran expresarse opiniones independientes respecto al poderoso vecino del norte.

### *La revista Índice*

Otra actividad a la que me vinculé a principios de los años cincuenta fue la publicación de *Índice*, revista trimestral que lanzamos el ingeniero Narciso Bassols Batalla y yo como editores, y que se proponía examinar regularmente problemas políticos, económicos y culturales, sobre todo de México, y en la que desde el primer número aceptaron colaborar Ignacio Aguirre, José Rogelio Álvarez, Manuel Bravo, Luis Córdova, Juan de la Cabada, Moisés T. de la Peña, Bernardo Fishledder, Guillermo Haro, Joaquín Mac-

gregor, Ernesto Madero, Leopoldo Méndez, Hilario Miramontes, Diego Rivera, Matilde Rodríguez Cabo y Fernando Rosenzewig, lista a la que después se agregarían Roberto Atwood, Ángel Bassols, Fernando Carmona, Luis Correa Sarabia, Agustín Cue Cánovas, Eli de Gortari, Francisco G. de la Peña, Ignacio García Téllez, Paula Gómez Alonso, Ignacio González Guzmán, Alfonso Magallón, Emilio Mújica, Alejandro Quesada, Laszlo Radanyi, Rafael Ramírez y Juan Rejano.

Al presentar el primer número de la revista se dijo:

Aparece *Índice* cuando el mundo ha vuelto a ensombrecerse con la amenaza de otra guerra...

Confiamos en que la paz podrá preservarse. Pero... la tarea a realizar en estos momentos es la de tratar de lograrlo...

La política es para nosotros el modo, el mecanismo y las condiciones a través de las cuales se expresan los intereses de los distintos grupos en que se divide la población... Tenemos por tanto plena conciencia de que al examinar este problema no es posible permanecer al margen de quienes participan en el conflicto. Y por ello no vacilamos... en subrayar que... en nuestro trabajo habrá de interesarnos de modo fundamental la determinación y el análisis de la forma en que se plantean... se defienden, sacrifican y traicionan los intereses de las mayorías, esto es, de quienes viven de su trabajo y construyen así la vida toda del país.

No nos sentimos al margen ni por encima de la contienda...

*Índice* no es órgano de ningún partido. Es una publicación independiente; de ahí que las ideas y puntos de vista que en ella se expresen correspondan a la convicción de sus editores, salvo en el caso de secciones o artículos firmados...

[Para nosotros] ...es evidente que en un medio como el de México, caracterizado por el atraso político, el poner en marcha una publicación del tipo de *Índice* seguramente podrá contribuir a activar la discusión de los grandes problemas nacionales, a esclarecer importantes cuestiones políticas y económicas, y a dar mayor fuerza al agrupamiento de los sectores progresistas mexicanos.

De *Índice* se publicaron ocho números, en los que examinamos grandes problemas de México y de otros países latinoamericanos, de Estados Unidos y la situación internacional, violaciones a derechos humanos y libertades democráticas, avances y retrocesos en la vida social y en la lucha política, el neocolonialismo, el imperialismo y el subdesarrollo, nuevas y especialmente para nuestros países muy lesivas formas de operación del capital monopolista e importantes cuestiones de educación y cultura. Por ejemplo en el número 3 incluimos un singular y valioso artículo del muralista Diego Rivera titulado «La Cuestión del Arte en México», y a partir de ese número ilustramos la portada de la revista con un original dibujo que el propio Rivera hizo especialmente para la revista.

En todos los números de la publicación el ingeniero Bassols escribió «La Situación Política» y yo me hice cargo de la sección sobre «La Economía Mexicana», y colaboré, además, en la comunicación «a los lectores», y con el propio Narciso y otros compañeros, en la edición y distribución.

«La Economía Mexicana» se ocupó trimestralmente tanto de algunas actividades como, sobre todo, del conjunto de la economía y su dinámica interna. Por ejemplo, a menudo se examinaba el comportamiento del producto interno bruto, su ritmo de crecimiento, su distribución, las tendencias de la acumulación de capital. Se siguió de cerca también el proceso inflacionario, ya que entre 1940 y principios de los años cincuenta los precios subieron grandemente.

Otro importante aspecto de la situación económica que se examinó con cuidado fue el relativo a la concentración y el monopolio, lo que permitió comprobar que en varias actividades, y concretamente en el sistema bancario, la tendencia de concentración del capital era comparable a la de los países más desarrollados, y también se observaba una estrecha relación entre los grandes bancos y las empresas industriales y comerciales más importantes.

Con frecuencia examinamos, además, la relación de México con Estados Unidos y la cada vez mayor dependencia de nuestro país, que se advertía en el comercio exterior y la balanza de pagos, en el movimiento de la inversión extranjera, en la introducción de nuevas tecnologías, en el cada vez mayor número de trabajadores migratorios (braceros) mexicanos a Estados Unidos, en diversos aspectos de la vida cultural e inclusive en el plano político.

También se consideró el problema agrario, que el abandono del reparto de tierras había contribuido a agravar, así como los principales aspectos de una industrialización significativa, que modificaba la estructura de nuestra economía, pero se realizaba de manera anárquica, inestable y muy dependiente de Estados Unidos. A menudo, desde luego, se examinaron las precarias condiciones de trabajo y de vida de la mayoría de la población, haciéndose notar que incluso en periodos de elevación de la productividad del trabajo los salarios reales no aumentaban al mismo ritmo y aun decrecían y que, en general, no pocas veces los precios subían más de prisa que el valor de la producción, lo que quiere decir que el incremento del ingreso en términos reales debe haber sido bastante menor de lo que se estimaba en fuentes oficiales.

Todo lo anterior y el examen de otras cuestiones, y de la forma contradictoria en que se desenvolvía la economía mexicana, nos ayudó a entender mejor el carácter, las limitaciones y el funcionamiento del capitalismo en nuestro país.

La revista tuvo buena acogida, y no pocas veces recogimos alentadoras expresiones de simpatía, apoyo y solidaridad. Pero en ciertos círculos también concitó hostilidad. Por ejemplo, después de publicarse el número 4, el director de la Nacional Financiera, institución nacional de crédito en la que yo trabajaba desde hacía más de seis años, me llamó a la Dirección y me dijo que el Consejo de Administración había resuelto pedirme que me desvin-

culara de la revista, y que de no hacerlo tendría que renunciar a mi puesto de subjefe del Departamento de Estudios Financieros.

Al día siguiente conversé de nuevo brevemente con el director general, licenciado Antonio Carrillo Flores, y le dije que había pensado en la decisión del Consejo, y considerando que el participar en *Índice* y expresar mis opiniones era un derecho que la Constitución me otorgaba y que a mi juicio no reñía con mi contrato de trabajo ni con el cumplimiento de mis obligaciones laborales en una sociedad anónima controlada por el gobierno, no renunciaría a mi puesto; que, en todo caso el Consejo me despidiera o cesara. El licenciado Carrillo Flores sólo comentó que esto no me convendría y que si no dejaba la revista, sería preferible que yo renunciara a mi empleo en la Financiera. Pues bien, el siguiente episodio en este proceso consistió en que pocos días después se me informó que si aceptaba renunciar a mi puesto se me concedería una cuantiosa gratificación, de cien mil pesos, pero si optaba por el cese no se me daría un centavo de indemnización. Mantuve mi posición, y se me despidió ilegalmente sin otorgarme indemnización alguna.

Tal decisión dio lugar a la protesta pública de unos 150 intelectuales, artistas y otras personas, que incluso suscribieron algunos economistas en la propia Nacional Financiera, y varios compañeros de trabajo de esta institución me dijeron que estaban siendo presionados quienes se habían solidarizado personalmente conmigo, para que retiraran sus nombres.

En diversos comentarios que se hicieron de mi despido de la Financiera, se mencionó que la decisión había sido del Consejo Directivo, y en ciertas ocasiones se aludió concretamente a quien lo presidía, o sea el licenciado Ramón Beteta. Éste, sin embargo, a quien encontré tiempo después, me parece que en el funeral de la señora Luz Quintana de Grisi, que era prima de él y como ya comenté, también de mi padre, se acercó y me dijo que quería aprovechar nuestro inesperado encuentro para hacer una aclaración. Que sabía que algunos lo señalaban como responsable de mi despido de la Nacional Financiera, y que quería que supiese que no había sido así; que al contrario, aunque no compartiéndola, él respetaba mi posición, y quien se había empeñado en que abandonara *Índice* o mi empleo, era el presidente Alemán.

Y al menos algo de ello puede haber sido cierto ya que después de varios meses sin trabajo, hacia fines de 1952, con el apoyo del ingeniero Emilio Alanís Patiño conseguí un modesto empleo en el Departamento de Asuntos Económicos de la recién constituida Comisión Nacional de la Caña. En las tres o cuatro semanas que estuve ahí no hubo problema, y aun sentí que al director le interesaba mi colaboración. Un día me llamó a su oficina y me dijo que ojalá pudiera ir yo a los Mochis, Sinaloa, porque había al parecer un serio problema en el ingenio azucarero de esa ciudad. Le pregunté cuándo debía yo salir, y me dijo que cuanto antes. Un rato después se me informó que ya tenía el pasaje aéreo listo, y

al día siguiente el director de la Comisión nos invitó a comer al restaurante Prendes al ingeniero Alanís Patiño y a mí, y me dijo que no podría seguir yo en la Comisión, porque le habían hablado de la presidencia de la República e informado que el licenciado Alemán pedía que se me despidiera de inmediato. La verdad, añadió, «no soy yo un valiente, y me veo precisado a pedir a usted su separación». A lo que agregé que mi viaje a los Mochis no sería ya posible.

Volviendo a la Nacional Financiera, al cesarme ésta, en mi opinión ilegalmente, la demandé. Y aunque dos amigos abogados, y en particular Roberto Cossío y Cosío me proponían que reclamara restitución en el empleo y una indemnización mucho mayor a la que yo demandaba, preferí que el juicio se ventilara como una cuestión constitucional. El abogado de la Financiera llegó a decirme que tuviera cuidado porque incluso se estaba considerando la posibilidad de hacerme graves cargos penales, pero al poco tiempo de estar en la presidencia de la República don Adolfo Ruiz Cortines, me citaron a los Pinos y tuve una breve conversación con él, en la que comentó que la decisión de la Nacional Financiera de cesarme había sido un «despropósito», y que me comunicara con el licenciado Hernández Delgado, nuevo director general de la institución, quien tenía instrucciones de cubrirme la indemnización legal que yo reclamaba.

De *Índice* solo pudieron publicarse ocho números, porque nuestros recursos financieros eran muy escasos, y empezaban ya a agotarse; y también influyó el que, en los primeros meses del gobierno del presidente Ruiz Cortines, el maestro Bassols aceptó ser uno de sus consejeros, porque pensó que acaso en algo podría contribuir a que el nuevo gobierno rompiera con el alemanismo. Y aunque en un momento dado él comentó que nosotros deberíamos decidir si la revista continuaba publicándose o no, a la postre y después de reflexionar sobre la situación y consultar a algunos compañeros, pensamos que en tales condiciones sería muy difícil seguir adelante con *Índice*.

Mientras publicábamos la revista realicé otras actividades que eran parte de nuestro modesto trabajo político. En 1951-52 traté de ahondar en el conocimiento del capitalismo en general, y en particular en México, escribiendo algún artículo y aceptando dar una conferencia en los cursos de invierno de la Escuela Nacional de Economía, en el segundo de esos años, sobre el Mercado y el Desarrollo, y sobre todo en los meses en que carecí de empleo, escribí un ensayo sobre el mercado de capitales en México en las postrimerías del porfiriato, y en esos dos años participé como ponente en otros tantos seminarios sobre las inversiones extranjeras y la cada vez mayor dependencia de México respecto a Estados Unidos, potencia que había salido fortalecida de la Segunda Guerra y se empeñaba ahora en afirmar su hegemonía.

## Banco Nacional de Comercio Exterior

A principios de 1953, el licenciado Ricardo J. Zevada me invita a trabajar en el Banco Nacional de Comercio Exterior, del que ahora él era director general. En los tres años y medio que colaboré con él en esa institución, me ocupé de diversas cuestiones. De ellas, sin embargo, solamente recordaré dos, una directamente relacionada con Estados Unidos.

Unas semanas después de que empecé a trabajar en el Banco, el licenciado Zevada me dijo que estaba por realizarse en Caracas, Venezuela, una reunión económica interamericana, y que yo formaría parte de la delegación mexicana, que él presidiría.

Con tal motivo empezamos tres o cuatro personas a reunirnos en el Banco, y aunque don Ricardo trató de acompañarnos, en realidad no pocas veces no pudo hacerlo porque otras actividades de la Dirección lo reclamaban. Una mañana me preguntó cómo íbamos en nuestras reuniones, y comenté que algo habíamos avanzado, pero que sin su presencia y acuerdo no podríamos ir muy lejos. Estuvo él de acuerdo, y como por entonces no había vuelos directos de México a Caracas, por lo que viajaríamos vía La Habana, recordó que él tenía amistad con un banquero mexicano en esa ciudad, y que probablemente lo mejor sería hacer una escala de dos o tres días en Cuba, y allí realizar el trabajo preparatorio que en México estaba resultando difícil.

Así se hizo, y en La Habana pudimos reunirnos mañana y tarde, y preparar el trabajo de la delegación. Todo esto, por cierto, acontecía a principios de febrero de 1953, o sea nada menos que en el año del asalto de Fidel Castro al cuartel Moncada, y pronto nos dimos cuenta de que la situación política de Cuba era muy difícil, y de que la dictadura de Batista hacía frente a la inconformidad popular, principalmente con medidas represivas.

Al respecto recuerdo que una ocasión en que comimos en un restaurante cercano al Capitolio, al salir nos sorprendió ver un despliegue de fuerza policiaca que, según se nos dijo, parecía ser la respuesta a una manifestación estudiantil que, como otras tantas veces, había sido disuelta por el gobierno.

En otro momento, en que el banquero amigo de don Ricardo nos preguntó a éste y a mí si teníamos interés en saludar a alguna persona, él nos ayudaría, le mencionamos que nos gustaría ver a Juan Marinello, amigo de ambos, y yo mencioné, además, a Carlos Rafael Rodríguez. Y al oírnos, el banquero sólo dijo que esos nombres eran peligrosos, pues dichas personas eran dirigentes políticos perseguidos por el gobierno, que inclusive podían estar en la cárcel. De manera, añadió, que yo les recomiendo no mencionar sus nombres a nadie.

A los tres días de estar en La Habana, continuamos a Caracas, y en Venezuela había otra dictadura: la de Pérez Jiménez.

La Conferencia a la que asistíamos se realizaba en la Universidad Central de Venezuela, y apenas se inició, advertimos que no había estudiantes.

Preguntamos si era un periodo de vacaciones, y se nos dijo que no; que lo que ocurría es que la comunidad universitaria había acordado un paro, esto es suspender sus actividades en protesta por la política antidemocrática del gobierno de Pérez Jiménez. Y todos los días, al recoger en nuestros casilleros los documentos de la conferencia, encontramos uno o varios volantes en los que diferentes organizaciones objetaban la represiva política gubernamental.

En cuanto a la conferencia, recuerdo que uno de los problemas que mereció mayor atención de los delegados fue la reducción de las reservas monetarias, o sea de la disponibilidad de divisas de la mayor parte de los países latinoamericanos y caribeños, hecho sin duda desfavorable, que en buena medida tenía relación con la política comercial y de inversiones de Estados Unidos, que lejos de representar una afluencia neta de fondos que contribuyera a incrementar los recursos financieros de nuestros países, se traducía en la reducción de las mismas; y por tanto era negativa para el desarrollo.

En 1956, por otra parte, México era un gran productor y exportador de algodón, asunto del que en ciertos aspectos yo me ocupaba en el Banco. Por entonces, la situación del mercado algodonero era muy difícil, debido a que Estados Unidos había resuelto vender a bajos precios—incluso de dumping—sus grandes existencias de dicha fibra acumuladas en la *Commodity Credit Corporation*. A punto de realizarse en Washington una Conferencia de la Comisión Consultiva Internacional del Algodón, se convino en que nuestro país debía defender con firmeza sus intereses en ese encuentro. Inicialmente, un funcionario de la Secretaría de Hacienda preparó un proyecto de declaración; varias personas vinculadas a diversas dependencias lo examinaron en el Banco de Comercio Exterior y concluyeron que el texto era insuficiente y débil, y que con él, nuestro país no podría defender en forma adecuada sus legítimos intereses. El ingeniero Julián Rodríguez Adame propuso entonces que se elaborara un nuevo proyecto y que yo lo redactara. Acepté, y unos días después sometí el nuevo texto a la consideración de dichas personas, que lo aprobaron.

Cuando se integraba la delegación de México, el licenciado Zevada me llamó una tarde a su oficina, en la que estaban también don Luis Padilla Nervo, el licenciado Gilberto Loyo y el ingeniero Rodríguez Adame, y ahí me enteré de que se pensaba que yo debía formar parte de dicha delegación. Me permití decir que apreciaba y agradecía la distinción, pero que consideraba que era mejor que en mi lugar fuera otro funcionario del Banco de Comercio Exterior u otra institución. De su parte ellos insistieron en que yo participara, pues venía trabajando sobre el problema del algodón y había redactado el proyecto de la Declaración que México llevaría a la Conferencia de Washington, y el licenciado Padilla Nervo, por entonces Secretario de Relaciones Exteriores, se limitó a decirme que para el asunto de la

visa no fuera a la embajada de Estados Unidos. Relaciones –dijo– le extenderá un pasaporte diplomático y solicitará su visa.

A los pocos días viajamos a Washington, y cuando la conferencia del algodón aún no se iniciaba, me llamó por teléfono el licenciado Zevada pidiéndome que regresara de inmediato, y que él me explicaría lo sucedido. Regresé dos días después, ya que sólo entonces pude conseguir un vuelo, por cierto desde Nueva York, y al conversar tanto con el director del Banco como, sobre todo con el licenciado Loyo, Secretario de Economía Nacional, me enteré de que el embajador norteamericano había hablado con el Secretario de la Presidencia y solicitado que yo no formara parte de la delegación mexicana a la Conferencia de Washington.

Las dos personas antes mencionadas me pidieron que siguiera como funcionario en el Banco, aunque desde luego ya no a cargo del problema del algodón, pero preferí renunciar, ahora más convencido que antes de que trabajar en una institución vinculada al gobierno, con una posición independiente y crítica del orden de cosas vigente era cada vez más difícil, y además, temiendo que, de seguir en el banco podría perjudicar al licenciado Zevada.

En la segunda mitad de los años cincuenta, los trabajadores mexicanos empiezan a reclamar mejores condiciones. Los movimientos de los telegrafistas, maestros y ferrocarrileros cobran importancia, y a la vez son reprimidos de una u otra manera. Nosotros, desde el Círculo de Estudios Mexicanos y otras organizaciones, nos solidarizamos con sus justas demandas, y a mí me toca redactar un manifiesto de apoyo a los ferrocarrileros, que es suscrito por numerosas personas, circula ampliamente y es bien recibido.

### *¿Qué era el Círculo de Estudios Mexicanos?*

El Círculo de Estudios Mexicanos se constituyó a fines de 1954. En un principio, las personas que se sumaron a él fueron pocas, e incluso pronto afloraron discrepancias que llevaron a un conflicto interno y la separación de algunos de sus miembros.

Lo que motivó esa situación fue que al realizarse una reunión de los países de América en Río de Janeiro, se examinó si el Círculo debía o no ocuparse de lo ocurrido en dicha Conferencia. Por una muy amplia mayoría se convino en que sí debía hacerlo, pues lo que estaba en juego era fundamental para nuestro país, y el Círculo no podía permanecer en silencio y cruzarse de brazos.

Recuerdo que a Jorge Carrión y a mí se nos pidió redactar una Declaración, y el proyecto que elaboramos fue ampliamente aprobado en una siguiente sesión. Pero unos días después algunos miembros del Círculo expresaron su desacuerdo y anunciaron que se separaban. Y a la vez varias personas que hasta entonces habían compartido sus posiciones, como por ejemplo el doctor Enrique Cabrera, se acercaron a quienes nos quedamos en el Círculo, y expresaron que la posición adoptada sobre la Reunión de

Río de Janeiro les parecía consecuente, útil y justa, y que haciendo frente a tales problemas se conquistaría prestigio.

De momento el problema fue serio; pero pronto se superó y quedó atrás. El Círculo creció a partir de entonces hasta llegar a agrupar a unos 400 profesionistas, intelectuales y artistas, la mayor parte de ellos de la ciudad de México, y algunos de Monterrey, Torreón, Chihuahua, Mexicali, Tijuana y otras ciudades de varias entidades. Entre quienes trabajaron en Monterrey, recuerdo en particular al doctor Martínez Cárdenas.

En 1956, mientras otros compañeros y yo trabajábamos en el Círculo de Estudios Mexicanos, el ingeniero Narciso Bassols Batalla empezó a publicar la revista mensual *Guión*, en la que colaboré con cierta frecuencia.

La publicación de dicha revista fue un buen esfuerzo, que seguramente contribuyó a que se entendiera mejor la situación del país, en un momento en que no obstante haberse abandonado posiciones progresistas que en otras épocas estuvieron presentes, se seguía a menudo empleando demagógicamente en el gobierno una jerga izquierdizante que confundía a muchos. El propio presidente López Mateos, gustaba repetir que él era de «éxtrema izquierda dentro de la Constitución», lo que en realidad quería decir que si alguien se colocaba a su izquierda, estaba fuera de la Constitución. De ahí que ser verdaderamente revolucionario era nada menos que anticonstitucional.

En sus seis años de vida el Círculo se ocupó de múltiples cuestiones. En la ciudad de México nos reuníamos aproximadamente cada mes en sesiones públicas, en las que siempre se examinaba algún problema de interés en conferencias o mesas redondas. Los miembros de la dirección nos reuníamos cada semana, y en diversas publicaciones el Círculo presentó estudios, examinó problemas, señaló peligros e hizo propuestas sobre lo que a su juicio debía hacerse en ciertas regiones del país –sureste y norte, y particularmente en La Laguna y Mexicali– y examinó problemas como el agrario, la inversión extranjera, el desarrollo económico, la necesidad de democratizar nuestra vida social y política, y de afirmar el carácter nacional y la independencia de la industria petrolera, el respeto a derechos humanos fundamentales y otros asuntos de interés nacional.

El Círculo también se interesó en cuestiones internacionales y en la lucha por la paz. Por ejemplo, en 1958, el Consejo Mundial de la Paz, que entonces presidía el científico inglés John D. Bernal, lo invitó a tomar parte en una reunión en Estocolmo (Congreso por el Desarme y la Cooperación Internacional). Se aceptó la invitación y se me designó su representante y, ya en Suecia, los compañeros que integraban la delegación acordaron que yo la encabezara. Como representante del Círculo presenté una ponencia, –que se publicó en el diario *Excelsior de México* el 16 de julio– y poco tiempo después el Consejo distinguió al CEM con una medalla de oro por su participación en dicha Conferencia y por el trabajo del Círculo a favor de la paz.

Al regresar a México se convocó a una reunión pública en la que informamos acerca de lo hecho en Suecia y sobre los acuerdos adoptados, y se reiteró el propósito de seguir trabajando por la paz, no como un asunto lejano o ajeno a nuestro país, sino como condición fundamental para nuestro desarrollo y la posibilidad de hacer frente con éxito a los más graves problemas.

En el acto antes mencionado, en el que informamos acerca del Congreso de Estocolmo por el Desarme y la Cooperación Internacional, yo comenté que uno de los temas que despertó mayor interés fue el del desarrollo económico, que por cierto no había sido tratado, al menos con la amplitud con que esta vez se examinó.

El sentido de los debates y de las resoluciones sobre el tema podría resumirse como sigue:

1. El prerrequisito o condición esencial para el desarrollo, consiste en la plena independencia económica y política de todos los países.
2. Los fondos internacionales que hasta ahora se han destinado a estimular el desarrollo de los países menos industrializados, han sido del todo insuficientes y no se han empleado debidamente.
3. En la presente etapa histórica, la cooperación entre todos los países ha llegado a ser esencial para promover el desarrollo económico y social.
4. Todos los países, y especialmente aquellos en que se concentra una gran parte del ingreso y la riqueza mundiales, deben reconocer, en bien de su propio progreso y del bienestar de la comunidad internacional, la necesidad de cooperar de una manera sistemática y creciente al desarrollo de los países menos industrializados.
5. Para que la cooperación económica internacional sea realmente genuina y útil, es indispensable:
  - a) Que no interfiera o lesione de manera alguna la soberanía y el derecho a la autodeterminación de todos los pueblos.
  - b) Que las inversiones de capital extranjero, en particular, se destinen a satisfacer las aspiraciones de progreso de los países que las reciben y no impliquen trabas, condiciones u obligaciones de carácter económico, político o militar.
  - c) Que los empréstitos internacionales se ajusten y satisfagan las crecientes necesidades de los países en desarrollo y que en ningún caso sean precedidos, acompañados o seguidos de presiones económicas o de otra naturaleza.
  - d) Que los programas de ayuda técnica se amplíen y sean cada vez más flexibles.
  - e) Que se promueva el más amplio intercambio de técnicos, científicos, estudiantes, trabajadores y hombres de negocios, así como de experiencias, informaciones y estudios económicos, y que dentro de un marco de respeto a las leyes de cada país, se adopten medidas para facilitar los viajes internacionales.
  - f) Que se establezcan mecanismos de regulación de los precios y de los mercados de las materias primas, a fin de evitar alteraciones súbitas de los mismos que retarden, desequilibren y pongan en peligro el desarrollo de los países que en gran parte dependen de tales productos.

Sinceramente creo que aun esta breve e incompleta reseña, demuestra con claridad que los problemas ligados al desarrollo económico y la cooperación internacional,

no fueron abordados dogmáticamente o en atención a los intereses de tal o cual país. Alguien podría pensar, y no sin buenas razones, que acaso debió irse más lejos. Pero no debe olvidarse que el Congreso sólo duró siete días, que buena parte de su trabajo se realizó en el ambiente tenso a que dio lugar la inesperada crisis del Medio Oriente y que muchos de los temas económicos no habían sido hasta ahora discutidos en una asamblea semejante.

Personalmente, considero que lo que se logró en Estocolmo entraña, a pesar de cualquier limitación, un paso adelante; pues no sólo se aceptó en forma unánime que el desarrollo y el progreso de los países económicamente atrasados es una de las grandes exigencias de nuestro tiempo, sino que se estableció que sólo una auténtica cooperación internacional, que descansa en el reconocimiento de que cada pueblo deber ser dueño de su destino, puede contribuir a acortar la distancia que todavía separa a la mayor parte de la población del mundo de un nivel de vida medianamente humano y aceptable.

Mas si bien los acuerdos del Congreso entrañan un paso adelante que sería un error subestimar, en mi opinión sería un error también limitarse a reproducirlos mecánicamente y esperar a que un buen día, bajo condiciones más favorables que las actuales, se logre llevar a la práctica los principios en que tales acuerdos se sustentan.<sup>5</sup>

Simultáneamente, el Círculo se ocupaba de otras cuestiones. Por ejemplo, en 1958, preocupados porque el gobierno recurría con frecuencia a medios violentos contra ciertas acciones de los trabajadores, publicamos como desplegado un «Llamado a la Cordura», que produjo reacciones diversas y aun encontradas, y mientras numerosas personas expresaron su acuerdo con nuestra posición, algunos miembros del Círculo la objetaron, y varios de ellos aun decidieron renunciar, porque junto a los nombres de quienes constituían el cuerpo directivo del Círculo y suscribían la Declaración, aparecían además los de los miembros.

Poco tiempo antes, el señor José Pagés Llergo, director de la revista *Siempre*, me invitó en una ocasión a tomar un café, y comentó que le interesaba que yo me ocupara semanalmente de cuestiones económicas en la revista. Acepté su invitación, y la semana siguiente le envié el primer artículo sobre la Convención de Banqueros que acababa de realizarse, y en el que me referí a los explicables desacuerdos que se habían advertido entre industriales y banqueros.

El artículo no apareció, y habiéndoseme informado que el señor Pagés estaba en Tabasco, oportunamente hice llegar a la revista un segundo artículo, que tampoco se publicó.

Pasaron varias semanas, y al enterarse el licenciado Bassols de lo que había ocurrido, me preguntó si no creía conveniente hablar con el periodista Francisco Martínez de la Vega, colaborador de *Siempre* y amigo del señor

---

<sup>5</sup> Fragmentos tomados de la ponencia presentada en Estocolmo, Suecia. «El Congreso de Estocolmo y la Cooperación Económica Internacional», publicada en *Excelsior*, México, 16 de julio de 1958.

Pagés, para saber por qué razón no se habían publicado mis artículos. Le respondí que yo tenía una relación amistosa con Martínez de la Vega, pero no suficiente confianza para plantearle esa cuestión.

Entonces el maestro Bassols me dijo que si yo estaba de acuerdo, él podría preguntarle por qué no se habían publicado mis artículos. Así lo hizo, y unos días después comentó que Martínez de la Vega le había dicho que Pagés consideró dichos artículos interesantes, útiles, y que no planteaban un problema a la revista; pero que al informarse a la presidencia de la República que empezaría yo a escribir en *Siempre*, dicha dependencia se opuso, y pidió que no lo hiciera. Y que esta fue la razón por la que más artículos no habían aparecido.

En las sesiones de la Dirección del Círculo nos reuníamos habitualmente unas seis a siete personas, entre las que podría mencionar a Enrique Cabrera, Jorge Carrión, Guillermo Montaña, Matilde Rodríguez Cabo, Jorge Tamayo y yo; en ciertos períodos se contó, además, con la presencia y colaboración de Manuel Mesa Andraca, Eli de Gortari, Mario Salazar Mallén, y en un principio participaron también activamente el ingeniero José Domingo Lavín, Emilio Mújica y Manuel Marcué Pardiñas.

El Círculo fue presidido por Ignacio González Guzmán durante el primer año; y a mí me tocó estar al frente de la Dirección tres años, de 1956 a 1959, así como ser vocal del Comité Directivo otros años, y entre 1959 y 1961 lo presidieron, primero Enrique Cabrera y después el doctor Montaña. Jorge Tamayo, a su vez, fue varios años el secretario general, y su participación en el Círculo fue sin duda importante.

Como ya señalé, sin dejar de examinar y tomar posiciones frente a grandes problemas nacionales, el Círculo se ocupó crecientemente también de asuntos internacionales, sobre todo de aquellos en los que se expresaba la cada vez mayor penetración de Estados Unidos en Nuestra América.

Antes y después de la creación del Círculo de Estudios Mexicanos, la solidaridad con otros pueblos y sus luchas fue importante, también, en nuestro trabajo. Al respecto podría mencionar que en los años cincuenta apoyamos la revolución guatemalteca y la de Bolivia, así como el movimiento progresista que encabezó Cheddi Jagan en la Guayana Británica, la oposición popular a las dictaduras de Batista y Pérez Jiménez, en Cuba y Venezuela, y además simpatizamos con los norteamericanos progresistas que, huyendo del macartismo y la represión, se refugiaron por entonces en nuestro país.

En los primeros meses de 1959, el trabajo del Círculo se expresó en diversas actividades, de proyección claramente latinoamericanista, y el 24 de julio se organizó un acto público en el que el principal orador sería el licenciado Bassols, por entonces miembro mexicano del Buró del Consejo Mundial de la Paz. Esa mañana, sin embargo, Bassols sufrió un accidente que resultó muy grave. Todo el día estuvimos pendientes, y no pudiendo contar con él, Enri-

que Cabrera, entonces presidente del Círculo, y yo, hicimos las principales intervenciones.

Concluido el acto varios compañeros fuimos al Hospital de la Cruz Verde, y al llegar, su hijo Narciso nos informó que el maestro Bassols acababa de fallecer.

*La pérdida de don Narciso Bassols, de quien había estado usted tan cerca, debe haber influido en su actividad. ¿Fue así?*

Indudablemente. Aparte de sentir mucho su muerte, su ausencia hizo cambiar buena parte de mi trabajo, y el tiempo que dedicábamos a nuestras frecuentes reuniones y largas conversaciones quedó libre para otras actividades y relaciones que se producían, además, en un nuevo escenario. Podría decir que a partir de 1959-60, tres hechos influyen grandemente en mi vida, y en particular en mis inquietudes, manera de pensar y actividades de entonces: la Revolución cubana, la relación con el general Lázaro Cárdenas y la lucha por la liberación y por la paz, en la que ya participábamos, pero que ahora se vuelve una tarea central, y da lugar a un importante esfuerzo organizativo.

Pero, como se verá más adelante, la larga y estrecha amistad con el maestro Bassols fue para mí tan importante, que podría decir que gran parte de mi modesta participación en varias actividades políticas estuvo durante muchos años, de un modo u otro ligada a esa relación.

### **Paréntesis sobre el trabajo profesional**

Pero, antes de recordar otras actividades políticas, haré un breve paréntesis sobre mi trabajo profesional, que a menudo no estuvo desligado de dichas actividades.

Al separarme del Banco Nacional de Comercio Exterior, a mediados de 1956, preferí no buscar ya un empleo sino abrir un despacho en el que, aprovechando la experiencia adquirida en los diez o doce años previos en el trabajo de investigación me dedicara a hacer estudios económicos, en parte sobre temas de los que a menudo ya me había ocupado.

En varios de dichos estudios conté con la colaboración de Julio Carmona, hermano de Fernando y quien había sido ayudante mío, y ya en el despacho, con el apoyo de varios jóvenes economistas: principalmente de Fernando Paz Sánchez, Arturo Bonilla, José Luna Castilleja y Sebastián Villanueva.

Entre los estudios que realicé en esos años podría mencionar los siguientes:

- Forma de lograr una mejor utilización de los autobuses en la ciudad de México;
- Mecanismo de financiamiento que se sugiere para que la Constructora de Carros de Ferrocarril pueda realizar la producción prevista para su primer año de operaciones;

- Capacidad de hospedaje de nuestro país, y posibilidad de ampliarla y mejorar su calidad;
- Concentración de la tierra agrícola en el noroeste de México, como parte de un estudio sobre el desarrollo de la región;
- Reestructuración de la empresa Siderúrgica Nacional, en la línea de fabricación de equipo para la industria textil;
- Las inversiones extranjeras en México;
- El mercado de papel hipotecario;
- Financiamiento del comercio exterior en México;
- Problemas económicos y aspectos del desarrollo de Baja California, Sonora y Sinaloa;
- Condiciones de la industria del cemento en nuestro país;
- en fin, durante cerca de dos años participé, con el licenciado Manuel Sánchez Cuen y Práxedes Reyna Hermosillo en la elaboración de un proyecto de reformas del sistema bancario mexicano, para el licenciado Antonio Ortiz Mena, por entonces Secretario de Hacienda, y quien, por cierto acogió con interés el proyecto y en particular la propuesta de hacer un mejor uso de los recursos financieros manejados por los bancos, pero que no fue vista con simpatía por los principales y más influyentes banqueros privados ni aprobada por el presidente López Mateos.

El trabajo del despacho era interesante, y lejos de ser academizante, los estudios en él realizados se referían con frecuencia a problemas realmente importantes; a menudo sin embargo era bastante intenso, sobre todo cuando se acercaba el momento en que un estudio debía concluirse y entregarse al interesado, y a la vez más flexible que el que hasta entonces había yo desempeñado en varias instituciones, por lo que permitía atender otras actividades.

Por ejemplo en esos años reclamaron buena parte de mi tiempo el Círculo de Estudios Mexicanos, el apoyo a ciertas luchas y demandas populares, la solidaridad con Cuba, la estrecha relación con don Narciso Bassols - con quien siempre había algo que hacer-, y la lucha por la paz, el desarrollo y la plena emancipación de nuestro país.

Cuando me dedicaba a hacer estudios económicos, realicé uno sobre las inversiones extranjeras en México, por encargo del señor Guillermo Guajardo Davis, quien por entonces encabezaba el Grupo de la Cervecería Cuauhtémoc, de Monterrey. Dicho estudio se presentó como ponencia de la Cámara Textil del Norte al IV Congreso Nacional de Industriales, que tuvo lugar en la ciudad de México en 1957, y poco tiempo después se publicó. Respecto a este estudio creo de interés recordar dos hechos. Cuando se presentó a mi despacho un industrial tan prominente como el señor Guajardo Davis y me preguntó si yo podría hacer tal estudio, comenté con él que tenía la impresión de que al conocer lo que yo pensaba sobre las inversiones extranjeras, probablemente no me invitaría a hacer el estudio. Y él respondió: no; precisamente porque conocemos su posición, acordamos invitarlo

a hacer ese estudio, ya que el capital extranjero amenaza incluso a viejas empresas como las que desde principios del siglo empezaron a crearse en Monterrey. O en otras palabras, queremos entender con más claridad lo que acontece y saber también, lo que ante estos nuevos y graves problemas podemos hacer.

El segundo hecho alrededor del estudio sobre la inversión extranjera consistió en que, ya concluido, el señor Guajardo Davis me dijo que inicialmente habían pensado que dicho estudio circulara con mi nombre; pero que pronto se dieron cuenta de que era preferible que se presentara al Congreso de Industriales como ponencia de una cámara, pues así sería menos objetado por los grupos más conservadores. Al comentar lo anterior me reiteró que, desde luego, mis derechos de autor serían plenamente reconocidos, por lo que yo podría después del congreso publicar la investigación en la forma que me pareciera más conveniente.

El estudio lo hice en solamente dos o tres meses, y recuerdo que el señor Guajardo pasó varias veces por mi despacho, o me habló por teléfono, para saber si trabajaba conforme al calendario que yo les había propuesto al iniciar la investigación. Yo le aseguraba que todo estaba en orden y que el estudio sería concluido y entregado oportunamente, como a la postre ocurrió. Puedo decir que no fueron pocas las opiniones que se expresaron a favor y en contra de lo que se proponía, y que al menos para mí fue muy útil hacer esa recapitulación sobre el problema, porque precisamente por esos años hubo un amplio debate en torno a la inversión extranjera, en el Círculo de Estudios Mexicanos, la Cámara Nacional de la Industria de Transformación y en muchas otras organizaciones. Y a menudo se hicieron propuestas de diferente naturaleza, que en general cuestionaban la pasividad y debilidad con que el gobierno mexicano venía actuando al respecto.

Desde fines de 1960, y sobre todo a partir de 1961 en que empezamos a colaborar con el general Cárdenas en la organización de la Conferencia por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz, y unos meses más tarde en que comenzamos a trabajar en el Movimiento de Liberación Nacional, sentí que el tiempo que quedaba para mi trabajo profesional en el despacho era insuficiente, lo que en varias ocasiones se tradujo en una situación en la que los ingresos de un mes apenas cubrían los gastos, y a veces incluso dejaban un déficit.

Al mismo tiempo yo era conciente de que si dedicaba más tiempo al despacho, el trabajo profesional podría desenvolverse sin tropiezos y aun ser fuente de ingresos superiores a los que había obtenido hasta entonces, y concretamente al trabajar en varias instituciones como empleado o modesto funcionario. Pues bien, al considerar la posibilidad de continuar en el despacho advertí que, para hacerlo con cierto éxito tendría que dedicarle bastante más tiempo, probablemente ampliar el despacho y, en pocas palabras, trabajar en él con mayor intensidad.

Y como, sobre todo al crearse el Movimiento de Liberación Nacional se abría para muchos de nosotros una nueva, prometedora e importante fase de nuestra actividad política, cuando empezaba a trabajar en un interesante proyecto de estudio de la industria textil algodonerá mexicana y lo que podía hacerse para impulsar su desarrollo, decidí cerrar el despacho y solicitar una plaza de investigador en la Universidad Nacional Autónoma de México.

Desde hacía cinco años yo era profesor de la Escuela Nacional de Economía, en la que incluso unos diez años antes, a fines de los años cuarenta había impartido un curso como adjunto, sobre Mercados de Dinero y Capitales.

El licenciado Emilio Mújica, por entonces director de dicha Escuela acogió mi solicitud con interés, y unos días después me informó que había sido aceptada. Y el doctor Guillermo Montañó en esos mismos días me dijo que charlaría sobre mi ingreso a la Universidad con el rector de la UNAM, Ignacio Chávez, con quien tenía una vieja amistad; al verlo, éste le confirmó que entraría como investigador titular debido a que por más de quince años había yo trabajado en el campo de la investigación económica.

*A propósito de su trabajo profesional, al que ha hecho usted una muy breve referencia, le preguntaré. En los largos años que trabajó usted en la UNAM, ¿ocupó algún puesto administrativo de dirección?*

No, durante casi quince años sólo fui profesor en la Escuela Nacional de Economía, en la que impartí varios cursos, y 29 años fui investigador titular de tiempo completo en el Instituto de Investigaciones Económicas, y gracias a que me dediqué fundamentalmente a investigar, pude escribir numerosos ensayos y libros, que espero hayan sido de alguna utilidad.

*¿Se le invitó a usted a ocupar algún puesto?*

A diferencia de otros profesores e investigadores que mantenían estrechas relaciones con algunos altos funcionarios de la Universidad, yo casi no conocí a ninguno de ellos, quienes seguramente, a la vez, poco o nada deben haber sabido de mi trabajo.

No obstante, en 1968, el rector Javier Barros Sierra me pidió un día que lo viera, y en la entrevista estuvo también el señor Fernando Solana, entonces Secretario General de la UNAM.

El rector hizo una gentil referencia a mi trabajo y preguntó si me interesaría ser director del Instituto de Investigaciones Económicas, porque de ser así él me propondría a la Junta de Gobierno. Yo le agradecí su atención y le dije que, en realidad, prefería ser solamente investigador de base, esto es, *rank and file*, y que en aquel momento estaba trabajando en un libro, *Dialéctica de la economía mexicana*, que me interesaba especialmente concluir. Tengo la impresión de que sorprendió al ingeniero Barros Sierra mi

---

\* Tropa (nota del editor).

\*\* Publicado eventualmente por Editorial Nuestro Tiempo (nota del editor).

respuesta, y quiso saber a qué obedecía. Comenté que en años anteriores había tenido una desafortunada experiencia al ser un modesto funcionario en varias instituciones vinculadas al gobierno. Y el rector dijo que la UNAM era diferente y que en caso de aceptar el puesto por él mencionado no tendría problema alguno, a lo que añadió que si bien la Junta de Gobierno decidiría, él confiaba que su propuesta sería aceptada.

Al reiterar mi argumento y decirle que seguramente algún otro investigador titular del Instituto podía interesarse en la Dirección, el rector me pidió que le sugiriera a alguien, y yo le mencioné a Fernando Carmona, diciéndole que era una persona honesta, bien preparada, con experiencia, interés en la investigación y mucho cariño a la Universidad. Esa misma tarde comenté lo ocurrido con Fernando, y me dio gusto saber que unos días después le habló el ingeniero Barros Sierra, anticipándole que formaría parte de la terna de candidatos a la Dirección del Instituto de Investigaciones Económicas, puesto para el que la Junta lo eligió, y en el que Carmona hizo una buena labor.

*Volviendo a su carrera universitaria, ¿tuvo usted algún otro reconocimiento o distinción?*

Después de muchos años de trabajar en la UNAM, pienso que a las más altas autoridades poco o nada les interesaba conocer las opiniones de profesores e investigadores. Al menos esa fue mi experiencia, y en realidad puedo decir que en más de treinta años, de hecho nunca se me preguntó qué pensaba incluso de asuntos que había estudiado y con los que estaba bastante familiarizado.

Tengo la impresión de que, en general, en otros países se apreciaba más nuestro esfuerzo que en México. Gracias a ello, en varias ocasiones sentí un reconocimiento que a menudo no se expresaba en nuestro país. Recapitulando sobre mi trabajo con motivo de este libro me di cuenta -lo que no dejó de sorprenderme- que unos 25 países de cuatro continentes, y sobre todo de Nuestra América, me invitaron a hacer más de 60 viajes al extranjero para dictar conferencias o participar en seminarios, cursos y otros encuentros. Y aunque por diversas razones no pude hacer todos los viajes, los que realicé fueron para mí importantes y fuentes de valiosas enseñanzas.

De las distinciones de que fui objeto en el extranjero diré que en Cuba, tres veces fui miembro del Jurado del Premio Casa de las Américas, y a iniciativa de esta Institución, el Consejo de Estado me concedió la medalla Haydée Santamaría, por mi modesta labor de promoción cultural; y en la Alemania Democrática varias veces me invitaron a dictar conferencias y a participar en seminarios y otras reuniones, tradujeron y publicaron artículos y un libro mío, *Wirtschaftliche Krisenprozesse in Lateinamerika*<sup>\*\*\*</sup>, y el Con-

---

<sup>\*\*\*</sup> Procesos de la crisis económica in Latinoamérica. Publicado solamente en alemán (nota del editor).

sejo Científico me otorgó un doctorado *honoris causa* en Ciencias Económicas de la Universidad Humboldt, de Berlín.

*¿Volvió usted a ser objeto en México, de algún reconocimiento a su trabajo de investigador en el campo de las ciencias sociales?*

Aunque sólo sea para reiterar que al menos mi trabajo no despertaba especial interés, recordaré solamente dos experiencias.

En una ocasión, si recuerdo bien en 1975 o 1976, don Jesús Silva Herzog me invitó a charlar, y tras hacer un amable comentario sobre mi trabajo de investigador durante ya treinta años, comentó que, estando por ampliarse el Colegio Nacional, y ser don Jesús el único economista en esa Institución, quería saber si yo aceptaría que él me propusiera como nuevo miembro porque le gustaría que, en un momento dado yo ocupara su lugar. Le agradecí su gentileza y le pedí que me permitiera disponer de tres o cuatro días para pensar en ello, y que yo le llamaría. Lo comenté con varios compañeros en la Dirección de la revista *Estrategia*, quienes pensaron que sí debía aceptar la invitación de don Jesús. Me comuniqué con él, y días después se hizo la propuesta; pero pronto supe que no había sido aceptada.

Al respecto recordó que una persona comentó conmigo que, al parecer, algunos miembros del Colegio Nacional pensaron que siendo yo crítico de la política del gobierno, no convenía que fuera miembro, porque ello podía contribuir a que el gobierno no diera a dicha Institución el apoyo que había ofrecido. En realidad yo no supe lo que ocurrió, y lo único que me quedó claro fue que no se me aceptó como nuevo miembro.

En otra ocasión, el entonces director del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM, Fausto Burgueño, se interesó en que el Instituto me propusiera para el Premio Universidad Nacional. Yo le hice ver que apreciaba su actitud amistosa, pero que acaso no valdría la pena hacer la propuesta, porque yo no era funcionario ni tenía una relación estrecha con las autoridades. Burgueño subrayó que ello no importaba, insistió e hizo, por cierto sin ningún éxito, la propuesta. A lo que sólo añadiré que, en cambio, tanto varios compañeros de trabajo como otras personas relacionadas con altos funcionarios de la UNAM, fueron con frecuencia objeto de reconocimiento por su labor.

## Capítulo 3.

# La Revolución Cubana, Lázaro Cárdenas y la lucha por la Liberación Nacional y por la Paz

### La Revolución Cubana

*¿Qué influencia ejerce la Revolución Cubana en su actividad?*

Empezaré por decir que si bien veíamos con mucha simpatía la lucha que Fidel Castro encabezaba en Cuba, yo al menos no sabía gran cosa de ella y en realidad no estaba al día. Y cuando el triunfo se produjo, Batista fue derrocado y el ejército revolucionario entró a La Habana rodeado del entusiasmo de centenares de miles de cubanos que celebraban el fin de una larga y cruenta tiranía, sentimos que aquello era el inicio de una nueva fase de la historia de nuestros pueblos y que, lo que muchos consideraban imposible y utópico, era posible y realizable.

En ese sentido, probablemente el mayor impacto de la Revolución Cubana consistió en que acabó de convencernos de que el camino a seguir y la solución a nuestros problemas no consistían en unas cuantas reformas más o menos superficiales, sino en tomar el toro por los cuernos y luchar, de manera revolucionaria, por cambios de fondo.

*¿Se interesaron ustedes más, a partir de entonces, por saber lo que sucedía en Cuba?*

Desde luego, y aunque dependíamos principalmente de una prensa desigual y no pocas veces incluso hostil, y de la información parcial e irregular que algunos amigos nos traían de la isla, tratamos de seguir de cerca lo que ocurría y de entender mejor el alcance de la revolución, que para algunos era sólo una revolución liberal más, del tipo de las que habíamos vivido en México y otros países.

*¿Cuándo tuvo usted el primer contacto directo con la Cuba Revolucionaria?*

En 1960 recibimos varias personas una invitación del Ministerio de Relaciones Exteriores, en particular del canciller Raúl Roa, a quien yo había conocido en México unos años atrás, para pasar unos días en La Habana. Entien-

do que entre los invitados estábamos Enrique Cabrera, Jorge Carrión, Fernando Benítez, Fernando Carmona, Carlos Fuentes, Víctor Flores Olea, Pablo González Casanova, Arnaldo Orfila y yo. Y en La Habana encontramos a Alfaro Siqueiros, Manuel Marcué y otros amigos mexicanos, que entiendo habían sido invitados por otras organizaciones.

*¿Pudieron apreciar lo que ocurría en Cuba y comprender mejor el proceso revolucionario?*

En realidad estuvimos pocos días, pero gracias a nuestros excelentes contactos pudimos saber muchas cosas que ignorábamos. El asistir, el 1º de mayo a la primera gigantesca manifestación popular en la Plaza de la Revolución fue una experiencia emocionante e inolvidable. Y esa noche, ya tarde, cayó por el Hotel Riviera, Carlos Rafael Rodríguez, y su brillante exposición y las respuestas a nuestras preguntas resultaron muy esclarecedoras, como lo fueron también las charlas con Raúl Roa y con Osvaldo Dorticós, todas las cuales nos permitieron entender el alcance, la magnitud de ciertos problemas y la dirección en que el proceso revolucionario se desenvolvía. De Cuba regresamos convencidos de que la revolución en marcha era profunda y de que parecía rebasar a los movimientos de ese tipo que se habían conocido en Nuestra América. Y, además volvimos convencidos de que la solidaridad con Cuba era importante no sólo para apoyar a ese pueblo hermano sino también para hacer valer nuestro propio derecho a la soberanía y la Independencia.

*¿Qué les impresionó más de lo hecho por la Revolución Cubana hasta entonces?*

Si tomamos hasta el año 60, habría que convenir en que en sólo un brevísimo lapso esa Revolución hizo más que otras en decenios. Realizó, por ejemplo, una profunda reforma agraria, en un país en que abundaban los grandes latifundios y en que los principales de ellos eran extranjeros; puso en marcha una reforma urbana sin precedentes, que entre otras cosas hizo posible que muchas familias tuvieran por primera vez una digna vivienda propia de la que habían sido por largos años arrendatarios sin ningún derecho ni beneficio; nacionalizó varias poderosas empresas privadas como las refinerías norteamericanas de petróleo, que en un momento crítico se negaron a abastecer a Cuba del esencial energético; empezó a reorganizar, sobre bases enteramente nuevas el sistema de educación y de salud, y contrarrestó el boicot norteamericano proponiendo y logrando una relación mutuamente ventajosa con la URSS, en la que ésta obtenía azúcar y Cuba, entre otras cosas, petróleo.

*¿Podría señalar algunos problemas que entonces o después, la Revolución no pudiera fácilmente resolver?*

Con todo y su importancia la Revolución es una obra humana, y por lo tanto imperfecta; y quienes mejor advierten sus limitaciones, fallas y erro-

res son varios de sus propios principales dirigentes. Recuerdo, por ejemplo, qué crítico solía ser el comandante Guevara de las cosas que consideraba que no estaban bien. E igualmente lo eran, de aquellos con quienes me tocó charlar a menudo, Raúl Roa, Carlos Rafael Rodríguez y Osvaldo Dorticós, y años después encontré esa misma actitud en Oscar Pinos Santos, Mariano Rodríguez, Julio Le Riverend, Fernando Martínez Heredia y otros buenos amigos.

A mí, en particular, me preocupó entre otras cosas que sobre todo en los primeros años algunos funcionarios veían el proceso revolucionario parcialmente y como algo sencillo, casi lineal, más que plagado de contradicciones y obstáculos no fáciles de superar. Otros tendían a ver el mercado, no como una categoría histórica que precede y trasciende al capitalismo, sino como algo privativo de éste sistema, y que en el proceso revolucionario no tendría significación, lo que implicaba dejar de lado leyes históricas de carácter monetario-mercantil, que de uno u otro modo harían sentir su influencia.

Los visitantes a La Habana advertimos, años más tarde, que si bien se restauraban hermosos edificios coloniales cercanos a la Plaza de Armas, en otras secciones de lo que hace años fue el centro comercial de la ciudad, la falta de mantenimiento era evidente; el alto nivel de empleo se acompañaba de una baja productividad, y muchos no comprendían la necesidad de trabajar más y mejor, y en cierto modo explicablemente, consideraban que el triunfo de la Revolución les daba derecho a no esforzarse. Un complejo problema que a quienes tenemos interés en las cuestiones económicas siempre nos pareció también importante, difícil y no bien resuelto es el de los salarios, que sin duda comprobó que dar a cada quien en razón de lo que produce es todo menos sencillo. Y más recientemente, el insuficiente desarrollo industrial de la isla y el que siga dependiendo en gran parte del azúcar -si bien bajo condiciones muy distintas a las previas-, y además, la dolarización y la desigualdad que esta promueve, la reaparición de la prostitución al lado del turismo extranjero, y los efectos negativos de la absurda e ilegal Ley Helms-Burton, son también serios problemas que será preciso resolver, y a los que Cuba y los cubanos sabrán cómo enfrentarse.

*¿Qué tipo de actividad se realizaba por entonces en México, en apoyo a Cuba?*

Se desplegaban esfuerzos significativos y variados. Frecuentemente se dictaban conferencias sobre la Revolución o sobre cuestiones más concretas; había desde luego más información, artículos y comentarios en la prensa; se organizaban reuniones especiales sobre Cuba y, entre lo más importante, se realizaban frecuentes manifestaciones y marchas masivas en la ciudad de México, que recorrían varias grandes avenidas y desembocaban a menudo en el Zócalo.

*Y ¿cómo eran recibidas esas manifestaciones?*

La gente, que participaba con entusiasmo o la presenciaba desde las aceras, simpatizaba indudablemente con ellas, aunque, desde luego, debe haber habido muchos que las veían con reserva, temor y aun mala voluntad. El gobierno y la policía solían reaccionar en formas contradictorias. A veces, a pesar de grandes despliegues policíacos, las respetaban y dejaban en paz, pero en otras ocasiones se hacía gala de fuerza y las atropellaban, reprimían e incluso se golpeaba a los manifestantes.

Algo similar ocurría con quienes viajaban a Cuba, a los que se molestaba con interrogatorios policíacos fuera de lugar, imputaciones intencionadas y dolosas y aun detenciones arbitrarias que violaban elementales derechos humanos. Recuerdo que una vez que regresábamos de Cuba Enrique Cabrera y yo, salvo alguna pregunta insidiosa y tonta, a nosotros no nos molestaron; en cambio a varios compañeros, entre quienes estaba el pintor Ignacio Aguirre, los detuvieron, y todavía varias horas después, cerca de la media noche, andábamos en la Procuraduría pidiendo que fueran puestos en libertad, porque su aprehensión era totalmente arbitraria.

En otra ocasión, años más tarde, cuando íbamos al Congreso Cultural de La Habana, que fue un encuentro internacional muy importante, coincidimos en el aeropuerto don Jesús Silva Herzog, el doctor Arnaldo Orfila y yo. Pues bien, a quienes íbamos con frecuencia a Cuba no nos sorprendió que la policía nos interrogara y quisiera saber qué hacíamos, dónde vivíamos y qué nos llevaba a la Isla. Pero don Jesús, en cambio, al ser fotografiado e interrogado por la policía, se mostró muy molesto y protestó, lo que por cierto no hizo cambiar la actitud burocrática y arbitraria de los interrogadores.

*¿Diría usted que en esos años Cuba fue muy importante para ustedes?*

La etapa a que ahora me refiero, o sea los años 59-60 a 65 fueron de estrecha relación y solidaridad con Cuba, así como de reflexión sobre las condiciones que habían hecho posible el triunfo de la Revolución. En esos años fui varias veces a la Isla, al principio casi siempre a reuniones fundamentalmente políticas, y en ocasiones con algún compromiso con centros económicos o culturales. Y en verdad considero que fui muy afortunado porque, con independencia del motivo de mi viaje casi siempre pude conversar, y a veces largamente con destacados dirigentes y otras personas que participaban y conocían a fondo el proceso cubano. Tan sólo por entonces cambié impresiones, y sobre todo recogí orientadoras y valiosas opiniones de altos dirigentes ya mencionados, conocí a Manuel Piñeiro y Haydée Santamaría, y vi de nuevo a algunos amigos. Y puedo decir que de todos ellos aprendí algo no sólo sobre Cuba, su historia, su cultura y su revolución, sino sobre nuestra propia historia, sobre el momento internacional que entonces vivíamos, América Latina y otros asuntos. Y al regreso de cada corto viaje a Cuba dimos conferencias, escribimos algo y participamos en muy diversas reuniones y encuentros.

Entre las interesantes reuniones y conferencias a las que por entonces asistí, recuerdo en particular una en 1962, a la que con varios compañeros fui con el doble carácter de coordinador general del Movimiento de Liberación Nacional y como representante del general Lázaro Cárdenas, quien había sido invitado pero no pudo ir a La Habana. La recuerdo no sólo porque fue una importante expresión de solidaridad sino porque nuestra intervención fue muy bien recibida, y porque al participar en el Comité de Resoluciones tuve la suerte de charlar en varias ocasiones con el doctor Salvador Allende y con Volodia Teitelboim. En la recepción del Hotel Habana Libre estuve de nuevo con el doctor Allende y el comandante Castro, y en el acto de clausura en el Teatro Carlos Marx, participé con ambos, ellos pronunciando importantes discursos, y yo, haciendo una breve intervención.

Pues bien, la Revolución Cubana y la necesidad de ocuparnos con frecuencia de lo que ocurría en la Isla, nos puso, en realidad, a estudiar, a releer a Martí, a conocer la lucha revolucionaria que Julio Antonio Mella, Rubén Martínez Villena, el propio Raúl Roa y muchos otros habían librado contra la tiranía de Machado, y lo que hizo posible la derrota de la siguiente brutal dictadura de Fulgencio Batista. Lo que en el proceso de liberación de Cuba resultó fundamental, es que sus libertadores entendieron siempre — como con gran profundidad lo planteó Martí—, que Cuba tendría que independizarse no sólo de España, sino también del imperialismo de Estados Unidos, pues desde el inicio de su vida republicana este país había concebido a la Isla bajo su dominación. En otras palabras, la lucha del pueblo cubano fue siempre antiimperialista, revolucionaria; flexible y fundamentalmente antisectaria, por eso tuvo los alcances que tuvo.

Gracias a todo ello, supimos también lo que acontecía en Nicaragua en la época de Sandino, y en Venezuela, cuando el pueblo se oponía a la tiranía, a la vez, entendimos mejor la revolución guatemalteca y nos interesamos cada vez más en la situación, los problemas y las luchas que se libraron en otros países de Nuestra América.

*Entre las personas a quienes usted trató, mencionó al legendario Che Guevara. ¿Cómo lo conoció y qué relación tuvo con él?*

En realidad pude haberlo conocido desde México, antes de la expedición del Granma a Cuba, en la que él participó con Fidel y otros revolucionarios. Digo lo anterior porque algún amigo me habló de él e incluso proyectó un encuentro para que nos conociéramos; pero no recuerdo qué ocurrió, el caso es que no pudimos vernos. En una segunda ocasión, en el Círculo de Estudios Mexicanos, me parece fue el doctor Enrique Cabrera o Mario Salazar Mallén quien lo mencionó, y también se comentó que sería interesante charlar con él, mas esto no se hizo, o yo no lo supe.

En mayo de 1960, en cambio, como parte de nuestra actividad en La Habana se incluyó una entrevista que Fernando Carmona y yo tuvimos con el Che, cuando era director del Banco Central. Conversamos con él como



Ernesto Guevara, 1928-1967.

una hora, y más que hablar de asuntos económicos o financieros, se habló de la Revolución y pudimos apreciar su inteligencia, su espíritu crítico y su sentido del humor.

Tras ese primer contacto, en viajes posteriores entre 1961 y 1964, en que lo vi por última vez, conversé de nuevo con él unas cuatro o cinco ocasiones, una de ellas casi toda la noche cuando era Ministro de Industria –desde las 11 hasta cerca de las 6 de la mañana– y en la que al despedirme me invitó a que lo acompañara a saludar al contingente de empleados del Ministerio que iban al corte de caña.

### **Cuba y China: dos revoluciones**

El año de 1960, en particular, fue para mí y otros amigos mexicanos muy importante. En mayo, como

ya recordé, tuvimos gracias a un corto viaje a La Habana nuestro primer contacto en vivo con la revolución cubana; y unos meses después, en octubre, estuvimos en China y fuimos testigos de los avances de otra gran revolución.

En los primeros días conocimos diversos lugares de interés alrededor de la capital, y posteriormente viajamos hacia el norte, a Manchuria, en donde visitamos varias ciudades. De regreso estuvimos de nuevo en Pekín y fuimos al sureste, a Shanghai, y aunque el grupo estuvo unos días más en el centro turístico de Hang Chou, esta visita ya no la hicimos mi esposa y yo porque dejamos China y volamos con Ángel Bassols a Moscú, vía Irkutsk.

En China participamos en numerosas reuniones; hablamos con funcionarios y yo, en particular, con el director del Banco de China, que si mal no recuerdo conocía al economista norteamericano Paul Sweezy, –y reconocía que en un principio el apoyo de la URSS a la industrialización de China había sido muy importante– y con varios profesores en la Escuela de Economía de Shanghai, uno de los cuales mencionó, al recorrer la biblioteca, que ahí había libros de Keynes, que en otros tiempos les habían servido; pero que desde la revolución, China era otro país, y esa literatura no les era ya muy útil. Entre muchas interesantes entrevistas, siempre recordaré la que tuvimos en el Palacio del Pueblo con Chou En Lai, que nos pareció una

persona muy inteligente, culta y bien informada, y a quien algunos de nosotros admirábamos como revolucionario.

El grupo de mexicanos trabajó en general bien y con buenos frutos, y el único que a menudo actuaba de manera muy personal y diferente era el licenciado Portes Gil. El había sido presidente provisional de México y embajador en India, y le sorprendió grandemente no encontrar en China condiciones similares y aun peores que las de ese país. Y aunque no ocultaba su rechazo del socialismo, se mostró interesado a lo largo del viaje en saber lo que ocurría en China. Enrique Cabrera y yo, a menudo charlamos con él porque, aparte de lo incidental, nos preguntaba con frecuencia qué hacíamos. Y, anecdóticamente, recuerdo que al comentar algo sobre nuestra actividad nos recomendaba –lo que probablemente hizo también con otros compañeros–, que nos afiliáramos al PRI. Lo que ustedes hacen, sugería, no tiene posibilidades; pero en el PRI podrían tener éxito, e incluso en cierto modo se ofrecía a ser nuestro «padrino», lo que nos hacía reír.

### **Relación con el general Lázaro Cárdenas**

*Podríamos seguir hablando de Cuba y su revolución; pero como tenemos tiempo y espacio limitados, si le parece continuamos con otro interesante tema: el de su relación con el general Lázaro Cárdenas y, en su caso, la influencia que él ejerció en su manera de pensar. ¿Cuándo lo conoció usted?*

En la segunda mitad de los años cincuenta, lo vi dos o tres ocasiones y lo saludé formalmente, con otras personas. Lo recuerdo, por ejemplo, al salir de un acto en el Sindicato de Electricistas en apoyo a los ferrocarrileros, creo que en 1958. Podría pues decir que fue entonces cuando lo conocí, lo que no significa que él me conociera.

En realidad fue a mediados de 1960, al empezarse a trabajar en la organización de la Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz, cuando varias personas que trabajábamos por la paz, nos reunimos con el general, y empezamos a tratarlo.

*¿Qué papel jugó el general Cárdenas en la preparación y realización de la Conferencia, y cuál fue el alcance de ésta?*

Su papel en la organización de ese encuentro fue fundamental. Fue el principal animador; prestó al proceso una constante atención y estuvo presente en múltiples reuniones. Y si bien tres personas presidieron la Conferencia, –el propio Cárdenas, el argentino Casella y el brasileño Velasco–, su presencia, su actuación en ella, su prestigio y lo que él significaba en la vida política de México, fueron decisivos. En cuanto al alcance e importancia de esa Conferencia, que se realizó en la ciudad de México en marzo de 1961, recordaré algunos datos: participaron unas dos mil personas, muchas de ellas como representantes de múltiples organizaciones; entre los delegados, algunos centenares procedían de países hermanos; se presentaron y

debatieron decenas de interesantes ponencias y la Declaración final circuló ampliamente en México, y fue conocida también en otros países de Latinoamérica y el Caribe.

*¿Qué cuestiones se plantearon en esa Conferencia Latinoamericana?*

Como siempre sucede en ese tipo de reuniones, buen número de personas se ocuparon principalmente de asuntos de sus respectivos países y de los problemas concretos que más les afectaban. Pero también se hizo amplia referencia a problemas comunes de Latinoamérica y el Caribe, a la importancia de sumar fuerzas y unirnos, a la solidaridad con Cuba, a la necesidad de entender que la lucha por la paz no era ajena a la defensa de nuestra soberanía, el desarrollo y la independencia económica, y a que la liberación nacional era, a la vez, un fundamental aporte a la causa de la paz y un requisito para mejorar las condiciones de vida de los pueblos. En cuanto a la liberación, creo que fue muy importante que no sólo se hablara de ella sino que se contrajera el compromiso de organizar en cada país movimientos populares amplios que lucharan con posibilidades de triunfar, y que en un segundo momento se unieran a escala latinoamericana y caribeña, para enfrentarse conjuntamente a problemas comunes.

*Seguramente esas ideas eran compartidas por numerosas personas y organizaciones, pero ¿tenía el general Cárdenas, en particular, una posición clara, precisa y bien definida?*

Celebro que se me haga esta pregunta porque me brinda la oportunidad de destacar aspectos y expresiones importantes de la posición política y la personalidad de don Lázaro Cárdenas, que me temo son desconocidos incluso por personas que sienten hacia él un gran respeto, así como por quienes, convencidos de la indiscutible significación nacional de su gestión como presidente de la República y de su digna actitud de expresidente, pueden menospreciar tanto el conocimiento que él tenía de la situación política internacional como, concretamente, de los problemas y luchas emancipadoras de nuestros pueblos.

No podría extenderme aquí acerca de los múltiples e importantes asuntos internacionales que siempre preocuparon al general Cárdenas; pero tan sólo por lo que hace a algunos graves problemas que aquejan a Nuestra América, en los pocos años en que tuve la suerte de tratarlo, supe que así como años atrás había estado firmemente del lado de Guatemala, en la breve etapa a que me refiero, Cárdenas defendió la independencia de Puerto Rico; apoyó a los revolucionarios cubanos desde que éstos, bajo la dirección de Fidel Castro preparaban en México la hazaña del Granma, cuando luchaban en la sierra Maestra, cuando Cuba fue invadida en Playa Girón, cuando Estados Unidos decretó un bloqueo ilegal y arbitrario y cuando se expulsó a Cuba de la OEA, por ser su régimen político «incompatible» con el de las supuestas «democracias representativas» del resto del continente. Y

como lo hace en una carta a Rómulo Gallegos, del año 60, refiriéndose a la Revolución Cubana, frente a la alharaca anticomunista, escribe:

Pero aun en el caso de que sus tendencias fueran comunistas, si el pueblo de Cuba, en ejercicio de su soberanía, se define por tal doctrina, está en su derecho hacerlo, y no se justifica que cualquier otro país, de distinta ideología, pretenda por ello emprender una agresión, violando el principio de no intervención

Por lo que no es sorprendente que, desde la sierra el propio comandante Castro escribiera el 17 de marzo de 1958 a Cárdenas una carta que éste conservaba en su biblioteca, y que termina con estas líneas:

... Eternamente le agradeceremos la nobilísima atención que nos dispensó cuando fuimos perseguidos en México, gracias a la cual hoy estamos cumpliendo nuestro deber con Cuba. Por eso, entre los pocos hombres, en cuyas puertas puede tocar con esperanzas este pueblo que se inmola por su libertad a unas millas de México, está usted.

Lázaro Cárdenas estuvo con Panamá y con la República Dominicana en momentos en que el primero fue agredido por tropas de la base militar norteamericana y la segunda invadida por millares de «infantes de marina». Estuvo con las luchas democráticas de Brasil, Argentina, Bolivia, Perú y Chile; defendió una y otra vez la vigencia del pensamiento bolivariano y la causa de la independencia y la unidad de nuestros pueblos. Y en este sentido, en particular, como pocos latinoamericanos comprendió que esa unidad era necesaria y pensó que a partir de la Conferencia Latinoamericana que él encabezó en México, en 1961, podría construirse y cobrar vida e importancia un movimiento continental latinoamericano y caribeño, que contando ya con cierta organización, representatividad, capacidad de convocatoria y movilización, podría incluso llamar a una gran conferencia tricontinental -de Asia, África y América Latina- que hiciera posible a los pueblos de esos tres continentes defender eficazmente sus intereses y ejercer su derecho a la soberanía, la independencia, la paz y el bienestar.

Para aclarar todo lo anterior, y concretamente cómo pensaba el general Cárdenas, nada mejor que recordar el discurso con que inauguró la Conferencia Latinoamericana ya mencionada:

(...) mientras haya un país sin libertad; que ... se mantenga vulnerada, en cualquier forma la soberanía nacional, y confrontemos el espectáculo injusto del sometimiento económico o político de un país a otro, no será posible que la paz prevalezca en el mundo. Una paz perdurable está ligada a la liberación de los territorios coloniales, al respeto absoluto de la soberanía y a la consolidación de la emancipación económica de las naciones (...)

(...) El cargo, tendenciosamente, identifica la violencia bélica con la violencia revolucionaria. Los que pretenden confundir una y otra violencias, olvidan o quisieran olvidar que una revolución es asunto interno, mientras que una guerra es asunto entre naciones; que en nuestra era atómica, aquélla no amenaza a

la humanidad, en tanto que ésta pone en peligro su existencia; que aquélla es promovida por las mayorías, como única salida justa y viable, dentro de condiciones represivas y antidemocráticas, y en cambio ésta la deciden ciertas minorías, sin auscultar previamente la voluntad de sus conciudadanos, como una falsa solución para las crisis económicas que esas mismas minorías han ocasionado, con su imprevisión y su afán de lucro. Así, revoluciones y guerras, son en su origen y en su esencia, diferentes e incluso antitéticas (...)

El mecanismo imperialista por el cual las demandas populares latinoamericanas, tienden a convertirse en revoluciones y éstas en conflictos bélicos, está integrado por un par de fuerzas, una tenaza de acción: el enlace de la política anticomunista, con los programas de austeridad económica.

La política anticomunista en Latinoamérica trata de presentar como movimientos subversivos de inspiración comunista, a toda lucha democrática, a todo intento de independencia económica y a todo afán de preservar la soberanía nacional, por cuanto estas tres corrientes se ven enfrentadas a los intereses del gran capital financiero.

La política de austeridad en América Latina sólo afecta a los trabajadores de la ciudad y del campo, mediante la congelación de sus salarios, y significa la explotación de sus fuerzas productivas en beneficio de los grandes consorcios internacionales.

La defensa de los intereses de la clase obrera, debe ser obra de su propia unidad. Dispersa y dividida, como está, será siempre víctima de la explotación.

El pueblo cubano, encabezado por líderes incorruptibles, hizo caer no sólo a un gobierno antinacional, sino a los latifundistas extranjeros, a las compañías telefónicas, eléctricas y petroleras, a los grandes diarios subsidiados, a los ejércitos mercenarios y a los opositores criollos. Esto explica que el impacto de la Revolución Cubana haya repercutido en todos y cada uno de los países en que funcionan los mismos instrumentos que se rompieron en la mayor de las Antillas. Demuestra asimismo que un asunto estrictamente interno, como lo es la Revolución Cubana, se haya convertido en un problema internacional. Para cualquier gente de buena fe y de criterio independiente, queda claro que la responsabilidad de la internacionalización que sufrió un caso estrictamente nacional en sus orígenes, recaerá, total e inapelablemente, en los grandes consorcios monopolistas.

El gobierno y el pueblo cubanos son esencialmente pacifistas. Rechazan y combaten la guerra, pero defienden su Revolución (...)

Múltiples autores señalan que el general Cárdenas mantuvo posiciones muy semejantes a las de Vargas en Brasil, y Perón, en Argentina; pero yo creo que tal apreciación es incorrecta. Probablemente, bajo la influencia de cierto nacionalismo burgués, algunas opiniones de los tres mandatarios fueron similares; pero el pensamiento y la obra de Cárdenas rébasaron, a mi juicio, con mucho, lo que pensaron e hicieron Vargas y Perón. Para comprobarlo bastaría recordar que Cárdenas se opuso abierta y reiteradamente al nazifacismo desde una firme posición antiimperialista: apoyó a la España republicana y progresista frente a Franco; realizó la más importante reforma agraria latinoamericana hasta entonces; expropió y nacionalizó la industria petrolera mexicana, hasta entonces en poder de grandes consorcios euro-

peos y norteamericanos; llevó a cabo una profunda reforma educativa y cultural, apoyó la organización de los trabajadores, simpatizó con el socialismo como presidente y años más tarde se solidarizó con las luchas revolucionarias por la liberación nacional de Puerto Rico, Guatemala, Cuba y otros países.

*¿Fue fácil interesar a numerosas personas en participar en la Conferencia Latinoamericana?*

No. La organización de dicha Conferencia reclamó serios esfuerzos, y seguramente muchas personas no se acercaron a ella ni la apoyaron, por prejuicios, porque tenían otras posiciones políticas e incluso porque pueden haber pensado que Latinoamérica era un conjunto de países, algunos de ellos geográficamente cercanos al nuestro; pero todos, en general, desvinculados entre sí y de México.

Y mientras no pocas personas simpatizaron con la Conferencia y lo que ésta proponía, algunos dejaron ver escepticismo, reserva y aun opiniones no sólo discrepantes sino del todo opuestas. Anecdóticamente, recordaré que en la Conferencia misma alguien comentó que varias personas habían acercádose a Gonzalo N. Santos, excacique de San Luis Potosí, para tratar de interesarlo, y que éste les había dicho: «a la larga, posiblemente, la izquierda demostrará que tiene la razón». Pero quiero que ustedes sepan que «yo vivo a la corta».

*¿Qué participación tuvo usted en la Conferencia Latinoamericana?*

En la fase inicial propiamente de organización, con varios compañeros colaboré con el general Cárdenas, lo que nos permitió seguir de cerca lo que se hacía. En sesiones más amplias e incluso públicas, a las que asistían unas cuantas decenas de personas y se cambiaban impresiones sobre diversos temas, me tocó también participar. Y ya en la Conferencia fui coordinador de ponencias, comisión en la que también trabajó Cuauhtémoc Cárdenas; fui ponente y, sobre todo, con Olga Poblete (chilena) y Alfredo Varela (argentino), me reuní brevemente varias veces con el general, recogimos su opinión y participé en la redacción de varios textos, incluida la Declaración final, cuyo proyecto llevé el último día a la siete de la mañana a su casa de la calle de Andes, después de trabajar con las dos personas antes mencionadas casi toda la noche en la elaboración del proyecto.

*¿Volvió usted a ver al general Cárdenas a menudo, después de la Conferencia Latinoamericana?*

Cuando terminamos el intenso trabajo que toda reunión de ese tipo reclama, creí que no tendría ya oportunidad de verlo con frecuencia; pero no fue así. Unos días después de la Conferencia me invitó a conversar, en parte sobre lo que ya se había logrado y sobre todo acerca de lo que faltaba por hacer. Y su actitud me impresionó gratamente, porque después de comen-

lar que consideraba que el saldo era positivo, puso especial énfasis en lo que faltaba, es decir, en lo que a partir de entonces sería necesario hacer.

No recuerdo exactamente sus palabras, sino el sentido de lo que dijo. Lo que ahora le preocupaba era cumplir con los acuerdos que se habían adoptado, avanzar y convertir todo ello en realidad. En adelante vendría lo más difícil; y una vez más le oí subrayar la necesidad de organizarse. En cada país de los que participaron en la Conferencia, pensaba, debería ahora hacerse lo que se estimara mejor para asegurar la soberanía nacional, la emancipación económica y la paz. O en otras palabras, a partir de la Conferencia deberían surgir movimientos populares de liberación que hicieran posible alcanzar las metas por las que se había convenido luchar. Y desde luego esos movimientos no surgirían espontáneamente; habría que construirlos y organizarlos, trabajando seriamente y haciendo en cada país lo que fuera más aconsejable. Y, dejando sentir que él había ya hecho lo que estaba a su alcance, concretamente en nuestro país, millares de hombres y mujeres tendrían que comprometerse a organizar la lucha por la liberación nacional como la tarea principal a acometer. Otra cuestión muy importante que en esa conversación con el general Cárdenas pude apreciar, fue la claridad con que relacionaba lo nacional con lo internacional, lo propiamente mexicano con lo latinoamericano y la lucha por la liberación nacional y por la paz.

Unos días después de esa conversación el general Cárdenas me invitó de nuevo. Estuve con tal motivo en su casa, y lo que esta vez me planteó fue que descaba que yo lo representara en una sesión de la presidencia del Consejo Mundial de la Paz -de la que él era uno de sus integrantes-, que estaba por celebrarse en Nueva Dehli. Acepté con gusto, y unos días más tarde me participó que también iría Cuauhtémoc su hijo, con quien yo tenía una buena amistad.

*¿Tenía el general Cárdenas especial interés en esa reunión, y le hizo a usted alguna recomendación?*

A punto de iniciar Cuauhtémoc y yo nuestro viaje, que por cierto hicimos vía Roma-Estambul, y resultó muy agradable, me acerqué al general, precisamente para saber si tenía alguna instrucción que darnos, y como otras ocasiones me impresionó que en muy pocas palabras dijera cosas importantes. Esta vez, por ejemplo, en respuesta a mi pregunta se limitó a comentar: «que entiendan nuestros amigos que, para nosotros, la paz es la guerra contra el imperialismo». La paz, para él, no era sólo la ausencia de guerra; era, sobre todo, la posibilidad de que en un ambiente de respeto a la soberanía de los pueblos, de no intervención en sus asuntos internos, de desarrollo económico-social y de genuina cooperación internacional, pudieran progresar. El desarrollo lo veía como una condición y una importante contribución a la causa de la paz. Y ese replanteo, en el que por lo demás ya veníamos trabajando quienes cerca de Bassols retomamos desde 1958 la causa de la paz, y que ahora se fortalecía con la

Conferencia Latinoamericana y la voz de Cárdenas, abría a nuestro juicio una nueva y más ancha perspectiva a las luchas por librar.

*¿Recuerda usted algo en particular de la reunión de Nueva Delhi?*

Sí, podría mencionar varias cosas. Una primera fue la oportunidad de volver a trabajar unos días con el profesor John D. Bernal, a quien como ya comenté, había conocido en Estocolmo tres años antes. Y aquí, una vez más pude apreciar su talento, su entrega a la causa de la paz, su capacidad para exponer brevemente y con sencillez complejas cuestiones y su trato, a veces un poco seco, pero siempre respetuoso y cordial.

Otra experiencia interesante fue haber formado parte, como latinoamericano, de una pequeña comisión encabezada por el propio profesor Bernal, que fue recibida por el entonces primer ministro de la India, Pandit Nehru, con quien se tuvo un interesante cambio de impresiones en el que éste reconoció la importancia del trabajo por la paz, para países que trataban de lograr un desarrollo independiente.

También fueron gratas y útiles las múltiples charlas con Cuauhtémoc, principalmente sobre problemas más nuestros, es decir, de México, y lo que a partir de entonces tendríamos que hacer.

Al final de la reunión se trabajó intensamente y a veces no fue fácil superar ciertas discrepancias. Hasta donde recuerdo, principalmente en dos cuestiones no había fácil acuerdo: el papel de lo nacional, de la independencia y el antiimperialismo, del proceso de desarrollo en la lucha por la paz, y el estilo o la forma en que debían decirse ciertas cosas. Los europeos dejaban ciertas expresiones nacionales en planos secundarios, en general eran moderados y sugerían no caer en ningún radicalismo verbal. Los chinos y algunos representantes de países africanos, en cambio, subrayaban a menudo lo nacional, el antiimperialismo, y recomendaban llamar a las cosas por su nombre y no caer en posiciones ambiguas o eclécticas. A la postre, sin embargo, a veces después de mucho discutir, se llegaba a un acuer-



Alonso Aguilar con el Gral. Lázaro Cárdenas, en 1962.

do en torno a esas y otras cuestiones, en las que a menudo las diferencias no eran de fondo.

*¿Regresaron juntos de la India el ingeniero Cárdenas y usted?*

No, entiendo que él tenía una invitación para hacer una escala en Egipto, y yo me detuve unos días en Tel Aviv y después en Londres. Y fue ya en México, unas semanas más tarde, cuando empezamos a vernos de nuevo. Entretanto yo informé al general Cárdenas de la reunión de la presidencia del Consejo.

*¿Volvió usted a representar a don Lázaro Cárdenas en otras conferencias internacionales?*

Ya comenté que, en 1962, me pidió que lo representara en una importante conferencia continental de solidaridad con Cuba; y al año siguiente, a punto de celebrarse una nueva reunión del Consejo Mundial y con ella de la presidencia en Varsovia, gentilmente me nombró su representante, y con Fernando Carmona y Guillermo Montañón compartí además la representación del Comité Mexicano por la Paz.

La reunión fue en los días en que murió John F. Kennedy, hecho que tuvo un gran impacto, fue muy lamentado y objeto de múltiples comentarios sobre todo en las sesiones plenarias. En las de la presidencia se trabajó más sobre cuestiones de fondo, y podría decir que ahora un mayor número de miembros de ese alto cuerpo de dirección consideraron que la problemática del desarrollo, la independencia, la lucha contra el imperialismo y el bienestar de los pueblos, sobre todo de aquellos del llamado «tercer mundo», tenía que incorporarse, y aun pasar al primer plano en los debates y la lucha por la paz.

*Independientemente de la reunión a la que asistía ¿tuvo usted oportunidad de hablar con otras personas y ver otras cosas en Varsovia?*

En verdad fui afortunado, porque no obstante que nuestra estancia fue de sólo unos días, los aprovechamos muy bien. Una periodista polaca que había estado en México y tenía mucho interés en América Latina, me invitó a charlar una tarde, y gracias a ella pude saber algo de lo que ocurría en Polonia. La Escuela de Planificación y Estadística me pidió dar una charla sobre la economía mexicana en un curso de postgrado para extranjeros, en donde por cierto me dio mucho gusto encontrar a dos economistas mexicanos que ahí estudiaban: Ofelia Alfaro y Eugenio Martínez Aguilar, que al regresar a México, ella volvió al Banco Nacional de Comercio Exterior, y él hizo carrera diplomática, siendo más tarde embajador en la URSS, Israel y la República Democrática Alemana, en donde por cierto volví a encontrarlo unos años después. El contacto en la escuela antes mencionada me permitió hablar con el economista Ignacy Sachs y otros. También charlé con el doctor Oscar Lange, que presidía la Comisión de Planificación. Y, por último, el escritor

mexicano Sergio Pitól, que era Consejero Cultural en la embajada de nuestro país, me acompañó amablemente una mañana libre a caminar por la hermosa plaza de Varsovia, el río y otros lugares.

*¿Volvió usted a ver al profesor Bernal?*

Me parece que sólo una vez más. Estando de paso en Londres fui a saludarlo y se me dijo que el profesor estaba en una junta. Lo esperé cerca de media hora, y al pedir que se le dijera que lo había buscado Alonso Aguilar, de México, su secretaria –acaso sorprendida porque yo viniera de un país lejano– me detuvo y pidió esperar un momento, y quien salió fue el profesor Bernal, quien muy cordialmente comentó que estaba con varias personas examinando una agresión de última hora que amenazaba la paz, y que en la reunión sólo les faltaba un latinoamericano. Y agregó: ¡Bienvenido!

*¿Continuó usted viendo por entonces al general Cárdenas?*

Hasta donde recuerdo, en lo que hace a mi relación con él en asuntos del Consejo Mundial de la Paz, creo que la última ocasión en que me invitó a representarlo en las reuniones de la Presidencia fue en 1964; y el propio general hace referencia a ello en una carta al profesor Bernal, de 10 de junio de ese año, en la que escribe:

... Con respecto a su sugerencia de aplazar el efecto de mi renuncia hasta el año entrante –había renunciado a ser miembro de la Presidencia Colectiva–, cuando se reestructuraran los órganos directivos del Consejo, con gusto la acato por las razones que usted manifiesta y, en cuanto a la conveniencia de que el señor licenciado Alonso Aguilar me represente en las reuniones futuras en el Comité Presidencial –sugerencia hecha gentilmente por el profesor Bernal–, lo haré con complacencia siempre que las obligaciones de trabajo de nuestro mutuo amigo le permitan desplazarse de México al lugar en que se efectúen...<sup>6</sup>

*En cuanto a otros asuntos, digamos ligados más de cerca a problemas nacionales, ¿siguió usted viendo al general Cárdenas?*

Por alguna persona cercana a él yo sabía que cuando estaba en la ciudad de México al general no le gustaba hacer muchas citas, y por ello y por prudencia prefería no molestarlo, salvo que hubiera alguna cuestión especial que aconsejara verlo. Él, sin embargo, me invitaba de vez en cuando a conversar, lo que hacíamos habitualmente en su casa. Por cierto más de una vez charlamos dos o tres horas, en las que pude apreciar el orden con que trabajaba y comprobar que, no obstante sus múltiples e importantes ocupaciones, cuando uno lo veía, dejaba sentir que disponía de tiempo y escuchaba siempre con interés lo que se le planteaba.

<sup>6</sup> *Epistolario de Lázaro Cárdenas*. Tomo 2, Siglo XXI Editores. México, 1975. pp. 272-73.

A propósito de encuentros con el general recuerdo, además, que dos o tres ocasiones me invitó a verlo en Uruapan en casa de una persona amiga de él. Yo me iba el viernes por la noche en tren; llegaba a Uruapan a las 9 de la mañana del sábado, en que alguien me recogía, y desde esa hora hasta poco antes de las seis de la tarde, en que tomaba el tren de regreso, conversábamos sobre muchas cosas.

Otra vez fuimos también a Uruapan el doctor Guillermo Montaña y yo, porque el general nos invitó con otras dos personas a hacer un recorrido que resultó muy agradable, útil e interesante. Con tal motivo salimos de Uruapan a las 6 de la mañana, y después de detenernos en el Infiernillo y otros lugares, pasamos la noche en Arteaga. A la mañana siguiente visitamos la presa de la Villita, cuya construcción estaba a cargo de Cuauhtémoc, y continuamos a Playa Azul, -cerca de lo que hoy es Lázaro Cárdenas-, en donde por la tarde revisamos frente al mar algún estudio que al general le interesaba y charlamos con calma sobre otros asuntos, hasta casi obscurecer.

Una vez más, por cierto, me sorprendió la energía del general; quien cubrió toda una larga jornada de las seis de la mañana a casi las doce de la noche, así como su consideración a la gente, a la que escuchaba con atención, preguntaba sobre su trabajo y sus problemas y trataba no sólo con sencillez y modestia sino con cordialidad y aun afecto. Por todo ello, al recapitular sobre la experiencia de haber conocido y tratado de cerca al general Cárdenas, considero que fue muy valiosa, una rica fuente de múltiples enseñanzas y en verdad un privilegio, pues sin duda en más de un sentido, Lázaro Cárdenas fue un mexicano excepcional.

De los múltiples y siempre interesantes encuentros con el general, recuerdo también que una vez me llamó por teléfono para invitarme a conversar, y me dijo: acabo de regresar del noroeste, y como usted es sonorense, pensé que podría interesarle saber lo que vi en su tierra.

Esa noche me reuní con él en su casa, y después de recordar lo que su gobierno había hecho en materia agraria para beneficiar concretamente a los pueblos yaquis, en varios lugares entre Ciudad Obregón y Guaymas, comentó: yo sabía que gobiernos posteriores se negaron a darles lo que era de ellos; pero es indignante ver hasta dónde han llegado. Las tierras y aguas que les pertenecían, están en manos de nuevos latifundistas. Y lo que, a cambio de todo ello les ofrece ahora el gobierno son terrenos pedregosos y secos en los que nada puede sembrarse, y en los que solamente hay víboras.

Y después de decir lo anterior, lamentó que ciertos gobernantes siguieran sin entender que pocas cosas eran tan importantes para lograr nuestro desarrollo y mejorar las condiciones de vida del pueblo, como llevar adelante una verdadera reforma agraria.

## **El Movimiento de Liberación Nacional**

*¿Cuál fue el origen del Movimiento de Liberación Nacional (MLN)?*

Su antecedente más directo e inmediato fue la Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz, que presidió el general Lázaro Cárdenas, y de la que ya hablamos.

En esa Conferencia se convino en que para alcanzar sus objetivos, en todos los países en que ello fuera posible se haría un esfuerzo para organizarse, y una vez constituida la organización nacional correspondiente, se trabajaría hacia una segunda conferencia latinoamericana que pudiese celebrarse con una base popular más amplia y representativa.

Otro antecedente, a mi juicio también importante del MLN fueron las luchas que se libraron en México en particular en la década de los cincuenta. El sexenio del gobierno de Miguel Alemán significó políticamente un paso atrás. Y a consecuencia de ello y de la creciente inconformidad de amplios sectores del pueblo, en los años cincuenta se libraron importantes luchas populares que contribuyeron a crear una mayor conciencia de la necesidad de organizarse, pues de una u otra manera el saldo de esas luchas era con frecuencia la derrota, y aun obteniendo ciertos triunfos, era muy difícil que contribuyeran a cambiar un estado de cosas desfavorable, cuyas bases eran propiamente estructurales y requerían cambios de fondo.

*¿Cómo se organizó el MLN?*

Pocas semanas después de la Conferencia Latinoamericana empezamos varias personas a reunirnos para cambiar impresiones acerca de lo que podría hacerse en México. Al principio el grupo fue pequeño, de no más de ocho a diez personas. Mas apenas se empezó a trabajar y se invitó a otros a participar, el número de gente interesada creció y aun antes de crearse el Movimiento, en agosto de 1961, eran ya varias decenas quienes trabajaban activamente para dar vida al proyecto.

*¿Qué fue fundamentalmente lo que se hizo en la fase de organización?*

Lo principal, lograr un acuerdo que permitiera preparar los proyectos de cuatro documentos importantes y aun en cierto modo indispensables: el Programa del Movimiento, las Bases de Organización, el Plan de Acción y un Llamamiento al Pueblo Mexicano. Y puedo decir que ese acuerdo se logró no fácilmente, pues en las reuniones participaron decenas de personas que tenían ideas y opiniones distintas; pero el ambiente democrático y de respeto mutuo entre los participantes contribuyó a que, a la postre, pesaran más los puntos de acuerdo que las diferencias.

*¿Podría usted decir cuáles eran los puntos centrales de cada uno de los anteriores textos?*

El Programa, en particular, contenía varios capítulos. Uno muy importante es la defensa de la soberanía, tanto interna como externa, o en otras palabras, de la soberanía del pueblo y de la nación, que incluía, además, la lucha antimonopolista contra el imperialismo y por nuestra autodeterminación e independencia y, desde luego, contra toda forma de colonialismo; por la libertad de los presos políticos, y en un sentido más amplio por el respeto a los derechos humanos y el rechazo de todo régimen y políticas represivas y antidemocráticas, por la solidaridad con Cuba, convencidos de que al defenderla defendíamos también derechos nuestros fundamentales. Por eso el Programa del MLN establece:

Que por tener América Latina raíces históricas, étnicas y culturales semejantes, por tener problemas socio-económicos análogos, por tener idénticos objetivos de soberanía y desarrollo, la intervención directa e indirecta de un país cualquiera en perjuicio de un gobierno constituido de América Latina, como es el caso del gobierno revolucionario de Cuba, aparte de contrariar el Derecho Internacional, deforma el desarrollo económico, político, social y cultural de los demás países latinoamericanos, lesiona su soberanía y ofende la dignidad de sus pueblos.

El segundo gran apartado o capítulo del Programa del MLN se refiere a la «Emanipación Económica», y tiene que ver con aspectos muy importantes de la economía y el desarrollo económico. Podría decirse que el Movimiento plantea centralmente la necesidad de reorientar y enriquecer la política de desarrollo, yendo más allá de lo incidental y de los problemas inmediatos, y reparando en la problemática de conjunto que una estrategia de desarrollo debe tratar de resolver a mediano y largo plazo, a partir de la conjugación de esfuerzos del Estado y los gobiernos, por un lado, y de la participación de los principales sectores sociales, empezando por los trabajadores, o sea quienes crean la riqueza que es preciso incrementar y distribuir de manera menos inequitativa.

La siguiente sección se ocupa de la nacionalización, a partir de la idea de que «el control y el pleno disfrute de los recursos naturales y de las actividades de mayor importancia económica y social, son esenciales para el logro de un desarrollo nacional independiente.»

Viene después la reforma agraria, y al respecto se postula que:

México no podrá alcanzar el pleno goce de sus libertades ni el nivel de vida humano a que tiene derecho de acuerdo con los progresos de la ciencia, sin la realización previa de una reforma agraria integral, [y que ésta] ... requiere primordialmente la distribución equitativa de toda la tierra agrícola entre quienes la trabajan, así como la organización, la asistencia técnica y financiera a la producción, su distribución y consumo, asegurando el beneficio del trabajo a quienes lo realizan y una continua elevación de sus niveles de vida...

El Programa presta, desde luego, especial atención al proceso y los problemas del desarrollo industrial, y hace señalamientos y propuestas que dan cuenta de una línea de pensamiento que «asciende a lo concreto», esto es,

no se queda en generalidades ni declaraciones retóricas que en la práctica poco y aun nada contribuirían a que las cosas cambien.

En materia de «Financiamiento del Desarrollo Económico Nacional», el programa deja claros también los objetivos principales a alcanzar, partiendo aquí de un conjunto de ideas centrales que resumen la posición del Movimiento, y entre las cuales probablemente destaquen las que siguen:

Que para acelerar el desarrollo económico de México es preciso aumentar sustancialmente el monto absoluto y relativo de la inversión nacional.

Que el aumento de la inversión no debe traducirse en la reducción de la capacidad de consumo ni en el abatimiento de los ya muy bajos niveles de vida de los sectores populares.

Que la aceleración del desarrollo económico y en particular el incremento de los recursos destinados a fines socialmente productivos, debe descansar en la redistribución de la riqueza y el ingreso nacionales, a través de medidas que reduzcan el consumo suntuario o superfluo de las minorías que viven en condiciones privilegiadas.

Que la utilización de recursos financieros internacionales debe ser complementaria a la movilización y mejor aprovechamiento de los recursos internos...

Sobre «Comercio Exterior y Balanza de Pagos», aspecto muy importante dada la intensidad de los procesos de internacionalización ya entonces en marcha, de los que nuestros países no pueden permanecer al margen, el MLN señala entre otras cosas de interés que:

Los desequilibrios de la balanza comercial y de pagos obedecen a defectos estructurales de la economía mexicana, y sobre todo a la presión que el imperialismo norteamericano ejerce sobre nuestro país;

Que a fin de que el comercio exterior contribuya a acelerar el desarrollo económico de México es preciso adoptar una política independiente, que amplíe al máximo las posibilidades de diversificación de productos y mercados y haga posible el mejoramiento de las relaciones de intercambio, y

Que la creciente y anárquica salida de capitales nacionales y de utilidades de empresas extranjeras retardan el desarrollo económico, da lugar a graves desajustes en la balanza de pagos, y es factor decisivo de las devaluaciones monetarias.

Y, como en otros aspectos del programa, aquí también se sugieren acciones concretas, en general no fáciles, pero que pueden ponerse en marcha si el avance en el proceso organizativo y de lucha permite crear otras condiciones y cambiar la correlación de fuerzas, en beneficios de los trabajadores.

El capítulo sobre «Emancipación Económica» concluye con un apartado sobre «Elevación del Nivel de Vida del Pueblo», en el que se hace ver que las condiciones de los sectores más amplios son insatisfactorias, precarias y a menudo verdaderamente miserables, y que es falso que no puedan mejorar, aunque para ello será preciso enfrentarse resueltamente al capitalismo y al imperialismo, o sea a las causas que determinan esa inaceptable e injusta situación.

Al capítulo sobre «Emancipación Económica» sigue un breve pero también importante apartado sobre «Cultura y Educación», que en realidad está estrechamente ligado al anterior y cubre desde la enseñanza elemental hasta la investigación científica, y del que me parece que dos secciones fundamentales son la que se refiere a la «Defensa de la Cultura Nacional» y la relativa a la «Educación Indígena». En cada una de ellas se hacen propuestas concretas que muestran que ya a principios de los años sesenta había en México no sólo preocupación sobre la problemática educativa y cultural, sino también ideas claras acerca de qué hacer para avanzar en esos campos fundamentales.

El Programa del MLN concluye ocupándose de «La Lucha por la Paz y la Cooperación Internacional», en donde se recuerda que el pueblo de México repudia la guerra, caliente y fría, las pruebas nucleares, el armamentismo y la propaganda belicista, y se pronuncia en favor del desarme, el arreglo pacífico de los conflictos entre las naciones y de una genuina cooperación internacional.

En resumen, el Programa del MLN recoge y a la vez enriquece y concreta los acuerdos de la Conferencia Latinoamericana de marzo de 1961. Como en ésta, lograr los objetivos ahí establecidos es lo principal; y ahora se crea una organización para avanzar e incluso se acuerda qué hacer y cómo llevar adelante esa acción por parte de personas y organizaciones que aun teniendo posiciones y puntos de vista diferentes sobre ciertas cuestiones, convienen en conjugar esfuerzos para realizar, de nuevas maneras, la tarea común de contribuir a la liberación de nuestros pueblos. A ello podría añadirse que si bien al concluir el siglo xx y abrirse el XXI no sería correcto repetir mecánicamente lo que se dijo y pensó que procedía hacer cuarenta años antes, debido a que muchos de los problemas de esos años siguen presentes, sorprende que el Programa del MLN no suene como algo anacrónico y del todo invigente, sino que en múltiples aspectos sea de actualidad y siga siendo una guía para la acción.

*¿Qué tipo de organización era y cómo funcionaba el MLN?*

En primer lugar era una organización política independiente, amplia, plural, unitaria y que aspiraba a movilizar a grandes sectores de nuestro pueblo, a partir no sólo de una línea política y un esfuerzo organizativo de nuevo tipo que contribuyeran a entender el escenario en el que nos movíamos, los problemas más graves y los obstáculos a superar en la lucha por hacer de México un país mejor para la mayoría de los mexicanos, sino de acciones concretas que respondieran a justas demandas populares y ayudaran día con día a fortalecer nuestra causa y avanzar en el camino que nos habíamos trazado.

Podría pensarse que los rasgos anteriores no distinguían al Movimiento de otras organizaciones; y en parte quizás ello fue así. Pero lo principal es que en la práctica y no sólo en el papel o los discursos, el MLN intentaba desplegar un serio esfuerzo para trabajar conjuntamente por quienes no

lo habían hecho hasta entonces, y para rebasar los marcos a veces muy estrechos en que ciertas acciones se realizaban.

*¿Se entendió adecuadamente la naturaleza del Movimiento y su relación con otras organizaciones y especialmente con los partidos políticos?*

La cuestión a que se refiere la pregunta no fue fácilmente comprendida, y aun entendiéndose, la posición del MLN no fue a menudo respetada.

Los miembros del Movimiento eran individuos, es decir hombres y mujeres que, con independencia de su manera de pensar, su posición política, su credo religioso, su origen social o su ocupación, decidían formar parte de esa nueva organización porque estaban de acuerdo en sus propósitos y en lo que se pretendía hacer para llevar la lucha por la liberación nacional a la victoria. En general eran mexicanos y mexicanas progresistas, pero que desde luego no tenían ideas y opiniones idénticas acerca de múltiples cuestiones.

Del Movimiento formaban parte también numerosas organizaciones, desde grupos campesinos, sindicatos obreros y asociaciones profesionales, hasta partidos políticos. Pero todas esas organizaciones se vinculaban al MLN como «organizaciones de apoyo», es decir, como organizaciones independientes que trabajaban en la forma que les parecía mejor y que expresaban su interés y decisión de «apoyar» al Movimiento, por estar de acuerdo con el Programa y la forma de organización de ese nuevo esfuerzo. O en otras palabras, dichas organizaciones mantenían su independencia y convenían en operar tanto fuera como dentro del MLN, concientes de que al hacerlo en este último debían respetar los acuerdos y formas de organización y funcionamiento del mismo. Lo que quiere decir que así como el Movimiento no podía imponer sus posiciones a otras organizaciones, éstas tampoco podían legítimamente trasladar las suyas al MLN y pretender que éste se subordinara a ellas.

Al abrir en Morelia la II Conferencia Interestatal del MLN, en agosto de 1962, me ocupé en mi intervención de esa y otras cuestiones, y a riesgo de hacer una larga transcripción, recogeré parte de ella, pues creo que puede ayudar a que se entienda mejor el problema de que hablamos.

... Como se dijo en la Asamblea Nacional Constitutiva, el MLN es 'un instrumento de acción y unidad de las fuerzas democráticas...', es decir, una organización cívica y política que tiende a agrupar alrededor de un programa común, a todos los mexicanos dispuestos a luchar por la cabal emancipación y el progreso democrático de nuestro país. Dentro del Movimiento caben, por tanto, personas físicas y agrupaciones de diversa naturaleza que decidan participar directamente como miembros o como organizaciones de apoyo.

El MLN es un amplio frente o agrupamiento democrático en el que son bienvenidos todos aquellos mexicanos que independientemente de sus creencias, de su extracción social, de su posición o ideología política, estén de acuerdo en luchar conjuntamente por el bienestar del pueblo y por el desarrollo nacional independiente de México. El MLN no es un 'frente único' de tal o cual clase.

social, cuya dirección esté controlada por uno o por varios partidos o agrupaciones políticas. El Movimiento descansa en la profunda convicción de que la lucha por nuestra cabal independencia no es una lucha restringida y estrecha en la que sólo haya de participar la clase obrera o los grupos más definidos de la izquierda, sino todos los mexicanos patriotas y todas las corrientes democráticas y nacionalistas. Por eso caben en el MLN campesinos, trabajadores urbanos, empleados de clase media, estudiantes y profesionistas, los pequeños y medianos productores independientes, los industriales dispuestos a oponerse a que unos cuantos grandes monopolios extranjeros se apoderen del corazón de la industria mexicana, empleados y funcionarios públicos que no hayan sido ganados por el derrotismo o por el miedo y que tengan fe en el glorioso destino independiente de México. En otras palabras, en el MLN caben católicos, protestantes, masones y no creyentes, caben socialistas y comunistas, liberales y personas y agrupaciones con una posición política progresista. Y esta aglutinación no supone conciliar lo inconciliable, tirar puentes en mar abierto y en consecuencia construir una utopía. Nada de eso. El Movimiento es ya una realidad en marcha, y lo es porque descansa en una necesidad histórica y en una concepción realista. Entre los miembros del MLN hay diferencias de opinión; pero por encima de cualquier discrepancia hay el convencimiento de que este es un momento de crisis, en el que son indispensables la unidad y la acción conjunta de los sectores populares y progresistas para defender el legado democrático que nos dejó la Independencia, la Reforma y la Revolución de 1910 y para asegurar la plena y definitiva liberación de nuestra patria. Y aunque en esas metas y aspiraciones el MLN coincide con organizaciones similares existentes en países que como el nuestro luchan también por su libertad e independencia, su forma de organización y su funcionamiento responden —como no podría ser de otra manera— a la realidad y a las condiciones propias de México. Como se ha repetido una y otra vez, el MLN no es un partido político. No tiene de partido ni la organización, ni la estructura interna, ni la rigidez disciplinaria. Y precisamente porque no es un partido sino una agrupación mucho más amplia y de otra naturaleza, en ella caben, como antes se dijo, partidos, personas y organizaciones afiliadas o no a partidos políticos.

El MLN no es tampoco una alianza de partidos ni una alianza de organizaciones. Con el tiempo, quizás, la participación de grupos cívicos y políticos organizados adquirirá en el MLN una mayor importancia, como es el caso de otros países. Pero en esta primera etapa, por efecto de una realidad que tiene raíces históricas profundas, tendrá un papel fundamental la incorporación de decenas de miles de campesinos, obreros, estudiantes, ciudadanos en general que, por distintas razones no están agrupados en partidos ni en otras organizaciones políticas. El señalamiento de estos hechos no tiende a establecer ninguna jerarquía ni menos a subestimar la cooperación de los partidos y organizaciones existentes, cuyo concurso ya ha sido a menudo muy valioso. Señala tan sólo una realidad que no puede dejar de advertirse sino a riesgo de angostar innecesariamente las posibilidades del MLN.

### *¿Cuándo y cómo se constituyó el Movimiento?*

El 4 de agosto de 1961, en una Asamblea Nacional celebrada en la ciudad de México, en la que participaron 180 delegados procedentes de 24 entida-

des y de numerosas organizaciones campesinas, obreras, de maestros y estudiantes, de mujeres, cívicas, culturales y políticas. En ella se aprobaron los documentos básicos ya mencionados y se eligió al primer Comité Nacional, que sería el principal órgano de dirección del MLN.

*¿Cómo quedó integrado ese comité Nacional?*

Por las 29 personas que siguen, cuyos nombres se listan en orden alfabético: Alonso Aguilar Monteverde, Ignacio Aguirre, Clementina B. de Bassols, Narciso Bassols Batalla, Martha Bórquez, Enrique Cabrera, Guillermo Calderón, Cuauhtémoc Cárdenas, Jorge Carrión, Fernando Carmona, Heberto Castillo, José Chávez Morado, Carlos Fuentes, Ignacio García Téllez, Enrique González Pedrero, Elí de Gortari, Mario H. Hernández, Jacinto López, Francisco López Cámara, Braulio Maldonado, Manuel Marcué Pardiñas, Manuel Mesa Andraca, Guillermo Montaña, Arturo Orona, Rafael Ruiz Harrel, Carlos Sánchez Cárdenas, José Siurob, Manuel Terrazas y Adelina Zendejas.

En su primera sesión, el comité creó la Comisión Ejecutiva y otras, y se me eligió como coordinador general del Movimiento.

*¿Diría usted que ese Comité tenía la amplitud y representatividad a las que se aspiraba?*

Habríamos deseado que su composición fuera más amplia; pero tanto en ciertos dirigentes sindicales como funcionarios y aun exfuncionarios públicos así como empresarios privados, encontramos reservas; e incluso algunos que parecían respetar al MLN prefirieron no participar como miembros. Aún así, entre los 29 integrantes del primer Comité Nacional había intelectuales y artistas, escritores, periodistas, dirigentes campesinos, obreros y de organizaciones y partidos políticos, mujeres activas, profesores e investigadores, profesionistas y exfuncionarios públicos, muchos de los cuales nunca habían actuado juntos en un proyecto político.

*¿Considera usted que desde un principio se explicó a la gente lo que era y se proponía hacer el MLN?*

Yo diría que, en general, tratamos de hacerlo. Pero, en primer lugar, muchos de los medios tenían su propia versión, y más que interesarse en recoger lo que decíamos, contribuían a menudo más a confundir que a aclarar lo que se hacía.

No obstante, desde la primera conferencia interestatal del Movimiento, en Torreón, sentimos que era necesario dejar claro lo que intentaríamos hacer, y cómo pensábamos llevarlo a cabo. Y al respecto, recuerdo que al terminar la reunión, varios compañeros comentaron informalmente que el énfasis en tales cuestiones les había parecido muy útil. Lo cierto, en realidad, es que aun personas y publicaciones que simpatizaban con el Movimiento, no pocas veces hacían circular opiniones erróneas, que no ayudaban a que se comprendiera el carácter y el esfuerzo que desplegaba la organización.

Y, desde luego, las posiciones de la derecha eran siempre hostiles, desorientadoras y falsas. Se olvida, por ejemplo, que no fue casual que, precisamente por ese entonces, algunos elementos gubernamentales de los más conservadores crearan el llamado Frente Cívico de Afirmación Revolucionaria, que con frecuencia atacaba al MLN.

*Confieso que he oído opiniones diversas y aun contradictorias acerca del papel y la relación del general Lázaro Cárdenas con el MLN. ¿Podría usted decir cuáles fueron?*

Ya señalé que Lázaro Cárdenas jugó un papel central en la presidencia de la Conferencia Latinoamericana, de la que en realidad surgió el Movimiento; y añadiría que tuvo además una posición muy destacada en todo el proyecto de dar a la lucha por la liberación de nuestros pueblos un alcance latinoamericano e incluso tricontinental, es decir, en la que junto a Latinoamérica participaran países de África y Asia.

Pues bien, al constituirse el MLN en la Asamblea Nacional antes mencionada estuvo presente el general Cárdenas, quien envió un breve mensaje:

En esta reunión, a la que se han servido invitarme –dijo– mis palabras vienen a sumarse a las manifestaciones de los patriotas y progresistas de México y de todos los pueblos latinoamericanos... que a pesar de las presiones internas y exteriores, están seguros de sí mismos, convencidos de sus derechos y dispuestos a defenderlos.

Todos los pueblos de América han tenido que luchar desde su independencia contra intereses conservadores y retardatarios...

... México, como todos los demás países de América Latina tiene que organizarse para la defensa conjunta de sus intereses; y a esto tiende la Asamblea que ustedes celebran.

Su organización es lícita; no lesiona los principios establecidos en la Constitución que rige los destinos del país. Será un organismo que contribuya a la realización de los postulados de la Revolución Mexicana...

Y, convencido de ello, el general Cárdenas defendió públicamente al MLN, cuando varios funcionarios y exfuncionarios del gobierno, incluso abandonando viejas posiciones nacionalistas, lo atacaron sin razón.

Dada esa actitud amistosa hacia el Movimiento, y sobre todo debido a su tan importante participación en la lucha por la liberación de nuestros pueblos, antes y después de que él MLN se creara, nosotros vimos siempre al general Cárdenas como parte de ese esfuerzo, aunque él nunca se inscribió como miembro, e incluso unos días después de la Asamblea Nacional constitutiva nos expresó a los integrantes de la Comisión Ejecutiva del Comité Nacional que él, por ser expresidente de la República y además porque estaba seguro de que de afiliarse concitaría una gran hostilidad hacia el Movimiento, se mantendría al margen. Lo que realmente hizo, aunque siempre vio al MLN con respeto y simpatía.

*¿De manera que no tiene fundamento la especie según la cual el expresidente Cárdenas era miembro del MLN, y menos aún la de que no estando formalmente integrado a la organización, intentaba dirigirla desde afuera, por encima y al margen de lo que sus dirigentes decidían?*

Así es. En mi caso, en particular, que fui durante tres años coordinador nacional del Movimiento, puedo asegurar que en el general Cárdenas siempre encontramos una actitud respetuosa, y no recuerdo una sola ocasión en la que pretendiera intervenir o decidir de manera autoritaria lo que debiera hacerse.

*Y ¿se comprendió la posición del expresidente?*

Yo diría que en la Dirección del Movimiento se entendieron y aun aceptaron las razones dadas por él para no participar personal y directamente en la nueva organización. Pero en cuanto a millares de miembros de base es comprensible que pensarán que Cárdenas era la persona de mayor experiencia, autoridad y prestigio vinculada al Movimiento, y que por ello y desde luego la simpatía y respeto que sentían hacia él, de manera lógica aunque un tanto simplista, creyeran que debía encabezar la lucha por la liberación nacional y, por tanto, el MLN.

Y ya en marcha el Movimiento, algunas veces pude advertir que incluso ciertos miembros de la Dirección criticaban al general Cárdenas, porque no hacía lo que ellos pensaban. Por ejemplo, personas que militaban en el Frente Electoral del Pueblo solían criticarlo porque el general no lo apoyaba; otros, convencidos de que el MLN debía participar como organización en las elecciones, discrepaban también del general; algunos creían que el Movimiento debía convertirse en un partido, y probablemente no faltaban quienes, no entendiendo aún la importancia de dar a la lucha una proyección latinoamericana y antiimperialista, criticaban a Cárdenas porque pensaban que ello podría debilitar el frente propiamente interno y nacional.

*Desde esa posición, ¿considera usted que el general Cárdenas influía en sus amigos y en general en personas cercanas a él, para que apoyaran al MLN?*

Probablemente lo hizo alguna vez, y ello sería comprensible. Pero tengo la impresión de que al insistir en que los trabajadores, en particular, debían organizarse, ello no significaba que necesariamente se incorporaran al Movimiento.

Al escribir estas líneas recuerdo que en una ocasión me invitó amablemente el general Cárdenas a una comida en su casa, en la que había unas cuarenta a cincuenta personas. Pues bien, esa vez don Lázaro comentó conmigo que convenía que yo conociera a algunas de dichas personas porque se consideraban «cardenistas» y acaso podrían interesarse en ayudar al MLN. Poco tiempo después volví a verlo, y recordando la comida antes mencionada, preguntó: «Y alguno de esos llamados «cardenistas» ofreció ayudar al Movimiento de Liberación? Y añadió: «Lo más probable es que no lo hayan hecho». Yo comenté: así fue, pero sobre todo numerosos trabajado-

res que lo respetan a usted y se identifican con sus posiciones progresistas se incorporan en múltiples regiones del país al Movimiento.

*Ya habló usted sobre el programa, la forma de organización y la dirección política del MLN. Ahora le pediría pasar al Llamamiento. ¿Cuál fue el papel y el carácter de este texto?*

En cuanto al papel, puedo decir que sobre todo al inicio fue muy importante su difusión para que la gente se enterara del Movimiento y lo que se proponía hacer. Si mal no recuerdo circularon probablemente más de un millón de ejemplares en el país y se dio a conocer y explicó el Llamamiento en centenares de reuniones.

Por lo que hace a su carácter era un texto breve, que en palabras sencillas y claras decía lo que el Movimiento intentaría hacer. Para que se comprenda mejor cómo era ese Llamamiento, en vez de recordar y comentar algunos de sus principales pasajes, me limitaré a transcribirlo:

La lucha del pueblo mexicano por su libertad y su bienestar dista mucho de haber concluido. Ahora es más urgente que nunca llevarla adelante...

En ejercicio de un irrenunciable derecho ciudadano, creamos este indispensable instrumento de acción y unidad de las fuerzas democráticas, que en poco tiempo tendrá alcance verdaderamente nacional...

Estamos con todo el pueblo para que todo el pueblo disfrute de los recursos naturales que se hallan en poder de monopolios extranjeros y minorías del país, y para que todo el pueblo sea el beneficiario de una industrialización que aproveche racionalmente las grandes riquezas dormidas de México.

Estamos, con todos los patriotas, con los que desean legar a sus hijos una nación libre y próspera, dueña de sus riquezas y del fruto de su trabajo. Sostenemos, por ello, que es inaplazable proteger al país frente a las inversiones extranjeras que año con año retiran enormes ganancias y empobrecen a los mexicanos. Sostenemos, por ello, que es necesario impedir que esas inversiones penetren en la industria petroquímica. Sostenemos la necesidad de una política comercial que tienda a la diversificación inmediata de productos y mercados. Sostenemos que todos nuestros recursos —bosques y minas, tierras, aguas, costas e industrias—, deben estar en manos de mexicanos, y producir al máximo sólo en beneficio de los mexicanos.

Ningún mexicano puede permanecer indiferente ante los graves problemas del país. Por eso luchamos.

Luchamos contigo, campesino, para que obtengas tierra si no la tienes o te sea devuelta si te fue arrebatada. Luchamos contigo para que tu tierra produzca más, para que puedas tener un par de zapatos, una habitación decente para tu familia, precios seguros para tus cosechas y una escuela para tus hijos.

Luchamos contigo, obrero, para que conquistes la democracia sindical y líderes auténticos defiendan tus intereses, para que obtengas mejores condiciones de trabajo que garanticen a tus hijos una vida mejor.

Luchamos contigo, maestro, para que mejores tus condiciones de vida y encauces a los niños hacia una conciencia patriótica y un porvenir para México.

Luchamos contigo, estudiante, para que conozcas los problemas de tu patria y alcances las técnicas y la sabiduría del único profesionalista libre: el que resuel-

ve, con la máxima eficacia, los problemas reales del pueblo. Este es, sin cortapisas, tu privilegio y tu obligación.

Luchamos contigo, intelectual, para que estudies los grandes problemas de tu pueblo y contribuyas a su solución; y contigo, artista, para que te expreses en un clima de libertad y de respeto.

Luchamos, todos juntos, pacífica pero tenazmente, porque estamos seguros de que los graves problemas del pueblo mexicano ya no se pueden aplazar. Luchamos, todos juntos, seguros de que en la organización patriótica y en la estrecha unidad de las fuerzas mayoritarias de México está la clave para exigir y aplicar democráticamente las soluciones que la miseria, la enfermedad y el analfabetismo, pero también la esperanza de nuestro pueblo, reclaman.

Luchamos en un momento de la mayor gravedad, en un momento en que las minorías ricas y conservadoras de México se vuelven cada vez más agresivas contra la vida institucional del país, en su vano intento de frustrar las conquistas sociales e impedir la lucha de nuestro pueblo por su liberación definitiva. La derrota del imperialismo norteamericano en Cuba ha provocado el desconcierto, el temor y la ira de los agresores y de quienes los defienden. La triunfante Revolución Cubana, hoy más fuerte que nunca, ha devuelto a Latinoamérica la dignidad, la confianza y la fe inquebrantable en su destino.

Los grupos que en cada una de las luchas decisivas de la historia de México han defendido los intereses, los privilegios y los abusos de una minoría, están actuando abiertamente otra vez. Si ayer esos grupos fueron los aliados de la Corona española, de los invasores franceses y de las expediciones punitivas yanquis, hoy son los aliados del gobierno norteamericano y de las compañías extranjeras. Pero también han encontrado un aliado en las rectificaciones, tuitos y claudicaciones en la política de los últimos gobiernos.

Llamamos a todos los sectores democráticos a cerrar filas, a sumar sus fuerzas, a superar las diferencias que obstaculicen la acción común, a participar en una lucha diaria, amplia y democrática en bien de México. Las perspectivas son alentadoras; pero sólo trabajando con entusiasmo, con responsabilidad, con espíritu de sacrificio, y sin descanso, podremos convertir en realidad las exigencias del pueblo de México:

- Plena vigencia de la Constitución.
- Libertad para los presos políticos.
- Justicia independiente, recta y democrática.
- Libre expresión de las ideas.
- Reforma agraria integral.
- Autonomía y democracia sindical y ejidal.
- Dominio mexicano de todos nuestros recursos.
- Industrialización nacional sin hipotecas extranjeras.
- Reparto justo de la riqueza nacional.
- Independencia, dignidad y cooperación internacionales.
- Solidaridad con Cuba.
- Comercio con todos los países.
- Democracia, honradez y bienestar.
- Pan y libertad.
- Soberanía y paz.

*¿Cuáles fueron las primeras y más importantes actividades del Movimiento?*

De propaganda, promoción y organización. O sea, en primer lugar era necesario dar a conocer el Movimiento y lo que pretendía hacer e invitar a la gente a participar. Para ello se difundió con la mayor amplitud el Llamamiento y el Programa y se apoyó la creación de numerosos comités sobre todo locales; empezaron además a funcionar algunos regionales, así como los Comités especiales, de Solidaridad con Cuba y por la Libertad de los Presos Políticos; se realizaron dos importantes conferencias interestatales, una en Torreón y otra en Morelia, se publicaron varios números del periódico Liberación y se realizó, tan sólo en la ciudad de México, cerca de un centenar de mesas redondas y decenas de mítines y otros actos públicos y, para hacer posible todo ello y en particular el contacto con quienes respondían con interés a nuestro llamado, hicimos múltiples viajes a numerosas ciudades y regiones del país.

Sobre todo en la primera etapa de vida del Movimiento, la solidaridad con la Revolución Cubana fue muy importante, y el Comité especial de Solidaridad que presidió el doctor Enrique Cabrera, realizó frecuentes reuniones públicas, en las que consideraba a menudo cómo fortalecer esa solidaridad. A propósito, en una ocasión Enrique nos invitó a mi esposa, a mí y a dos o tres compañeros a comer en su casa, porque nos visitaba el poeta Nicolás Guillén. El informal encuentro resultó muy provechoso y agradable, porque Nicolás nos puso al día e informó de cosas que ignorábamos; y en un paréntesis de la conversación nos hizo presente su sentido del humor.

En Cuba, dijo, se habla hoy tanto del comunismo, que circula este cuento:

Una persona le dice a un amigo; ahora que se habla tanto de comunismo me preocupa no saber en qué consiste, y el amigo comenta: ¡Mira, es muy sencillo! Por ejemplo, si yo tengo dos caballos, te doy uno. Si tengo dos casas, ¿para qué quiero las dos? Te regalo una. Y el que no sabe lo que es el comunismo interviene y pregunta: a ver si he entendido; si tú tienes gallinas... A lo que el que sí sabe, responde. No, con gallinas no puedo explicarte, porque gallinas sí tengo. Y Guillén, que era comunista, remata el cuento con una sonora y alegre carcajada.

*Me doy cuenta de que desde un principio el Movimiento actuó con bastante intensidad. Y pregunto a usted: ¿cómo fue posible realizar ese trabajo? ¿Contaba el MLN con cuadros bien preparados y con militantes que pudieran dedicar gran parte de su tiempo a la tarea política?*

De hecho, debo decir, el MLN no tenía cuadros profesionales, es decir, personas que únicamente atendieran las múltiples y a menudo complejas labores que el Movimiento reclamaba. No disponía de esas personas porque sus recursos financieros siempre fueron muy escasos. A cambio de ello, sin embargo, algunos compañeros y compañeras trabajaban con mucho entu-

siasmo, y con frecuencia se hacían cargo, tanto en la ciudad de México como en otros lugares, de actividades que en esa primera etapa eran importantes.

*Supongo que, siendo usted coordinador nacional tenía una pesada carga de trabajo. ¿Cómo organizó su actividad en esos años?*

Cuando empezamos a trabajar en el MLN, yo me ganaba la vida haciendo estudios económicos en un despacho profesional, en las calles de San Juan de Letrán e Independencia, de la capital, en él que trabajaba usualmente de las nueve, nueve y media de la mañana a las dos treinta de la tarde. Al salir, casi siempre con uno o dos compañeros, comía en algún lugar cercano. A las cuatro, o unos minutos después me iba al local del Movimiento, en el que trabajaba de lunes a viernes habitualmente unas cuatro horas. Y cuando había alguna otra reunión –sesión de la Comisión Ejecutiva, mesa redonda u otros asuntos–, la jornada se alargaba hasta las nueve treinta, diez y a veces aun once de la noche, hora en que dejábamos el local y nos íbamos varias personas a cenar algo ligero.

Los fines de semana hacía con frecuencia algún viaje, y si nuestro destino era un lugar lejano, empezábamos desde el viernes por la tarde y no pocas veces regresábamos el domingo por la noche e incluso la madrugada del lunes, pues ese día por la mañana teníamos que trabajar en nuestro empleo.

En 1962, o sea unos meses después de crearse el MLN, tuve que decidir – como ya recordé– si seguía o no haciendo estudios económicos en mi despacho. De continuar en esta actividad tenía que dedicarle más tiempo. En tal virtud, y para responder a las exigencias del Movimiento, preferí buscar otra manera de ganarme la vida, y como me había dedicado ya muchos años a la investigación económica, solicité y obtuve un puesto de investigador en la UNAM, y a partir de entonces trabajé en el Instituto de Investigaciones Económicas. Y aunque esta actividad, especialmente cuando uno escribía un libro sobre cuestiones complejas o se rezagaba en el programa de investigación, reclamaba tiempo, a la vez era más flexible y podía conciliarse más fácilmente con el trabajo político.

Eso, sin duda, era importante; pero había otra razón para pensar en cambiar de actividad remunerada. La lucha por la liberación obligaba a profundizar en el conocimiento de la realidad, a entender mejor las limitaciones, obstáculos y posibilidades del capitalismo, y en particular las contradicciones de un capitalismo déforme, subdesarrollado y dependiente como el de México y los demás países de América Latina y el Caribe, y para lograr todo ello podía ser muy útil una labor sistemática de investigación. Lo que claramente muestra que mi propósito de investigar sobre el proceso de desarrollo y las condiciones a satisfacer para llevarlo adelante con éxito, no era, en modo alguno, academicista.

En conjunto, en los cuatro años de actividad en el MLN debo haber realizado unos sesenta a setenta viajes, de los que aproximadamente doce a quin-

ce fueron a estados cercanos -Morelos, Puebla, México, Querétaro y otros- dos o tres a entidades del Noroeste, tres a Nayarit y Jalisco, al menos diez o doce a Veracruz y otros tantos a Michoacán, tres o cuatro a Guerrero e igual número a Guanajuato, cuatro a cinco a Nuevo León, unos tres a Coahuila, dos a Tamaulipas, dos a Yucatán, dos a Tabasco, uno a Chihuahua y varios al extranjero, principalmente a países de América Latina: Cuba, Venezuela, Brasil, Colombia, Ecuador y otros.

El saldo de esos viajes fue muy positivo, pues gracias a ellos pude establecer contactos y conocer a mucha gente estimable, ayudar a crear nuevos comités, visitar numerosos lugares interesantes, advertir situaciones y problemas que desde lejos era imposible apreciar, y recoger demandas populares, descubrir fallas de nuestro trabajo y distinguir esfuerzos que tenían una buena base, de otros que carecían de ella y se desenvolvían precariamente con bajos niveles de organización.

*De los viajes que hizo usted, ¿recuerda algunos que resultaran especialmente interesantes?*

Podría seguramente mencionar al menos una docena; pero sólo diré que, entre los de mayor interés estuvo un viaje al noroeste, con Cuauhtémoc Cárdenas y otros compañeros. Otro fue un viaje a Mérida que hicimos Enrique Cabrera y yo, para tomar parte en la creación del MLN en Yucatán, que si bien fue difícil y nos obligó a reunirnos en una larga sesión de casi doce horas la víspera, a la postre permitió un entusiasta y muy útil acto público con unas 300 personas. Y también fueron muy provechosos varios viajes a Michoacán, Veracruz y Tamaulipas.

Por lo que hace a salidas al extranjero yo distinguiría aquellas que me llevaron a otros países con asuntos ajenos al Movimiento, pero que me permitieron informar acerca de éste a algunas personas, y desde luego conversar con amigos y simpatizantes, de viajes que hice en nombre y como representante del MLN. De estos últimos recuerdo varios viajes a Cuba, siempre muy útiles, y en particular un recorrido que hice en 1963 por Latinoamérica, en el que visité Brasil, Uruguay, Argentina, Chile y Colombia. El objeto de este viaje fue en parte dar cuenta de lo que habíamos hecho en México en los dos primeros años de vida del MLN, a la vez que saber lo que en otros países se había avanzado, y especialmente explorar la posibilidad de realizar una segunda conferencia latinoamericana, en la que el esfuerzo por la liberación se llevara adelante y nuestros pueblos respondieran a la Alianza para el Progreso, de Estados Unidos, con una estrategia propia, es decir independiente, latinoamericana y latinoamericanista.

*Y, ¿llegó a realizarse esa segunda Conferencia Latinoamericana?*

No. La que se había previsto como continuación de la de México, de marzo de 1961, no tuvo lugar. Pero se celebraron otras reuniones en la misma dirección, aunque probablemente de alcance parcial. La inicialmente proyec-

tada no se realizó, entre otras cosas porque explicablemente siempre pesaron más los asuntos propiamente nacionales, porque el esfuerzo unitario latinoamericano se desarrolló a ritmos y en condiciones muy desiguales, y porque, como aconteció en Brasil y después en la República Dominicana y otros países, varios gobiernos constitucionales fueron derrocados, la situación cambió y se volvió muy difícil para intentar con éxito una conferencia latinoamericana de proyección antiimperialista.

*Volvamos más concretamente al MLN. ¿Cuáles fueron algunos de los principales logros del Movimiento, en sus primeros años de vida?*

En agosto de 1962, o sea al cumplirse un año de su fundación, en la conferencia interestatal de Morelia, en la que participaron delegados de nueve entidades del centro-occidente del país; hicimos un resumen de las principales realizaciones, después de aclarar que:

... el MLN no tiene por qué engañar a nadie, y menos por qué engañarse a sí mismo. El MLN no es el Frente Cívico de Afirmación Revolucionaria (alemanista); no es un grupo de políticos profesionales que traten de hacer politiquería vulgar. Nosotros no venimos aquí a impresionar. Venimos a trabajar; venimos a examinar abierta, honrada, democráticamente los problemas del pueblo y los problemas a que se enfrenta el Movimiento de Liberación. Venimos a medir nuestra fuerza y a tratar de que esa fuerza sea cada vez mayor mediante una lucha diaria al servicio de los intereses del pueblo...

Pues bien, tras esa aclaración, el que esto escribe hizo un resumen de las principales realizaciones y señaló:

El primer triunfo ha consistido en crear el Movimiento... Durante muchos años todos vimos crecer y fortalecerse a la derecha. Los grupos reaccionarios privados y oficiales, aliados muchas veces, y otras simplemente subordinados a intereses extranjeros, empezaron a sentirse cada vez más fuertes, a levantar la voz, a adueñarse del poder...

El paso más trascendental que el Movimiento ha hecho posible... ha sido el que por primera vez en muchos años estén participando juntas, en una amplia movilización cívica y política, personas físicas y organizaciones que hasta hace poco tiempo estaban desligadas entre sí o sólo accidental, esporádicamente, participaban algunas de ellas en acciones conjuntas.

La segunda muy importante realización del Movimiento consiste en que el esfuerzo unitario... gira alrededor de un programa que por sí sólo entraña un gran progreso. En México se ha abusado del verbalismo, del conceptualismo más o menos retórico e incluso de las formulaciones mecánicas y a veces demagógicas, han faltado programas... capaces de aglutinar a amplios sectores populares. Y esto precisamente lo está logrando el MLN, (como) lo demuestra esta asamblea...

El tercer hecho positivo que tiene que acreditarse al Movimiento es que... ha contribuido grandemente a la organización de los sectores populares.

Tan sólo en el primer año de trabajo se constituyeron 300 comités en casi otros tantos lugares del país, y se sostuvo la meta de alcanzar 600, lo que sin duda constituyó un esfuerzo organizativo importante, que permitió la acción conjunta de decenas de miles de mexicanos.

Otro progreso consistió... en que el MLN se organizara y creciera en forma democrática, de abajo hacia arriba. A ello probablemente obedeció que el avance fuera lento, pero también que no hubiera comités de membrete, simples mesas directivas que no tuvieran a quién dirigir y grupitos burocráticos que actuaran como dueños de los Comités y no como mandatarios al servicio de sus miembros.

Otro avance fue haber superado la etapa de las discusiones pseudodoctrinas... En el MLN participaban personas y organizaciones con diversas posiciones, y cada una de ellas merecía el mismo respeto. Y en lugar de subrayar posibles discrepancias, lo que al menos se recomendó una y otra vez fue ampliar y afirmar las bases de acuerdo.

En fin, el Movimiento trató de acercarse cada vez más al pueblo, y donde ese acercamiento e inserción se lograron, se ampliaron las posibilidades de acción y la lucha, con frecuencia de quienes por primera vez trabajaban juntos, cobró una nueva y mayor dimensión.

*Seguramente, sin embargo, tuvieron ustedes que enfrentarse a la vez a no pocos problemas, limitaciones y fallas. ¿Cuáles diría usted que fueron algunos de los más graves problemas?*

Al respecto podría hacer una larga lista y decir que a todo ello se sumaban, seguramente, nuestros propios errores. Pero con el propósito de sólo ilustrar lo que ocurría, de manera enunciativa mencionaré algunos hechos.

- El nivel de organización con que se trabajaba era bajo, lo que sin duda afectaba todo el esfuerzo y se expresaba en escasez de recursos e incapacidad para superar las más serias limitaciones, fallas en los métodos de dirección y coordinación y en la comunicación interna y externa, impuntualidad e indisciplina, irregularidad y falta de preparación de múltiples reuniones, y dificultades no fáciles de superar, para aplicar el programa y los planes de acción y convertirlos en posibilidades de trabajo concretas y atractivas al alcance de numerosas personas.

- La escasez, en particular, de recursos financieros, común en toda organización independiente, era una limitante grave, pues ella sola impedía hacer muchas cosas necesarias y de las que incluso dependía a menudo la consolidación y avance del MLN.

- Ciertas viejas, inadecuadas y antidemocráticas prácticas políticas, aunque las sabíamos perjudiciales y verbalmente tratábamos de erradicarlas, se hacían presentes con frecuencia y estorbaban y aun dañaban seriamente al Movimiento.

- Aunque todos conveníamos en la necesidad de trabajar con amplitud, de abrir nuevos y múltiples frentes, de desplegar mayor iniciativa, vincularnos a numerosas personas y organizaciones y hacerlo con respeto a sus posicio-

nes, aquí también se advertían ciertos hábitos que angostaban nuestros cauces y se limitaban a mantener contactos con pequeños grupos, con los que de antemano se tenían ciertas relaciones, y debido a todo ello lo viejo prevalecía a menudo sobre lo nuevo, y las cosas se complicaban cuando se adoptaban actitudes estrechas y sectarias, lo que desafortunadamente solía ocurrir también.

- Desde luego un problema era la dificultad para trabajar de nuevas maneras y para hacerlo en nuevos planos, a través de nuevas actividades y con personas con las que nunca antes se había actuado conjuntamente en una organización.

- Otro problema eran ciertas viejas discrepancias entre algunos que parecían anteponerse a los posibles acuerdos, y que aun no siendo con frecuencia importantes o de fondo, afloraban una y otra vez y se volvían obstáculos que no era fácil rebasar. Y ello no sólo se advertía entre personas no organizadas, que no pocas veces se acercaban por primera vez a una organización, sino incluso –y a veces sobre todo– entre personas de izquierda que militaban en diferentes partidos o agrupaciones.

- Un problema más consistía en que la vinculación de muchas personas al MLN no resultó de una decisión conciente y honrada de integrarse seriamente a una organización política de nuevo tipo, sino que fue una oportunidad para darse a conocer, relacionarse con ciertas personas y hacer carrera hablando «radicalmente» desde la oposición y acomodándose hábil y débilmente en realidad para ocupar algún puesto en el aparato gubernamental.



El Gral. Lázaro Cárdenas y Alonso Aguilar con integrantes del Movimiento de Liberación Nacional.

• Y acaso el mayor problema fue que si bien siempre se aceptó formalmente y de palabra la forma de organización y la independencia del Movimiento, en la práctica fue frecuente, grave y lamentable que ciertas organizaciones o individuos trataran de subordinar al MLN a sus posiciones, e incluso a líneas de acción no sólo diferentes sino aun contrarias a las que el Movimiento podía y debía adoptar.

Por todo ello podría incluso decirse que problemas que ya eran serios al año de haberse creado el Movimiento, tiempo después, en lugar de resolverse se agravaron. Al respecto recuerdo que en la II Reunión Plenaria del Comité Nacional, en febrero de 1965, de nuevo como Coordinador General sometí a ese cuerpo un plan de reorganización del MLN, que fue aprobado y que en diversos pasajes daba cuenta de los problemas a que nos enfrentábamos. Es este documento –que considero útil y esclarecedor recordar– se decía:

El Movimiento de Liberación Nacional no teme a la crítica; considera que ella es fundamental en cualquiera acción política seria, y tiene clara conciencia de sus propios defectos, limitaciones y errores... Está igualmente convencido del papel esencial de la autocrítica...

El proceso de desarrollo del MLN no ha sido ni podría haber sido fácil... El Movimiento se desenvuelve en un marco complejo y en muchos aspectos hostil. Los intereses de dentro y de fuera empeñados en cerrarle el paso son poderosos, y los obstáculos con que a menudo se tropieza en los propios grupos populares y progresistas no son deleznable... El atraso político, la presión directa e indirecta del imperialismo, la ausencia de una vida pública verdaderamente democrática, el macartismo y el anticomunismo usados como medios de intimidación, los ya viejos sistemas de control desde arriba de las organizaciones de masas, la violación frecuente de los derechos y garantías que la Constitución otorga a los ciudadanos, y el temor explicable que todavía se advierte entre muchos intelectuales, empleados públicos, pequeños productores y aun obreros, de participar en la lucha por la liberación nacional. Junto a todo ello hay situaciones que frenan o entorpecen el desarrollo de esa lucha, y de las que no son responsables nuestros enemigos sino nosotros mismos. Son fallas nuestras, errores nuestros, condiciones derivadas del mantenimiento de posturas estrechas y equivocadas que en verdad no ofrecen perspectiva alguna... son factores que contribuyen también a crear trabas y obstáculos que es preciso remover sin demora...

*Como 1963-64 fue un período de lucha electoral, preguntaría a usted si esa coyuntura hizo surgir o contribuyó a agravar ciertos problemas, debido a las diferentes posiciones que seguramente había acerca de las diversas líneas de acción. ¿Cómo influyó todo ello en el MLN?*

El proceso electoral trajo consigo nuevos problemas y su influencia resultó, a la postre, negativa. Desde un principio, dada su naturaleza, amplitud y pluralidad, el Movimiento no consideró fácil ni aconsejable su inserción en los procesos electorales. Pero explicablemente fue más tarde y ante una coyuntura electoral inmediata, cuando se volvió necesario precisar cómo se actuaría.

Desde meses antes de la Conferencia Nacional que se celebró en 1963, yo escribí un artículo en la revista *Política*, del que tomaré varios párrafos porque mi opinión expresaba una posición ya muy extendida:

... quienes hablan de que el MLN debiera lanzar sus propios candidatos a los puestos de elección popular, olvidan la realidad del Movimiento y las condiciones que actualmente privan en el país. Las fuerzas que luchan en el MLN tienen crecientes afinidades, pero también diferencias que es menester respetar. El MLN no es un partido que pueda imponer a sus miembros una disciplina rígida ni tampoco es un frente o alianza electoral cuyos integrantes pudieran fácilmente ponerse de acuerdo para postular y defender a determinados candidatos. Si el Movimiento pretendiera imponer una línea electoral determinada en las condiciones presentes o tomara una posición partidista que respondiera al interés de alguno de los grupos a él afiliados, se produciría una crisis interna profunda y acaso irreparable.

Aun si no estuvieran de por medio estas consideraciones, las diferentes evaluaciones de las perspectivas electorales serían por sí solas un obstáculo difícil de vencer, pues mientras algunas personas y grupos parecen confiar en que los próximos comicios sí serán democráticos, otros ven muy pocas y aun ningunas posibilidades reales de triunfo... y otros más consideran que el MLN nada ganaría en una lucha desigual, antidemocrática y que habrá de librarse en el marco de un régimen electoral controlado, pero no por los ciudadanos sino por el gobierno y por el partido oficial.

Lo anterior no significa, sin embargo que el MLN haya de privar a sus miembros de la posibilidad de participar directamente en la campaña electoral, como no significa tampoco que por no lanzar candidatos propios ni convertirse en un partido político o en un instrumento electoral determinado, el MLN no haya de actuar en forma concreta y constructiva.

Si los miembros del MLN que no pertenecen a ningún partido resuelven constituir uno nuevo, podrán naturalmente hacerlo bajo su propia responsabilidad. Si quienes están afiliados a partidos u otras organizaciones que apoyen al Movimiento deciden por su parte sumar sus fuerzas y lanzarse juntos a la lucha electoral o apoyar a una de ellas, podrán también hacerlo libremente. Lo único que el Movimiento habrá de exigir a sus miembros, es que cumplan con el programa que han aprobado y tengan conciencia de que ahora más que nunca es necesario poner la unidad de principios y propósitos renovadores que el MLN representa, por encima de cualquiera posición particular que aspire a privar sobre las demás. En otras palabras, para que el MLN no sólo mantenga su fuerza sino que salga robustecido de la campaña electoral, es indispensable que logre una clara independencia frente a las posiciones que adopten las diversas corrientes que actúan en su seno, que impida con firmeza a cualquier grupo aprovechar el Movimiento con fines partidistas y que su acción, ajena a los planteamientos demagógicos y superficiales que seguramente abundarán de aquí en adelante, llegue a las grandes masas, ayude a acabar con viejas y vanas ilusiones y abra verdaderos nuevos caminos al desarrollo independiente de la Nación...

... El MLN ha hecho grandes avances. En su seno participan ya centenares de miles de mexicanos convencidos de que se necesita un cambio profundo en el país. Nos acercamos a grandes batallas que quizás serán decisivas. Por eso es

indispensable aumentar nuestra fuerza, mejorar la organización, lograr cada vez mayor cohesión, atraer nuevos elementos, reforzar la unidad en nuestras filas, enfrentarnos con inteligencia a los obstáculos y actuar con lealtad a nuestro programa y con valor y decisión en la defensa intransigente de los derechos del pueblo y los mejores intereses de la Nación.

Unos meses después el Movimiento acordó formalmente no participar con candidatos propios en la campaña electoral de 1964. En realidad no obstante ciertas discrepancias no fue difícil llegar a esa conclusión, pero ello no significó que resultara fácil ponerla en marcha, esto es llevar a la práctica dicha línea de acción.

Apenas empezaron diversas organizaciones y fuerzas vinculadas al Movimiento a convenir en participar en las siguientes elecciones de una u otra manera, ello trajo consigo un explicable forcejeo, que entre otras cosas debilitó las bases de acuerdo, la cohesión y la unidad logradas hasta entonces en el MLN. Y las presiones no sólo procedían de ciertas organizaciones sino incluso de personas que, a título individual, veían los comicios como una oportunidad para ser candidatos de algún partido político, y algunas de ellas, incluso como una manera de insertarse en el aparato estatal y hacer carrera.

Volviendo a la intervención que hice en el II Reunión Plenaria del Comité Nacional, a principios de 1965, en la que como ya dije se propuso una reorganización del Movimiento que fue aprobada, hay ciertos pasajes que es útil recordar.

¿Y qué decir de la posición de quienes, con motivo de la última campaña presidencial pretendían que el Movimiento entrara de lleno a la lucha electoral, bien con sus propios candidatos o apoyando a los de ciertas agrupaciones o partidos? En principio, desde luego, si hubiera habido unanimidad o al menos un amplio acuerdo para que el MLN actuara en esa dirección, ello pudo haber sido viable. Pero, ¿cuál era la realidad a que nos enfrentamos? En primer lugar, convertir en un partido al Movimiento fue siempre una idea imprecisa y además minoritaria, que no contaba con el apoyo de los miembros del MLN que pertenecen a otros partidos y tampoco con muchos de los que no militan en ninguno. En cuanto a la posibilidad de que, constituyéndose o no en un partido el MLN lanzara candidatos propios o apoyara a los de algún partido, la realidad demostró también de una manera concluyente, que tomar tal camino era imposible, salvo acaso al precio de liquidar y destruir el Movimiento. Y entiéndase bien, ello fue así no sólo y no tanto por la desconfianza de muchas personas en el actual régimen electoral, sino porque en ningún momento hubo una fórmula que pudiera ser ampliamente respaldada por los miembros del MLN. Si el Movimiento, en tal virtud, en vez de dejar a sus miembros en libertad de apoyar a los candidatos de su elección, hubiera intentado imponerles de arriba abajo la obligación de votar por el PRI, o por el PPS o por el FEP, lo único que se habría provocado habría sido una crisis irreparable, desacuerdos profundos y deserciones perjudiciales, a consecuencia de abandonar las bases en que objeti-

vamente puede fincarse por ahora la acción común de las fuerzas populares y progresistas del país.

Lo anterior, sin embargo, no significa que debamos concebir un Movimiento por fuerza ajeno a las cuestiones electorales. La lucha por la liberación nacional supone participar en muchos frentes, y bien puede ocurrir que lo que en un momento dado no es posible o aconsejable, en otro sea viable y aun conveniente. Es por ello que el MLN ve con simpatía el fortalecimiento de los partidos progresistas existentes y la creación de nuevas organizaciones que, concretamente en el plano electoral traten de ganar terreno y de agrupar al mayor número posible de ciudadanos en la defensa de sus intereses y de los intereses nacionales.

Otra concepción del Movimiento que sin duda es estrecha y perjudicial, es la de aquellos que, si se quiere explicablemente, tratan de hacer privar sus posiciones ideológicas o sus particulares opiniones sobre las de los demás. Para algunos, por ejemplo, el MLN debiera seguir la línea política de su partido en lugar de actuar con independencia; para otros, en el Movimiento no debieran participar miembros de determinados partidos y para otros más, quienes no debieran hacerlo son los que tengan posiciones contrarias u hostiles a ciertas organizaciones. Podría decirse que es difícil evitar o contrarrestar tales actitudes, y ello puede en verdad ser así. Pero el hecho es que es preciso superarlas cuanto antes, si se quiere convertir la lucha por la liberación en un caudal incontenible de fuerzas populares, entre las que, debemos entenderlo, sería imposible que mágicamente se produjera una unidad ideológica que a menudo ni siquiera existe en los grupos de izquierda. En esa masa, y la lucha por la liberación nacional es una lucha de masas, tendrá que haber posiciones doctrinales distintas, filiaciones políticas diferentes y aun desacuerdos entre partidos y organizaciones que, sin embargo, estén dispuestos a luchar juntos y a veces cada quien por su lado, por la plena independencia y el desarrollo democrático de nuestro país.

*Creo que queda claro lo que usted dice y además que esa no era sólo una opinión de usted sino un acuerdo del MLN, pero en cambio no estoy seguro de haber comprendido cómo se expresó la campaña electoral de 1964 en el Movimiento y por qué lo afectó desfavorablemente.*

Empezaré por reiterar que, cuando la dirección del MLN se planteó el problema de qué hacer con motivo del proceso electoral que estaba por abrirse, en una sola tarde se acordó participar en él desde las posiciones del Movimiento; pero no lanzar candidatos propios ni apoyar, como Movimiento, a ningún candidato en particular, sino dejar a sus miembros en libertad para hacerlo a título personal, como lo consideraran mejor.

Soy consciente de que llevar adelante esa línea de acción no era fácil; pero en la Dirección todos convínimos en que era la única a nuestro alcance y la que, además, haría posible que mantuviéramos una posición unitaria en torno a cuestiones no meramente coyunturales sino de más largo alcance y políticamente muy importantes.

Los hechos, sin embargo, tomaron otro curso y plantearon situaciones y problemas que si bien eran previsibles, a la postre no pudieron resolverse. Veamos:

- Los compañeros del PC y cercanos a ellos crearon el Frente Electoral del Pueblo y lanzaron como candidato a la presidencia de la República al dirigente campesino Ramón Danzós Palominos;
- El PPS por su parte, apoyó al candidato del PRI;
- El PRI lanzó al licenciado Gustavo Díaz Ordaz, seguro de que dado el control que el gobierno ejercía de las elecciones, saldría triunfante;
- Algunos miembros del MLN aceptaron, por su lado, ser candidatos de uno u otro partido y pretendieron que se les apoyara;
- Otros reiteraron que conforme a lo ya acordado sólo debía participarse en la campaña en las formas convenidas en el Movimiento, y algunos incluso hicieron ver que, de no cumplirse lo ya aprobado, se retirarían.

A consecuencia de todo ello el Movimiento se vio expuesto a las más diversas y a menudo encontradas presiones, las líneas de trabajo centrales se descuidaron y debilitaron, el esfuerzo propiamente organizativo vinculado a la acción misma se dejó de lado, la lucha entre unos miembros y otros –que en verdad no tenía perspectivas– se avivó, y el saldo de tales desacuerdos y fricciones fue sin duda negativo.

Con frecuencia advertimos que, en particular los partidos trataban de hacer prevalecer sus posiciones sobre las del MLN, y en ciertos casos incluso se negaban a cooperar.

En una ocasión, por ejemplo, el PPS publicó una resolución bastante hostil al Movimiento, y nos sorprendió que, entre otras personas, la suscribiera el dirigente campesino Jacinto López, quien había ofrecido ayudarnos.

Cauhtémoc Cárdenas y yo, quienes poco antes habíamos hablado con Jacinto, convinimos en que era importante tener con él una nueva entrevista, y unos días después lo vimos, y conversamos varias horas.

En resumen, Jacinto López nos reiteró que, como lo había ofrecido, ayudaría al Movimiento, con el que el licenciado Lombardo y otros dirigentes del PPS no simpatizaban, y nos aseguró que él no había concurrido a la junta de la Dirección del partido en que se criticó al MLN, y que se acostumbraba tomar los nombres de quienes la integraban, aunque no estuvieran presentes. Nuestra conversación con Jacinto fue útil, y unas semanas más tarde, al hacer un recorrido por el norte de Sinaloa y el sur de Sonora, comprobamos que cumplió con el ofrecimiento de apoyar al Movimiento.

*¿Le tocó a usted vivir ese proceso siendo Coordinador General del MLN?, y a propósito ¿cuando se inició y terminó su gestión como tal?*

A mí se me eligió como Coordinador Nacional al crearse el Movimiento, en agosto de 1961. Y como mi gestión duraría un año, al cumplirse éste propuse que se me reemplazara; pero tanto la Comisión Ejecutiva como

los miembros del Comité Nacional me pidieron continuar otro año, pues consideraban que el Movimiento se iniciaba y la continuidad en la dirección en esa primera fase era importante. Sin mucho entusiasmo, porque en verdad estaba convencido de la conveniencia de renovar la Dirección, acepté continuar un año, y al concluir éste –hacia agosto de 1963–, dejé el cargo, que en los siguientes doce meses fue ocupado por el ingeniero Heriberto Castillo; yo, entretanto, fui invitado a presidir –y acepté– el Comité Mexicano por la Paz.

Hacia fines de 1964, cuando ya se habían realizado las elecciones presidenciales, reconociéndose que el Movimiento se había debilitado y que no estaba ya en ascenso sino ante nuevos y difíciles problemas e incluso en peligro de retroceder, se me propuso que una vez más aceptara volver a ser Coordinador Nacional. Agradeciendo la confianza que la propuesta entrañaba, en principio no la compartí por considerar que era mejor que se pensara en otro compañero o compañera; pero al insistirse en que ello no era fácil y acaso tampoco aconsejable en aquel momento, precisamente porque nos enfrentábamos a problemas que reclamaban conocer de cerca el proceso y las causas de la nueva y desfavorable situación, acepté que el asunto fuera resuelto no sólo por la Comisión Ejecutiva sino por el Comité Nacional, y que en su caso se conviniera en hacer un serio examen crítico y auto-crítico, en reexaminar y buscar un acuerdo acerca de las fallas y posibles errores cometidos y en reapreciar nuestras posiciones políticas sobre la lucha de liberación, reorganizar el Movimiento, a partir de una próxima Reunión Plenaria del Comité Nacional, pues de dejar las cosas como estaban sería difícil y aun imposible avanzar.

La elección se realizó, y como todos los Miembros del Comité Nacional votaron a mi favor, –salvo uno– acepté regresar como Coordinador General por un año y propuse a la Comisión Ejecutiva que diésemos especial atención a los problemas más serios y trabajáramos de inmediato en la preparación de la Plenaria antes mencionada del Comité Nacional.

Como la intervención que hice en esa reunión plenaria y los acuerdos que en ella se proponían fueron aprobados por el Comité Nacional, tomaré otros pasajes de la misma:

[Para fortalecer la lucha por la liberación nacional] ... lo fundamental es lograr que las fuerzas populares mismas, las fuerzas susceptibles de luchar por la plena emancipación y el progreso auténtico de nuestro país, se lancen a una lucha que a su hora las lleve a la victoria. Lo esencial es que el pueblo mismo se movilice en defensa de sus intereses y en defensa, a la vez, de los intereses nacionales. Y lo que ello supone es, entre otras condiciones:

- conocer, en primer término, los sectores y fuerzas en que la lucha por la liberación nacional tiene un mayor potencial;
- conocer, en particular, tan directamente y a fondo como sea posible las necesidades, los problemas, las exigencias y aspiraciones de esas fuerzas,

- comprender que la mera lucha por satisfacer ciertas demandas inmediatas no es suficiente; que es preciso vincularla a los esfuerzos que se despliegan por transformar a fondo las condiciones sociales, económicas y políticas del país;
- conocer las formas que asume la penetración imperialista, a fin de estar en condiciones de hacerle frente con éxito;
- mantener una línea política justa;
- encontrar las formas de acción más adecuadas en cada caso, y
- disponer de una organización que corresponda a la naturaleza del Movimiento de Liberación Nacional.

[Es necesario conocer] ... más de cerca y más a fondo los problemas y las exigencias de los sectores populares. Si el MLN no se muestra receptivo y dispuesto a luchar resueltamente en favor de las demandas más justas del pueblo, difícilmente podrá movilizar a las masas incluso en defensa de sus propios intereses. Pero si esos problemas y exigencias no se conocen, el Movimiento quedará en cierto modo al margen de la lucha diaria que libra la gente por su bienestar, y sus consignas parecerán lejanas, desdibujadas y abstractas.

Este es un problema fundamental, que debe merecer especial atención. A veces tendemos a suponer que el conocimiento profundo de los problemas del pueblo no tiene mayor importancia, o a creer que conocemos a fondo esos problemas cuando apenas si sabemos, de modo casi siempre superficial, en qué consisten. En diversas ocasiones hemos tratado que el Movimiento estudie con seriedad los problemas principales que afecten al pueblo en determinada región o entidad del país; pero en verdad poco es lo que hemos logrado al respecto. A la postre la rutina, la inercia y la falta de medios, han podido más que el deseo de librarnos de estas y otras trabas y encarar con espíritu creador los problemas del pueblo. Y lo que ha resultado es que, en vez de que esos problemas y el planteo de soluciones viables de los mismos orienten y encaucen nuestra acción, ésta ha consistido en reiterar unas cuantas consignas de izquierda, si se quiere en sí mismas válidas, pero que ni mueven al pueblo ni están ligadas estrechamente a sus más graves problemas, inquietudes y demandas.

Esto solía ser tan importante y dar lugar a fallas tan serias, que por ejemplo en la región de Coatepec, en Veracruz, el MLN fue visto inicialmente con mucha simpatía por un grupo de campesinos, genuinos pequeños propietarios y trabajadores rurales asalariados; por ello en varias ocasiones al recorrer esa región y aun cuando estuvimos solamente en Jalapa, sentimos que era aconsejable y aun necesario ligarnos estrechamente a ese grupo. No obstante, con el paso del tiempo advertimos que sus integrantes no mostraban el entusiasmo de un principio, y en un momento dado, uno de sus principales dirigentes nos dijo que estaban en cierto modo desilusionados, porque nuestros compañeros de Jalapa no prestaban atención a problemas y demandas que ellos planteaban. En general, puedo decir, nuestros compañeros de Jalapa era estimables. Pero el error de algunos de ellos que ejercían influencia en la dirección consistía probablemente en que tendían a reiterar verbalmente ciertas consignas para que la gente se incorporara al MLN. Y ello no era adecuado, pues los trabajadores

querían, sobre todo, que se hablara en serio de sus problemas, para hacerles frente con éxito. Y pese a ser todo esto tan importante, no se hacía.

*Entre las condiciones que a su juicio debían satisfacerse para llevar adelante el esfuerzo del Movimiento, todas son interesantes, pero ante la imposibilidad de volver sobre cada una de ellas, sólo le preguntaría: ¿en qué consistía «adoptar una línea política justa»?*

Consistía, entre otras cosas:

- ... en ser realista, conocer el terrero que se pisa, comprender que la realidad nunca es la misma y que pretender apresarla en esquemas rígidos y simplistas es tan sólo una manera de alejarse de ella. Conocer la realidad significa, tanto tener conciencia del escenario en que se actúa, de los obstáculos, de los riesgos, de la fuerza y las debilidades propias, de las condiciones económicas, sociales y políticas en que se desenvuelve la lucha y de las posibilidades de triunfo;
- ... en escapar al oportunismo, de un lado y al sectarismo, del otro. Caer en el oportunismo significa casi siempre bajar la guardia, desmovilizar y confundir a las masas, hacerlas abrigar falsas ilusiones y en última instancia, abandonar posiciones de principio y ceder ante el enemigo. Caer en el sectarismo entraña adoptar posturas verbalistas puerilmente radicales, dividir las fuerzas propias en vez de unir las, y trabajar en forma aislada, alejarse de la realidad y también del pueblo;
- ... en garantizar que las posiciones del MLN no respondan a los intereses particulares de uno u otro grupo o partido, sino a los intereses de la unidad, o sea del conjunto de fuerzas a él incorporadas, y en general de las fuerzas populares y progresistas;
- ... en reconocer la importancia de aprovechar al máximo y defender las libertades y derechos, de avanzar en el proceso de organización política del pueblo, de contar con verdaderos partidos permanentes y organizados, que expresen de manera genuina los intereses de amplios sectores populares...
- mantener una posición independiente frente al gobierno, que permita al Movimiento actuar sin compromisos inaceptables y lograr la mayor libertad posible en su acción, evaluar con objetividad y espíritu crítico lo que hace el gobierno...
- encarar los hechos y no soslayarlos. Decir la verdad; denunciar las posiciones hipócritas, demagógicas y falsamente nacionalistas, que en realidad se emplean para confundir, desorientar y llevar al pueblo a la inacción y el conformismo.
- en fin, ... comprender que la lucha por emancipar plenamente a nuestra patria ha de ser larga y difícil, pero con grandes posibilidades de éxito en tanto el pueblo adquiera conciencia de sus intereses, de su fuerza, se organice en los más diversos niveles y comprenda la importancia decisiva de esa lucha y el papel que le toca jugar en ella.

En la reunión plenaria ya mencionada y de la cual proceden los fragmentos anteriores, señalé además que:

Otra cuestión que debiera merecer nuestro más serio examen de aquí en adelante es la que se refiere a encontrar las formas de acción más adecuadas y eficaces. Nuestro trabajo a este respecto, como en general el de los grupos progresistas es todavía bastante rutinario. Hacemos a menudo ciertas cosas

porque siempre las hemos hecho, más que por estar convencidos de que son las mejores.

La acción política debe responder a las condiciones en que se produce; debe ser cambiante, derivar de exámenes rigurosos y no proceder al margen de quienes han de realizarla sino en el diálogo conjunto y democrático, y trabajando en equipo con quienes han de participar activamente en ella.

Debiéramos hacer un gran esfuerzo para corregir nuestras fallas en ese campo, para abandonar formas de acción ineficaces y para encontrar otras nuevas y mejores. Y todo ello no será fruto de la improvisación; requiere desplegar un gran esfuerzo, requiere trabajo, espíritu crítico, iniciativa y el firme propósito de hacer las cosas de mejor manera; y reclama sobre todo una organización adecuada, compatible con la naturaleza del Movimiento y de la lucha por la liberación nacional, pues sin esa organización, mucho de lo que acordemos hacer quedará en el papel, en meros proyectos que no se llevan a la práctica. Y lo cierto es que actualmente no contamos con esa organización.

Además de todo ello, desde un principio algunos miembros del Movimiento insistimos en que el esfuerzo para hacer posible la liberación nacional tenía que ser, a la vez, una lucha por llevar adelante la transformación social, pues bajo el capitalismo, y en particular bajo un capitalismo subordinado y deforme como el de México, seguiríamos dependiendo del imperalismo y no podría haber un desarrollo nacional independiente. O en otras palabras, la liberación nacional tendría que ser también un proceso de liberación social.

En septiembre de 1965 se cumplió un año de que regresé a la coordinación general del Movimiento, y desde semanas antes recordé, tanto a la Comisión Ejecutiva como a otros miembros del Comité Nacional, que en virtud de que yo había aceptado retomar ese puesto solamente por un año, debería proyectarse de inmediato una nueva elección. Lo cierto, sin embargo, es que no se prestó atención a tal recordatorio, y los días pasaron sin que se tomara una decisión al respecto.

En varias ocasiones, además, hice notar que pese a haberse convenido desde principios del año, en la II Reunión Plenaria del Comité Nacional, trabajar sin demora en la reorganización del MLN, avanzar en ese sentido resultaba muy difícil pues si bien era evidente que su funcionamiento se había debilitado, lo cierto, también, es que las posiciones más negativas seguían presentes y no se querían enfrentar, o sea que la urgente tarea de proceder a la reorganización se postergaba. Lo que sin duda era grave, pues desde la Reunión Plenaria antes mencionada y aun anteriormente, una y otra vez comprobamos que en varios aspectos fundamentales se advertía deterioro y aun serios retrocesos.

Ante la desatención a lo que insistentemente planteaba a los compañeros, invité a cambiar impresiones a algunos de los más cercanos, y les reiteré que, como un año antes se había acordado, antes de terminar el mes de septiembre dejaría el puesto de Coordinador Nacional. En esa y otras conversa-

ciones expresé asimismo que lo que más me preocupaba era que no obstante haber estado de acuerdo en que lo más importante era reorganizar de inmediato el Movimiento, y enfrentarnos resueltamente a limitaciones, fallas y aun vicios que era urgente superar y corregir, ello sólo podría hacerse con éxito mediante un esfuerzo colectivo de gran amplitud y profundidad.

Al charlar con varios de los compañeros más cercanos reiteré asimismo que el dejar la Coordinación Nacional, para mí implicaría, como había ya sucedido dos años antes, dejar de ser miembro de la Comisión Ejecutiva, incluso para que el nuevo Coordinador General pudiera actuar con mayor libertad, pero que ellos, en cambio, podrían seguir formando parte de dicha Comisión, y alguno, aun aspirar a ser Coordinador Nacional, y dichas personas opinaron que, ante la desilusión frente a decisiones contrarias a acuerdos formales previos que debían respetarse, no estaban dispuestas a seguir siendo miembros de la Dirección.

Fue por ello que se planteó la posible conveniencia de que, en vez de renunciar sólo a los puestos de dirección que ocupábamos temporalmente, pensáramos en separarnos del Movimiento. Y si bien de momento ello nos pareció innecesario, al reexaminar una y otra vez la situación llegamos a la conclusión de que, dada nuestra incapacidad para reorientar y fortalecer el proceso a partir de las bases de acuerdo iniciales, y el convencimiento, al parecer de muchos otros, y en particular de quienes militaban en organizaciones políticas, de que el Movimiento debía hacer suyas y aun someterse a la posición de esas organizaciones, preferimos desvincularnos, y ello fue lo que hicimos Ignacio Aguirre, Clementina Batalla de Bassols, Fernando Carmona, Guillermo Montaña y el que esto escribe, todos fundadores del MLN y miembros de la Comisión Ejecutiva.

Nuestra decisión obedeció al convencimiento de que habíamos hecho, sin éxito, todo lo que estaba a nuestro alcance para reorientar y fortalecer al MLN, y que nos sentíamos incapaces de afirmar su independencia ante la posición de los partidos, de ciertas organizaciones sociales de apoyo a ellos, e incluso de no pocos miembros individuales, y la decisión produjo reacciones diversas; y mientras ciertos compañeros y personas que simpatizaban con el Movimiento se acercaron amistosamente y mostraron respeto por el esfuerzo que desplegamos durante varios años, y se interesaron en conocer el motivo de nuestra separación e inclusive nos hicieron saber que temían que el Movimiento no pudiera ya avanzar, otros, como por ejemplo Manuel Marcué Pardiñas y su revista *Política* nos criticaron severamente. Y si bien de momento pensamos que debíamos responder sobre todo a ciertas críticas, a la postre estuvimos de acuerdo en que, como ello podía llevar a un interminable debate verbal, y nuestras posiciones eran ampliamente conocidas en el MLN, preferimos dejar que los hechos -no más las palabras- se encargaran de aclarar lo acontecido.

En los años en que trabajé en el MLN, me ocupé, además, de otras actividades. Por ejemplo, escribí algunos artículos en la misma revista *Política* y

participé en múltiples encuentros y reuniones de solidaridad con las luchas en proceso en varios países.

Por otra parte, desde el Movimiento reclamamos la libertad de los presos políticos, entre quienes podría mencionar a David Alfaro Siqueiros y Valentín Campa. Y a propósito de la libertad del pintor Siqueiros, me viene a la memoria que el poeta chileno Pablo Neruda estuvo unos días en México a principios de 1961, y le dedicó un bello poema, que más tarde utilizamos en la lucha por su libertad. El poema se titula «A Siqueiros, al partir», y dice:

«Aquí te dejo, con la luz de enero,  
el corazón de Cuba libertada  
y, Siqueiros, no olvides que te espero  
en mi patria volcánica y nevada.  
He visto tu pintura encarcelada  
que es como encarcelar la llamarada.  
Y me duele al partir el desafuero!  
Tu pintura es la patria bienamada,  
México está contigo prisionero»

**Pablo Neruda**

México, D. F., 9 de enero de 1961.

Al separarme del Movimiento, yo presté mayor atención a estudios que tenía en proceso sobre el desarrollo y el subdesarrollo de México y América Latina. En el propio 1965 me tocó examinar los obstáculos al desarrollo, en una ponencia presentada a la III reunión de Facultades y Escuelas de Economía de América Latina, y en los meses siguientes avancé, hasta concluir su elaboración, en el libro *Teoría y Política del Desarrollo Latinoamericano*, que poco tiempo después publicaría la UNAM y que, por fortuna, fue muy bien recibido tanto en México como en varios países hermanos.

En 1963, cuando yo presidía el Movimiento Mexicano por la Paz, estuvo en México el científico Linus Pauling, premio Nóbel de Química en 1954, autor, entre otros, del libro *No more War!*, y quien poco antes había entregado al Secretario General de las Naciones Unidas, un llamamiento de más de 9,200 investigadores científicos, en el que se pedía un acuerdo internacional para poner fin a las pruebas de bombas nucleares.

El doctor Pauling dictó una conferencia en la UNAM, y estando yo entre los asistentes, se me pidió que fuera el traductor. Y aunque mi traducción simultánea fue seguramente defectuosa, el doctor Pauling me invitó a charlar y me regaló su libro antes mencionado, con una amistosa dedicatoria.

## Capítulo 4.

### Labor editorial, revista *Estrategia*, Movimiento del Pueblo Mexicano y otras actividades

#### *¿Qué puede decir de la Editorial Nuestro Tiempo?*

Convencidos de que era preciso ahondar en el conocimiento de la realidad desde una perspectiva histórica, esto es en el estudio del capitalismo y el imperialismo, algunas personas empezamos por entonces a proyectar la creación de una Editorial que se ocupara de esos y otros problemas, pues el trabajo en el Movimiento, además de volverse cada vez más difícil, nos hizo pensar a menudo que si no se profundizaba en el estudio estructural del sistema social, se corría el riesgo de que la lucha por la liberación se situara erróneamente y en planos superficiales, sin repararse en la necesidad de cambios sociales de fondo para lograr un desarrollo independiente y la plena emancipación nacional.

El proyecto de la Editorial no se realizó fácilmente. Inclusive recuerdo que uno de sus promotores, el doctor Guillermo Montaña, que a la vez que muy entusiasta era impaciente, solía preguntar si dicho proyecto había resultado inviable. A lo que le respondíamos: no doctor, el plan de crear la editorial está en marcha; pero nos falta dinero para contar con la cantidad mínima necesaria. Lo que quiere decir que tenemos que interesar a muchas más personas, para poder empezar.

#### *¿Quiénes crearon la Editorial?*

Entre quienes inicialmente trabajamos en ese proyecto estábamos Ignacio Aguirre, Fernando Carmona, Jorge Carrión, Bernardo Castro Villagrana, Guillermo Montaña, Horacio Zalce, y yo. Poco tiempo después invitamos a Fernando Paz Sánchez, Ricardo Zevada, Jaime Woolrich, don Jesús Silva Herzog, y otras personas, y la lista fue creciendo hasta que, hacia fines de 1966 se constituyó la Editorial Nuestro Tiempo, con poco más de 170 so-

cios. Para lograr crearla, además de ampliar el número de socios fue necesario que algunos de ellos, y sobre todo los principales promotores, aceptáramos adquirir acciones por diez mil pesos, lo que hizo posible que de un capital inicial autorizado de 350 mil pesos, se exhibieran o pagaran de inmediato 200 mil.

Aun así, yo recordé algunas veces en asambleas de la Editorial, que al invitar a don Jesús Silva Herzog a acompañarnos en esa aventura, preguntó: ¿Cuánto dinero tienen? Y al mencionar la cantidad con que empezaríamos a trabajar, comentó: «Yo tengo experiencia en la publicación de libros, y puedo anticiparles que con esa suma van a editar cuatro libros y se les acabará el dinero.»

*¿Tuvo problemas la Editorial, y qué fue a la postre lo que pudo hacerse?*

Desde luego no pocas veces tuvimos problemas financieros y comprobamos que el capital con que se trabajaba era muy pequeño e insuficiente.

Durante los tres primeros años, los miembros del Consejo Directivo nos reuníamos semanalmente en casa –los sábados por la tarde– en donde tomábamos café, y apreciábamos juntos la marcha de la Editorial. Y recuerdo que una vez Bernardo Castro Villagrana preguntó si no era poco serio carecer de una oficina o local. Y yo le dije que lo «poco serio» sería más bien tener esa oficina, porque aún no contábamos con ingresos, lo que quería decir que si empezábamos a gastar el pequeño fondo de que disponíamos, se corría el riesgo de que éste se redujera rápidamente, y de que cuando comenzáramos a obtener los primeros ingresos hubiera ya un serio desajuste, careciera la empresa de liquidez y dichos ingresos resultaran del todo insuficientes.

Al respecto recuerdo que en diversas asambleas se resolvió aumentar el capital, lo que por cierto no era fácilmente comprendido por algunos compañeros que, o bien pensaban que ello no era necesario, o que, de hacerlo podrían editarse muchos más libros. Lo cierto, sin embargo era que tales aumentos, en general también pequeños, se requerían fundamentalmente para operar con cierta holgura y para que ante una situación difícil sirvieran de reserva, lo que en la práctica así fue. Pese a esas y otras limitaciones, Nuestro Tiempo logró sostenerse 37 años, en los que se publicaron 277 títulos, de los que se hicieron 460 reimpressiones, o sea 737 libros, con un tiraje total de 2 330 000 ejemplares.

En ellos participaron numerosos autores, incluyendo 397 mexicanos, 167 de otros países latinoamericanos, 57 europeos, 44 de Estados Unidos y uno de África. Por países, de los libros publicados, fueron más de un centenar sobre México, 40 sobre otros países latinoamericanos, 7 sobre Estados Unidos, algunos más sobre países europeos, de otros continentes y sobre cuestiones internacionales.

Unos veinte títulos se refirieron a temas históricos, alrededor de 35 al capitalismo y el imperialismo, aproximadamente 30 a análisis teóricos, y muchos más a asuntos económicos y filosóficos, a luchas populares en

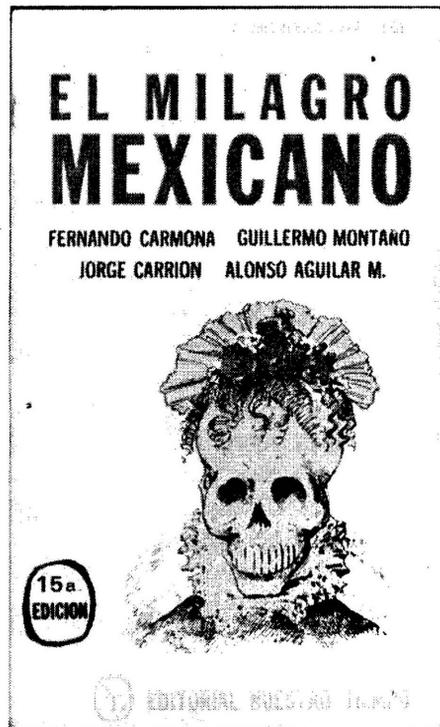
diferentes países y épocas y a otras cuestiones sociales, educación y cultura, estudios biográficos, crítica literaria y arte.

Además de publicar valiosos ensayos de buen número de mexicanos, se editaron bastantes libros de autores de países hermanos, como Eduardo Galeano, Fidel Castro, Raúl Roa, Orlando Fals Borda, Oscar Pino Santos, Roberto Fernández Retamar, José Luis Rodríguez, Armando Hart, Antonio García, Francisco Juliao, D. F. Maza Zavala, Francisco Miéres, los hermanos Silva Michelena, Héctor Malavé Mata, Marta Harnecker, Pedro Vuskoviæ, Gérard Pierre-Charles y Susy Castor, Clodomiro Almeyda y otros.

Nuestro Tiempo editó, además, libros de investigadores norteamericanos, europeos y de otras naciones, a algunos de los cuales dio a conocer en México y cuya obra contribuyó a enriquecer el acervo de materiales de indudable calidad a disposición de estudiantes y profesores de ciencias sociales y de cuadros de organizaciones políticas progresistas. Entre tales autores podría mencionar a Leo Huberman, Paul Sweezy, Paul Baran, Harry Magdoff, Harry Braverman, Gil Green, Maurice Dobb, Maurice Cornforth, John Lewis, Ralph Fox, Ivonne Kapp, Oscar Lange, Ignacy Sachs, Jurgen Kuczynsky, Gérard de Bernis, Paul Boccara, Etienne Balivar, Michele Bertrand, Samir Amin, Tamas Szentes, Lelio Basso, S. M. Menshikov, A. V. Anikin, A. Gromiko, Vytaly Vygodsky, y otros.

El esfuerzo de Nuestro Tiempo fue en conjunto modesto, pero para quienes estuvimos más cerca de él fue también estimulante y alentador, por diversas razones:

- La Editorial hizo posible publicar múltiples libros con posiciones críticas avanzadas, lo que en el México de aquellos años era todo menos fácil.
- Editó no pocas veces, en sólo unas semanas, libros que a otras empresas solía tomar un año y aun más tiempo publicar:
- Nuestro Tiempo contribuyó a dar a conocer a decenas de autores jóvenes, que en general no interesaban a otras editoriales.
- A diferencia de empresas que sólo eligen libros cuyas posiciones correspondan a las de ellas, NT acogió con interés, editó y facilitó la circulación



Un conocido libro de Editorial Nuestro Tiempo.

de obras serias con posiciones filosóficas y políticas diversas, con las que los socios de la Editorial podían o no estar de acuerdo, y que incluían autores y estudios marxistas y no marxistas.

- Especialmente se recogieron estudios propios de disciplinas de las ciencias sociales, que contribuyeran a profundizar en el conocimiento del sistema capitalista.

- De tales estudios se prestó especial atención a los que se referían a México y América Latina, y a movimientos sociales de gran importancia como la Revolución Cubana.

- De las obras publicadas en el campo de la economía, se consideró importante que fueran de economía política y no de economía apolítica, y menos todavía, apologética.

- No pocos libros de los publicados tuvieron muy buena acogida en México y en buen número de países hermanos. En México, dichos libros se encontraban no sólo en la capital y en las principales ciudades de provincia, sino incluso en entidades lejanas y en poblaciones pequeñas de estados pobres. En cuanto a América Latina, nuestros libros llegaban en pequeñas cantidades a la Cuba revolucionaria, a Argentina, Brasil, Colombia, Chile, Ecuador, Guatemala, Nicaragua, Panamá, Perú, Puerto Rico, Uruguay y Venezuela, y aunque con frecuencia no se nos pagaban, amigos de esos países nos decían que despertaban interés. Cuando las dictaduras militares empezaron a multiplicarse, las puertas antes entreabiertas se cerraron, y algunos de nuestros libros quedaron donde la policía los detenía.

- También fue alentador que, cada vez que se requirió hacer alguna pequeña inversión adicional, se contara con el apoyo de los socios más cercanos a la Editorial; y no obstante que, como antes se dijo, los accionistas fueron más de 170, siempre se mantuvo con ellos una actitud respetuosa y unitaria, con excepción de un accionista, por cierto rico, que al morir uno de los socios fundadores, de quien heredó unas cuantas acciones, nos expresó una y otra vez que no tenía interés en conservarlas y que nos pedía su importe. Le dijimos que no era fácil venderlas; pero ante su insistencia, con la ayuda de varios compañeros pudimos tomarlas y devolver a dicha persona la pequeña cantidad de dinero que reclamaba.

- Casi desde un principio la Editorial creó un Fondo de Bibliotecas Populares, a través del cual se hicieron donaciones de libros a numerosas bibliotecas modestas, que carecían de ellos; y en una ocasión, además, hace ya muchos años, los accionistas acordaron en una asamblea que las utilidades de ese ejercicio se destinaran a crear un Fondo de Socios de Nuestro Tiempo, para apoyar luchas populares y otros esfuerzos. El fondo cumplió su cometido, y después de ayudar a la realización de diferentes actividades durante muchos años; por no haber sido viables otras en proyecto, quedó a la postre un remanente que se reembolsó a los socios, pues ellos lo habían creado, y disponiéndose aun así de una pequeña suma restante de dinero, al pensarse en liquidar la Editorial se consideró que ese saldo podía destinarse a crear el Centro Mexicano de Estu-

dios Sociales, como asociación civil, acreditando a cada uno de los socios lo que le correspondiera de acuerdo con su participación en el capital de Nuestro Tiempo. Y el Centro está trabajando a estas fechas con buenos resultados, y ha apoyado ya la elaboración y edición de algunos libros.

*¿Qué ayudó a la Editorial?*

En parte, el éxito de la Editorial obedeció a que muchos de los títulos se editaron en tirajes totales de más de 10 mil ejemplares cada uno, y no pocos de ellos alcanzaron tirajes conjuntos superiores a 50 mil ejemplares, y algunos incluso rebasaron los 100 mil.

Otro hecho importante que contribuyó a la larga vida de Nuestro Tiempo consistió en que siempre se cuidó que los gastos fueran pequeños y realmente necesarios, y al respecto podría decirse que hubo mucho trabajo individual y colectivo voluntario cuyo costo era mínimo, y con frecuencia ninguno, y que la colaboración de Esperanza Nacif en la parte comercial y de ventas a lo largo de 34 años, fue también muy importante, así como la de otros compañeros que me ayudaron, como Rosario Gutiérrez, Irma Portos, Aída Gómez, Lorena Reyes y Agustín González.

En el consejo directivo fue muy valiosa la cooperación, entre otras personas, de Bernardo Castro Villagrana, Fernando Carmona, Jorge Carrión, Guillermo Montaña, Fernando Paz Sánchez, Horacio Zalce, y en cuanto a autores cuyos libros fueron importantes para la Editorial, cabría mencionar al menos a Ángel Bassols Batalla, Juan Brom y Leo Huberman.

Lo que seguramente también ayudó a la Editorial fue que, a diferencia de otros esfuerzos en los que se pierde rápidamente y aun no se llega a establecer un estrecho contacto con las personas a quienes se invita a participar en ellos, en el caso de Nuestro Tiempo siempre se prestó atención a esas relaciones. Año con año se realizaron asambleas reales de socios; se informó regularmente a éstos y se les trató con respeto, se les consultó lo que proyectaba hacerse, se les pidieron opiniones y sugerencias, y se cuidó escrupulosamente el patrimonio de la Editorial.

Al decidir disolver y liquidar la Editorial, para los miembros del Consejo Directivo y seguramente para muchos de los socios fue también satisfactorio que buena parte del inventario de libros en existencia -poco más de 100 mil ejemplares- se donaran a numerosas bibliotecas y centros culturales de la ciudad de México y de provincia.

*¿Tuvo la Editorial relaciones con la UNAM?*

Nuestro Tiempo fue un esfuerzo independiente; pero como no pocos de sus socios éramos, a la vez, profesores o investigadores de la Universidad, mantuvimos con ésta una relación amistosa.

Recuerdo que siendo rector Pablo González Casanova, conversamos una vez varios compañeros con él, y le pedimos su opinión sobre la conveniencia o inconveniencia de que investigadores de la UNAM publicáramos

algunos de nuestros libros en otras editoriales; y su posición fue muy clara. Desde luego, nos dijo, si algunos autores pueden hacer tal cosa, excelente; ya que la UNAM no dispone de suficientes recursos financieros para editar todo lo que produzcan quienes trabajan en ella. E incluso recordó que, aun en países ricos, muchas de las mejores universidades siguen esa práctica. Nuestro Tiempo publicó algunos libros de autores universitarios, y además, realizó varias coediciones con la UNAM.

En cuanto a otras relaciones con la Universidad añadiré que, quienes trabajábamos en la UNAM, oportunamente obtuvimos su autorización para recibir un pequeño honorario en Nuestro Tiempo. Tal fue mi caso. A punto de jubilarme en la UNAM yo contaba, por ser presidente del Consejo Directivo de la Editorial, con un honorario de 500 pesos mensuales, que después de separarme de la universidad, a propuesta de Víctor Bernal Sahagún se elevó a 1,500 pesos cada mes.

*¿Tuvieron ustedes, desde la Editorial, relaciones con otros esfuerzos?*

Sí. Desde los primeros años prestamos atención a varias actividades que nos parecieron importantes. Una de ellas fue la solidaridad con las luchas de otros pueblos, principalmente hermanos, y otra el apoyo a justas demandas de trabajadores y estudiantes, sobre todo en nuestro país.

En cuanto a las primeras nos solidarizamos con la lucha que el pueblo guatemalteco libraba contra las dictaduras y el imperialismo norteamericano, que a partir del régimen de Castillo Armas logró lo que Foster Dulles llamaría una «gloriosa victoria». Con ese motivo conocimos e hicimos amistad con varios dirigentes revolucionarios de Guatemala.

Modestamente apoyamos también a quienes luchaban en El Salvador. Mantuvimos, desde luego, la solidaridad con la revolución cubana, y años después seguimos de cerca lo que ocurría en Chile al triunfo del Movimiento de Unidad Popular que encabezaba el doctor Salvador Allende, y cuando éste fue asesinado por la contrarrevolución pinochetista, seguimos apoyando la lucha del pueblo chileno por reconquistar su libertad.

Uno de nuestros principales esfuerzos fue hacia la revolución sandinista, frente en el que se comisionó a Fernando Carmona para que, con la cooperación de otros compañeros, dirigiera nuestro trabajo de solidaridad con el pueblo de Nicaragua.

*En cuanto a los estudiantes, ¿cuál fue la posición de la Editorial?*

Por lo que hace concretamente al movimiento estudiantil de 1968, los compañeros de Nuestro Tiempo subrayamos desde el primer momento su importancia y expresamos nuestra solidaridad. A iniciativa nuestra se publicaron varios desplegados en la prensa, dos o tres de los cuales me tocó redactar, y nos dio gusto que fueran bien acogidos y suscritos por numerosas personas con diferentes posiciones políticas y que trabajaban en campos muy diversos. En el primero de esos desplegados se dijo:

### Es Preciso Mantenerse en Pie de Lucha

... El México de hoy no es el de hace dos semanas. En ese corto lapso el país ha vivido intensamente y muchos ciudadanos han abierto los ojos ante la realidad. El saldo de atropellos y violaciones a los más caros derechos, y el precio, inclusive de sangre, pagado por defenderlos, cambian cualitativa y profundamente el estado de cosas de hace unos días.

Es éste un momento en que, por encima del explicable sentimiento de luto, es preciso mantenerse en pie de lucha. El movimiento estudiantil, con el apoyo de miles de profesores de la UNAM, el IPN, Chapingo y otros grandes centros, no sólo está demostrando que es grotesco atribuir el repudio a la represión a unos cuantos agitadores comunistas, sino que está planteando demandas que sobrecorren con mucho la justa defensa de la autonomía universitaria, que el pueblo no puede ni debe ver con indiferencia.

Los estudiantes luchan por reivindicar las libertades democráticas; porque el ejército y los cuerpos policíacos no se usen para intimidar al pueblo e impedir el ejercicio de sus derechos; porque el gobierno desenvuelva su acción en el marco de la ley y no al margen de ella; porque se liquiden los mecanismos represivos y anticonstitucionales; porque se derogue el artículo 145 del Código Penal, que a manera de espada de Damocles pende sobre quienes luchan por el progreso y la transformación social de México desde posiciones avanzadas; porque sean liberados los presos políticos; porque se lleve a cabo una genuina reforma universitaria y por una política realmente progresista, capaz de librar a México de la dependencia del imperialismo, y al pueblo de su miseria secular.

Con su honradez, con su entrega juvenil y entusiasta a una causa legítima, con posiciones científicas y políticas justas, con la firmeza con que defienden sus pliegos petitorios, los estudiantes están demostrando que, pese a todas las dificultades y obstáculos para ejercer los derechos ciudadanos, es precisamente ejerciendo esos derechos como se puede contribuir a librar a México de la prostración, el conformismo y el abandono cívico en que por desgracia viven todavía grandes sectores del pueblo.

Se equivocan rotundamente quienes creen que los jóvenes son una masa inconsciente que se mueve bajo la presión de intereses extraños y maniobras de agitadores profesionales sin escrúpulos. La lucha de estos tensos días ha dejado ver que en los planteos estudiantiles hay, acaso, cierto atropellamiento en algunas formulaciones. Pero también hay frescura, generosidad, comprensión, tolerancia, pasión, energía y valor.

¿Quiere ello decir que en adelante habrán de ser los jóvenes, en el marco restringido del movimiento estudiantil, quienes formen la vanguardia de la revolución? Desde luego, quienes mantengan posturas consecuentes y combativas, y no se dejen ganar por la comodidad, la corrupción y el comprensible pero peligroso afán de tener éxito profesional, seguramente conquistarán sitios de vanguardia. Éste es un momento también, sin embargo, en el que es menester cerrar el paso a la ilusión de que una lucha espontánea, episódica, circunstancial, abierta, desprovista de una organización depurada y eficaz, circunscrita a las universidades y otros centros educativos, expuesta a menudo a la provocación anarquizante y a la acción desorientadora del enemigo, puede por sí sola llevar al triunfo.

A los intelectuales se les acusa frecuentemente, y no sin razón, de que tienden a ser inestables y a subestimar la significación del aporte organizado de

las masas a la lucha revolucionaria. Es ésta una hora en que es preciso tener clara conciencia de tal peligro. La importancia del papel del intelectual no consiste en tratar, vanidosamente, de erigirse en centro del proceso revolucionario, sino en comprender que el motor de ese proceso es el pueblo y que la tarea principal que toca a los intelectuales es entregarse a las luchas populares y contribuir a que los obreros, los campesinos, los empleados, entiendan que sus problemas no son sino el reflejo de situaciones generales y el fruto de la explotación desenfrenada que sufren, y que la liberación no es ya una utopía sino un proceso histórico en marcha, que ya nadie podrá impedir. Pero así como debemos ser objetivos en la evaluación autocrítica del papel de los intelectuales, debemos serlo también en el examen de las posiciones de los partidos y grupos de izquierda, y reconocer que la espontaneidad y no pocas fallas del movimiento estudiantil y de otras luchas del pueblo expresan deficiencias y errores de una izquierda secularmente dividida, oportunista en algunos sectores e incurramente sectaria en otros, con frecuencia esquemática y rígida, comprometida con formulaciones estratégicas a veces caducas o simplemente irreales o inaplicables a nuestras condiciones nacionales y, en fin, divorciada de amplios sectores populares y a menudo incapaz de prever el curso de los acontecimientos políticos, como condición *sine qua non* para no ir a la zaga de los hechos.

Los trágicos sucesos de fines de julio no son un fenómeno inexorable, cuyas consecuencias estén predeterminadas. Lo que haya de ocurrir en el futuro dependerá, en buena medida, de lo que ahora se haga. Si a pesar de la gravedad de lo acontecido la gente se deja llevar por la inercia, por la impotencia, por la falta de confianza o por el temor; si contribuimos todos a hacer del silencio una virtud y dejamos que sólo los estudiantes protesten; si en vez de rodear al movimiento de una cálida solidaridad lo abandonamos, las fuerzas represivas se sentirán triunfantes y volverán a desatar la violencia y a pisotear la Constitución ante cualquier nuevo problema a que tengan que enfrentarse.

Si la lucha estudiantil, en cambio, se encauza por caminos justos; si los jóvenes combinan la pasión con la reflexión serena y la calibración objetiva de las posibilidades de acción que cada momento ofrezca; si se logra aislar a quienes con planteamientos oportunistas o ultrarradicales sirven sólo a la reacción y al imperialismo; si el movimiento persiste en sus legítimas demandas y tiene eco en las filas del pueblo; si la euforia de los movimientos críticos abona el terreno para una mayor conciencia y una entrega permanente a la lucha, el proceso revolucionario mexicano logrará, en unas cuantas semanas, un avance extraordinario que nadie debiera menospreciar.

México, D. F., 9 de agosto de 1968.<sup>7</sup>

Aparte del apoyo que, tanto en 1968 como en 1971, dimos al movimiento estudiantil, entre 1967 y 1972, Nuestro Tiempo publicó varios libros en los que la lucha de los estudiantes estuvo presente. De esos libros podrían mencionarse: *La educación: historia, obstáculos, perspectivas*; *Tres culturas en ago-*

<sup>7</sup>Jorge Carrión, Sol Arguedas y Fernando Carmona. *Tres culturas en agonía*. Editorial Nuestro Tiempo, México. 1969. pp. 224-226.

nía, *Itinerario de la rebelión juvenil, El movimiento estudiantil y los problemas nacionales; Los estudiantes, la educación y la política y Reforma educativa y apertura democrática.*

O sea que seguimos de cerca, apoyamos y llamamos a solidarizarnos con el movimiento estudiantil, por estar convencidos de que era parte importante de las nuevas luchas populares. Lo que no hicimos fue tratar de introducirnos en la dirección del movimiento estudiantil, por estar también convencidos de que la lucha de los estudiantes era genuinamente estudiantil, y de que la solidaridad podría expresarse de muy variadas maneras, mas no intentando desplazar o hacer a un lado a los estudiantes, en lo que solamente ellos debían dirigir.

*¿Por qué se liquidó Nuestro Tiempo?*

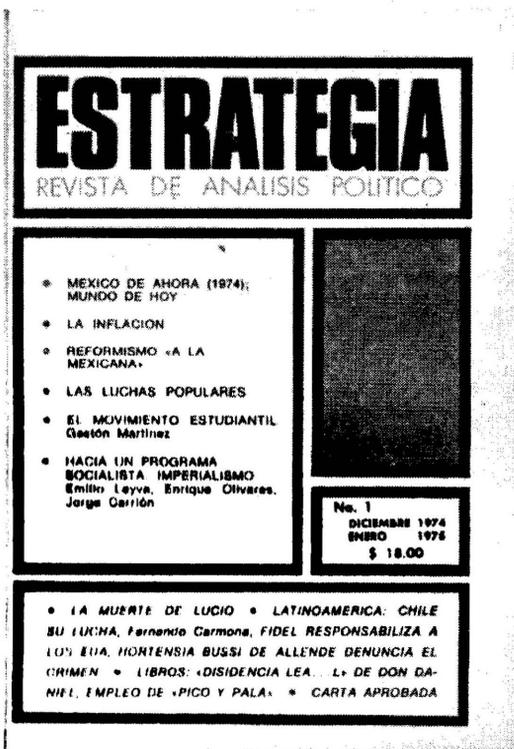
La razón principal por la que se decidió liquidar la editorial fue que en años recientes se sufrieron pérdidas debido a la difícil situación del mercado del libro, y sobre todo del libro progresista, bajo las políticas neoliberales en boga. Y aunque en ocasiones las pérdidas no fueron muy cuantiosas, se consideró que en conjunto representaban una suma difícil de recuperar, lo que era importante ya que esos pequeños recursos se requerirían para las nuevas actividades que se decidiera realizar.

A propósito de la disolución de la Editorial, oportunamente se puso a consideración de varios compañeros la posibilidad de iniciar una «segunda época», en la que ellos se responsabilizaran de la labor editorial, lo que podría hacerse con un capital más pequeño, menores gastos, contando con el apoyo y orientación de quienes, a lo largo de muchos años dirigieron la Editorial, y disponiendo de un conjunto de libros conocidos, que podrían adquirirse y venderse a precios muy atractivos, sustancialmente inferiores a los de lista; a la postre, sin embargo, las personas que examinaron tal posibilidad no llegaron a un acuerdo, y el proyecto no pudo realizarse.

*La revista Estrategia*

Cuando la Editorial Nuestro Tiempo se había consolidado, algunos compañeros vinculados a ella, o que habíamos trabajado en otras actividades y nos manteníamos en estrecho contacto, pensamos que la labor editorial podría enriquecerse con una nueva revista de análisis, en la que de manera sistemática se examinara la situación social y política de México, y aun tratara de avanzarse hacia un proyecto organizativo importante.

Como en el caso de la Editorial, el no disponer de suficientes recursos financieros fue una seria limitación, a la que ahora se agregaba que una revista del tipo de la que se proyectaba reclamaría no sólo el apoyo de buen número de compañeros para darla a conocer, o sea para distribuirla y colocar suscripciones sino, sobre todo, un esfuerzo sistemático de investigación individual y colectivo.



Primer número de la revista *Estrategia*.

1974. Así nació *Estrategia*, con una dirección colectiva formada por Ignacio Aguirre, Fernando Carmona, Jorge Carrión, Rufino Perdomo y yo. Y en el primer número se recogió un breve texto bajo el título «Unas palabras sobre *Estrategia*», que decía:

... el desarrollo del capitalismo ha determinado profundos cambios en la sociedad mexicana, en los últimos cien años. Creemos que el capitalismo cumplió ya su misión y que, lejos de ser en nuestros días —como en otros tiempos— el principal agente del progreso, es hoy la mayor barrera para el desarrollo independiente, medianamente racional y que sirva a quienes trabajan... Nuestro pueblo sólo podrá librarse del subdesarrollo bajo el socialismo. Para implantar este nuevo régimen será preciso que los trabajadores tomen el poder, tras una larga y cruenta lucha en la que adquieran conciencia de sus intereses, su fuerza y su destino.

Sin una estrategia no es posible una táctica correcta. Y tal estrategia sólo puede forjarse en la entrega militante de las masas a una lucha política que trascienda el espontaneísmo y sea dirigida por un partido revolucionario con base en una teoría revolucionaria. Sin esta teoría no puede comprenderse la realidad en que se actúa ni construirse la vanguardia que impulse y lleve adelante la revolución. En el proceso revolucionario, la teoría y la práctica

En los primeros meses se elaboró el proyecto de la revista y aun ya concluido en lo fundamental, no pudo ponerse en marcha de inmediato porque algunos compañeros no estaban plenamente convencidos de que pudiéramos hacerla. Tenían ciertas dudas. Les preocupaba, por ejemplo, que se lanzara una publicación que, como había acontecido muchas veces en la izquierda, no pudiera sostenerse y sólo se hicieran dos o tres números; que se contrajera un compromiso que en la práctica no se cumpliera y que publicar una buena revista resultara más difícil de lo que se creía.

Aun compartiendo ciertas dudas e inquietudes, quienes estábamos convencidos de que sí podíamos hacer la revista, propusimos que ésta empezara a publicarse a fines de ese año,

son indivisibles. Mas sin un análisis sistemático que acerque e integre una a la otra, la teoría suele volverse un conjunto de principios abstractos y librescos y aun de fórmulas inaplicables, y la realidad un cúmulo de hechos dispersos e incomprensibles.

A través de ese análisis esperamos conocer mejor la realidad que queremos transformar y debatir los problemas estratégicos de la lucha por el poder, tales como la etapa que recorreremos y lo que es más característico e importante de ella: las metas a alcanzar y la dirección a imprimir a nuestra lucha; las fuerzas en pugna y los hechos que condicionan sus posiciones; los posibles aliados y el potencial de reserva, las contradicciones más graves del capitalismo mexicano y mundial y la mejor manera de enfrentarnos a ellas.

Una revista obliga a examinar los problemas en forma esquemática y desde una distancia que a menudo nos permitirá ver el bosque mas no los árboles. Pero si logramos ayudar, aun en pequeña escala, a que los trabajadores mexicanos comprendan que si se libran de la ideología burguesa y pequeñoburguesa dominante está en sus manos forjar una alternativa propiamente proletaria, prepararse para conquistar el poder, abrir la vía mexicana al socialismo y acabar con la explotación y la miseria, consideraremos haber cumplido con uno de los deberes de todo intelectual que aspira a ser revolucionario...<sup>8</sup>

*¿Cuánto tiempo se publicó la revista y de qué se ocupó principalmente?*

*Estrategia* se publicó bimestralmente en forma ininterrumpida durante 19 años, lo que quiere decir que se editaron 114 números, en los que se examinaron múltiples temas. No sería exagerado decir que en ese lapso aparecieron más de 500 artículos, no pocos de ellos extensos y complejos, y alrededor de otras tantas notas y comentarios, o sea bastante más de mil materiales. Entre las cuestiones a las que se prestó mayor atención podrían mencionarse: el capitalismo y el imperialismo, el capitalismo en México, las crisis, obstáculos y posibilidades del desarrollo y el subdesarrollo, estructura social y lucha de clases, desarrollo regional, cambios en la estructura económica, problemas de la lucha revolucionaria, cuestiones de estrategia y táctica, luchas de los trabajadores, etcétera.

*¿Respondían tales artículos a una posición determinada, o expresaban diferentes opiniones?*

Desde que se proyectó la revista hubo en principio cierto acuerdo, a la vez que la posibilidad de discrepar en la apreciación de determinados hechos. Y a medida que fue avanzándose en el examen de temas fundamentales, pudo advertirse que se avanzaba asimismo en la elaboración de tesis, con frecuencia iniciales, pero que empezaban a ser, más que de una o varias personas, del conjunto de la revista.

Por ejemplo, en el número 20, publicado a mediados de 1978, se recogieron algunas Tesis de *Estrategia* sobre el capitalismo mexicano:

<sup>8</sup> Fragmento tomado de la revista *Estrategia*, México, núm. 1, diciembre 1974-enero 1975, p. 1.

... Sabemos que la tarea que nos hemos impuesto es ambiciosa y de difícil realización; sabemos también que nuestro trabajo adolece de múltiples fallas y que sólo un conocimiento profundo de la realidad concreta..., una cada vez mayor entrega al trabajo y una consecuente posición crítica y autocrítica podrán permitir aplicar creadoramente el marxismo y utilizarlo como guía -ojalá nunca como dogma- en la lucha por la liberación del pueblo mexicano.

Mas adelante añadíamos:

Estrategia no tiene -a Dios gracias- una vocación pontifical. Ni intenta monopolizar la verdad ni cree en la posibilidad de hacerlo. Si bien aspira a forjar una línea política que impulse y abra una perspectiva más amplia a la lucha revolucionaria, no pretende imponer a nadie, dogmáticamente, sus posiciones...

Enseguida se hacían algunas preguntas, y se respondía a ellas con tesis iniciales de la revista.

- ¿Por qué considera *Estrategia* que debe definir con precisión la etapa actual del capitalismo mexicano?

Todos los fenómenos -como se sabe- tanto en el campo de la naturaleza como de la sociedad, se desenvuelven a través de procesos que recorren diversas fases... Pues bien, para comprender sus contradicciones internas más profundas, o sea la dialéctica de su desarrollo, no basta saber cuáles son las leyes generales que rigen cada proceso. Las contradicciones del capitalismo no son idénticas a lo largo de su vida. Cambian de una fase a otra, como cambian también las formas de operación de las leyes que las determinan...

- ¿Acaso no basta saber que el capitalismo mexicano es dependiente?

Conformarse con señalar que el nuestro es un capitalismo dependiente sería renunciar a la necesidad de situarlo con rigor y precisión; quedarse en una caracterización demasiado burda, ambigua y estática, que en el fondo no discrepa de algunas posiciones reformistas de corte pequeñoburgués, ni lo que es más grave, advierte y por tanto ubica adecuadamente ciertos cambios. Ya Lenin, hace más de medio siglo, afirmaba que prácticamente todos los países capitalistas se habían vuelto dependientes. Hoy es incuestionable que Canadá, España, Dinamarca, Bélgica, Luxemburgo, Grecia, Portugal y muchos otros, aun Holanda y la propia Inglaterra, pese a su gran desarrollo y a su largo historial imperialista, son países capitalistas dependientes.

La adecuada y profunda comprensión del fenómeno de la dependencia -lo que por cierto requiere entender los cambios que ella misma sufre en cada fase del proceso histórico-, es importante; pero aparte de no permitir por sí sola comprender a fondo el curso del capitalismo en cada país, oscurece además un hecho histórico fundamental: la desigualdad del desarrollo de aquéllos que, años y aun siglos antes del advenimiento del imperialismo fraguaron un capitalismo independiente que impulsó grandemente el desenvolvimiento económico, y la de los países que, como el nuestro y los demás latinoamericanos, sólo conocieron un capitalismo deforme y cuya dependencia, siempre presente, en la fase imperialista se vuelve un rasgo orgánico propiamente estructural, del que -contra lo que creen los reformistas- sólo puede librarlos una revolución que derroque del poder a la burguesía y sienta las bases del socialismo...

• ¿Por qué considera *Estrategia* que el capitalismo mexicano, pese al hecho bien conocido de que el nuestro es un país económica y socialmente atrasado, es ya un capitalismo monopolista de Estado (CME)?

Si algo caracteriza al capitalismo y en particular al capitalismo del subdesarrollo en la fase imperialista es la desigualdad. Aparte de la «brecha» cada vez mayor y en gran medida inzanjable que separa a los países más avanzados de los más atrasados del sistema, en estos últimos se aprecian desigualdades realmente dramáticas. Capitalismo, y más concretamente capitalismo monopolista de Estado no significa en consecuencia, en primer lugar, progreso generalizado y uniforme, armonía socioeconómica, estabilidad y menos todavía igualdad, o siquiera un alto grado de desarrollo de las fuerzas productivas.

Significa solamente que tras un largo y sinuoso proceso, el capital, también en nuestro país, ha sufrido una profunda transformación, primero al convertirse de capital no monopolista en capital monopolista y más tarde al volverse éste capital monopolista de Estado; lo que, de paso, muestra que, independientemente de sus modalidades específicas –que sería un error ignorar o menospreciar– bajo el capitalismo del subdesarrollo no escapa el capital a las leyes que rigen su desenvolvimiento ni a las contradicciones que le son inherentes...

En otras palabras, si bien la mayor parte de las empresas que hoy funcionan en México no son monopolistas, y muchas de las que lo son no han llegado a ser parte integrante del capital monopolista de Estado, éste es ya el predominante en las principales actividades, el eje del proceso capitalista y [...] la causa principal de que las relaciones de producción y las fuerzas productivas tengan los caracteres que tienen, de que aquéllas frenen y desvíen el crecimiento de éstas y de que las contradicciones entre unas y otras tiendan a agudizarse...<sup>9</sup>

• ¿Qué tiene de común y de diverso el CME que se da en México respecto al de los principales países imperialistas?

... Existen profundas diferencias en el desarrollo capitalista que enmarca y sirve de antecedente histórico a uno y otro. En los hoy grandes países imperialistas, en general, el capitalismo es anterior, no está precedido de largas etapas de dominación colonial, se convierte más rápidamente en un capitalismo industrial, entraña una u otra forma de explotación de otros pueblos y, pese a sus variantes, es independiente al menos hasta el advenimiento y a menudo aun en los primeros años del imperialismo.

A consecuencia de lo anterior y de las condiciones históricas determinantes del subdesarrollo, las fuerzas productivas y aun las relaciones de producción tienen en nuestro país un desenvolvimiento muy inferior y mucho más inestable, contradictorio y desigual que en las metrópolis...

• ¿Qué relación hay, entonces, entre el capitalismo de Estado y el CME?

Como su nombre lo indica los dos son formas de expresión del capitalismo, pero en tanto el CME sólo se da en una fase muy avanzada..., el CE no es privativo de ninguna de ellas ni es tampoco una etapa necesaria del desarrollo capitalista.

Bajo el gobierno de Cárdenas en México, por ejemplo, la reforma agraria, los avances en la nacionalización de los ferrocarriles, el rescate de otros recursos y actividades, la creciente intervención del Estado en los más diversos campos

<sup>9</sup> Fragmento tomado de la revista *Estrategia*, México, núm. 10, julio-agosto de 1976, p. 74.

ante el bajo nivel de la inversión privada, y la expropiación y nacionalización de la industria petrolera –todo ello en el marco de una política democrática, nacionalista y antiimperialista–, aunque sin poner en peligro las relaciones de producción capitalistas, refuerza la acción del Estado y concita la creciente hostilidad del capital extranjero e incluso de buena parte de los capitalistas mexicanos, quienes de momento no comprenden que la política que objetan y aun rechazan, a la postre contribuirá a beneficiarlos y a imprimir mayor vigor al proceso capitalista.

• ¿Qué relación hay entre el imperialismo, el CME y el Estado?

El imperialismo es, como se sabe, fundamentalmente una fase del desarrollo capitalista, una fase superior que se inicia en las postrimerías del siglo XIX y que corresponde al momento histórico en que el capital, hasta entonces en gran parte no monopolista, a partir de la libre competencia y debido a las leyes que rigen el proceso de acumulación, se vuelve monopolista. Ahora bien, si el capital sufre profundos cambios en la fase premonopolista, bajo el imperialismo su desarrollo se acelera todavía más. Hasta la primera guerra mundial, pese a que la intervención del Estado en el proceso económico es en algunos países ya significativa, el capital monopolista es todavía esencialmente privado o al menos no opera en estrecha e indisoluble relación con los monopolios estatales. Este acercamiento o unión, que según Lenin convertirá al capital monopolista en capital monopolista de Estado, se produce durante la primera guerra mundial como expresión del inicio de la crisis general del sistema, o sea de una situación a partir de la cual el Estado, de ser primordialmente un promotor y regulador, tendrá que participar directa y crecientemente en el proceso de acumulación, pues ante el agravamiento de la contradicción fundamental del sistema estimulado por el propio desarrollo del imperialismo, ni los grandes monopolios privados internacionales podrán ya sostener tal proceso por sí solos.

• ¿Qué diferencia hay entre el capitalismo monopolista de Estado y hablar de que más bien es un Estado del capital monopolista?

Bajo el CME, la fracción hegemónica del capital en la economía y la más influyente en la política del Estado es, sin duda, el capital monopolista; pero de esto a sostener que el Estado deviene un Estado del capital monopolista hay una distancia cuyos extremos son, de un lado la esencia de la teoría marxista-leninista del Estado y del imperialismo, y de otro una burda y mecanicista simplificación de esa teoría. Stalin, hace años, y aun hoy algunos economistas sugieren, a nuestro juicio errónea y dogmáticamente, la subordinación unilateral del aparato del Estado al capital monopolista,<sup>10</sup> sin reparar en que si bien éste tiene intereses comunes fundamentales que, como antes recordamos, influyen decisivamente en la política del Estado burgués, en su seno hay también competencia, desacuerdos, fricciones, rivalidades y aun conflictos de intereses –aparte, claro está, de fracciones no monopolistas a menudo también importantes– que incluso obligan al Estado a no subordinarse, en un sentido directo e inmediato, a la oligarquía.

La concepción instrumentalista del Estado, que hace de éste un objeto pasivo que maneja a su antojo el capital y concretamente el capital monopolista, es del todo extraña a la teoría de Marx y al método dialéctico del marxismo-leninista.

<sup>10</sup> Véase el respeto: E. Varga. *Politico-economic problems of capitalism*. Progress Publishers, Moscú, 1968, pp. 52 y ss.

nismo. «El Estado –decía Lenin– no puede en ningún caso ser algo inerte, siempre actúa y lo hace enérgicamente; siempre es activo, nunca pasivo...»<sup>11</sup>

• Algunos sostienen que la posición de *Estrategia* coincide con la del llamado «eurocomunismo»; ¿es esto cierto?

De cada lucha revolucionaria hay siempre algo que aprender; y Europa Occidental hará seguramente contribuciones significativas. Pero el pueblo mexicano tendrá que forjar su propia vía al socialismo a partir de su historia y de sus condiciones concretas. El hecho de que el «eurocomunismo» hable del capitalismo monopolista de Estado no supone pues, obviamente, que estemos de acuerdo con él. En verdad lo hacen también los comunistas ingleses, los soviéticos, alemanes, polacos y chinos, lo que tampoco significa que nuestras posiciones sean idénticas a las de todos ellos. En un sentido más amplio, del imperialismo hablan hoy reformistas, altos dignatarios eclesiásticos –sin excluir al mismo Papa–, exaltados ideólogos pequeñoburgueses y, lo que se antoja increíble, aun voceros del imperialismo. Lo que no quiere decir que estemos de acuerdo con ellos y menos, todavía, que seamos más papistas que el Papa. Pero ¿hemos de renunciar a la necesidad de una explicación científica del imperialismo porque incluso el enemigo, así sea hipócrita y demagógicamente, empieza a reconocer ciertos hechos que ya no puede ignorar o negar, o porque, para confundir a los trabajadores, introduce a su vieja y cada vez menos eficaz caja de herramientas, alguna de las empleadas con éxito por el marxismo? Desde luego que no.»

• ¿Se presta –como algunos afirman– la tesis del CME para reivindicar la vieja idea de que en México hay una burguesía «nacional» que, desde el Estado, puede llevar al país a un desarrollo independiente?

Sería imposible recordar aquí cuándo surge y cómo se desenvuelve la posición según la cual, a partir de 1917 queda en México el poder en manos del «pueblo», de una «clase dirigente no burguesa» o al menos de una burguesía «nacional», progresista y antiimperialista, que garantiza la independencia económica de nuestra patria. Pero al menos debiéramos decir que, en nuestra opinión esa tesis arranca de incomprensibles errores e incluso una dosis no deleznable de reformismo y oportunismo...

Sin comprender a fondo todo lo anterior; sin siquiera entender el alcance democrático-burgués de la revolución mexicana, ciertos sectores de la izquierda y sobre todo el lombardismo, rompiendo con la teoría marxista del Estado hicieron suya la *ideología de la Revolución* –que por lo demás siempre fue una ideología burguesa apoyada y enriquecida con ciertos elementos pequeñoburgueses– y cayeron en la ilusión engañosa y enajenante de suponer que si bien la economía del país y en particular la empresa privada eran objeto del creciente control de parte de la burguesía mexicana y extranjera, el Estado y concretamente el poder político, en cambio, quedaban en manos de una constelación de fuerzas populares aisladas de una burguesía «nacional», que desde un *capitalismo de Estado* nacionalista e independiente, unida a los sectores populares y apoyada sólidamente en ellos, se enfrentaría con éxito a la «reacción» y al imperialismo.

<sup>11</sup> V. I. Lenin, *Collected Works*, Vol. I, p. 335. Cit. por V. F. Stanis y otros, en *The role of the state in socioeconomic reforms in developing countries*. Moscú, 1976, p. 26.

... y al amparo de la doctrina burguesa de la «unidad nacional» –que incluso llegó a hacer de Miguel Alemán el «cachorro de la Revolución» y «primer obreiro de la patria», se forjó la tesis reformista y falsa de que el capitalismo de Estado, un capitalismo de Estado envidiable y *sui generis* –democrático, nacionalista y antiimperialista– haría posible la rápida industrialización y la independencia económica de México...

- ¿Por qué insiste *Estrategia* en la necesidad de comprender el papel fundamental de la oligarquía, mientras otras corrientes de izquierda no lo hacen o le dan un alcance diferente?

... el capital monopolista dominante tiene como lógica e inevitable contrapartida en la estructura de clases una oligarquía monopolista o financiera, y así como aquél es la fracción hegemónica del capital, ésta lo es de la clase dominante, o sea de la burguesía. Ahora bien, aunque la oligarquía es una fracción pequeña, formada quizás por no más de un millar de familias multimillonarias que fundamentalmente operan a través de unas decenas de grupos financieros ligados entre sí, y a menudo subordinados al capital monopolista internacional, se trata sin duda de la fracción más poderosa y de aquella que, sobre todo en una perspectiva estratégica constituye el principal enemigo del pueblo mexicano...

- Pero, ¿no puede llevar la tesis de que la oligarquía monopolista es el principal enemigo, a debilitar la lucha antiimperialista e incluso a confundir a los trabajadores?

La correcta definición del principal enemigo es, por todo ello, esencial, y lejos de traducirse en un debilitamiento de la lucha antiimperialista debiera, concretamente en nuestro país, contribuir grandemente a reforzarla.

Pero siendo indispensable ubicar al principal enemigo, tampoco ello basta para elegir los medios de lucha que, según las condiciones objetivas y subjetivas prevaletentes –y siempre cambiantes– sean los más adecuados. En el marco de la lucha revolucionaria y de un programa máximo cuya meta final es el socialismo, toca a un programa mínimo, en las presentes condiciones esencialmente antimonopolistas, fijar las metas inmediatas y, tras advertir lo que hay de común, de diverso y de contradictorio en el seno del capital monopolista y aun de la clase dominante en su conjunto –vista no aisladamente sino como parte de la estructura social y de la lucha de clases a nivel nacional e internacional–, optar por los métodos de lucha, que, debidamente combinados en cada instancia, pueden llevar al pueblo al poder.<sup>12</sup>

¿Cambió la posición de la revista al crearse el Movimiento del Pueblo Mexicano?

*Estrategia* mantuvo, a lo largo de los años en que se publicó, una posición coherente que tuvo continuidad, y a la vez sufrió cambios, entre otras cosas porque la realidad misma cambió también. En el número 65, por ejemplo, correspondiente a 1985, anunciamos a los lectores que nos proponíamos hacer algunos cambios destinados fundamentalmente a conocer más de cerca y de manera más profunda la realidad nacional:

<sup>12</sup> Alonso Aguilar Monteverde. «Tesis básicas de *Estrategia* sobre el capitalismo mexicano.» *Estrategia*, México, núm. 20. mayo-junio de 1978, pp. 1 a 29.

Aunque haciendo a menudo esfuerzos verdaderamente heroicos de síntesis, pensamos que la sección económica ayuda a comprender la actual crisis... Y estamos seguros que nuestros lectores habrán comprobado que no exageramos al señalar a menudo que la presente crisis es la más severa de los últimos decenios. Al respecto no tenemos una idea preconcebida. Tratamos de entender la realidad tal como es, de definir los hechos principales, y de que sean éstos, y no las palabras... los que muestren la dirección en que las cosas se desenvuelven. Y lo que va quedando claro es que las versiones casi siempre color de rosa de los funcionarios del gobierno no se compadecen con lo que realmente ocurre y con los tonos dominantes... que van más bien del gris al negro...

Pero lo hecho hasta aquí no nos satisface ni es todavía lo que pretendemos. Aspiramos a que el análisis económico... sea cada vez más riguroso y a la vez más sencillo y desprovisto de tecnicismos innecesarios, que sea más fresco, más directo, y que no sólo dé cuenta de... ciertas variables macroeconómicas sino de los cambios que sufre el capital nacional y extranjero, de cómo afectan tales cambios a los grupos económicamente más poderosos y también a las capas más amplias y modestas del pueblo... Pretendemos (además) entregar al lector algunos elementos... que le ayuden a entender tanto los hechos como las fuerzas principales que actúan en la vida política. Y en particular tratamos de que se conozca mejor lo que piensan y hacen los trabajadores;

... nos interesa conocer a fondo las relaciones con Norteamérica y oponernos a acciones legales o ilegales que comprometan nuestra independencia, lesionen nuestra soberanía y afecten desfavorablemente nuestro desarrollo...

También queremos ocuparnos más a menudo de los más graves problemas sociales que hoy aquejan a nuestro pueblo, lo que por cierto requiere... reapreciar episodios y momentos importantes de nuestra historia, pues estamos convencidos de que si no conocemos a fondo esa historia y recogemos sus lecciones, no comprenderemos ni podremos resolver los graves problemas de todo orden que hoy nos afectan...<sup>13</sup>

# ESTRATEGIA

REVISTA DE ANALISIS POLITICO

- ¿Vivimos realmente en una democracia?
- Empieza a cobrar vida el Movimiento del Pueblo Mexicano

Alonso Aguilar M.

## Las plataformas electorales:

• crisis y economía • problemática agraria • problemas sociales • empleo • cultura y educación • soberanía y política exterior • democracia y sistema político

## El desarrollo del Pacto de Solidaridad Económica

81

mayo  
junio  
1988

La presencia del MPM en *Estrategia*.

<sup>13</sup> Fragmento tomado de la revista *Estrategia*, «Queremos conocer mejor la realidad nacional.» Núm.65, septiembre-octubre de 1985, México, pp. 1 y 2.

Lo anterior revela que, a punto de nacer el Movimiento del Pueblo Mexicano, la revista *Estrategia* estaba en proceso de cambio, y desde luego, la creación del MPM la afectó y trajo consigo nuevos e importantes cambios. Pues bien, para comprender de qué naturaleza son tales cambios, reproduciremos enseguida un breve texto aparecido en el número 77 de la revista, de septiembre-octubre de 1987.

*Estrategia*, en primer término, no desaparece. Estando por cumplir 13 años de vida de publicación continua y puntual, lo que pretende es seguir viviendo y trabajar en la misma dirección en que lo hizo hasta ahora;

*Estrategia* y el Movimiento del Pueblo Mexicano no son, desde luego, lo mismo. La primera es una revista de análisis político y el segundo es una organización política;

*Estrategia* no pertenece al MPM, mantendrá su independencia y en tal virtud no será órgano del Movimiento. Este papel corresponde a la revista mensual *En marcha*, que ya está en circulación;

Los compañeros Alonso Aguilar Monteverde, Fernando Carmona y Jorge Carrión, miembros de nuestra dirección colectiva, participan a la vez en el Movimiento y ayudarán, por lo tanto, a impulsar su desarrollo;

Ni tales personas ni *Estrategia* abandonan, como algunas personas han sugerido intencionadamente, sus posiciones políticas. Por el contrario, si bien no pretenden imponer a nadie esas posiciones, consideran tener pleno derecho a defenderlas y hacerlas valer, y desde luego las seguirán sosteniendo en la revista y en otros foros. En el Movimiento, como es obvio, trabajarán a partir y alrededor de lo que, en conjunto, convengan sus miembros y establezcan los estatutos y el programa de la organización.

¿Por qué resuelven varios de nuestros compañeros incorporarse al Movimiento del Pueblo Mexicano? Por diversas razones. Según ellos mismos han explicado: porque están convencidos de la necesidad de organizarse políticamente; porque están de acuerdo con las posiciones del MPM y, concretamente, con su línea de acción; porque creen que es un esfuerzo organizativo no sólo viable sino con buenas posibilidades de crecimiento; porque comparten la convicción de que para hacer política es preciso sustituir las consignas y las formulaciones simplistas por un conocimiento profundo de la realidad; porque convienen en que más que una acción estrecha y verbalmente radical lo que hoy se requiere es un Movimiento amplio e independiente, y porque quienes integran su dirección provisional son personas honestas, hombres y mujeres cuya práctica trata de introducir mejores métodos de trabajo, de superar viejos vicios y abrir nuevos caminos. O sea, personas que intentan conquistar autoridad no por lo que dicen sino sobre todo por lo que hacen, lo que demuestra responsabilidad y decisión de entregarse seriamente a la lucha política... Y la creación y puesta en marcha del Movimiento del Pueblo Mexicano demuestra que éstas no son meras palabras sino una realidad que se expresa en este nuevo esfuerzo que, sin duda, abre una prometedora perspectiva a muchos mexicanos inconformes con el estado de cosas que priva en nuestro país, y deseosos de organizarse políticamente y de hacer lo que puedan para que la situación cambie.

Como el propio MPM ha señalado, es obvio que el camino que intenta abrirse no será fácil. Pero lo que hasta hace unas semanas fue sólo un proyecto difícil de

llevar a la práctica es ya un hecho consumado, una firme decisión y un compromiso con nuestro pueblo.

A partir de aquí, la lucha misma dirá lo que pueda hacerse y hasta dónde es posible llegar. Aun las modestas metas iniciales son ambiciosas y no fáciles de alcanzar; y a la vez son la condición para ir más lejos. Pero estamos seguros de que si se trabaja con responsabilidad, consecuentemente, sin sectarismo, con verdadera entrega y a la vez en actitud combativa y con la decisión y audacia que requiere toda acción revolucionaria, se habrá cumplido con dignidad el compromiso contraído, se logrará en poco tiempo contar con una nueva organización política verdaderamente nacional y se avanzará en la lucha que, en su hora lleve al pueblo mexicano al poder.»<sup>14</sup>

### ¿Cuándo y por qué se suma *Estrategia* al Movimiento del Pueblo Mexicano?

En el número 85 de la revista, correspondiente a enero-febrero de 1989, se dijo:

... El desarrollo de las relaciones políticas con el MPM, así como la congruencia que reconocimos en el modesto pero arduo trabajo emprendido por éste, nos lleva ahora a la conclusión de que parte del proyecto original de nuestra revista cristalizó en aquél, y de que al participar en sus trabajos podremos enriquecer y lograr una creciente concreción en él, así como afianzar la continuidad de nuestra revista. Es decir, *Estrategia* no desaparece ni pasa mecánicamente a formar parte del Movimiento, sino que continuará su labor con renovado brío. Quienes colaboramos en la revista hacemos nuestros los principios y objetivos del MPM y hemos resuelto sumar nuestro esfuerzo al de esta organización.

... Hoy, creemos que la situación nacional reclama de todo ciudadano conciente un mayor compromiso concreto. Como bien dice *En marcha* en su número 18 (enero de 1988): «Quejarse no basta; es hora de organizarse y actuar».

Afrontamos, pues, un doble desafío: mantener y mejorar *Estrategia*, y al mismo tiempo participar creativa y constructivamente en el MPM... El ascenso del movimiento popular nos obliga a todos a fortalecer, mejorar su organización y ensanchar su camino...<sup>15</sup>

### ¿Qué cambios sufre la revista a partir de entonces?

Desde luego tuvo importancia que, tanto los miembros de la Dirección Colectiva como los principales colaboradores de la revista nos integráramos en el MPM.

Ese solo hecho explica que, quienes hasta entonces nos ocupábamos a menudo de otras cuestiones inclusive teóricas, prestáramos ahora creciente atención al quehacer político concreto y con frecuencia inmediato. Por ejemplo, entre los artículos que yo escribo para la revista, en adelante destacan

<sup>14</sup> «Nace el Movimiento del Pueblo Mexicano». Fragmento tomado de la revista *Estrategia*. Núm. 77, septiembre-octubre de 1987, México, pp. 76 a 80.

<sup>15</sup> «El Colectivo de *Estrategia* decide sumarse al MPM», revista *Estrategia*, México, núm. 85, enero-febrero de 1989, pp. 1 a 3.

esos planteos, como lo revela el título de muchos de ellos. En efecto, a partir de 1989 publico: «Hacia un programa político del pueblo»; «Una hora difícil de profundos cambios y nuevos retos»; «La defensa de nuestra soberanía, nuevo frente central de lucha»; «Cómo y por qué defender nuestra soberanía»; «Nuestros pueblos tienen que abrir nuevos caminos»; «Importancia política de un programa popular unitario»; «Elementos políticos y teóricos de una estrategia alternativa»; «Fase actual en la lucha de nuestro pueblo»; «Reforma o contrarreforma agraria»; «Algunos grandes problemas y qué hacer frente a ellos»; «La sucesión presidencial de 1994»; «En busca de una nueva estrategia de desarrollo»; «Hacia una propuesta democrática de alcance nacional»; «Elementos para una propuesta democrática», y «Contribución a la forja de una propuesta popular».

*¿En qué medios fue vista Estrategia con mayor interés?*

A veces no es fácil saberlo, pero tengo la impresión de que la revista despertó interés en organizaciones y personas de izquierda, en círculos universitarios, entre maestros, obreros y estudiantes de escuelas de nivel medio y superior.

Al respecto debo decir que en varias ocasiones nos sorprendió el conocimiento que ciertos lectores tenían de la revista. De las múltiples reuniones en que se habló de ella con otras personas, recuerdo algunas que en verdad me impresionaron. Por ejemplo, una vez que estuve en Baja California invitado por la Universidad de ese estado, varios jóvenes, entiendo que principalmente de preparatoria, me pidieron aceptar ir a un acto en Ensenada, lo que por fortuna pude hacer. Esperaba yo encontrarme y charlar informalmente con un pequeño grupo de compañeros, y en vez de ello la reunión resultó de varios centenares, en un amplio auditorio. Y la segunda sorpresa para mí consistió en que al hablar de algunos de los grandes problemas nacionales, diversas personas mencionaron una y otra vez las posiciones de *Estrategia*, y dos o tres de ellas, en particular, me pidieron aclarar por qué habíamos sostenido tal o cual cosa; y por la forma en que hicieron sus preguntas me di cuenta que la conocían bien y que no sólo la leían sino que en cierto modo la estudiaban.

En otra ocasión estuvimos Gastón Martínez y yo en León, Guanajuato, con un grupo de trabajadores del FAT, en donde ocurrió algo similar. En verdad no recuerdo los temas centrales que nos habíamos propuesto examinar. Lo que sí tengo muy presente es que apenas empezamos a hacer referencia a ciertos problemas que afectaban a los trabajadores, la revista comenzó a ser mencionada por algunos de ellos. Esa vez advertimos también que la conocían, la leían con interés y algunos obreros incluso la subrayaban y hacían observaciones al margen. El enterarnos de todo ello fue muy grato, y lo que nos sorprendió especialmente es que pudimos apreciar que algunos trabajadores no sólo se interesaban en artículos en los que se examinaban problemas concretos, sino también en otros en que se hacían planteos y análisis más bien teóricos.

Una reunión más de este tipo que viene a mi memoria fue en Jalapa, en la Universidad de Veracruz. Ahí también, como en Baja California, yo había ido para dictar una conferencia sobre algún aspecto del desarrollo económico de México; pero como en los casos anteriormente mencionados, al empezar a cambiar impresiones con el pequeño grupo de profesores y estudiantes que asistían a la conferencia, afloraron posiciones de la revista *Estrategia*, que a los pocos minutos eran ya el centro de la reunión y del debate.

Inclusive podría señalar que aun años después de publicada la revista, algunas personas –intelectuales, trabajadores, maestros, periodistas, dirigentes políticos y sindicales– suelen recordarla con respeto y comentar que *Estrategia* jugó un importante papel en su formación, y en Cuba y otros países hermanos en los que la revista fue conocida en pequeños círculos, también me ha sorprendido la buena impresión que se tenía de ella.

*En los últimos años de Estrategia, ¿se integraron otras personas a la Dirección Colectiva, o como colaboradores?*

Hasta el número 70 de la revista, correspondiente a mediados de 1986, los miembros de la dirección colectiva fuimos las mismas cinco personas que habíamos formado parte de ese cuerpo desde el número 1. Al publicarse el 71, Ignacio Hernández sustituyó temporalmente a Rufino Perdomo, y entre los colaboradores estaban Luis Carrión, Gastón Martínez, Jesús Hernández Garibay, Oscar Montaña y Ezequiel Maldonado, aparte de José Rodríguez, Norma Gamboa y Perfecto Bello, que se encargaban de la administración.

En el número 90, la dirección seguía siendo la misma, y nuevos colaboradores se habían acercado a la revista, como Rodolfo Barona, Víctor Bernal, Víctor Cruz y Luis González Souza.

En el número 103, de principios de 1992, Rufino Perdomo volvió a la dirección colectiva, en la que ya no figuraba Nacho Aguirre, a quien habíamos perdido, y a la que se agregaron además Luis González Souza y Gastón Martínez, y como colaboradores especiales en asuntos latinoamericanos, *Estrategia* invitó con éxito a Sergio Bagú y Gregorio Selser, de Argentina; Luiz Inacio Lula da Silva y Frey Betto, de Brasil; Marta Harnecker y Pedro Vúskovic, de Chile; José Moncada, de Ecuador; Luis Cardoza y Aragón y Guillermo Toriello, de Guatemala; Gérard Pierre Charles y Susy Castor, de Haití; Gustavo Adolfo Aguilar, de Honduras; Pablo González Casanova, de México; Nils Castro, de Panamá; Eduardo Galeano y Liber Seregni, de Uruguay, y D. F. Maza Zavala, de Venezuela, a los que poco tiempo después se agregaron Roberto Fernández Retamar y Fernando Martínez Heredia, de Cuba.

*¿Cuánto tiempo duró Estrategia y por qué se suspendió su publicación?*

La revista logró vivir, como creo que ya dije, 19 años completos, en los que se publicó bimestralmente sin interrupción. Al llegar al décimo noveno año

hicimos un balance que nos permitió comprobar que nuestros recursos financieros eran ya muy pequeños. Aun así, pensamos que podríamos trabajar un año más, y llegar a los veinte.

Pero después de publicar el número 114, que resultó ser el último, surgió un problema imprevisto, que no pudimos resolver.

El año anterior, o sea en 1992, el dueño del edificio en que teníamos la oficina de la revista, en la esquina de Vértiz y Pilares, elevó sustancialmente la renta. De momento temimos que ésta fuera excesiva; pero al ver que podíamos pagarla, aceptamos su nuevo costo. Un año después el problema reapareció y aun se agravó, cuando el arrendador nos informó de un nuevo y en verdad desmedido aumento. Esta vez le dijimos que el aumento que pretendía era excesivo y que le pedíamos reconsiderarlo. Le hicimos ver que estábamos de acuerdo en pagar más, en tanto fuera razonable y estuviera a nuestro alcance, y le recordamos que en los ya muchos años que habíamos ocupado el local, nunca habíamos fallado o retrasádonos en el pago de la renta. Que lo invitábamos a buscar un arreglo; pero no prestó atención a nuestra propuesta. Entonces decidimos depositar mes a mes en la Nacional Financiera el importe de la renta, en tanto llegábamos a un acuerdo.

Una mañana, sin embargo, poco tiempo después, estando los compañeros Lorena Reyes y Marcos Eduardo Gutiérrez en esa oficina, irrumpieron con lujo de fuerza unas doce personas, que exigían que nuestros compañeros salieran inmediatamente de ahí. Una de esas personas, que al parecer era actuario de un juzgado, cortó el teléfono, tiró papeles a la calle, cerró la puerta de la oficina y obligó a nuestros dos compañeros a desocuparla.

Varios miembros de la dirección colectiva nos enteramos de lo acontecido pocas horas después; pero ya nada pudo hacerse. Recurrimos entonces a un abogado, quien nos informó que había hablado con un juez, y que éste le había asegurado que el lanzamiento era no solamente arbitrario sino ilegal. Sin embargo, para tratar de modificar la situación habría sido preciso iniciar un largo trámite judicial que no estuvo ya a nuestro alcance. Y aun así, tan sólo para tratar de ordenar ciertas cosas, recoger la documentación que nos permitiera ajustar cuentas y saber dónde habíamos quedado, nos costó bastante y agotó los ya pequeños fondos de que disponíamos. Por eso llegó hasta ahí la publicación de *Estrategia*.

En la etapa de la revista fue importante también el trabajo de solidaridad con otros pueblos en lucha. Antes y después del triunfo de la revolución sandinista en Nicaragua, expresamos de diversas maneras nuestra simpatía y apoyamos el movimiento popular, e incluso se creó un instrumento especial de solidaridad -«Manos Fuera de Nicaragua» (MAFUENIC)- cuya dirección se encomendó a Fernando Carmona, quien con otros compañeros realizó una valiosa labor.

Por entonces se mantuvo, asimismo, una estrecha relación con revolucionarios de Guatemala y El Salvador, con el gobierno de la Unidad Popular, de Chile, y desde luego con la revolución cubana, movimientos con los

cuales estuvimos especialmente en contacto otros compañeros de la dirección colectiva de la revista.

Aunque nuestra solidaridad fue siempre modesta, con frecuencia nos complació la actitud de compañeros dirigentes de otros países que de diversas maneras nos expresaban su agradecimiento. De esas actitudes respetuosas, entre otras recuerdo una carta del comandante Rolando, de Guatemala, en la que nos decía que estando un grupo de compañeros luchando en un lugar muy apartado, y en un momento en que el esfuerzo por la liberación del pueblo guatemalteco se desplegaba bajo una brutal represión, recibieron varios ejemplares de uno de los libros que Nuestro Tiempo publicó en apoyo de la lucha revolucionaria en Guatemala, lo que fue un motivo de alegría y entusiasmo.

Una actividad más que la revista realizó, fue reunir con frecuencia a pequeños grupos de compañeros, para examinar y cambiar impresiones sobre lo que *Estrategia* planteaba. Habitualmente tales encuentros tenían lugar los sábados por la mañana, y en ellos se hacían aclaraciones, se volvía sobre ciertos textos, se recogían opiniones y sugerencias, y se consideraban problemas de diferente naturaleza, y lo que podíamos hacer para contribuir a resolverlos. O sea que todo ello era un trabajo que ayudaba a la formación de quienes asistían, y a lograr acuerdos sobre cuestiones importantes, respecto a las cuales había a menudo puntos de vista diferentes.

Y, también con los libros y revistas que *Estrategia* recibía o adquiría, se fue formando poco a poco una pequeña biblioteca, a la que nos daba gusto que acudieran con frecuencia algunos jóvenes, en busca de diversos materiales.

## **Movimiento del Pueblo Mexicano (MPM)**

*¿Cuándo se fundó esta organización y con qué objeto?*

El MPM se creó en 1987, en respuesta a la necesidad de organizarnos y participar directamente en la vida política. Podría decirse que después de muchos años de examinar sistemáticamente múltiples problemas socioeconómicos, políticos y culturales, quienes desplegaron ese esfuerzo se convencieron de que ello no bastaba. Era preciso ir más lejos y contar con un instrumento organizativo y de acción que pudiera atraer a numerosos mexicanos, hombres y mujeres, contribuir a unirlos y dotarlos al menos de algunos medios necesarios para salir adelante en el quehacer político cotidiano.

Al nacer, el MPM lanzó un llamamiento del que tomaré algunos fragmentos, que ayudarán a que se comprenda lo que pretendía:

Vivimos una hora difícil. A los viejos problemas de siempre se añaden otros nuevos, a veces no menos graves. Al subdesarrollo que desde hace más de un siglo tratamos de superar, se suma actualmente una ya larga y profunda crisis, más severa inclusive que la de los años treinta, que ahonda la desigualdad socioeconómica y las deformaciones estructurales, extiende el desempleo, acen-

túa la inflación, arruina nuestra moneda y lesiona gravemente a la mayoría de los mexicanos...

Convencidos de ello hemos resuelto organizarnos, unirnos, prepararnos para hacer frente a nuestros más graves problemas, seguros de que sólo el pueblo, actuando con decisión, firmeza, valor y conciencia de su destino, podrá resolverlos.

Quienes iniciamos este esfuerzo y convocamos ahora a otros compatriotas a sumarse a él somos personas de diferente origen social y formación profesional: maestros, estudiantes, obreros, empleados, profesionistas, técnicos y pequeños productores, hombres y mujeres procedentes de diversos lugares del país y con distintas experiencias políticas, resueltos a trabajar en defensa de los mejores intereses de nuestro pueblo.

Nuestra organización aspira a ser una de nuevo tipo: un movimiento amplio, unificador, genuinamente popular y democrático, capaz de abrir nuevos cauces a la acción del pueblo, de atraer a los no organizados, de examinar con seriedad y buscar solución a los grandes problemas nacionales y de conquistar autoridad y prestigio por su trabajo responsable y sus planteos rigurosos, honrados y patrióticos.

... Sabemos que sólo a partir de un conocimiento profundo de la realidad se puede avanzar en la acción política. Pretendemos además empezar a trazar nuestro programa, el que forjaremos día a día junto con quienes participen en esta lucha.

... Ha llegado el momento de convertir en verdadero clamor nacional la justa demanda de vivir dignamente. En los últimos años el pueblo perdió gran parte de lo que había conquistado en décadas previas; y la inflación y el derrumbe del peso siguen adelante. Derechos esenciales como el de comer, trabajar, educarse, cuidar la salud, disponer de una vivienda decente y preservar condiciones laborales ganadas con esfuerzo, están siendo gravemente lesionados. Quienes piensan que explotando más a los trabajadores superaremos la actual crisis, se equivocan rotundamente. Sacrificar más a la mayoría de los mexicanos será no sólo una injusticia sino otro obstáculo a la recuperación y el desarrollo económico del país. Urge cambiar de rumbo y volver la defensa eficaz del nivel de vida del pueblo el eje de una nueva política económica y social (...)

La lucha por la plena emancipación nacional es uno de los ejes de nuestra historia. En estos momentos la dependencia del país se ha acentuado debido a la onerosa e inaceptable deuda externa, a la fuga de capitales, a la multiplicación de las empresas maquiladoras extranjeras, al intercambio desigual y la desfavorable relación de precios que ese comercio nos impone. Pero si en épocas más difíciles que la actual logró nuestro pueblo triunfos extraordinarios de los que estamos orgullosos, ahora se abren nuevas y más amplias perspectivas en el proceso de nuestra liberación.

Los problemas de México no son insolubles. El pueblo, no los políticos ni los altos funcionarios divorciados de él, es quien puede resolverlos; pero no mágicamente ni a partir de actos aislados así sean éstos heroicos, sino organizándose. El pueblo, que ahora es débil, a través de su organización adquirirá la capacidad, la conciencia y a la postre la fuerza para defender sus intereses, que por cierto hoy son también los mejores intereses de la nación.

Sabemos que no es fácil lograr lo que nos proponemos y que muchos compatriotas desconfían de la organización y no tienen fe en la política. Ello es com-

previsible. A menudo se les ha engañado y se le ha hecho creer que la acción política es ociosa y estéril. Incluso no pocos creen que la política es sinónimo de manipulación, oportunismo, hipocresía y corrupción. Y es que, en realidad, abundan los políticos deshonestos que han hecho que se piense así del oficio. Pero política y politiquería no son lo mismo... No estamos solos. Nuestro pueblo y sus luchas están estrechamente ligados a los del resto de nuestra América, esa gran patria cuya defensa nos reclama unirnos y apoyarnos mutuamente.

La solución de nuestros problemas no será fácil ni vendrá de afuera. Habremos de forjarla nosotros mismos en una lucha que reclama máxima entrega. Tenemos fe inquebrantable en México y en su pueblo. Nos proponemos enaltecer su historia y proyectarla hacia el mañana; hacia la patria libre y justa que queremos y confiamos en poder construir.

### **Movimiento del Pueblo Mexicano**

Por una patria libre, unida, soberana.



En otro texto, «Por qué organizarnos», se decía:

Ante el anuncio de que hemos resuelto crear una nueva organización política, probablemente muchas personas reaccionen con indiferencia y se pregunten para qué una organización más cuando ya hay muchas y las cosas siguen igual (...). No nos sorprende que una nueva organización, y concretamente una organización política, sea recibida con reserva. Los mexicanos nos hemos vuelto desconfiados porque a lo largo de nuestra historia, a menudo se nos han hecho promesas que nunca se cumplieron, se nos han dicho hermosas palabras que no correspondieron a los hechos y, en resumen se nos ha engañado ofreciéndonos lo que nunca se nos dio. De ahí que la primera tarea a que cualquier nuevo esfuerzo se enfrenta es la de abrirse paso en medio de un explicable escepticismo, la de hacerse de prestigio con su modesto trabajo diario, y ganar, poco a poco, la confianza del pueblo. Y esto sólo es el punto de partida para empezar a conquistar verdadera autoridad.

Estamos de acuerdo en que no basta organizarse para salir adelante y resolver los graves problemas que hoy nos aquejan. La organización, por sí misma, no es una solución milagrosa. Pero en el otro extremo: prescindir de la organización y hacer las cosas individualmente, aislados de los demás y de manera espontánea e improvisada es peor...

Nosotros no pensamos que la organización que hoy constituimos será la clave para cambiar y mejorar el estado de cosas que priva en el país. El que unos cuantos centenares de mexicanos hayamos resuelto organizarnos y asumir la responsabilidad que ello entraña es importante sobre todo para nosotros mismos. Pero es sólo un primer paso, por lo demás bastante modesto, para tratar de contribuir a que el pueblo comprenda que nadie sino él podrá resolver los más graves problemas...

Con frecuencia expresamos que un viejo anhelo de nuestro pueblo es la plena independencia nacional. Y en verdad abundan en nuestra historia los hechos que lo comprueban. Empero, con frecuencia también nos limitamos a reiterarlo en planos declarativos y no nos damos cuenta de que, en nuestros días, el respeto a la soberanía nacional depende de la capacidad para hacerla valer, y esta capacidad sólo la tiene el pueblo cuando se organiza, y cuando conquista y ejerce realmente el poder.

Nos proponemos trabajar con seriedad y disciplina, conocer a fondo la realidad nacional y los problemas que más afectan a los mexicanos, así como acercarnos al pueblo en actitud respetuosa, modesta, receptiva, sin discursos ni consignas acartonadas. Pretendemos demostrarle que estamos con él no sólo de palabra y formalmente sino en los hechos. Sabemos que es preciso actuar con responsabilidad y sin demagogia. Intentaremos crear organismos que no sean de membrete, artificiales, inventados y sin vida.

Si elegimos crear el Movimiento que ahora lanzamos no es porque menospreciemos otros esfuerzos ni porque consideremos tener en nuestras manos una fórmula que garantice el triunfo. Respetamos a otras organizaciones e incluso trataremos de aprender de su experiencia...

Sabemos que no es fácil lograr lo que nos proponemos, pero esperamos demostrar que tampoco es imposible ni utópico. Nuestra acción tiene raíces propias muy profundas, y por ello deberá insertarse y nutrirse en las luchas del pueblo mexicano y en las ricas enseñanzas que esas luchas y en general la historia de nuestra patria aportan.

### *¿Cómo se concibió el Movimiento?*

Como una organización —se dijo— de nuevo tipo. O sea, como un esfuerzo que debía expresarse simultáneamente en diversos campos y frentes de lucha. El MPM, a la vez que el conjunto de la organización, era el principal instrumento político, y desde luego no se limitaría a lo electoral y a problemas de corto plazo, sino que repararía en cuestiones más complejas y propiamente estructurales, ligadas a la lucha por el poder y la transformación social, y junto al instrumento propiamente político, habría otros, de diferente naturaleza, también necesarios e importantes. De ellos, uno debía seguir el proceso económico y conocerlo a fondo. A otros tocaría examinar los más graves problemas sociales, vinculados a quienes eran mayormente afectados, y hacer propuestas serias para resolverlos. El frente cultural sería cubierto por un organismo que rescataría lo mejor de nuestra historia y nuestra cultura, contribuiría a reafirmar nuestra identidad y mostraría en la práctica la importancia de la cultura en la lucha política, y otro instrumento repararía en graves problemas que afectan a la familia y su relación con la sociedad.

### *¿Qué hizo el Movimiento al empezar a funcionar?*

En primer lugar dio a conocer el Llamamiento y entró en contacto con quienes se interesaban en saber lo que pretendía hacerse y la forma en que podían incorporarse a la organización.

Sobre todo en una primera fase se prestó también bastante atención a la puesta en marcha de los diferentes instrumentos con lo que se proyectaba trabajar, y que una vez constituidos empezaran a funcionar.

Otra actividad importante fue la publicación de la revista mensual *En marcha*, en la ciudad de México, así como la decisión de dar vida al MPM en diversas entidades del país, a partir del examen de algunos de los problemas más graves en ellas. Así surgieron *Sonora en marcha*, *Chihuahua en marcha*, *Guanajuato en marcha* y *Yucatán en marcha*, lo que significaba que en esos estados se avanzó más que en otros tanto en el conocimiento de la realidad concreta como en materia de difusión y comunicación con la gente.

Y, desde luego, las actividades antes mencionadas dieron lugar y reclamaron múltiples juntas internas de trabajo, así como reuniones con numerosas personas vinculadas a otras organizaciones sociales.

*¿Cuántos números se publicaron y qué tipo de revista era En marcha?*

Entiendo que fueron 41 los números publicados, lo que quiere decir que la revista se sostuvo tres años y medio. En ese lapso se publicó, además, un folleto del MPM en el que se recogen los primeros veinte editoriales de la revista. Pues bien, en el editorial del primer número, se decía:

... *En marcha* expresa la decisión de actuar, de empezar algo nuevo, de involucrarse directa y resueltamente en la acción política...

*En marcha* no es sólo una revista mensual; es uno de los medios de

acción de un nuevo esfuerzo organizativo: el Movimiento del Pueblo Mexicano...

Nos proponemos hacer una revista que diga las cosas como son y no como quisiéramos que fuesen. Nos interesa que sepan nuestros lectores lo que pensamos. Pero, sobre todo, quisiéramos ser capaces de conocer de cerca y poder expresar lo que muchos compatriotas hacen, la forma en que trabajan y las justas esperanzas que los alientan. *En marcha* aspira a recoger el sentimiento popular, esa nueva conciencia que se gesta en la lucha cotidiana...

La situación nacional empieza a cambiar. Más y más mexicanos reclaman ser escuchados, tomados en cuenta, participar en los asuntos que les afectan...

*En marcha* se inserta en esa búsqueda colectiva de nuevos caminos. Y lo hace convencida de que el pueblo, organizado y unido, acabará por abrirse paso y triunfar.



El órgano principal del MPM

### ¿Cuál fue el carácter de la revista En marcha?

Sus artículos eran muy breves y de fácil lectura. La revista se hacía colectivamente, y en ella participaban los miembros del Consejo Editorial y otros compañeros. Los integrantes iniciales de ese Consejo fueron Víctor M. Bernal, Luis González Souza, Josefina Morales, Ana Francisca Palomera y Rufino Perdomo, todos ellos, a la vez, miembros del Consejo Directivo Provisional.

Los editoriales eran también sencillos y breves, y se ocupaban de preferencia de problemas concretos ante los que era preciso actuar. El título mismo del Cuaderno en el que se recogieron los primeros veinte editoriales era revelador: *El pueblo tiene la palabra*. Esta es hora de organizarnos, unírnos y luchar con decisión. Y si bien la revista que se editaba en la ciudad de México era importante, desde un principio se convino en que debería intentarse que también se publicará en otras ciudades y regiones de la república, para que la gente en cada una de ellas sintiera que el MPM era un esfuerzo propio, y no algo que venía, ya elaborado, desde la capital.

Para que se comprenda mejor lo anterior, enseguida se reproducen algunos párrafos del prólogo al Cuaderno ya mencionado:

El MPM no es un esfuerzo aislado sino una expresión de que... el pueblo empieza a cobrar conciencia de la necesidad de pensar por sí mismo, de actuar y abrir nuevos caminos. El MPM no es un partido; es una organización política amplia que intenta acercarse a personas con diversas maneras de pensar, a quienes invita a organizarse de múltiples maneras, o sea como la realidad y las posibilidades de acción lo aconsejen...

Los problemas que más nos afectan no son insolubles, pero para resolverlos es preciso conocerlos a fondo y hacerles frente resueltamente, en la acción política... en la lucha misma, con el pueblo, se irá forjando el programa que éste requiere para avanzar hacia el poder... el MPM denuncia la gravedad de que... no obstante las penosas condiciones del pueblo, los altos funcionarios del gobierno y los más prósperos empresarios se empeñen en hacer cuentas alegres y en decirnos que todo va «viento en popa.»

... el hecho más importante en la coyuntura política lo constituye la ruptura de Cuauhtémoc Cárdenas con el PRI y su postulación como candidato a la presidencia de la República...

... la defensa de nuestra soberanía y la lucha por la democracia reclaman hoy una acción resuelta... El pueblo tiene que decidir si vota libremente o si acepta que otros, antidemocráticamente, decidan por él. El MPM está tratando de... acercarse a la gente y solidarizarse con sus justas demandas, de convencerla que es ella, nadie más, quien puede hacer que las cosas cambien... y de que su principal arma es la organización... la victoria de Cárdenas no está asegurada, pero tampoco es imposible. Depende, en realidad, de lo que millones de mexicanos decidamos hacer...

... lo que se está defendiendo en las calles son derechos fundamentales a los que no estamos dispuestos a renunciar. Y ejercerlos resueltamente y sin miedo es la mejor manera de defenderlos.»

*¿Qué otras actividades realizó el MPM?*

Mencionaré únicamente dos o tres de ellas. La puesta en marcha de la organización suponía, desde luego, en primer lugar un acuerdo de sus miembros al menos en torno a líneas de acción centrales, y ese acuerdo había que lograrlo en el trabajo conjunto y el constante diálogo, lo que con frecuencia se tradujo en prolongadas y aun excesivas sesiones internas.

También era necesario, y a veces no fácil, dividir el trabajo de nuevas y mejores maneras, y establecer claramente, con el acuerdo de los interesados, lo que cada quien haría. Los distintos instrumentos de la organización debían, a su vez, iniciar un nuevo y a menudo complejo tipo de trabajo, lo que en general se hizo con éxito, aunque en ocasiones con cierto rezago y sobre todo serias fallas de coordinación. Y, como ya se mencionó, en donde fue posible vincular la publicación de *En marcha* a ciertas ciudades y regiones y estrechar la relación con organizaciones y personas ligadas a diferentes actividades, el trabajo político regional se enriqueció considerablemente.

*¿Quiénes dirigieron el MPM?*

En un principio, los miembros del Consejo Directivo fueron, en orden alfabético: Oscar Alzaga Sánchez, Víctor Manuel Bernal Sahún, Víctor Cruz, Alicia Cuevas, Manuel Díaz Pineda, Alejandro Escotto Córdoba, Carlos González Martínez, Luis González Souza, Rosario Gutiérrez Romero, Jesús Hernández Garibay, Jesús Luna Arias, Cecilia Madero Muñoz, Gastón Martínez Rivera, Josefina Morales, Inés Navarro González, Enrique Olivares, Ana Francisca Palomera, Rufino Perdomo.

Varios de los compañeros pensaban que Ignacio Aguirre, Fernando Carmona, Jorge Carrión y yo, debíamos participar en el cuerpo de dirección. Nosotros, en cambio, sostuvimos que ello no parecía aconsejable; que debían ser cuadros jóvenes -hombres y mujeres- los que asumieran la principal responsabilidad, en una lucha probablemente larga y penosa, que reclamaría máxima energía. Nosotros, los viejos, apoyaríamos desde luego el esfuerzo; pero desde atrás de quienes estuvieran en primera línea. A la postre se acordó que formáramos parte de la Dirección y yo fui, por algún tiempo, el coordinador general.

*¿Apoyó el MPM la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas a la presidencia de la República en 1988?*

Sí. Lo hicimos de diversas maneras: siendo parte del Frente Democrático Nacional (FDN), dando a conocer los principales planteos y propuestas del candidato; asistiendo a mítines y otros actos públicos; tratando de convencer a los ciudadanos a nuestro alcance que debían votar por él, e insistiendo en que el voto era secreto, y un derecho que era preciso rescatar y ejercer resueltamente para acabar con la imposición. Y el apoyo a Cárdenas contribuyó a dar vida al MPM.

*¿Afectó al Movimiento la creación del Partido de la Revolución Democrática?*

Cuando se fundó el PRD, nosotros veníamos ya trabajando en el MPM a partir de líneas propias fruto de experiencias distintas, y aunque vimos el nuevo partido con respeto y simpatía y respaldamos con entusiasmo la candidatura a la presidencia de Cuauhtémoc Cárdenas, lo que ante ese nuevo hecho consideramos necesario fue reapreciar nuestro proyecto. Durante varios meses examinamos lo acontecido, y a la postre llegamos a la conclusión no unánime, pero sí ampliamente mayoritaria, de que debíamos llevar adelante nuestro esfuerzo como organización política independiente no partidaria, en vez de integrarnos en el PRD como una de las varias corrientes que de él formarían parte, que era lo que ciertos compañeros proponían.

En nuestra decisión seguramente influyeron situaciones que habíamos vivido ya, así como el convencimiento de que era necesario romper con ciertas viejas prácticas y optar por nuevas y diferentes formas de organización.

En primer lugar, aunque como antes dije, respetamos el que numerosas personas crearan un nuevo partido, sentimos que entre nosotros y muchos otros mexicanos con quienes estábamos en contacto, afiliarnos a un partido no era lo que nos atraía y menos si ese partido iba a centrar su atención en el proceso electoral.

Temíamos, además, que las fuerzas que formaban el PRD, más que unirse, cerrar filas y luchar realmente juntas para cambiar a fondo las condiciones del país en beneficio de los trabajadores, pronto empezarían a exhibir discrepancias y a enfrentarse unas a otras. Y si ello ocurría, en vez de que las distintas corrientes se fundieran en un gran movimiento popular unitario, cada una de ellas trataría de imponerse a las otras, a la postre en perjuicio de todos. En fin, el que en un régimen político y especialmente electoral tan antidemocrático como el de nuestro país se buscara abrirse paso y triunfar sobre las fuerzas empeñadas en sostener ese régimen, nos parecía que podría conducir a que la lucha por la liberación nacional pasara a un segundo plano e incluso que el conseguir ciertos puestos bien remunerados adquiriera en la práctica mayor importancia que la verdadera conquista y construcción revolucionaria del poder.

Pero, independientemente de todo ello, la creación del PRD nos afectó, porque probablemente muchos mexicanos, a quienes en otras condiciones hubiéramos logrado atraer, prefirieron militar en el nuevo partido

*¿Logró el MPM lo que se proponía?*

No. Lo cierto es que las cosas resultaron bastante más difíciles de lo que se pensaba, y el acuerdo entre nosotros mismos, que en principio parecía muy amplio y firme, comenzó a exhibir fisuras y discrepancias, lo que era explicable ya que además de competir múltiples propuestas, el solo hecho de que el MPM intentara poner en marcha diversos nuevos instrumentos que por primera vez cobraban vida, volvía difícil trabajar conjuntamente y unir a quienes en ellos participaban. Y aun en casos en que las diferencias entre

unos y otros compañeros en esos instrumentos no parecían ser de fondo, en la práctica fue a veces muy difícil y aun imposible superarlas.

*¿Qué otros hechos influyeron sobre el MPM, y qué ocurrió finalmente?*

Algo que sin duda influyó sobre el Movimiento fue la desaparición de *Estrategia* en 1994. La revista nos obligaba a mantenernos en estrecho contacto, a reunirnos, cambiar impresiones y establecer acuerdos en cuestiones políticamente importantes y nada sencillas. Pero al dejar de publicarse, aun los compañeros más cercanos y que por muchos años trabajamos conjuntamente, empezamos a reunirnos con menos frecuencia y ya no regularmente.

Al margen de ello, también fueron importantes otras cosas. Según la información a mi alcance pocos miembros del MPM se afiliaron al PRD; pero no pocos, convencidos de que en las condiciones de entonces era muy difícil avanzar, se apartaron de la lucha política y centraron su interés en el trabajo profesional y otras actividades.

También jugó un papel importante el que, habiendo numerosos miembros del MPM vinculados a alguno de los nuevos instrumentos, mientras éstos fueron en ascenso las cosas marcharon bien; pero cuando empezaron a aflorar diferencias y dichos instrumentos se debilitaron, en ciertos casos hasta desaparecer, no pocos compañeros, en vez de desplazarse hacia aquellos en los que se continuaba trabajando y había mucho que hacer, sintieron que lo que hacían no ofrecía ya perspectivas y cayeron en la inacción. Otro hecho que sin duda influyó negativamente en el trabajo del MPM fue el colapso y la desaparición de la Unión Soviética y de los demás países socialistas europeos.

Aunque nosotros nunca dependimos en nuestra labor política de lo que ocurría en esos países, algunos compañeros sintieron que si ellos fracasaban, no obstante su importancia y los grandes avances que habían logrado sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial, las perspectivas de un modesto esfuerzo como el nuestro eran prácticamente ningunas. O en otras palabras, si bien la derrota de las naciones socialistas europeas era lamentable y contribuía a hacer más desfavorable la correlación mundial de fuerzas, de ningún modo significaba que ya nada pudiera hacerse. Antes al contrario, ahora es cuando más importaba ser capaz de abrir nuevos caminos que permitieran impulsar la lucha revolucionaria, concretamente en Nuestra América.

Aun entonces, cabe decir, buena parte del pequeño grupo –unas cuantas decenas de personas– que había trabajado desde un principio en la creación e impulso del MPM, seguimos haciéndolo; continuamos reuniéndonos y convivimos en apoyar varios nuevos esfuerzos. Y lo que probablemente nos ayudó a realizar algunas actividades fue que, a diferencia de lo que ha sido una vieja práctica en no pocas organizaciones de izquierda –la de romper con quienes por diversas razones se separaban del MPM–, respetamos su decisión e inclusive mantuvimos con la mayor parte de ellos una relación amistosa.

Ello seguramente contribuyó a que en adelante, algunos trabajando como miembros del MPM y otros vinculados a otras organizaciones o a ninguna, par-

ticipáramos en varios esfuerzos interesantes y políticamente útiles. Por ejemplo no sólo respaldamos de nuevo la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas a la presidencia, sino que lo hicimos de manera más organizada y mejor.

En años posteriores, hasta la fecha, el MPM apoyó la lucha antiimperialista por la integración, unidad y liberación de Nuestra América, la edición de algunos libros con posiciones progresistas, la preparación y presentación de ponencias para diversas reuniones nacionales e internacionales y la elaboración y amplia distribución de breves textos sobre problemas de actualidad. Tan sólo de estos últimos, en 2002 y 2003 se publicaron: «¡No basta oponernos a ciertas posiciones! ¡Es preciso forjar una nueva y verdadera estrategia de cambio!», «Venezuela, Cuba, México, y el respeto a los derechos humanos», «El Consenso de Monterrey, ¿Un verdadero Avance, o sólo una Nueva Versión del Consenso de Washington?», «La Soberanía Nacional en Grave Peligro,» y otros.

El MPM, además, en años recientes apoyó justas demandas de los trabajadores, movimientos sociales, y se vinculó estrechamente a grupos sindicales, apoyó a esfuerzos como la Asociación por la Unidad de Nuestra América (AUNA México), y el Centro Mexicano de Estudios Sociales.

### **Apoyo ciudadano a la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas**

Cuando Cuauhtémoc Cárdenas fue candidato de un amplio frente popular a la presidencia de la República, en 1988, el Movimiento del Pueblo Mexicano –como ya se dijo– es una de las organizaciones que lo apoya. Lo hace de diversas maneras e incluso después de las elecciones en que se le despoja de una legítima victoria, denuncia lo ocurrido como un verdadero fraude que en realidad impide a los mexicanos ejercer libremente derechos fundamentales, como el de voto, y llama a acabar con el antidemocrático e inconstitucional régimen de la imposición, en el que el presidente de la República en turno decide, a espaldas del pueblo, quien ha de sucederlo en tan alto cargo\*.

---

\* Cabe agregar que el único estudio serio escrito acerca del fraude electoral cometido en contra del candidato del FDN, fue publicado por Editorial Nuestro Tiempo en noviembre de 1988: el libro *Radiografía del fraude. Análisis de los datos oficiales del 6 de julio*, de José Barberán, Cuauhtémoc Cárdenas, Adriana López Monjardín y José Zavala, con prólogo de Luis Javier Garrido, fue presentado el lunes 28 de ese mismo mes, en el Salón Independencia del Hotel María Isabel Sheraton de la ciudad de México; en la presentación escrita la editorial indica que sus autores «son personas serias que a partir de varias hipótesis y empleando el método estadístico y otros instrumentos de análisis, consideran que las cifras oficiales que hasta aquí han circulado se apartan de la verdad y falsean lo que realmente ocurrió el 6 de julio...» A la vez, Nuestro Tiempo publica en ese mismo mes el libro *Nuestra lucha apenas comienza*, de Cuauhtémoc Cárdenas, en el que se incluye una larga entrevista del MPM con el excandidato, y reproduce los nueve discursos de campaña más importantes pronunciados por el mismo de septiembre de 1987 a junio de 1988, además de los tres pronunciados en la etapa poselectoral entre julio y septiembre de este último año (nota del editor).

En 1994, o sea en la siguiente campaña presidencial, un movimiento ciudadano mejor organizado respalda de nuevo a Cuauhtémoc Cárdenas, que vuelve a ser candidato.

El Comité Nacional de ese Movimiento era coordinado por Rodolfo González Guevara, y otros cinco compañeros y yo trabajamos activamente en la Dirección. Dichos compañeros fueron Carlos Bracho, César Chávez, Juan González, Adriana Lombardo y Santos Ruiz. El Comité Nacional Ciudadano, aclaraba González Guevara,

... no es una organización política similar a las muchas, de este tipo, que hay en el país. Es tan sólo un vehículo de coordinación, sencillo y flexible, que puede dar algunas pautas para facilitar la promoción de la acción ciudadana.

Nuestra tarea central, en consecuencia, es interesar al mayor número posible de mexicanos, hombres y mujeres amantes de la libertad, para que sean ellos mismos quienes, de acuerdo a sus condiciones, posibilidades y preferencias, contribuyan a hacer de Cuauhtémoc Cárdenas el próximo presidente de México...

La acción ciudadana adoptará las más variadas formas y modalidades; de manera que si alguien sólo puede emitir su voto y ganar a otras personas de su familia, a algún amigo o compañero de trabajo para que vote por Cuauhtémoc Cárdenas, su colaboración, con la de muchos otros millones de compatriotas, contribuirá a la victoria. Lo único que no podemos permitirnos es cruzar los brazos y esperar que los problemas de nuestra patria se resuelvan mágicamente.

El 25 de septiembre de 1993, Cárdenas fue invitado por cerca de un millar de ciudadanos a ser su candidato a la presidencia, y ese mismo día él aceptó la candidatura y contrajo un compromiso con los ciudadanos.

Convencido -dijo- de que en México la mayoría de los ciudadanos... no pertenecen hoy a partido alguno, y de que no obstante, su concurso y su voto son necesarios para triunfar, acepto formalmente la invitación que ustedes y muchos otros mexicanos... me han hecho...

Agradezco..., en todo lo que vale, su confianza... y los invito a que, diciéndome con franqueza lo que piensan..., me ayuden a forjar la propuesta que se requie-

## Radiografía del Fraude

Análisis de los datos oficiales del 6 de julio



José Barberán  
Cuauhtémoc Cárdenas  
Adriana López Monjardín  
Jorge Zavala

La denuncia del fraude de 1988

re para hacer posible el cambio que el país reclama con urgencia para empezar a convertir en realidad el proyecto de Nación libre, democrática y soberana a que aspiramos...

... los invito a que ganemos a millones de compatriotas para que se sumen a nuestra causa y voten y defiendan resueltamente su voto, demostrando así que la soberanía reside realmente en el pueblo...

El esfuerzo desplegado por el movimiento ciudadano a favor de Cárdenas, no obstante limitaciones y fallas, fue significativo. Aparte de reuniones semanales de los participantes iniciales del Comité Nacional, se editó una pequeña publicación mensual, *Acción Ciudadana Independiente*, que fue bien recibida y se distribuía entre organizaciones y personas interesadas, a las que se pedía no sólo hacer circular ampliamente sino reproducir los materiales, que con frecuencia se agotaban con rapidez. De esa publicación se hicieron cinco números, y de ella fueron responsables José Manuel Dipp, Agustín González, Ana Francisca Palomera y Carmen Velázquez, y entre sus colaboradores figuraron Ofelia Alfaro, Víctor Bernal, Laura Becerra, Fernando Carmona, Tatiana Coll, César Chávez, Rodolfo González Guevara, Luis González Souza, Rosario Gutiérrez, Jesús Hernández Garibay, Emilio Krieger, Adriana Lombardo, Gastón Martínez, Thelma Nava y el que esto escribe.

A mí me tocó participar en todos esos números, y plantear cuestiones como éstas:

... Los ciudadanos comunes y corrientes podemos hacer mucho, mucho más de lo que creen los escépticos y los derrotistas. Hoy, podemos incluso hacer de México una gran nación verdaderamente democrática y mejor para todos. Pero desde luego no bastan los buenos deseos. Tenemos que actuar, que organizarnos,... hacer a un lado nuestras diferencias y unirnos.

En otro número decía:

... Algunas personas creen que si los comicios son limpios el triunfo está asegurado. Esta puede ser una actitud triunfalista y errónea. Quienes estamos convencidos de que Cárdenas es el mejor candidato, sin menospreciar lo que ya se ha logrado debemos todavía ganar entre los indecisos, entre quienes habitualmente no votan, entre la gente no organizada y aun la de otros partidos, entre personas de las más diversas ocupaciones y maneras de pensar, a muchos más ciudadanos a que apoyen al candidato de la mayoría y defiendan resueltamente su voto. Sólo así lograremos la victoria.

En otra colaboración, planteaba:

Hoy, millones de mexicanos están inconformes con el desempleo, con los bajos salarios, con la pobreza, la corrupción, la inseguridad y la violencia. Ahora es preciso convertir el descontento en acción eficaz y unitaria. Con ella podremos triunfar.

¡Sufragio Efectivo! ¡No imposición!

Y en un breve artículo titulado «Mantengamos la guardia en alto; hay mucho por hacer», que apareció después de las elecciones del 21 de agosto de 1994, decía:

... Millones de mexicanos queremos un cambio, un país verdaderamente libre, soberano y en paz, en el que todos vivamos dignamente. Pues bien, aprendamos a hacer política de nuevas y más eficaces maneras. Esta es hora de recoger enseñanzas de lo que hasta aquí hicimos, de superar fallas y corregir errores y, concretamente en el movimiento ciudadano, de desterrar líneas sectarias y prácticas antidemocráticas, y de entender que algo esencial es reconocer a la gente el derecho a pensar por sí misma y a decidir libremente lo que ha de hacer.

Al subrayar esto cabe aclarar que, no obstante lo mucho que insistimos en ello, en la práctica se incurrió a menudo en el error de no dejar que la gente pensara por sí misma y actuara como mejor le pareciera.

Hacia fines de la campaña presidencial de 94, publicamos un cuaderno de apoyo a Cárdenas, que se consideró «El último jalón», y en el que tratamos de responder a preguntas que numerosas personas hacían. Por ejemplo:

*¿Qué es el Movimiento Ciudadano?* ... La suma de acciones que de hecho ya empiezan a desplegarse... O sea que ese Movimiento no es una organización formal determinada y única, que concentre toda la actividad como si fuera dueña de la verdad; no es tampoco la alianza de varias organizaciones sino un vasto escenario y un complejo de fuerzas heterogéneas en las que cabe y es bienvenida la acción ciudadana, cualesquiera que sean sus formas de organización, caracteres y modalidades.

*¿Cuáles son las principales funciones de ese Comité Nacional?* ... promover, de manera directa e indirecta el apoyo ciudadano a Cuauhtémoc Cárdenas, lo que supone realizar múltiples actividades.

*¿Cómo se ha resuelto trabajar?* Ciertamente falta todavía mucho por precisar... sin embargo..., lo que ya tenemos claro es que el Comité Nacional... ni intenta ni acepta un nivel jerárquico que esté por encima de los demás, una instancia que hable de democracia y no la practique, ni una fuente de decisiones que se tomen de manera autoritaria, sin la presencia de quienes deban intervenir en ellas, y que se pretenden imponer... de arriba abajo.

*¿Se trata en verdad de un Movimiento Independiente?* ... a la postre, será la realidad misma la que demuestre si tenemos o no independencia. La independencia del Comité Nacional y de los Comités ciudadanos consiste en que si bien en ellos participan personas afiliadas al PRD y a otras organizaciones junto a quienes no pertenecen a ninguna, todas lo hacen en su calidad de ciudadanos, o sea a título individual; expresando cada quien con libertad lo que piensa, con pleno respeto a las opiniones y aun posibles discrepancias, sin introducir cuestiones o pretender acuerdos que desborden u obstaculicen la buena marcha de los comités, y desde luego sin tratar de hacer prevalecer las posiciones, programas o intereses de los partidos y otras organizaciones de las que, en su caso, formen parte...

*¿No será una ilusión pensar que los ciudadanos se decidan a actuar?* Desde luego el proyecto del que somos parte no es fácil y su éxito no está garantizado de antemano. La gente... explicablemente... no se siente identificada con la «política» de manipulación, el maniobreo, el autoritarismo, el clientelismo y las ac-

titudes oportunistas y deshonestas de quienes usan a los demás para obtener ventajas personales... Como se dice en nuestro llamamiento: «Los ciudadanos tenemos la palabra. Aislados y dispersos no podremos defendernos y menos, todavía, triunfar. Unidos, en cambio, podemos ser el resorte que impulse a la sociedad civil, y los protagonistas centrales en esta histórica coyuntura.» Más de una vez nuestro pueblo ha sido autor de grandes hazañas. Confiamos en que ahora pueda volver a serlo.

Y si los ciudadanos se interesan esta vez en participar, si se deciden a votar y lo hacen por Cárdenas, pero como ha acontecido ya en tantas ocasiones no se respeta su voto, *¿no será todo ello tan sólo causa de una nueva derrota y una mayor frustración?* ...Los ciudadanos... tenemos derecho a exigir elecciones limpias y a ser nosotros, no el gobierno, quien controle el proceso electoral en todas sus fases; lo cual implica que una reforma electoral democrática es ya impostergradable. Pero aun si ésta se realiza habrá el riesgo de que el gobierno viole la ley y no acate la decisión de la mayoría. Entre votar y no hacerlo, sin embargo, hay una gran diferencia. Ahora, la abstención sólo favorece el inaceptable orden de cosas imperante. Si no votamos, nuestra única perspectiva será la derrota, sin que hayamos librado siquiera la primera batalla. Si no ejercemos nuestros derechos, nosotros mismos contribuiremos a que sean letra muerta. Si votamos, en cambio, rescataremos un derecho irrenunciable, ganaremos a muchos otros compatriotas a la acción, podremos lograr una mejor correlación de fuerzas así como rechazar, en su caso, la manipulación, la ilegalidad y el fraude... Resumiendo: en cualquier situación, actuar es sin duda siempre mejor que no hacerlo, y desde luego, que resignarse y cruzarse de brazos.

*Y, ¿cómo proceder con quienes no conocen a Cuauhtémoc Cárdenas e incluso no simpatizan con él?* ... nuestra tarea al respecto es que en vez de hacer una propaganda demagógica, superficial y triunfalista, de la cual la gente está cansada y tiende a rechazar o al menos a ver con indiferencia... presentemos, por todos los medios a nuestro alcance, a Cuauhtémoc Cárdenas como quien realmente es: un ser humano como tantos otros, con virtudes y defectos; un mexicano cuya madurez, trayectoria de trabajo, honestidad, conocimiento del país y compromiso con los mejores intereses de la Nación y del pueblo, nos hacen confiar en que si los ciudadanos se deciden a actuar, si defienden lo que legítimamente les pertenece, si contribuyen a forjar la propuesta renovadora que Cárdenas ofrece a la República, si logran con su acción que el país se democratice y marche hacia delante, el candidato de los ciudadanos podrá contar con el voto mayoritario y encabezar un nuevo gobierno que, con amplio apoyo del pueblo sea capaz de enfrentarse con éxito a los grandes problemas nacionales.

*¿Qué son y cómo deben funcionar los comités ciudadanos?* ... en esencia son una nueva forma de respuesta de los propios ciudadanos, el inicio de un vasto movimiento que acaso por primera vez en nuestro país, al margen de los partidos políticos decide vincular estrechamente la búsqueda de solución a sus problemas a la defensa de una candidatura presidencial independiente como la de Cuauhtémoc Cárdenas, con base en el convencimiento de que un nuevo proyecto de nación sólo es viable a partir de un nuevo gobierno. Los comités funcionarán como lo decidan sus integrantes; pero algunas ideas frecuentemente bien acogidas son éstas: que sean de preferencia pequeñas unidades que los ciudadanos sientan suyas y a través de las cuales puedan conocer y ejercer sus

derechos; que funcionen con libertad y autonomía; que trabajen conjuntamente y con espíritu unitario, no obstante las discrepancias que pueda haber entre sus miembros; que sus reuniones sean interesantes, ordenadas, breves, sin multiplicarse innecesariamente, que se celebren donde resulte más fácil y en las que cada quien colabore en la forma que prefiera hacerlo.

*¿De qué asuntos se ocuparán principalmente los Comités ciudadanos? ... de los problemas que los integrantes de cada uno de ellos consideren que más les afectan e interesan, y de contribuir a hacer de Cuauhtémoc Cárdenas el próximo presidente de México.*

*¿Cómo lograr que los Comités ciudadanos tengan vida propia y continuidad? ... es... importante que por muy modesto que sea un Comité, su vida interna sea genuinamente democrática, se trabaje en equipo, se rechace toda forma de autoritarismo, se tomen las decisiones de común acuerdo, y se entienda, además, que el movimiento ciudadano no reclama a sus miembros una militancia estricta y profesional, propia de ciertos partidos, sino que comprende que cada quien hará lo que esté a su alcance y en las condiciones que le sean viables...*

*¿Qué posición mantiene el Comité Nacional Ciudadano frente a otras organizaciones, con las que sus miembros estén o no relacionados? De absoluto respeto, que esperamos sea mutuo. En cuanto a ciertas organizaciones con las que se tiene o puede establecer una relación amistosa, pensamos que sin perjuicio de que cada una de ellas cumpla con su cometido, si algunos de sus miembros pueden, como ciudadanos, participar o apoyar de algún modo nuestro trabajo, estimaremos mucho su colaboración e incluso trataremos de corresponder a esa actitud, procediendo de manera análoga.*

*Después de todo lo anterior, cabría preguntar: ¿Jugó el movimiento ciudadano el papel que de él se esperaba?*

Como ya se dijo, su contribución fue modesta y a la vez importante. Probablemente nunca se había intentado poner a disposición de los ciudadanos múltiples cauces y formas de organización y de acción que ellos mismos eligieran. Pero ese sólo hecho volvía difícil hacer las cosas del mejor modo posible. A menudo se tenía la impresión de que la gente no estaba acostumbrada a ser ella la que decidiera, y por tanto esperaba a que otros dijeran lo que debía hacerse.

Cuando algunos compañeros independientes nos sumamos al Movimiento Ciudadano, sentimos que sus primeras posiciones parecían ser casi idénticas a las del Partido de la Revolución Democrática recién fundado, lo que era explicable, pero también revelador e inaconsejable.

Por fortuna, apenas empezamos a tratar de dar vida al movimiento ciudadano, la mayoría de los asistentes a las reuniones iniciales convino en que era necesario que el Movimiento fuera distinto no sólo al PRD sino a los demás partidos. Es decir, debía tener su propia identidad, y dejar desde un principio claramente establecido que en él serían los ciudadanos, nadie más, quienes decidieran qué hacer, cómo y por qué.

Años después, en 1997, el MPM y otras organizaciones apoyaron de nuevo la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas a la jefatura del gobierno del

D.F., y en 2000, a la presidencia de la República, campaña en la que también apoyamos a Andrés Manuel López Obrador para el gobierno del Distrito Federal, como lo hicimos luego en el 2006 al candidato de la «Coalición por el Bien de Todos».

Antes señalé que en el movimiento ciudadano no dejaron de plantearse problemas. Uno, por ejemplo, consistió en que ciertos miembros del PRD no comprendieron la importancia de la acción ciudadana independiente; tendieron a menospreciarla y aun temieron que el avance de dicho movimiento afectara desfavorablemente al Partido.

En varias ocasiones hicimos ver a tales personas que, al contrario, la activa participación de los ciudadanos favorecería, acaso en primer lugar, al PRD. Y las diversas posiciones en el seno de éste fueron también perjudiciales. En una de las campañas en las que apoyamos la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas a la presidencia de la República, recuerdo que se nos invitó a visitar Mazatlán, porque se pensaba que el movimiento ciudadano podría ser el mejor cauce para atraer y lograr la participación de numerosas personas que simpatizaban con la candidatura de Cárdenas. Pero los compañeros del PRD nos pidieron esperar unos días para hacer el viaje, porque había ciertas discrepancias entre ellos. Esperamos pacientemente, y a la postre no fue posible ir a Mazatlán porque esas discrepancias no pudieron superarse.

### **Asociación por la Unidad de Nuestra América (AUNA México)**

En 1994 estuvo unos días en la ciudad de México el doctor Guillermo Toriello, excanciller de Guatemala bajo el gobierno revolucionario de Jacobo Arbenz. El objeto de su viaje fue cambiar impresiones con algunos amigos mexicanos acerca de la posibilidad y conveniencia de realizar en nuestro país, unas semanas más tarde, una conferencia o reunión latinoamericana y, caribeña que se opusiera a la decisión del gobierno de Estados Unidos de convocar a un encuentro continental en Miami, Florida -con la sola exclusión de Cuba-, para impulsar el proyecto monroista del Área de Libre Comercio de las Américas, es decir, el ALCA.

Apenas llegó el doctor Toriello se comunicó con varios amigos, y le sugerimos que acaso lo mejor sería que se reuniera informalmente con algunas personas, pusiera a su consideración la idea antes mencionada, y recogiera sus opiniones. Guillermo estuvo de acuerdo, y en los pocos días que estuvo entre nosotros dio a conocer lo que se proyectaba y tomó nota de diferentes puntos de vista. Yo, en particular, invité a doce a quince personas a que conversaran con él, y el saldo de dichas reuniones fue el que sigue.

En general pudo advertirse un amplio consenso en torno a que no parecía aconsejable intentar realizar en México, de manera apresurada, la conferencia de que se hablaba. No parecía tampoco un acierto oponerse a lá reunión interamericana de Miami, antes de que ésta se celebrara y se conocieran sus principales acuerdos. Y, sobre todo, estando a unos días de una elección presidencial, y sabiendo que aun después de los comicios la gente

prestaría especial atención a lo que aquí ocurriera, al intentar realizar el proyecto de la Conferencia se corría el riesgo de que no despertara interés en amplios sectores sociales. Por ello, lo que se comentó con el doctor Toriello fue que, en cambio, lo que sí parecía muy importante era pensar en la conveniencia de crear alguna organización que de nuevas y más eficaces maneras trabajara por la unidad y la liberación de Latinoamérica y el Caribe. El asunto no fue formalmente discutido; pero algunos tuvimos la sensación de que esta idea era muy bien acogida.

Al año siguiente, o sea en 1995, el doctor Toriello hizo saber a varios amigos –entre otros el autor de este texto– que en Cuba había condiciones para crear esa nueva organización, a la que él propuso llamar Asociación por la Unidad de Nuestra América (AUNA).

A mí, con un pequeño grupo de personas procedentes de tres o cuatro países hermanos, me tocó asistir a la reunión constitutiva de AUNA, en la que, ante el temor de que la naciente organización no reuniera las condiciones necesarias para hacer con éxito un llamado a la unidad, se acordó formalmente que se trabajaría de abajo hacia arriba, empezando por crear asociaciones nacionales que tuvieran realmente vida, que fuesen amplias y representativas, y que una vez que funcionaran en algunos de nuestros países, podría convocarse a una conferencia latinoamericana y caribeña de la que surgieran democráticamente los cuerpos coordinadores de dicho esfuerzo. Entretanto se designó al doctor Toriello presidente provisional.

Conforme a esas ideas se empezó a trabajar, y según nuestra información, en una primera fase solamente en Cuba y en México se constituyeron las asociaciones correspondientes. En otros países se dio a conocer el proyecto unitario, se establecieron contactos, se realizaron interesantes y prometedores encuentros, e incluso se avanzó en esfuerzos iniciales de promoción, sin que a la postre logaran crearse las nuevas asociaciones y empezaran a acometerse las tareas previstas.

En México, la AUNA se constituyó en septiembre de 1995, después de trabajar aproximadamente un semestre en una labor de promoción.

AUNA México nació con alrededor de cien miembros, entre quienes había personas de diversas ocupaciones y maneras de pensar, pero quienes al margen de posibles discrepancias, estaban de acuerdo en trabajar conjuntamente por la integración, la unidad y el desarrollo independiente de Nuestra América.

A principios de 1996, el doctor Toriello se dirigió a quienes participábamos en la Dirección de AUNA México, y nos expresó la opinión de que, dadas las dificultades que el «período especial» planteaba a Cuba, y el hecho de que desde México pudiera establecerse un más fácil contacto con organizaciones y personas de otros países hermanos, los compañeros de AUNA Cuba estaban dispuestos a apoyar la idea de que la Asociación de México tuviera, a partir de entonces, una función coordinadora.

La amistosa propuesta del doctor Toriello se puso a consideración de los miembros de AUNA México, y lo que se acordó fue agradecerla y señalar que, desde luego no menospreciándola, se consideraba preferible llevar adelante el esfuerzo que apenas empezaba a desplegarse, y tratar de avanzar, a fin de que en vez de que los mexicanos decidiéramos hacernos cargo de la coordinación general, esperáramos a contar siquiera con media docena de asociaciones, para entonces decidir conjuntamente y de común acuerdo, la mejor forma de integrar y hacer funcionar dicha coordinación.

A partir de entonces se intensificó el trabajo, y pese a diversas limitaciones, entre otras de recursos financieros, y a no optar por una línea de crecer por crecer, nuestra Asociación agrupa a unas doscientas personas, y ha realizado no pocas actividades de interés, entre las que podrían mencionarse las que siguen:

- Varios coloquios sobre diversos temas; en los que han participado investigadores científicos, profesores, dirigentes políticos y sindicales, y otras personas;
- Algunos seminarios sobre la crisis y cómo enfrentarnos a ella, sobre el proceso cultural de Nuestra América y cómo afirmar nuestra identidad; sobre avances y tropiezos de la integración regional, y sobre el papel de trabajadores, empresarios, jóvenes y mujeres en la lucha por la unidad de nuestros pueblos;
- Publicación de aproximadamente 36 números de una pequeña revista, *Unidad Regional, Imágenes de Nuestra América*, y de cinco boletines previos, de información;
- Elaboración y difusión de varias declaraciones sobre problemas que aquejan a nuestros pueblos, y a los que debemos enfrentarnos no en forma aislada y dispersa sino conjugando esfuerzos y apoyándonos mutuamente;
- Mantenimiento de una posición solidaria hacia Cuba, Brasil, Venezuela, Ecuador, Bolivia y otros países hermanos que luchan contra fuerzas conservadoras empeñadas en mantener o restablecer viejos regímenes sociales y políticos;
- Ampliar y estrechar relaciones con organizaciones y personas interesadas en contribuir a la integración, la unidad y el desarrollo de Latinoamérica y el Caribe, a las que pedimos darnos a conocer su trabajo y ofrecimos informarlos de lo que nosotros hacemos;
- Apoyo, a través de conferencias y otras actividades, a grupos de trabajadores organizados de diferentes maneras;<sup>16</sup>
- Participación en reuniones latinoamericanas de diversa naturaleza realizadas en varios países hermanos. Entre otros, Cuba, Chile, Ecuador y Venezuela;

---

<sup>16</sup> Al sindicato de trabajadores de la Cervecería Modelo, en Guadalajara, por ejemplo, en los más recientes años los ayudamos con unas 20 conferencias dictadas por personas que conocen a fondo los problemas que se abordaron.

- Examen de diferentes materias de interés para Latinoamérica, en reuniones informales de pequeños grupos de personas;
- Apoyo a la publicación de varios libros tanto de AUNA México como de instituciones amigas.

AUNA México ha tratado de trabajar en marcos amplios que ayuden a interesar a personas con diferentes posiciones, pero todas ellas latinoamericanistas, y no obstante limitaciones diversas, se considera que lo hecho hasta ahora fue positivo y se realizó sin discrepancias y conflictos internos, que con frecuencia dificultan este tipo de esfuerzos.

Un problema sin embargo casi siempre presente ha sido la escasez de recursos financieros

que caracteriza a todo esfuerzo que intente desenvolverse con independencia.

De alrededor de 200 miembros, en realidad unos 60 contribuyen con modestas aportaciones financieras, algunas de los cuales se hacen regularmente y otras con irregularidad. Y desde hace cerca de dos años el Consejo Coordinador acordó que los miembros de AUNA México debían cooperar al funcionamiento de la Asociación, con una aportación mínima anual de 300 a 500 pesos, lo que, junto con una colecta-rifa que se hace al fin de cada año entre compañeros y amigos cercanos, hasta ahora ha permitido que se disponga de los fondos mínimos necesarios. Pero a la vez, dichos fondos han sido del todo insuficientes para realizar otras actividades importantes, como organizar alguna conferencia latinoamericana y entrar en contacto estrecho con organizaciones y personas de países hermanos.

Nuestra asociación cuenta con varios cuerpos de dirección, que hasta ahora trabajaron siempre en armonía. El principal de tales cuerpos es el Consejo Coordinador, del que hasta recientemente formaban parte veinte personas, de las que -lo decimos con pena- recientemente perdimos a seis de ellas, por haber fallecido (Fernando Carmona, José Ángel Conchello, Sergio de la Peña, Enrique Brito, Abelardo Villegas y Luis Suárez). Aun así, entre las catorce restantes, de quienes a menudo hemos recibido una valiosa cooperación, podría mencionarse a Cuauhtémoc Cárdenas, Miguel Concha, Jesús González Schmal, Luis González Souza, Mauro Jiménez Lazcano, Bertha Luján y Guadalupe Rivera Marín.



La revista oficial de AUNA México

AUNA México tiene, asimismo, un Consejo Consultivo integrado por cerca de treinta personas. Y entre aquéllas que de diversas maneras han ayudado a nuestra Asociación cabría mencionar a Miguel Álvarez, Oscar Alzaga, Sol Arguedas, Ángel Bassols Batalla, Bernardo Bátiz, Ana María Cetto, Julián Gascón Mercado, Ana I. Mariño, Julio A. Millán, Fernando Paz Sánchez, Manuel Peimbert, Alejandro Sobarzo, Amalia Solórzano de Cárdenas y Carlos Véjar Pérez Rubio. Por cierto, entre los miembros del Consejo Consultivo tampoco están ya con nosotros varias personas que se interesaron en nuestro esfuerzo unitario; de ellas cabría recordar a latinoamericanistas como Alberto Beltrán, Rodolfo González Guevara, Horacio Labastida, Leopoldo Zea, Fernando Benítez, Jorge Castañeda, Emilio Krieger, Hugo B. Margáin y Alfredo Zalce.

Un tercer cuerpo directivo de AUNA México es el Consejo Editorial, del que forman parte varios miembros de los Consejos Coordinador y Consultivo y otras personas. Entre estas últimas están Ana María Cetto, Carmen Galindo, Clara Jusidman, Marcos Kaplan, Jesús Hernández Garibay, Jorge Fons y Rodolfo Stavenhagen. Y, finalmente hay un grupo de consultores especiales en asuntos latinoamericanos, como José Luis Balcárcel y Rina Lazo, de Guatemala; Susy Castor, de Haití; José Consuegra Higgins, de Colombia; Jaime Estay, de Chile; José Moncada y Gustavo Vega Delgado, de Ecuador; Martha Ventura viuda de Selser, de Argentina, y Jorge Turner, de Panamá; y Oscar Pino Santos, de Cuba, y Gerard Pierre Charles de Haití, ahora fallecidos, formaron parte de este cuerpo.

Tanto a través de la Asociación por la Unidad de Nuestra América (AUNA México), como de otras organizaciones, algunos miembros hemos participado en otras actividades interesadas en promover la liberación y el desarrollo independiente de Latinoamérica y el Caribe, entre las que podría mencionar la revista *América Libre*, que se edita en Buenos Aires, *Desarrollo Indoamericano*, que se publica desde hace años en Colombia, las revistas *Archipiélago*, *Macroeconomía*, *Cuadernos Americanos*, *Trabajo y Democracia Hoy*, y otras publicaciones mexicanas; y en los últimos dos años nos reunimos con frecuencia en lo que informalmente se consideró un Círculo de Estudios Latinoamericanos, en el que se estuvo en contacto con ciudadanos de países hermanos residentes en México, incluidos cinco o seis embajadores de otras tantas naciones latinoamericanas, con los que, en parte gracias al interés y la colaboración del embajador de Venezuela, señor Lino Martínez, ahora enfermo, en varias sesiones se examinaron algunos graves problemas que aquejan a Nuestra América.

Entre tales problemas podría mencionar: el impacto de la globalización capitalista, y en particular neoliberal, sobre los países subdesarrollados de Nuestra América; las políticas neoliberales en varios de nuestros países; el Plan Puebla Panamá, el Plan Colombia; Aspectos de la Revolución Bolivariana en Venezuela, y otros.

Y lo que en un momento dado fue el Comité Mexicano Organizador Provisional del V Congreso Anfictiónico Bolivariano, que inicialmente se proyec-

taba realizar en México, a partir del mes de septiembre de 2003 se convirtió en un esfuerzo más amplio de carácter latinoamericano, para trabajar a favor del desarrollo, la integración y la liberación de nuestros pueblos de América Latina y el Caribe, y concretamente apoyar el primer Congreso Bolivariano de los Pueblos, así como otros encuentros y reuniones similares en favor de la integración y la unidad de Nuestra América. A propósito de estas nuevas tareas, en apoyo a ese primer Congreso Bolivariano que se realizó en Caracas, nuestro grupo o Foro Latinoamericano antes mencionado participó con una delegación mexicana integrada por 15 personas.

### **Centro Mexicano de Estudios Sociales**

Aparte de esas actividades, como ya señalé, desde que los socios de la Editorial Nuestro Tiempo convinimos en disolverla y proceder a su liquidación, algunos de ellos empezamos, a la vez, a organizar el Centro Mexicano de Estudios Sociales.

Se trata, en realidad, de una pequeña asociación civil en la que se han proyectado y escrito varios libros colectivos, entre otros: *El México de hoy. Sus grandes problemas y qué hacer frente a ellos*, *El primer año de gobierno de Vicente Fox*, así como *Del siglo americano al siglo de la gente. Latinoamérica en el vórtice de la historia*, de Jesús Hernández Garibay, los tres publicados por la Editorial Miguel Ángel Porrúa, con la ayuda del Centro de Estudios sobre el Desarrollo, que dirige Raúl Delgado Wise en la Universidad de Zacatecas. El Centro Mexicano ha apoyado y publicado otros estudios, así como cooperado con AUNA México, y con el Foro o Grupo de Acción Latinoamericana y Caribeña que funciona en México.

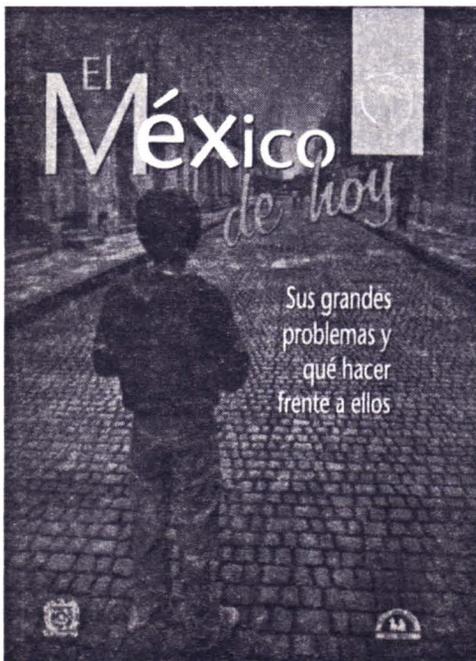
La dirección del Centro ha estado a cargo de un equipo coordinador del que forman parte Marcos Crestani, Ana I. Mariño, Gastón Martínez Rivera, Isaac Palacios, Fernando Paz Sánchez y el que esto escribe. Y aunque se trata de un esfuerzo modesto, en él participan más de cien personas, en su mayor parte exsocios de la Editorial Nuestro Tiempo, y su trabajo ha sido bien acogido y permitido conjugar esfuerzos con otras organizaciones, principalmente de trabajadores.

Con el apoyo del Centro, y de AUNA México, en 2004 se elaboraron también libros como *Contribuciones al Pensamiento Social de México*, publicado en 2005 por Grupo Editorial Cenzontle, y *Contribuciones al Pensamiento Social de América Latina*, próximo a publicarse por la UNAM, en los que se comenta brevemente la obra de docenas de autores mexicanos y latinoamericanos, con el objeto de interesar sobre todo a los jóvenes acerca de este componente fundamental de nuestro patrimonio cultural; también se ha trabajado en torno a las justas demandas de importantes luchas de los pueblos indios, empezando con el Ejército Zapatista de Liberación Nacional de nuestro país.

Más recientemente el Centro Mexicano de Estudios Sociales invitó a varias personas a participar en algunos nuevos libros colectivos. Por ejem-

plo en el libro *Hacia una verdadera estrategia de desarrollo* figuraron, entre otros autores Arturo Guillén, Carmen Galindo, Josefina Morales y Gastón Martínez. En el relativo al proceso de trabajo participaron varios dirigentes sindicales: Alfredo Domínguez, del FAT; José Merced González, de CENPROS; Joel González, del Sindicato Nacional Cervecerero –fallecido hace unas semanas en un accidente–, y Fernando Amezcua, del Sindicato Mexicano de Electricistas, así como Óscar Alzaga, expresidente de la Asociación Nacional de Abogados Democráticos, y Marcos Crestani. Del libro *América Latina y la Globalización* fueron autores D. F. Maza Zavala, de Venezuela; Osvaldo Martínez, de Cuba; Atilio Borón, de Argentina; Aguilar Monteverde, de México; José Moncada, de Ecuador –quien por cierto acaba de fallecer; Emir Sader, de Brasil, y José Consuegra, de Colombia.

En fin, en el libro sobre la *Integración Latinoamericana y el papel de México en ese proceso* participaron Mauro Jiménez Lazcano, Fernando Paz Sánchez, Jorge Turner y otros. En el de *Nuevas formas de organización y lucha de nuestros pueblos*, algunos de los autores son Claudia Korol, de Argentina; Jorge Mansilla, periodista y actual embajador de Bolivia en México; Fernando Martínez Heredia, de Cuba y Alejandro Encinas, mexicano. Y en el libro sobre la necesidad de reformar y actualizar la Constitución Mexicana de 1917, participan entre otros autores Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano y se recogen varias páginas de los últimos estudios de Emilio Krieger sobre el tema.



Un libro reciente del CMES

Dos libros más se refieren a las *Nuevas formas de funcionamiento del capital extranjero* y a *Si tiene o no México una política industrial*. En el primero de ellos escriben John Saxe-Fernández, Alejandro Álvarez y Gregorio Vidal, y en el segundo participan Jorge Basave, Benito Rey Romay e Isabel Rueda, y también ofreció enviar un ensayo la expresidenta de la Cámara Nacional de la Industria de Transformación, Yeidckol Polevsky.

Y en cuanto al trabajo personal del que esto escribe, está actualmente en prensa un libro sobre estudios políticos en los que me tocó participar con muchas otras personas, y aunque casi siempre atrás de lo que proyecto, trato de avanzar en otro estudio sobre el cambiante sis-

tema político, económico, social y cultural de México, a partir de la Revolución iniciada en 1910.

Simultáneamente, a últimas fechas hemos realizado otras actividades de diversa naturaleza. Una, a nuestro juicio necesaria, consiste en reapreciar el desarrollo del capitalismo, concretamente en nuestro país así como los cambios que ha sufrido el imperialismo en las últimas décadas. De esto, hoy se habla ya muy poco, y a menudo resulta bajo la globalización. Y aun quienes siguen utilizando en sus análisis la categoría del imperialismo, con frecuencia sólo repiten lo que se dijo en otros países hace mucho tiempo, sin reparar en que la realidad no es ya lo que fue decenios atrás.

Hasta ahora llevamos a cabo varias sesiones en las que una decena de compañeros del Movimiento del Pueblo Mexicano revisamos materiales nuevos de autores marxistas sobre el imperialismo, con el objeto de conocer y evaluar varios planteos teóricos de diferentes países. Entre ellos examinamos el número correspondiente a 2004 del *Socialist Register* de Inglaterra, dedicado al Desafío Imperial (*The Imperial Challenge*). A la vez, también sobre el mismo tema revisamos la revista cubana *Temas* y otros estudios de autores latinoamericanos, y estamos leyendo y releendo trabajos publicados en los últimos años por el grupo de *Monthly Review*, de autores como Paul Sweezy, Harry Magdoff, Ralph Bellamy Foster, y nos gustaría volver también sobre escritos de Poulantzas, estudiar a István Mészáros, y ponernos al día sobre la izquierda italiana, francesa, así como acerca de lo que se escribe hoy en China, Japón y otros países del Oriente.

Aparte de tales cuestiones que nos parecen muy importantes para la lucha revolucionaria por la liberación concretamente en nuestros países, que seguirá teniendo un contenido antiimperialista, de tiempo atrás estamos prestando especial atención a los cambios del proceso de trabajo y de la composición de la fuerza laboral, así como a la necesidad de entender que, en el internacionalizado mundo de nuestros días, la unidad de nuestros pueblos y su acercamiento a las naciones atrasadas y dominadas por el imperialismo, de América, Asia y África, será una importante condición para poder avanzar.

Hemos acordado también empezar a examinar la situación de países hermanos, sobre todo de aquellos en que se están produciendo nuevos cambios, debido al empuje de importantes movimientos sociales; y con múltiples organizaciones y personas latinoamericanistas proyectamos continuar nuestra contribución a la integración, el desarrollo y la liberación de América Latina y el Caribe, mediante la consideración de tales cuestiones, con objeto de comprender mejor y actuar sobre sus interrelaciones, y hacer propuestas que ayuden a movilizar y organizar a las fuerzas heterogéneas capaces de hacer realmente progresar a nuestra América.

## Capítulo 5.

### Fuentes de valiosas enseñanzas

*Algunos intelectuales suelen dar la impresión de que sus conocimientos son fruto exclusivo de su esfuerzo individual. ¿Qué piensa usted al respecto?*

No comparto esa opinión porque estoy convencido de que el conocimiento no es un proceso meramente individual sino social, o en otras palabras, si bien lo que uno sabe o cree que sabe reclama un esfuerzo propio, mucho de ello se aprende de los demás. En mi caso podría decir que yo recogí valiosas enseñanzas de mis padres, de mi esposa y mis hijos, de ciertos maestros, de compañeros, de estudiantes, de autores a quienes leí, de otras personas e incluso de gentes sencillas del pueblo, que conocían bien concretamente sus problemas.

*¿Podría mencionar algo de lo que aprendió de sus padres?*

Mis padres, debo decir, no eran dados a sermonear, y al recordarlos pienso más en lo que hacían que en lo que decían. De ellos aprendí, o al menos trataron de enseñarnos la importancia de vivir con alegría y dignidad, con una disciplina no impuesta por otros sino elegida por uno mismo; de ser tolerantes y respetar a los demás, de hacer las cosas cuando deben hacerse y no dejarlas para después, de disfrutar lo que se hace y no verlo como una carga, o, a la inversa, como algo que merece un premio; de decir lo que se piensa, de ser puntual en las citas con otros y en general en el cumplimiento de compromisos. En fin, de no aislarse y saber trabajar con los demás; de no dejarse vencer ante las dificultades y, cuando se sufre un tropiezo o una derrota, no melodramatizar ni caer en el derrotismo, sino responder a tales situaciones con optimismo, confianza, decisión y aun sentido del humor.

*Señaló usted que otra de las personas de quien recogió importantes enseñanzas es su esposa. ¿Podría decir en qué consistieron?*

Desde luego; pero antes comentaré que mi esposa no tuvo una educación universitaria. Solamente cursó el bachillerato, y de la vida misma fue aprendiendo otras cosas. Por ejemplo siempre ha tenido interés en la pintura, la música, tanto clásica como popular, el ballet, y otras expresiones del arte. Y en esos campos ha llegado a saber más que muchos universitarios. A la vez siempre ha tenido respeto e interés en las luchas populares y los procesos revolucionarios, por lo que simpatizó con la revolución de octubre en Rusia, con la República Democrática Alemana, con la lucha antifascista y desde luego con la revolución guatemalteca, la cubana, la sandinista y el régimen progresista que encabezó Salvador Allende en Chile, lo que sin duda contribuyó a que nuestra relación fuera más fácil, y nuestras bases de acuerdo más amplias y sólidas.

Las principales enseñanzas que yo recogí de mi esposa fueron, sin embargo, en la vida cotidiana. Por ejemplo, de ella aprendí a prestar mayor atención a nuestros hijos, y a hacer una vida familiar más colectiva y rica.

De ella aprendí también a hacer un mejor y más racional uso de los casi siempre pequeños recursos financieros de que disponíamos, y gracias a su orden puedo decir que aun cuando nunca gané mucho dinero en mi actividad profesional, lo que ingresaba fue suficiente para vivir con dignidad y aun con holgura, e incluso para poder ahorrar; y cuando, por una u otra razón nos endeudamos, pudimos pagar puntualmente lo que se debía.

Algo más importante; Stella siempre ha sido práctica y más capaz que yo para enfrentarse a los pequeños, pero no fáciles problemas de todos los días; ha sabido llevar la casa con eficiencia, y cuando tuve problemas más o menos serios, siempre conté con su comprensión, apoyo y solidaridad, lo que sin duda me ayudó a salir adelante. Lo que también me parece importante es que cuando nos sobró algo de dinero y proyectamos vacaciones, ella se encargó de que tuviéramos los recursos necesarios, y cuando yo le propuse ayudar de alguna forma a amigos, compañeros o algún familiar que lo necesitaban más que nosotros, o apoyar algún esfuerzo popular, Stella siempre estuvo dispuesta a hacerlo y no pocas veces incluso de ella fue la iniciativa.

*¿Y qué enseñanzas recogió de sus hijos?*

Al respecto quisiera, en primer lugar, decir que Stella y yo no fuimos dados a aconsejar continuamente a nuestros hijos, como si sólo nosotros supiéramos lo que debían hacer. Yo, en particular, solía comentar con ellos que un consejo que consideraba importante es que no hicieran de sí mismos y de sus pequeños problemas el centro de su vida, —porque ello la empobrecería— sino que se interesaran en los demás, y en cómo ayudar para que las cosas fueran mejores, sobre todo para la mayoría del pueblo en nuestro propio país.

Pues bien, una enseñanza de la relación con mis hijos ha consistido en el respeto mutuo entre nosotros, y en particular de ellos a sus padres, que contribuyó a que nos entendiéramos mejor.

Otra, de diferente naturaleza, ha sido que, siendo distintos una y el otro en su manera de ser y de pensar, ambos son responsables en su trabajo, tienen iniciativa, son generosos, hacen lo que creen mejor, y no dependen de nosotros. Podría incluso decir que a menudo dan la impresión de no estar de acuerdo con nosotros, y a la vez, sin embargo, pensando cada quien a su manera y conforme a su propia personalidad, siento que lo hacen bien y con independencia. Y esto solo es una enseñanza, porque esa independencia ellos la han conquistado y hecho valer.

En cuanto a familiares cercanos podría añadir que también aprendí de mis hermanos y hermanas.

*¿Recuerda a algunos profesores de quienes haya obtenido valiosos conocimientos en la escuela primaria, en la secundaria y la preparatoria?*

Sí. De la primaria recuerdo a Carmen Sánchez y Rosalío Moreno, con quienes estudié en Ciudad Obregón, del tercero al sexto año de primaria, y podría mencionar además a don Fernando Dvorak, pues aunque él no fue nuestro profesor sino el fundador y director de la escuela que llevaba su nombre, seguramente participó, en el diseño de métodos de enseñanza, que trataban de enseñar a pensar más que a memorizar todo lo que el profesor decía.

En la secundaria conocí y estimé a don Alberto Gutiérrez, Director de la Escuela Secundaria y Normal del Estado cuando yo estudié, y un maestro siempre cordial y respetuoso. El no era de Sonora, pero con el tiempo se convirtió en sonorensé y figura central de una estimable familia, a cuyos miembros también conocí y traté, sobre todo a Jorge y José, y en menor medida a Santos.

En la Preparatoria, como casi todos los profesores de la Universidad Autónoma de Guadalajara eran muy conservadores, para muchachos inquietos y deseosos de conocer las nuevas ideas no era fácil acercarse a ellos. Podría, sin embargo, mencionar al profesor Robles León, de Literatura, porque él logró interesarnos en los autores clásicos españoles, en mexicanos de esa época, como Juan Ruiz de Alarcón, e incluso en algunos aspectos de nuestra literatura de los siglos XIX y XX.

*¿Y su impresión de los profesores de la Universidad de México, ya en la licenciatura?*

Desde luego yo tuve allí algunos buenos profesores; pero más que maestros de tiempo completo eran catedráticos que conocían bien la materia que impartían, y que en general no se relacionaban estrechamente con sus estudiantes; al menos esa fue mi experiencia. Aun así, entre otros profesores recuerdo a Antonio Martínez Baez, Antonio Carrillo Flores, Roberto Cossío y Cosío, Emilio Pardo Azpe, Luis Recasens Siches, Mario de la Cueva, Joaquín Rodríguez y Rodríguez, Raúl Cervantes Ahumada, algunos de los cuales eran muy buenos maestros y de quienes podía aprenderse lo que cada uno enseñaba.

*Después de hacer la licenciatura estuvo usted en Estados Unidos, haciendo estudios de postgrado. ¿Qué fue, en esta etapa, aquello de lo que más aprendió?*

Los cursos de Economía que hice en Nueva York eran interesantes, sobre todo porque representaron para mí el inicio del estudio sistemático de la teoría, la historia y la realidad económicas, en los que a partir de entonces trabajaría más de cincuenta años. Con frecuencia, sin embargo uno sentía que faltaba algo en ellos, acaso porque solían ser muy especializados y a veces también tecnocráticos. Las bibliotecas, en cambio, eran excelentes, y yo acostumbraba pasar diariamente varias horas en ellas; había además buenos periódicos y revistas. Yo leía el *New York Times* de los domingos y me gustaba. En cuanto a revistas, entre otras recuerdo *Science and Society*, *The Nation*, *The New Republic*, *Political Affairs*, *New Masses*, *Masses and Mainstream*, todas ellas, así como las inglesas *Labour Monthly* y *The Modern Quarterly*, muy útiles.

Al regresar a México, en 1946, mi vida cambió. Profesionalmente trabajé, de entonces al año 1952, en el Departamento de Estudios Financieros de la Nacional Financiera.

*Y, ¿qué enseñanzas recogió usted?*

Podría decir que a partir de entonces me dediqué, de lleno, a estudiar economía, y por entonces, especialmente ciertos aspectos de la banca, el mercado de valores, la actividad financiera y el proceso de desarrollo. Y el trabajar muy cerca de Raúl Ortiz Mena, sin duda un buen economista, me ayudó a familiarizarme con múltiples cuestiones. También me sirvió el contacto con Manuel Bravo, con don Gonzalo Robles y Emilio Alanís Patiño, investigadores en el Banco de México y con otros economistas como don Jesús Silva Herzog, Fernando Carmona, Fernando Paz y más tarde Arturo Guillén, así como varios economistas de otros países. Por entonces, además, me reunía con frecuencia con el licenciado Antonio Martínez Baez, cuando él presidió la Comisión Nacional de Valores, y con Ricardo Torres Gaytán, Horacio Berbera y Práxedes Reyna Hermosillo, que trabajaban en la Nacional Financiera.

### **Narciso Bassols y otras personas**

*Aparte de su trabajo propiamente profesional, ¿tuvo usted por entonces otras relaciones que le dejaran valiosas enseñanzas?*

Sí, la más importante de ellas fue la estrecha amistad de muchos años con el maestro Narciso Bassols, a quien traté muy de cerca entre abril de 1946 y julio de 1959, cuando falleció en un accidente.

Yo conocía superficialmente a Bassols desde hacía varios años, y cuando regresé de Estados Unidos, un día me habló por teléfono y dijo que, acabando yo de regresar, me invitaba a charlar sobre la situación de ese país y otras

cuestiones, y a partir de entonces empezamos a reunirnos cada dos o tres semanas, y de 1949-50 en adelante, una o dos veces por semana. De manera que no exagero al decir que en los trece años en que traté muy de cerca a Bassols, probablemente conversamos más de 500 ocasiones, que en cuanto a enseñanzas fueron para mí más importantes que la Universidad.

El licenciado Antonio Carrillo Flores solía decir que la persona más inteligente que él había conocido era Bassols. Y en verdad tenía un talento excepcional. Además, era una persona con una amplísima cultura, ejemplarmente honesta, muy disciplinada, exigente con los demás y sobre todo consigo mismo, muy ordenada en su trabajo, y cuyas opiniones eran siempre muy bien meditadas, y que aun las cosas más sencillas las atendía con especial cuidado. Tenía a la vez alegría de vivir y sentido del humor, y disfrutaba grandemente caminar o recorrer un lugar, tanto de aquellos que visitaba por primera vez, como otros que conocía bien y a los que le gustaba volver. Le agradaba bromear y sabía, como pocos, reír.

*¿Recuerda algunas de las cuestiones sobre las que conversaba con Bassols, y sobre todo aquellas de las que recogió mayores enseñanzas?*

Mencionaré algunos de los temas que estaban a menudo presentes en nuestras conversaciones, y desde aquí diré que, en todas ellas sentí que algo útil aprendía.

- Pasajes de la Historia de México, sobre todo de la época de la lucha por la Independencia, la Reforma Liberal y la Revolución Mexicana.
- Pensamiento de los liberales de tiempos de Juárez, y en particular de Miguel y Sebastián Lerdo de Tejada, con quienes el maestro Bassols estaba emparentado, y cuya obra conocía muy a fondo.
- Vida y obra de José Martí, a quien Bassols admiraba.
- La vida social y política de México bajo el porfiriato.
- Aspectos de la obra de Luis Cabrera; sobre todo hasta su gestión como Secretario de Hacienda.
- El gobierno de Obregón y el «maximato» de Calles.
- Reconstrucción de la economía mexicana, a partir de los años veinte.
- Obra de Lázaro Cárdenas como presidente de la República, y de su gobierno.
- El problema de la educación y su estado en diversas épocas.
- Lucha revolucionaria en México y examen de las condiciones más importantes para avanzar en ella.
- El arte en México, y las posiciones de los principales artistas plásticos.
- Papel de las organizaciones de izquierda: el Partido Comunista, el Partido Obrero-Campesino, el Partido Popular y Popular Socialista.
- El partido oficial (PRI) y el PAN.
- Crecimiento anárquico de la capital de la República y en general del país.
- Numerosos materiales sobre la situación económica y política de Estados Unidos.

- Comentarios de algunos artículos del *The New York Times*, de *Monthly Review*, *Political Affairs*, *La Nouvelle Critique* y otras publicaciones.
- Posibilidades de publicar un diario o al menos una revista de izquierda en México;
- Movimiento por la paz, y forma de impulsarlo.
- Desarrollo desigual del capitalismo en nuestro país.
- Corrupción, especialmente bajo el alemanismo.
- Contrarreforma alemanista del artículo 27 constitucional.
- Abandono de la reforma agraria y nuevas formas de concentración de la tierra en nuestro país.
- Dramática desigualdad social y extremos de riqueza y pobreza.
- Principales manifestaciones del imperialismo en América Latina.
- El problema de la democracia y la lucha por nuestra plena independencia.
- Aspectos y problemas de la industria del petróleo y la petroquímica mexicana.
- Inversión extranjera y subdesarrollo.
- El «charrismo» y la necesidad de un movimiento obrero independiente.
- Obras de Marx, Engels, Lenin, Rosa Luxemburgo y otros pensadores revolucionarios.
- Autores europeos como Stendhal, Romain Rolland, Bernard Shaw, Máximo Gorki y otros.
- Carácter y perspectivas de la revolución cubana.
- Experiencia de las revoluciones de la URSS y China, y perspectiva del socialismo.
- Las dictaduras en América Latina; la subordinación al imperialismo y la lucha por nuestra liberación.
- El problema de la unidad de las fuerzas progresistas.
- Necesidad de elevar los niveles de organización, para impulsar el desarrollo nacional.

Como ya dije, cuando se conversaba con el maestro Bassols sobre cualquier tema se aprendía, y eso era así porque, en general, no improvisaba. Recuerdo que cuando se le pedía una opinión sobre algún asunto incluso de aquellos que él conocía, pero sobre el que no estaba trabajando, a menudo solicitaba unos días, porque hacía tiempo que no se ocupaba de tal cuestión, y cuando lo hacía, se sorprendía uno de la precisión y el rigor con que la abordaba.

Con frecuencia, también, sorprendía el orden con que trabajaba. En una ocasión me invitó a una reunión de varios de los principales dirigentes del Partido Popular, y al recordarle que yo no era miembro de dicho partido, comentó que lo sabía y que las personas con quien se reuniría estaban de acuerdo en que yo asistiera. Pues bien, lo acompañé, y a los pocos minutos de haber llegado preguntó a dichas personas si darían lectura al texto que habían preparado. Una de ellas, y después otra, se excusaron por no haber cumplido con el encargo, y Bassols sólo les dijo: bueno, entonces no les quitaremos el

tiempo el compañero Aguilar y yo, porque ustedes tendrán que trabajar buena parte de esta noche, así es que nos vamos. Sólo les pido me digan si les parece bien que nos juntemos mañana para examinar el documento pendiente.

Quienes nos reuníamos a menudo con él, sabíamos además que las juntas no eran en general muy prologadas, en buena parte porque si no había claridad acerca de lo que se debatía o proyectaba hacer, él proponía que mejor se organizara otra reunión.

Bassols era, pues, siempre muy preciso, enemigo de la palabrería y muy lógico; y pese a ser muy buen expositor, sus intervenciones y sobre todo sus propuestas eran concisas y casi siempre breves.

Cuando redactaba un texto o revisaba lo que otro había escrito, lo hacía con excepcional cuidado. Varias veces me sorprendió que incluso estando ya en la imprenta algún material que habíamos leído y releído, me invitaba a revisarlo una última vez, porque siempre podía escaparse una errata, una palabra menos adecuada que otra, o faltar un acento o una coma.

El licenciado Bassols tenía fama de ser difícil, y de que tendía a imponer sus posiciones. Desde luego era estricto y bastante exigente, y sobre todo autocrítico y crítico de lo que no se hacía bien, y no era fácil convencerlo; pero en los muchos años que lo traté, pude comprobar que también era muy respetuoso. Recuerdo una ocasión en que estuve con él en su casa examinando alguna cuestión durante varias horas, y un rato después de que lo había dejado, me llamó por teléfono y me dijo: me quedé preocupado, sentí que no estaba usted plenamente convencido con lo que en principio acordamos, y si me invita un café voy enseguida a su casa para que sigamos conversando. Yo sabía que al maestro no le gustaba trabajar tarde, y no obstante, en esa ocasión se quedó hasta muy cerca de la media noche.

A propósito de lo mucho que podía aprenderse de Bassols, recuerdo los múltiples recorridos que hice con él, porque en ellos se conversaba largamente. Con él fui a Chihuahua, en donde visitamos varios interesantes lugares como Delicias y Creel; al Bajo Bravo y el valle de Matamoros, pasando por Querétaro, San Luis Potosí, el Mante, Tampico y otras ciudades. Fuimos también a Veracruz, a Puebla, Morelos, Hidalgo, Guerrero, Aguas-



Narciso Bassols, en 1958.

calientes, Jalisco, Michoacán, Zacatecas, Guanajuato y otras entidades. Juntos visitamos varios hermosos poblados del Estado de México; y alguna vez comentó: probablemente usted no estima mi Estado porque no lo conoce bien. Con él visité, entre otros sitios, Tenango, Ixtapan de la Sal, Valle de Bravo y Avándaro, y de ahí hacia el sistema eléctrico de Ixtapantango y la tierra caliente de Michoacán; Villa Victoria, Calixtlahuaca, el Nevado de Toluca y Temascaltepec. En cuanto a éste, Bassols me mostró un día el periódico *El Universal*, en el que se informaba que el gobernador en turno había inaugurado una nueva carretera, de Toluca a ese lugar. Me invitó a conocerla porque era una región muy bonita, y porque así podríamos comprobar si realmente había dicha carretera. Después de Toluca recorrimos unos cuantos kilómetros y la carretera se acabó. Entonces yo bajé del automóvil, caminé unos pasos y pregunté a un campesino por dónde iba la nueva carretera, y me dijo: aquí termina. Nos faltaban unos 40 kilómetros para llegar a Temascaltepec, y como el angosto camino de tierra parecía transitable, seguimos adelante, y después de dos y media a tres horas, llegamos finalmente a nuestro destino, tras comprobar que la nueva carretera recién inaugurada no existía.

A Bassols no le gustaba recordar asuntos en los que él había jugado un papel central, y cuando lo hacía, dejaba en cierto modo de lado su actuación personal. Por ejemplo, varias veces le pregunté acerca de su entrevista con el general Calles, cuando por encargo del general Cárdenas le propuso salir del país. Siempre me decía: un día de éstos le contaré lo que ocurrió, lo que por cierto nunca hizo.

Una ocasión, sin embargo, debe haber sido en 1957 o 58, el licenciado Plácido García Reynoso, funcionario del Banco de México y quien en 1935, o sea cuando esa entrevista tuvo lugar, era secretario particular de Bassols, me invitó a desayunar a su casa, diciéndome que estarían el maestro Bassols y varias de las personas que lo habían acompañado cuando fue a Cuernavaca a hablar con el general Calles. En el desayuno —un rico pozole guerrerense— estuvieron, en efecto, aparte de las personas ya mencionadas, Ricardo J. Zevada, don Jesús Silva Herzog y Víctor Manuel Villaseñor. Y no habiendo yo vivido la experiencia que ahí se recordó, agradecí mucho a García Reynoso y a Bassols su gentil invitación.

Pues bien, don Jesús Silva comentó con sentido del humor que, después de un rato de haber entrado Bassols a la casa del general Calles, quienes lo esperaban empezaron a temer que Calles no aceptara salir de México, y Bassols tampoco lo hiciera de la riesgosa entrevista.

El propio Silva Herzog, en la Introducción del libro en que el Fondo de Cultura Económica recogió una selección de escritos de Bassols, recuerda que éste dijo al salir de la entrevista:

«El general Calles está de acuerdo y saldrá del país. Vamos a informarle al Presidente.»

Llegamos a los Pinos por la entrada que había entonces por el bosque de Chapultepec. Eran alrededor de las 11 de la noche. Después de 40 ó 60 minutos de entrevista, vimos cómo el general Cárdenas salió a despedir a Bassols hasta muy cerca de donde estábamos nosotros. Bassols, que ya había presentado su renuncia, nos dijo: «El general Cárdenas me ha pedido que siga en la Secretaría de Hacienda. Yo me he negado a aceptar por lealtad al general Calles.»<sup>17</sup>

Y por cierto, a fin de que el licenciado Bassols volviera a ligarse al gobierno, el presidente Cárdenas lo invitó poco tiempo después a ser representante de México en la Liga de Naciones, más tarde ministro de México en Inglaterra, y posteriormente embajador en Francia, desde donde Bassols siguió de cerca la guerra civil en España y mantuvo una firme solidaridad con la causa republicana.

A través de Bassols, o en cierto modo gracias a mi amistad con él conocí a otras personas de quienes también recogí útiles enseñanzas. Entre otros podría mencionar a Víctor Manuel Villaseñor, a Ricardo J. Zevada, Manuel Mesa Andraca y Luis Padilla Nervo.

Recordaré brevemente el tipo de relación que tuve con ellos.

A Víctor Manuel Villaseñor lo conocí cuando participé en el periódico *Combate*; lo vi después en los años de la Segunda Guerra, gracias a su solidaridad con la Unión Soviética y con el antifascismo, y lo empecé a tratar hacia fines de esa década, cuando era dirigente del Partido Popular. En los años cincuenta y principios de los sesenta preparé varios estudios económicos, principalmente para la Constructora de Carros de Ferrocarril, de la que él era director general, y unos años antes, él nos ayudó encargándose de la sección internacional de la revista *Índice*, que editábamos Chicho Bassols y yo.

En los veintitantos años posteriores a la muerte del licenciado Bassols seguí viendo a Villaseñor con frecuencia, pues nuestra amistad se estrechó, y en sus últimos años de vida me reuní con él a menudo, en su casa o en la nuestra. La última vez lo vi en su departamento de Rodríguez Saro; almorzamos juntos, y después de cambiar impresiones sobre algunos problemas de México y el mundo, al hacer referencia a la revista *Estrategia*, esfuerzo que a él interesaba y veía con simpatía, lo invité a que pensara en la posibilidad de ayudarnos para mejorar el examen de la situación internacional, que él conocía bien y que siempre siguió de cerca. De momento, su respuesta fue que él ya no examinaba sistemáticamente lo que acontecía y que carecía de la información necesaria para un buen análisis; pero al decirle yo que estaba seguro que su colaboración sería muy útil para nosotros y también provechosa y estimulante para él, al despedirnos, comentó: hoy es miércoles; lo invitó a que nos reunamos de nuevo en una semana, y entonces le daré mi respuesta. Salí muy contento, y tres días después, el sábado muy temprano, me habló por teléfono su hija para comunicarme que su padre

---

<sup>17</sup> Narciso Bassols. *Obras*. Fondo de Cultura Económica. México, 1964. Introducción de Jesús Silva Herzog, p. XIII.

acababa de fallecer de un ataque al corazón. Pensé, entonces, que había muerto como él hubiera querido, rápidamente y sin una larga y penosa enfermedad.

Personas que no lo conocían de cerca, suponían a Villaseñor un hombre difícil, suficiente y de pocos amigos; y probablemente yo mismo tuve esa impresión en un principio. Pero cuando empecé a tratarlo me di cuenta que no era así. Con él se podía charlar largamente, discrepar y examinar múltiples problemas que le interesaban; y además, era serio en su trabajo, respetuoso y muy honesto. Su gestión al frente del consorcio industrial de Ciudad Sahagún -Carros de Ferrocarril, Dina y Sireña- fue singular y poco común, y cuando dirigió los Ferrocarriles se enfrentó a la corrupción reueltamente, y no hizo más porque le faltó apoyo del gobierno.

A Ricardo Zevada lo conocí en la segunda mitad de los años cuarenta, cuando dirigía el Banco del Ahorro Nacional; y lo empecé a tratar de cerca cuando, recién nombrado Director General del Banco Nacional de Comercio Exterior, me invitó a colaborar con él, como funcionario.

En los siguientes tres años y medio de hecho lo vi todos los días, así fuera, a veces, sólo unos minutos. Con frecuencia almorzábamos juntos, en ocasiones en el banco, y más a menudo en algún restaurante del centro, con otros amigos, entre los que a menudo estaban Ernesto Madero, Emilio Mújica, Marino Carrera, Manuel Mesa, José Zapata Vela, Narciso Bassols Batalla y otros.

Al dejar yo el banco, a mediados de 1956, durante varias semanas casi no nos vimos; pero poco tiempo después empezamos de nuevo a reunirnos, y varias veces comimos juntos o nos invitaba a Stella y a mí a acompañarlo a Anganguero, adonde le gustaba ir con frecuencia.

Cuando años más tarde creó el Fondo que después llevaría su nombre, para apoyar ciertos estudios, de momento pensó en invitarme a que yo quedara como miembro de la Dirección del mismo; pero una de las veces que nos vimos y charlamos sobre dicho fondo, comentó que había pensado que era mejor que otra persona -Ofelia Alfaro- quedara en tal posición, porque así podría yo solicitar ayuda para estudios nuestros o de otros investigadores que examinaran problemas económicos y políticos del país que debían conocerse mejor, puesto que para ello se había creado ese fondo.

Cuando, en los años setenta contrajo el licenciado Zevada su segundo matrimonio, ahora con Guillermina de la Lama, Stella y yo hicimos un viaje con ellos a la Unión Soviética, del que también fueron parte Carlos Zapata Vela y su esposa, que resultó muy interesante. Y en Moscú encontramos a nuestro común amigo Marino Carrera, y vimos un par de ocasiones a Víctor Flores Olea, quien por entonces era embajador de México en la URSS.

Tiempo después nos encontramos don Ricardo y yo a menudo, la última vez en la Sala Ponce del Palacio de Bellas Artes, en ocasión de un acto de solidaridad con la República Democrática Alemana en el que yo participé. De ahí fuimos a la casa de Marta Tamayo, quien nos había invitado, y re-

cuerto que el licenciado Zevada me preguntó cómo iba la revista *Estrategia*. Le respondí que aun cuando trabajábamos con recursos financieros muy escasos, llevábamos ya cinco años publicándola, y esperábamos poder sostenerla algún tiempo más.

Entonces él comentó que saldría esos días a Houston porque andaba mal de salud, y que a su regreso me invitaría a charlar, a fin de ver qué podía hacerse para apoyar la revista. Zevada fue operado, y no obstante que según quienes estaban cerca de él salió muy bien, unos días después sufrió una complicación y falleció.

El licenciado Zevada era ordenado, tenía iniciativa, y trató de hacer en el Banco cosas nuevas que no resultaron fáciles. Entre otras impulsó algunas actividades que antes no se habían apoyado; intentó, por cierto sin éxito, promover el comercio con algunos países europeos incluyendo a la URSS, y además, logró que varios prominentes alemanistas que debían al Banco y no querían pagar, lo hicieran. Zevada tenía experiencia bancaria y era un buen abogado, por lo que trabajando cerca de él se podía aprender bastante. Él acostumbraba llegar al Banco temprano, y quedarse habitualmente hasta eso de las ocho de la noche. Con frecuencia, después de almorzar en el Banco o en un sitio cercano, al regreso a su oficina buscaba a algún funcionario, y varias veces le oí comentar, sorprendido, que no estaba nadie. Lo que era explicable pues apenas eran las tres o tres y media de la tarde.

Al margen del trabajo en el Banco, el licenciado Zevada siempre se interesó en aspectos de la historia y la vida de México, y aparte de ser un buen lector, en sus últimos años encontró tiempo para escribir sobre la difícil situación agraria del país y los problemas de la agricultura ejidal –investigación que no se publicó– y para trabajar en dos libros: *La lucha por la libertad en el Congreso Constituyente de 1857*, y *Calles el presidente*, publicado años después.

A Manuel Mesa lo conocí también en los años cuarenta, y colaboró con nosotros tanto en la revista *Índice* como en el Círculo de Estudios Mexicanos, el Movimiento de Liberación Nacional, la lucha por la paz y en *Estrategia*. En los años sesenta lo encontré en la UNAM, y a menudo charlamos de asuntos que nos interesaban.

Yo aprecié sus estudios sobre el campo y la agricultura, y en varias ocasiones pude comprobar que conocía muy bien ciertas regiones del país. Nuestra amistad fue siempre buena y cordial, hasta que, estando yo al frente del Movimiento Mexicano por la Paz, en 1964, sentí que no había él simpatizado con una propuesta mía, que había sido aprobada por amplia mayoría, consistente en que, en vez de que a las reuniones internacionales por la paz fuéramos quienes ya lo habíamos hecho una y aún varias ocasiones, lo hicieran compañeros y compañeras, de preferencia jóvenes, que no hubieran tenido esa oportunidad. La propuesta fue bien acogida, y desde el siguiente viaje la pusimos en práctica, lo que sin duda fue un estímulo para

algunos jóvenes, pero Manuel Mesa, Xavier Guerrero, Arturo Orona y otras personas no la apoyaron, e incluso empezaron a alejarse, lo que afectó nuestra amistad.

Don Luis Padilla Nervo fue, por algunos años, representante de México en las Naciones Unidas. Él también fue una persona de quien aprendí, sobre todo al colaborar con él durante tres meses, como miembro de la delegación de México a la V Asamblea General de la ONU, en 1950. Padilla Nervo era un diplomático muy profesional, cauteloso, objetivo, conocedor, y estimado por numerosas personas. Como principal responsable del trabajo de la delegación mexicana, se interesaba en saber lo que uno hacía; y siempre procedía de manera respetuosa. En una ocasión me preguntó por Bassols, a quien recordó con respeto. Y otra vez, al comunicarse el Secretario de Relaciones Manuel Tello con él, y decirle que se tuviera cuidado al hacer referencia a España, porque el presidente Alemán tenía interés en vender garbanzo mexicano a ese país, por entonces franquista, don Luis comentó: «espero que no se abandone la digna posición de México hacia España, por un plato de garbanzo.»

En el ajetreo diario de la Asamblea no habría sido fácil coincidir con don Luis, y poder charlar; pero dos cosas que permitieron hacerlo fueron que entonces la ONU se reunía en Lake Success, digamos a una hora de la ciudad de Nueva York, y todos los días los miembros de la delegación mexicana hacíamos juntos ese recorrido de ida y regreso; y por otra parte, casi diariamente, también almorzábamos juntos, al menos quienes teníamos menos compromisos, lo que nos permitía conversar.

Don Jesús Silva Herzog, quien también colaboró con el licenciado Bassols, pero al que no conocí por su conducto, fue otra persona de quien recogí enseñanzas. Yo lo conocí cuando fue director de Estudios Financieros en Hacienda, aunque empecé a tratarlo años más tarde.

En un principio y aun tiempo después tuve la impresión de que no simpatizaba con nuestras opiniones, que además no compartía. Pero años más tarde, al encontrarnos con frecuencia en la Escuela Nacional de Economía, a la que él había vuelto como director, advertí que no obstante ciertas discrepancias, en no pocas cuestiones importantes había entre nosotros bastante acuerdo.

Cuando, a invitación suya escribí *El Panamericanismo*, libro que publicó la editorial Cuadernos Americanos, empezamos a vernos con frecuencia, lo que hicimos años después a menudo Arnaldo Orfila, Luis Cardoza y Aragón, y yo, con nuestras esposas, y una de las últimas veces que nos reunimos en su casa, en verdad nos impresionó oírlo recordar la forma en que, estando en San Luis Potosí, se había sumado a la Revolución Mexicana. Sus palabras dichas con voz, como él mismo solía decir, de «senador romano», fueron precisas, coherentes, claras y emotivas.

Yo lo buscaba e menudo en su oficina de Cuadernos, y varias veces fui a charlar con él. Recuerdo que una ocasión, al preguntarle por su trabajo,

me contó lo que hacía, y añadió: si vivo unos tres años más, proyecto hacer otras cosas, escribir sobre temas que considero importantes, y que estoy estudiando. Me llamó la atención su entusiasmo, su interés en múltiples cuestiones y su posición abiertamente crítica de todo aquello que, según sus palabras, andaba muy mal en nuestro país.

Gracias en cierto modo a la amistad con Bassols, también conocí a Roberto López, a Andrés Iduarte, Valentín Campa, Ernesto Madero y otras personas. Con Iduarte me reuní varias veces estando en Nueva York, y como era profesor en la Universidad de Columbia, en ocasiones almorzamos juntos allí, y otras veces fuimos a oír jazz y tomar unas copas de vino en un agradable lugar en la parte baja de Manhattan, o a hablar de problemas latinoamericanos con uno o dos amigos de países hermanos.

Al recordar a Andrés Iduarte me viene a la memoria una simpática anécdota.

Cuando en 1947, el presidente Miguel Alemán hizo su primer viaje a Estados Unidos, la prensa dio cuenta de que, en Nueva York se había reunido varias veces con Andrés Iduarte, a quien conocía desde que eran estudiantes universitarios.

Pues bien, siendo Iduarte tabasqueño, se contaba que algún paisano suyo decía que Alemán lo había buscado porque tenía prestigio y ejercía tanta influencia en la Universidad de Columbia, que en el exterior del edificio de la biblioteca principal, gracias a Iduarte, todos los nombres –Sócrates, Platón, Sófocles, Aristóteles y otros– que daban a la parte central de la Universidad, eran tabasqueños.

### General Lázaro Cárdenas

En los años sesenta y aun varios años después, como lo comenté en un capítulo anterior, también fueron fuente de importantes enseñanzas la relación con el general Cárdenas, el trabajo del Movimiento de Liberación Nacional y el contacto con la gente, la relación con la Revolución Cubana y con varios de sus dirigentes, con amigos latinoamericanos de otros países, el trabajo



Primera edición de *El Panamericanismo*.

con algunos intelectuales del grupo de Monthly Review, y con Charlie Small y otros norteamericanos perseguidos por el macartismo.

Empezaré recordando a don Lázaro Cárdenas, a quien vi con frecuencia, sobre todo entre 1960 y 1965.

Después de la Conferencia Latinoamericana de mayo de 1961 me reuní con el general a menudo, unas veces en su casa en la calle de Andes de la ciudad de México, otras veces porque lo visité en Uruapan, y otras más porque varias personas hicimos algún recorrido con él.

En su casa lo vi varias veces en la biblioteca, en dos o tres ocasiones me invitó —como solía él decir— «a comer unas quesadillas», y en otras reuniones —por cierto muy pocas— coincidí con otras personas. Varias veces saludé a doña Amalia Solórzano, su esposa, siempre atenta y cordial.

En Uruapan me reuní con él en diversas ocasiones, que eran en verdad muy interesantes y útiles porque se podía conversar largas horas, oírlo en calma, ver algunas de las obras en que trabajaba, y saber lo que pensaba sobre ciertos problemas.

Personas que no lo conocían, probablemente tenían la impresión de que el general Cárdenas era un político que hablaba poco y no era un buen conversador, un hombre radical, conflictivo y anticlerical, a quien poco interesaban las cuestiones propiamente culturales, e incluso un expresidente de la República similar a otros que habían sido impuestos antidemocráticamente, por el primer mandatario en turno. Quienes tuvimos, en cambio, el privilegio de conocerlo, pudimos comprobar que don Lázaro era, en más de un aspecto, un mexicano muy valioso y aun excepcional, un buen lector que se interesaba en múltiples cosas de México, América Latina, Estados Unidos, África, China y el mundo en su conjunto. Sus opiniones eran objetivas, claras y a la vez profundas. Impresionaba su conocimiento de la política y en general de la realidad. Por sus declaraciones públicas podía uno pensar que era muy cauteloso, pero oyéndolo opinar en privado, sus posiciones eran muy claras, precisas y no dejaban lugar a dudas. Sabía escuchar como pocos, y a la vez le gustaba conversar. Era muy respetuoso con los demás, en particular con la gente más sencilla. Tenía una memoria nada común, y viajando con él, uno se sorprendía de que reconociera a tanta gente, mucha de ella muy modesta, y a la que trataba con respeto y aun en forma delicada.

Le interesaban diversos aspectos de la cultura, empezando por aquellos ligados a la vida cotidiana, y lejos de ser anticlerical, respetaba a quienes profesaban cualquier religión.

Cuando dirigía la Comisión del Balsas, contó que en una ocasión había buscado sin éxito al sacerdote de un pequeño poblado, con quien quería aclarar algún asunto. Varias veces fue a la iglesia en su búsqueda, y un día habló con el sacristán, quien le dijo que al padre podría verlo al terminar la misa. Volvió otro día, cuando éste oficiaba una misa, y se sentó paciente-mente a esperarlo. Esa vez pudo hablar con él, y sorprendido de que se

usaran en la misa tantas expresiones en latín, el general comentó si no sería mejor traducirlas al español. En seguida hizo la aclaración que le interesaba, y a partir de entonces mantuvo con el sacerdote una buena relación.

El general Cárdenas prestaba a menudo atención a cuestiones muy concretas, sobre todo cuando se ligaban a la defensa de los derechos humanos. Recuerdo que una vez que lo vi en Uruapan, comenté con preocupación que temíamos que el compañero Genaro Vázquez, de Guerrero, que se había acercado al MLN, y a quien gente del gobierno hacía graves e infundados cargos, estuviera en peligro de ser víctima de acciones represivas; el general sólo dijo que dicha persona estaba ya en Michoacán, y que mientras ello fuera así nada le pasaría. Tiempo después, Genaro Vázquez murió en un extraño accidente, en viaje hacia Guerrero.

Algo que siempre me impresionó del general Cárdenas fue que, cuando campesinos, obreros u otros trabajadores se acercaban a él y hablaban de sus problemas, lejos de melodramatizar, el general sólo repetía: ¡organícense! ¡organícense!, mientras no lo hagan no podrán resolver ni esos ni otros problemas.

En una ocasión estuvo en México el economista norteamericano Paul Sweezy, quien me preguntó si podría yo ayudarlo para entrevistar al general Cárdenas. Le dije que con gusto lo intentaría, pero que el general venía poco a la ciudad, y casi siempre de paso.

Al día siguiente lo busqué, y afortunadamente estaba en la capital. Y al recordarle que Sweezy era coeditor de *Monthly Review* y que proyectaba recoger en ella la entrevista, aceptó verlo, y me pidió que fuera yo con él.

Por tal razón los acompañé, y recuerdo la profunda impresión de Sweezy, cuando al preguntar al general cuál era a su juicio el principal problema de México, Cárdenas sólo respondió: «los Estados Unidos». Y en seguida, también en muy pocas y precisas palabras, explicó por qué pensaba así, y se refirió al imperialismo.

Otra vez, regresando de un viaje al noroeste, el general me llamó y dijo que, recordando que yo era sonorenses, había pensado que podía interesarme saber lo que él había visto en mi tierra. Le agradecí su atención, y unos días después nos reunimos. Entonces comentó que venía indignado, sobre todo al comprobar que en particular los pueblos yaquis, a los que bajo su gobierno se había tratado de ayudar con tierra y aguas que les eran necesarias, se les había despojado de una y otras, y lo que ahora les ofrecía demagógicamente el gobierno eran miles de hectáreas pedregosas y secas, inservibles para fines agrícolas. Y añadió: se trata, en realidad, de una verdadera contrarreforma agraria.

Quienes creen que el gobierno de Cárdenas fue, como los del PRI, antidemocrático y defensor del viejo orden de cosas, y que el general había llegado a la presidencia de la República porque lo apoyó el mandatario saliente, se equivocan del todo. Lejos de ser el general Cárdenas defensor de ese viejo e injusto orden de cosas, los cambios que llevó a cabo fueron de

los más profundos e importantes de nuestra historia; su ruptura con el maxismo callista fue radical; y por eso, varios de los más prominentes generales callistas no simpatizaban con Cárdenas. Éste toleró aun las más agresivas, insidiosas e infundadas críticas –a menudo realmente calumnias– de los conservadores. Como nadie antes, empezó a cumplir con las promesas que la Revolución había empeñado al pueblo, acabó con el anticlericalismo liberal de los años veinte, y se enfrentó con decisión a poderosos intereses extranjeros.

Dos cuestiones cuya profunda comprensión le permitieron al general Cárdenas entender lo que ocurría eran, según poco a poco pude darme cuenta, su conocimiento de la historia y la realidad de México, y su convicción de que nuestros más graves problemas no eran coyunturales, sino situaciones que obedecían a un desigual e injusto sistema social como el capitalismo y a la dependencia del imperialismo.

### **Movimiento de Liberación Nacional**

Una también importante fuente de enseñanzas en los años sesenta fue para mí el Movimiento de Liberación Nacional. Al menos una vez por semana nos reuníamos en la Comisión Ejecutiva del Comité Nacional, y las sesiones de ese cuerpo de dirección eran a menudo muy interesantes y útiles, porque en ellas se debatían y acordaban asuntos fundamentales para el Movimiento. Varios compañeros y yo, además, teníamos contacto diario con personas afiliadas al MLN, que se acercaban por diversos motivos. Y, sobre todo, los viajes a diferentes lugares del país eran estimulantes, y siempre aprendíamos en ellos.

En esos viajes, que de preferencia hacíamos los fines de semana, salvo que fueran a lugares lejanos para los cuales se requería más tiempo, nos reuníamos con campesinos y pequeños productores rurales, obreros, maestros, profesionistas, comerciantes, hombres y mujeres, y desde luego, con dirigentes políticos locales o regionales. Y aparte de examinar problemas, limitaciones y fallas de nuestro trabajo, oíamos y cambiábamos impresiones con quienes daban cuenta de sus propios problemas, demandas y aspiraciones.

Entre las múltiples cuestiones que se planteaban en esas reuniones, podría mencionar las siguientes. Los campesinos, por ejemplo, se quejaban de que su tenencia de tierra era precaria e irregular, de los bajos precios que se les pagaban, de abusos de los intermediarios, falta de crédito, excesiva burocracia, y de otros problemas.

Algunos obreros, los más concientes, señalaban a menudo que sus sindicatos no eran democráticos ni representativos, que sus salarios eran muy reducidos y que sus derechos se reconocían con frecuencia verbalmente, pero en la práctica eran violados.

Numerosos maestros, con los que teníamos relaciones, nos decían que debido a la escasez de plazas sus cargas eran pesadas, que faltaban escuelas y que muchas, sobre todo en pequeños poblados, eran del todo inadecuadas.

Ciertos intelectuales comentaban que si bien se hablaba mucho de democracia e independencia, en realidad se carecía de ambas. Y muchas personas, que en el fondo deseaban organizarse o al menos hacer algo, con frecuencia daban a la vez la impresión de que no sabían qué ni cómo. Pero lo que también comprobamos es que la gente conocía sus problemas mejor que nosotros. Por eso aprendimos a oírlos con atención, y pronto nos dimos cuenta de que no éramos nosotros, sino ellos mismos, quienes resolverían esos problemas.

De los compañeros del MLN, con quienes conversé muchas veces sobre lo que intentábamos hacer y sobre los problemas a que nos enfrentábamos, recogí también enseñanzas. Por ejemplo entre los más cercanos podría mencionar a Cuauhtémoc Cárdenas, a Enrique Cabrera, Guillermo Montaña, Fernando Carmona, Clementina Batalla de Bassols e Ignacio Aguirre.

Y lo que sin duda fue una rica fuente de enseñanzas en el MLN fue oír a la gente del pueblo con atención y saber qué le interesaba hacer y por qué.

Al margen del Movimiento, por entonces y años después, recogí importantes enseñanzas de trabajadores. En un momento dado éstas fueron principalmente de Alfredo Domínguez, Berta Luján, Antonio Villalva y otros compañeros del Frente Auténtico del Trabajo (FAT). Más adelante de trabajadores de las industrias petrolera, eléctrica, pesquera, textil y otras. Y posteriormente de dirigentes como José Merced González, representante de la Central Latinoamericana de Trabajadores (CLAT) en México y director del Centro Nacional de Promoción Social (CENPROS).

## **La Revolución Cubana**

Otra fuente de valiosas enseñanzas fue la Revolución Cubana, debido a un corto viaje que hicimos varios compañeros a La Habana, en mayo de 1960, ya que a partir de entonces estudiamos su proceso revolucionario. En años posteriores, aparte de ver varias veces a algunos de los principales dirigentes, conocí y trate de cerca a numerosas personas como Juan Marinello, Manuel Piñeiro, Faustino Pérez, Melva Hernández, Blas Roca, Mariano Rodríguez, Roberto Fernández Retamar, José Antonio Portuondo, Julio le Riverand, Oscar Pino Santos, Mirta Aguirre, Lisandro Otero, Antonio Núñez Jiménez, Marta Harnecker, José Luis Rodríguez, Osvaldo Martínez, Cintio Vitier, Aleida Marsh, Fernando Martínez Heredia, Jorge Ibarra, Miguel Cosío Woodward, Silvio Baró y otras, incluyendo a muchas, más modestas, que trabajaban en equipo y cuya contribución era importante.

El contacto con todos ellos fue, en verdad, enriquecedor. En parte porque conocimos aspectos importantes de la historia del país hermano y, sobre todo, entendimos el curso de la revolución, sus avances y rezagos, sus contradicciones y propósitos, a corto y largo plazo; la Revolución Cubana,

fue, además, un hecho sin precedente en Nuestra América, que nos hizo comprender que estábamos en un nuevo momento histórico.

El que hubiera nuevos elementos en juego, influía para que empezáramos a ver las cosas desde otra perspectiva. De varias de esas personas me tocó recoger valiosas opiniones sobre los problemas de Cuba y de América Latina en conjunto, sobre el socialismo, la lucha revolucionaria, el capitalismo y el imperialismo, los obstáculos al desarrollo que no sería fácil rebasar, las nuevas y mejores formas de utilizar los recursos productivos, las relaciones entre México y Cuba, los caracteres del subdesarrollo y a la vez los cambios que experimentaba el capitalismo. En algunos casos recordamos autores importantes, sobre todo latinoamericanos, de los que teníamos mucho que aprender, y también hicimos referencia a la complejidad del tránsito desde el capitalismo a una nueva forma socialista de organización.

Especialmente con Carlos Rafael Rodríguez, con Raúl Roa, Osvaldo Dorticós y el comandante Guevara, que eran muy autocríticos, me tocó cambiar impresiones sobre el curso de la Revolución Cubana, y varias veces me sorprendió el énfasis que ponían en lo que a su juicio no iba bien. Recuerdo, por ejemplo una conversación con el comandante Guevara, en la que al empezar preguntándole sobre la situación en Cuba y cómo iban las cosas, me respondió escuetamente: «mal». Pronto me di cuenta de que siendo muy exigente, no le satisfacía lo que él y sus colaboradores más cercanos hacían. En el curso de la conversación subrayó que les faltaba disciplina y que el nivel de organización era todavía muy bajo; que era preciso crear más conciencia, y que si bien la revolución mejoraría las cosas, para que ésta se abriera paso era necesario, a la vez, hacer todo mejor.

En otras conversaciones con el comandante Guevara, y desde luego en sus principales textos, advertí a menudo la profundidad de su pensamiento y las cuestiones esenciales sobre las que trabajaba. Una de ellas, sin duda central, era cómo forjar el nuevo tipo de hombre necesario para llevar adelante la revolución hacia el socialismo y el comunismo; otra era la nueva forma en que la teoría y la práctica debían articularse y apoyarse mutuamente; una más, su rechazo a toda interpretación dogmática del pensamiento revolucionario, y en fin, su posición verdaderamente internacionalista, el muy importante papel de los estímulos morales y el trabajo voluntario, y la necesidad, a partir de la Revolución Cubana, de reapreciar la lucha antiimperialista y revolucionaria, y trazar una nueva estrategia desde la perspectiva del mundo subdesarrollado.

El pensamiento del Che es creador, profundamente crítico y realmente humanista, porque el hombre para él es siempre el eje del proceso social. Y su descubrimiento del marxismo, primero como autodidacta, después, al recorrer buena parte de Nuestra América y al integrarse a la lucha revolucionaria del pueblo cubano, amplía grandemente su horizonte y le hace comprender que la revolución latinoamericana debe ir más lejos que en

Guatemala y Bolivia, y ser capaz de que la lucha por la liberación nacional y la transición al socialismo formen parte de un solo movimiento.

Guevara piensa en la revolución como un proceso internacional. Al conocer cada país de América Latina confirma que toda ella vive en lo fundamental los mismos problemas, que sólo se resolverán cuando se acabe con el imperialismo y el capitalismo. Y por ello comprende también que el subdesarrollo no es, como algunos creen, una fase previa al desarrollo sino una deformación estructural.

En un momento dado se pregunta qué es el subdesarrollo; y responde: «Un enano de cabeza enorme y tórax henchido es subdesarrollo, en cuanto sus débiles piernas o sus cortos brazos no articulan con el resto de su anatomía; es el producto de un fenómeno teratológico que ha distorsionado su desarrollo...»<sup>18</sup>

Otro rasgo de la personalidad del comandante Guevara, que siempre me impresionó fue su sencillez. Aun siendo una figura clave en el proceso revolucionario cubano, cuando hablaba de su trabajo lo hacía modestamente y como si sólo hubiera sido uno más de un equipo o conjunto de personas que luchaban en común y se apoyaban mutuamente.

En una ocasión en que conversamos con él Enrique Cabrera, Guillermo Montaña y yo, recordó algunos pasajes de la lucha en la Sierra Maestra, y el doctor Montaña comentó que admiraba lo que habían hecho los revolucionarios y era consciente de que él no habría tenido el valor para hacer algo similar. Y el comandante Guevara le dijo: no crea usted. Nosotros también sentíamos, sobre todo en un principio, miedo, pero poco a poco fuimos ven-

Carlos Rafael Rodríguez

# LETRA CON FILO

TOMO 1

*A Alonso Aguilar  
con el viejo afecto y  
la alta estimación  
CR*

POLÍTICA



Editorial de Ciencias Sociales. La Habana, 1983

A Alonso Aguilar, con el viejo afecto  
y la alta estimación. Firma. 84.

<sup>18</sup> *Obras*, 1957-1967, tomo 2, pp. 408-409. Citado por María del Carmen Ariet García, en *El pensamiento político de Ernesto Che Guevara*. Ocean Press, México, 2003, p. 80. Otro libro interesante sobre el pensamiento del comandante Guevara es el de Fernando Martínez Heredia, *El Che y el Socialismo*, publicado en México por Editorial Nuestro Tiempo, en 1989.

ciéndolo. Por ejemplo el silbido de las balas nos hacía temer; sin embargo pronto nos dimos de cuenta que si uno lo oía, esa bala ya no le tocaría. Y lo que también impresionaba era su convicción de que si se creaban condiciones que permitieran al pueblo participar realmente en el proceso revolucionario, es decir, que él fuera en la práctica el protagonista central, la revolución saldría adelante. Lo que podría lograrse si los trabajadores se preparaban y cobraban conciencia de su importante papel.

A principios de 1964, a sólo unas semanas del fallecimiento de Enrique Cabrera, fui invitado por el Ministro de Salud, doctor Machado, para participar en un emotivo acto al que asistieron unos mil estudiantes de medicina en memoria del distinguido cardiólogo, intelectual y querido amigo, y la noche que en la Academia de Ciencias lo recordó Raúl Roa, encontré por última vez al Che, y Raúl y yo conversamos brevemente con él.

*Aparte de varios de los principales dirigentes ¿trató usted a otros intelectuales cubanos, con quienes se vinculara por razón de su trabajo?*

Sin extenderme a los últimos más recientes años, sino tan sólo digamos hasta la década de los setenta o principios de los ochenta, podría añadir a muchas otras personas.

Y cabría agregar que la amistad con varios embajadores cubanos en México me permitió también saber más de Cuba y ver con frecuencia a viajeros que pasaban por la ciudad y con quienes siempre fue útil conversar. Con casi todos los embajadores tuvimos buena amistad, en mi caso especialmente con Joaquín Hernández Armas y José Antonio Portuondo, entre los primeros, y con José Fernández de Cossío y su esposa Tania, economista, entre los últimos.

*¿Conoció usted en sus viajes a Cuba, además de dirigentes políticos e intelectuales cubanos, a personas procedentes de otros países, que ampliaran el marco de sus relaciones?*

Como se sabe, Cuba ha estado largos años bajo el bloqueo de Estados Unidos. Por esa razón, porque el ir a la Isla no era bien visto en ciertos círculos y porque hacer el viaje, sobre todo desde lugares lejanos, no era fácil, podría pensarse que La Habana no era un sitio propicio para encontrar a personas de otros países. Mas lo cierto es que en las múltiples reuniones internacionales de diverso tipo a las que yo asistí —convocadas por la Academia de Ciencias, la Universidad de La Habana, el Centro de Estudios sobre América, la Unión Nacional de Escritores y Artistas (UNEAC), por Prensa Latina y sobre todo por el Centro de Investigaciones de la Economía Mundial y por la Casa de las Américas—, participaron también no pocos distinguidos latinoamericanos. Entre otros, por ejemplo, podría mencionar: argentinos como Ezequiel Martínez Estrada, Arnaldo Orfila, Julio Cortázar, Sergio Bagú, Gregorio Selser, David Viñas y Luisa Valenzuela; brasileños como Darcy Ribeiro, Antonio Cândido, Celso Furtado y Frei Betto; boliviana-

nos como Rene Zavaleta Mercado; colombianos como Gabriel García Márquez, Jaime Mejía Duque y José Consuegra; costarricenses como Daniel Camacho; dominicanos como Juan Bosch y Narciso Isa Conde; ecuatorianos como Oswaldo Guayasamín y José Moncada; salvadoreños como Roque Dalton, René Depestre y Schafick Jorge Handal; haitianos como Gérard Pierre Charles y Susy Castor; chilenos como Salvador Allende y Hortensia Busi de Allende, Volodia Teitelboim, Pedro Vúskovic y Marta Harnegger; guatemaltecos como Guillermo Toriello, Luis Cardoza y Aragón, Manuel Gallich, Augusto Monteroso y José Luis Balcárcel; nicaragüenses como Ernesto Cardenal, Miguel D'Escoto, Sergio Ramírez y Claribel Alegría;

panameños como Nils Castro; puertorriqueños como Manuel Maldonado Denis; uruguayos como Carlos Quijano, Mario Benedetti y Eduardo Galeano; venezolanos como Luis Brito, Miguel Otero Silva y Armando Córdoba.

Lo que quiere decir que si bien Cuba es geográficamente una isla, social y culturalmente es todo menos un país aislado. Me parece que fue a Raúl Roa a quien por primera vez oí decir que la Revolución había lanzado a Cuba a navegar por los siete mares. Creo que en efecto así ha sido; que para los latinoamericanos, en particular, La Habana es la ciudad del continente que con más frecuencia los convoca, los recibe con los brazos abiertos y les permite conocerse e intercambiar opiniones y experiencias.

Al decir esto recuerdo con emoción el momento, hace ya muchos años, en que, estando en La Habana, Arnaldo Orfila me invitó a saludar a Haydée Santamaría. Estaba por entonces recién creada la Casa de las Américas, que ella dirigía, y al preguntarle sobre su trabajo y sus planes, con entusiasmo nos habló de lo que empezaban a hacer y lo que proyectaban. Confiaba en que saldrían adelante, y en que la Casa sería un sitio en que los latinoamericanos podríamos encontrarnos como en casa. Eso era lo que la Revolución

Eduardo Galeano

*Para Alonso, con  
afecto y admiración.*

*Udualt*

*Montevideo,  
febrero del 72.*

Las venas abiertas  
de América Latina



UNIVERSIDAD DE LA REPUBLICA  
DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES

colección HISTORIA Y CULTURA 16

**Para Alonso, con afecto y admiración.  
Eduardo. Montevideo, febrero del 72.**

intentaría y lo que nos pedía a nosotros tener presente: la Casa de las Américas era nuestra casa.

Podría añadir que en más de una ocasión la asistencia a alguna conferencia, seminario y otros encuentros no sólo me permitió conocer a distinguidos cubanos y personas procedentes de otros países sino incluso encontrar a mexicanos, a quienes en México no me habría sido fácil ver a menudo. De éstos, por ejemplo, podría recordar entre otros a Pablo González Casanova, a José Emilio Pacheco, David Alfaro Siqueiros, Luis Suárez, Sol Arguedas, Rosario Green, Arnold Belkin y César Navarro.

*En resumen, ¿considera usted que los viajes de numerosos latinoamericanos a Cuba fueron importantes en el trabajo de solidaridad?*

En los momentos más difíciles fueron una contribución significativa. Pero a juzgar por lo que a mí me tocó dar y recibir, yo no vacilaría en decir que lo que yo aporté en esa relación fue muy poco y lo que en cambio recibí, fue mucho. Pensando en voz alta y sin intentar cuantificarlo, Cuba nos ofreció la oportunidad única de ver un proceso revolucionario en marcha tras una profunda ruptura, y con sus aciertos, limitaciones y fallas nos mostró algo de lo que puede reservarnos el futuro. Gracias a la Revolución y al contacto con ella conocimos, tratamos y aprendimos de dirigentes e intelectuales a quienes tuvimos la suerte de conocer y de quienes yo al menos recogí múltiples y ricas enseñanzas. Por ello, además, tuvimos acceso a importantes reuniones, así como a libros, revistas, ponencias, resoluciones y otros textos; enriquecimos nuestra visión del proceso de transformación social e incluso tuvimos contacto con un pueblo sencillo, alegre, comunicativo, generoso, al que vimos elevar su nivel de educación, apoyar generosamente los esfuerzos de otros pueblos y cobrar conciencia de sus más graves problemas.

*¿Tuvo usted oportunidad de visitar diferentes lugares cuando estuvo en Cuba?*

Varias veces me invitaron a ir a Santiago y otras ciudades. Lo cierto, sin embargo, es que como siempre fui en cortos viajes de trabajo, permanecí en La Habana, y a menudo, aun para recorrer esta ciudad no hubo mucho tiempo. Con todo, en una ocasión fui hacia occidente –a Pinar del Río–, y en otra llegué a Cienfuegos. Una de las veces en que participé en el Premio Casa de las Américas, el jurado se reunió en Isla de la Juventud, y yo tuve la suerte de que uno de los compañeros de la sección de ensayo fuera Antonio Núñez Jiménez, con quien varias mañanas recorrí lugares cercanos, visitamos a algunos campesinos y desayunamos con ellos o vimos su trabajo, y nos acercamos a varias obras que estaban en proceso. También conocí agradables lugares de la costa norte cercanos a La Habana, Matanzas y Varadero, en donde pasé una noche a invitación de Oscar Pino Santos y Elsa su esposa, después de visitar una importante región productora de cítricos, cerca de Playa Girón, en la que se experimentaba con la nueva escuela, en la

que centenares de adolescentes estudiaban secundaria por la mañana y por las tardes ayudaban de diversas maneras a los campesinos.

*Seguramente los contactos y relaciones que estableció con múltiples personas, incluyendo destacados intelectuales y dirigentes políticos cubanos y de otros países, fueron muy interesantes. Pero querría preguntarle: ¿pudo acercarse a otras personas, digamos comunes y corrientes, hombres y mujeres, personas modestas o simples trabajadores y saber qué pensaban?*

Dentro de las obvias limitaciones que imponen los viajes cortos y que se hacen, además, para asistir a una reunión o atender sólo ciertos asuntos, puedo decir que tuve la suerte de ver cómo se conducían algunas gentes. Por ejemplo, en 1962, en los días de la crisis de octubre, acompañé una noche a Juan Noyola a su guardia. Pasé con él unas cinco a seis horas, y en ellas pude apreciar la actitud de quienes, con explicable temor y a la vez con decisión y entusiasmo, se preparaban para hacer frente a una posible agresión, acaso más grave que la que habían sufrido un año antes en Playa Girón.

En años posteriores estuve dos o tres veces en Comités de Defensa de la Revolución (CDR), y pude apreciar de nuevo tanto la actitud de quienes ahí participaban como lo que proponían, discutían y acordaban.

Al asistir a diversas reuniones siempre traté de charlar, así fuera brevemente, con quienes trabajaban en las instituciones u organismos convocantes, y de conocer algunos de sus problemas.

Al ser miembro del Jurado del Premio Casa de las Américas, ya comenté que estando en Isla de la Juventud, el capitán Núñez Jiménez me invitó gentilmente para visitar varias mañanas a campesinos y otros trabajadores que hacían diversas obras. Y en ocasión de ese Premio, también, recuerdo que en una velada estuvo con nosotros un joven actor, a quien le pregunté qué había significado para él la Revolución. Y su respuesta nos conmovió.

Él era, según dijo, un vago, un adolescente que pasaba largas horas diariamente en billares y cantinas, y a quien no interesaba estudiar ni trabajar. Su madre tenía relaciones extramaritales con un oficial del ejército de Batista, y en un momento dado pensó en irse con él a Estados Unidos. El muchacho se opuso, y a la postre, su madre se quedó también en Cuba.

Al triunfar la Revolución, alguien se acercó a preguntarle qué le gustaría hacer. Al principio no hizo caso de la solicitud, pues no creyó en ella. Pero al insistírsele en que respondiera, señaló sin entusiasmo que le gustaría ser actor. Pasaron unas semanas, y un día recibió unas formas que debía llenar, a fin de iniciar sus estudios, que resultaron toda una carrera profesional.

Ahora comprenderán, dijo, lo que para mí fue la Revolución. Me llevó de un mundo sin esperanza a otro enteramente distinto y desde luego, mejor. Gracias a la Revolución, añadió, estoy aquí en este acto de la Casa de las Américas; gracias a ella supe quienes fueron Molière y otros grandes creadores del teatro y la literatura.

En otra ocasión, en que al ir unos días a La Habana me asignaron un chofer para facilitar mi trabajo, dije a mis invitantes que en realidad no lo necesitaba y que seguramente podían darle una mejor ocupación. Insistieron en que me ayudara y en que estuviera pendiente de lo que yo necesitara. Me llevó a varias citas, me invitó a conocer su CDR, y al preguntarle también lo que para él había significado la Revolución, me contó lo que sigue:

Él, un mulato de unos sesenta años, al triunfo de la Revolución no sabía leer ni escribir. Su hija, una maestra, trataba de ayudarle, pero no era fácil a una ni al otro encontrar la manera de hacerlo.

Con la campaña de alfabetización pudo, por fin, aprender, gracias a la ayuda de dos jóvenes. Poco a poco, comentó, fui avanzando, y después de ya muchos años puedo decirle que me gusta leer y que estoy por terminar la Secundaria. Ahora mi hija, que sigue siendo maestra, se siente orgullosa de mí.

Me pareció que era otro relato conmovedor.

*Una pregunta más sobre Cuba. ¿Se comprendía en México la Revolución y lo que frente a ella resultaba más aconsejable hacer?*

No del todo. Algunos veían con interés lo que sucedía en el país hermano, pero consideraban que nada de eso podía intentarse aquí. Otros, en cambio, procediendo mecánicamente daban la impresión de que querían hacer lo que se hacía en Cuba, sin reparar en que nuestras condiciones eran otras, e incluso no faltaban quienes creían que repitiendo la consigna ¡Cuba sí! ¡Yanquis, no!, saldríamos adelante. Ciertas personas consideraban que la solidaridad con Cuba era lo principal, y a menudo aún lo único que les atraía, y descuidaban todo lo demás, e incluso había quienes, deseosos de encontrar un atajo que les acortara el camino, inventaban «revoluciones» que no eran procesos reales ni viables, sino en el fondo cuentas alegres y buenos deseos.

La actitud que a algunos nos parecía la más correcta era la de no escatimar esfuerzos en la solidaridad con Cuba, entender que lo que ahí estaba en juego importaba no sólo a los cubanos sino a todos nuestros pueblos; pero, a la vez, comprender que para llevar adelante con éxito nuestra lucha debíamos partir de la realidad de nuestro país, tener conciencia de que el proceso sería difícil y múltiples los obstáculos a rebasar, y de que si bien la victoria cubana modificaba favorablemente la correlación de fuerzas, los enemigos de la soberanía y la libertad de nuestros pueblos reforzarían sus posiciones y tratarían de impedir cualquier avance que afectara sus intereses.

*Y algo más. ¿Cuál era la actitud de quienes no estaban con la Revolución?*

Al respecto pienso que siendo en general hostil, tenía sus variantes. Los grupos más conservadores y proyanquis eran tajantes y hacían juicios negativos absolutos. Según ellos todo estaba mal y era indefendible. Y los mismos que habían considerado a la dictadura de Batista una «democracia representativa», al régimen de la Revolución lo acusaban de «antidemocrático», dictatorial y violador de los derechos humanos.

Algunos liberales aceptaban ciertas medidas concretas o lo que se hacía en determinados campos, pero eran muy críticos de otras y, sobre todo del rumbo central del proceso. Y otros liberales, de aquellos que creían que sus posiciones socialdemocráticas reformistas eran la vanguardia en la lucha social y política, al triunfar la revolución cubana, y sobre todo el declararse socialista, se sintieron hechos a un lado, rebasados y en cierto modo exhibidos como reformistas y no revolucionarios, lo que los hizo reaccionar contra Cuba.

Con Carlos Rafael Rodríguez charlé a menudo sobre el curso de la economía cubana después de la Revolución, sobre los importantes cambios que en ella empezaban a registrarse, sobre las nuevas y mucho más profundas formas que ahora adoptaba la lucha antiimperialista, la influencia que el proceso cubano podría ejercer en la teoría y práctica de la transición al socialismo en países subdesarrollados de América Latina, acerca del nuevo tipo de industrialización que requerían nuestros países y las peculiaridades de la planificación, que desde luego no sería idéntica a la de la Unión Soviética u otros países socialistas europeos, el nuevo e importante papel del campesinado y la necesidad de conocer a fondo el proceso cubano y los cambios en la estructura de clases que la Revolución traería consigo, entre otras cosas, para realizar una profunda reforma agraria que respondiera a las condiciones de Cuba, y que permitió combinar la entrega de la tierra a ciertos campesinos y el traslado de buena parte de la misma al Estado revolucionario. Y al proceder así, y a la vez afectar las grandes propiedades extranjeras, la reforma agraria lanzó abiertamente al imperialismo contra ella, y a la vez ganó a la revolución a gran parte del pueblo.

En una ocasión en que conversé con Carlos Rafael, en los primeros años posteriores al triunfo de la revolución, hablamos de cómo mientras ciertos graves problemas empezaban a resolverse, otros bien sencillos se complicaban. Estamos, dijo él, en una fase peculiar del proceso de transición. Por ejemplo, se están haciendo importantes avances en campos fundamentales en los que antes los problemas se agravaban. Hoy, en cambio, se atacan con éxito; pero cosas tan simples como entregar la leche y el periódico por la mañana no funcionan y a veces tiene uno la sensación de que lo viejo no acaba de morir y lo nuevo de nacer.

A Raúl Roa, por su parte, cuando era Ministro de Relaciones Exteriores le oí alguna vez comentar que algunas personas tendían a simplificar lo que era el imperialismo, y cuando estuvo al frente del Poder Popular, al preguntarle por su trabajo, comentó que al triunfar la Revolución, Cuba no tenía en realidad una tradición democrática, y todavía hoy, añadió, no pocas personas se acercan a nosotros creyendo que tenemos la solución inmediata a sus problemas.

En las múltiples conversaciones con Raúl Roa sentí a menudo que él era realmente un hombre de una pieza, profundamente honrado, de amplia cultura y conocedor, como pocos, de la historia y la cultura de Cuba.

# Retorno a la alborada

I

## Raúl Roa

*Para Alonso Aguilar,  
con admiración por su esclarecedor y  
tenaz trabajo revolucionario y con la amistad invariable  
de su cuate cubano.*

*Raúl Roa*

*La Habana, Feb. 1978*

PALABRA DE CUBA

EDITORIAL DE CIENCIAS SOCIALES, LA HABANA, 1977

Para Alonso Aguilar, con admiración por su esclarecedor y tenaz trabajo revolucionario y con la amistad invariable de su cuate cubano. Raúl Roa. La Habana, febrero 1978.

tante por hacer para que el hombre diera todo lo que podía dar, y recibiera de la nueva sociedad lo que tenía derecho a recibir. Y como el comandante Guevara y otros revolucionarios cubanos, confiaba en que la Revolución Cubana podría hacer aportes enriquecedores.

Roa fue siempre un convencido latinoamericanista, un martiano-marxista, y una persona que entendió a fondo la significación de la lucha ant imperialista y revolucionaria por la unidad de Nuestra América. De él y de sus libros aprendí muchas cosas sobre la historia de Cuba, la lucha revolucionaria y el brillante papel que jugaron jóvenes como Julio Antonio Mella y Rubén Martínez Villena, y desde luego Fidel Castro y el Che, en una fase posterior y decisiva de esa lucha.

En la última conversación que tuve con el doctor Dorticós, por cierto acompañado de Oscar Pino Santos, charlamos casi cuatro horas y aquél hizo una larga introducción sobre la burocracia, y la dificultad para superarla, porque incluso personas que estaban con la revolución, a veces contribuían a agravarla; y después de hablar de la burocracia y los problemas

Alguna vez recordé que en una de mis visitas a La Habana me invitó Raúl a cenar a su casa. Y, estando en la biblioteca, Ada, su esposa dijo algo, y él comentó: «ese barullo de Ada obedece a que ella cree que debíamos haberte invitado a cenar fuera, porque aquí no hay gran cosa; pero no tiene razón. Lo que no tenemos es carne, porque es escasa, y como mucha gente no puede adquirirla, prefiero que tampoco nosotros lo hagamos. Nuestro pescado, sin embargo, es muy bueno, y seguramente te gustará...»

Como Guevara y otros estudiosos del socialismo, Roa pensaba que, dadas las difíciles condiciones en las que habían surgido y desarrolládose la Unión Soviética y otros países socialistas europeos, si bien se habían logrado avances innegables en campos importantes, faltaba todavía bastante

que planteaba a menudo, dijo: pero cambiemos de tema, por que va a pensar usted que no hemos avanzado, y hay importantes avances que enseña da mencionaré. Y después de recordar algunos de ellos quiso saber de México y de los problemas que seguramente provocaba la creciente dependencia del capital extranjero.

Al recordar a algunos dirigentes de la Revolución Cubana, de quienes recogí importantes enseñanzas, no consideré a Fidel Castro, porque con él no tuve una relación personal. Pero podría mencionar que, tanto al conversar con él en una ocasión como, sobre todo al leer muchos de sus discursos y reflexionar sobre su papel central en la conducción del proceso liberador de Cuba, pensé que, sin duda, uno puede recoger de todo ello indudables enseñanzas.

Quienes asistimos el primero de mayo de 1960 a la gigantesca manifestación que se realizó en la Plaza de la Revolución en La Habana, nunca olvidaremos el discurso del comandante Castro, cuando al mencionar que algunos enemigos de la Revolución Cubana empezaban ya a alegar que en Cuba no había democracia, él reconocía que el gobierno revolucionario estaba armando a campesinos, obreros, estudiantes, mujeres; «a cada cubano que esté en condiciones de defender el derecho de todos a la autodeterminación le estamos dando un fusil...»; y agregaba que ningún otro gobierno, y menos uno antidemocrático, armaba así a su pueblo para que éste pudiera defender y ejercer sus derechos.

Sorprende la sensibilidad del comandante Castro ante los problemas que afectan al pueblo cubano en su vida cotidiana; sorprende, también, la forma en que Fidel ha logrado, acaso como en ninguna revolución previa, que después de casi medio siglo del triunfo de la Revolución Cubana, aun en las más difíciles condiciones se haya mantenido la unidad de los principales dirigentes, y que, pese a problemas y dificultades enormes como el bloqueo de Estados Unidos, la complejidad del proceso de transición al socialismo y sobre todo el colapso y la desaparición de la Unión Soviética y los demás países socialistas de Europa, con los que Cuba había establecido una estrecha y benéfica relación, haya logrado no sólo sobrevivir sino salir adelante y afirmar su independencia. Y sin duda llama también la atención que no obstante las condiciones desfavorables y las serias limitaciones a las que ha tenido Cuba que enfrentarse, el pueblo en su mayoría apoye al gobierno revolucionario y en particular a Fidel, y los avances logrados en campos fundamentales como la salud, la educación y capacitación, y diversos aspectos del proceso cultural, superen inclusive a los de otros países con mayores recursos. Y si bien no todo ello puede atribuirse al comandante Castro, es indudable que su contribución a esos avances ha sido muy importante.

Un distinguido intelectual y luchador cubano, de quien también aprendí, fue Juan Marinello, con quien hice una buena amistad después del triunfo de la revolución.

En nuestro viaje a La Habana en mayo de 1960, Marinello, quien entonces presidía el Movimiento por la Paz y la Soberanía de los Pueblos, con la colaboración, por cierto, de Ricardo Alarcón, que a su vez había sido dirigente estudiantil, nos invitó a conversar.

Dè nuestra conversación, recuerdo que él comentó que se proponían impulsar la lucha por la paz y la independencia de Latinoamérica de nuevas maneras. Confiamos –agregó– que ello será posible porque contamos con más medios y las condiciones de hoy, gracias a la revolución, son mucho mejores que antes. Por ejemplo: ¿quién hubiera pensado que, para realizar ese esfuerzo, trabajaríamos desde esta oficina, nada menos que en el hasta hace muy poco tiempo elegante Hotel Hilton, al que muchos cubanos ni siquiera podían entrar?

A partir de entonces vi a Juan muchas ocasiones, y una vez que me dijo que pensaba venir a México, le pedí que oportunamente nos hiciera saber la fecha del viaje y lo que le interesaría hacer. Me escribió después unas líneas, y sabiendo lo que le gustaría, Stella y yo los llevamos a él y Pepilla a Teotihuacán, y unos días después los invitamos a casa con Luis Cardoza y Aragón y Lía, y charlamos varias horas, lo que Juan realmente disfrutó.

Tiempo después estuvo en México Oscar Pino Santos, quien amablemente me trajo un libro de Marinello, y me dijo: el jueves vi a Juan, y al saber que viajaría a esta ciudad te recordó y me pidió que te trajera su último libro. Y agregó Pino Santos: apenas ayer sábado falleció nuestro querido amigo.

A propósito de la revolución cubana, de la relación que pude hacer con otras personas vinculadas estrechamente a ella, y también con otros distinguidos latinoamericanos, quisiera decir que la suerte de haber conocido a varios de ellos la debo al doctor Arnaldo Orfila, con quien tuve una larga amistad.

Gracias a él conocí y tuve una primera estimulante conversación con Haydée Santamaría; desde el año sesenta. Por su conducto conocí, además, a Alejo Carpentier, a Mario Benedetti –con quien después coincidí en varias reuniones–, a Julio Cortázar y Cintio Vitier, y con él tuve una muy agradable y amistosa conversación con Nicolás Guillén, cuando éste presidía la UNEAC.

Durante muchos años, Stella mi esposa y yo tuvimos, además, el gusto de reunirnos informalmente a menudo con Arnaldo y Laurette, de quienes también aprendimos mucho, así como encontrarnos con Sergio Bagú y Claris, Tatiana y César Navarro, Atlántida Coll, Rosa Kuminsky y otros buenos amigos.

De lo dicho hasta aquí quedará seguramente claro que Latinoamérica, en su conjunto, fue para mí una importante fuente de enseñanzas.

Antes de conocer países hermanos, mi latinoamericanismo fue en buena medida fruto sobre todo de ciertas lecturas, pero al empezar a conocer en varios de ellos a personas que compartían nuestras inquietudes, que

trabajaban en campos similares y veían sus problemas no como exclusivos de su país sino como expresión de situaciones comunes a Nuestra América, en cada una de las naciones que visité pude comprobar que el conocimiento de la obra de ciertos autores era enriquecedor, y junto a la relectura de Martí, de Ingenieros, Ugarte, Mariátegui, Aníbal Ponce y otros, fue a partir de entonces cuando empecé a prestar mayor atención a la necesidad de unirnos, de reparar en problemas comunes y apoyarnos mutuamente para enfrentarnos con éxito al imperialismo y conquistar una genuina independencia.

De esos latinoamericanos, de quienes también recogí enseñanzas podría mencionar, entre otros a Raúl Prebisch, Sergio Bagú y Héctor Agosti, de Argentina; René Zavaleta de Bolivia; Josué de Castro, Darcy Riveiro, Emir Sader y Frey Betto, de Brasil; Antonio García y José Consuegra, de Colombia; varios cubanos ya recordados; Manuel Agustín Aguirre, José Moncada y Gustavo Vega Delgado, de Ecuador; Salvador Allende, Salomón Corbalán, Pedro Vúckovic, Volodia Teitelboim y Marta Harnecker, de Chile; Luis Cardoza y Aragón, Guillermo Toriello y Manuel Galich, de Guatemala; Gérard Pierre Charles y Susy Castor, de Haití; Carlos Fonseca Amador, de Nicaragua; y en fin, Manuel Maldonado Denis, de Puerto Rico; Carlos Quijano, Rodney Arizmendi, Eduardo Galeano y Mario Benedetti, de Uruguay, y Salvador de la Plaza, D.F. Maza Zavala, Armando Córdoba, Héctor Malavé Mata, Gastón Parra, Francisco Mieres y los hermanos Silva Michelena, de Venezuela.

Del grupo de *Monthly Review Press* y de la revista de ese nombre recogí, asimismo, no pocas enseñanzas. Conocí primero a Leo Huberman, y por su conducto a Paul Sweezy, ambos, por entonces, editores de la revista. Después, gracias a la amistad con ellos pude conocer además a Sybil May, a Braverman, a Harry Magdoff y a algunos colaboradores. Por separado, además, desde unos años antes había conocido en la ciudad de México al economista Paul Baran, con quien tiempo después, aprovechando otra breve estancia de él en nuestro país, hicimos varios amigos (entre otros don Jesús Silva Herzog, Emilio Mújica, José Luis Ceceña y yo) un agradable recorrido por el estado de Guanajuato.

La lectura regular de la revista y de buen número de libros publicados por esa Editorial, desde la década de los años cincuenta, fue para mí importante para conocer aspectos del marxismo, del desarrollo del capitalismo, de la situación de Estados Unidos, de importantes obras de economía política y de la lucha revolucionaria por el socialismo. Durante muchos años, aparte de los rigurosos y lúcidos análisis de los editores -Huberman y Sweezy-, leí artículos de muchos otros autores.<sup>19</sup> En años recientes, tam-

<sup>19</sup> Jacob Morris, Scott Nearing, Oliver Cox, Edgar Snow, Harry Magdoff, John y Barbara Ehrenreich, James y Grace Boggs, Eric Hobsbawm, James O'Connor, Jim Mason, William A. Williams, Howard Sherman, Solomon Adler, John Gerassi, Arthur Davis, Philip Morrison, Stephen Hymer, Ralph Milliband, Perry Anderson, Robin Blackburn y muchos más.

bién a través de la revista, conocí y leí con cuidado interesantes escritos.<sup>20</sup> Y posteriormente, para avanzar en la elaboración de mi último libro y tratar de entender mejor los cambios del globalizante capitalismo de nuestros días, tuve que hacer numerosas nuevas lecturas y relecturas.<sup>21</sup>

Entre los múltiples autores con cuya obra tuve que familiarizarme hubo de todo: conservadores, liberales, neoliberales, reformistas y marxistas. Y dependiendo de lo que se examinaba, en general todos fueron más o menos útiles, y puedo decir que aquellos de quienes más aprendí fueron los que, desde posiciones críticas rigurosas, y viendo los hechos en perspectiva histórica, en vez de limitarse a describirlos de manera superficial, tratan de explicarlos teóricamente, de descubrir su origen y precisar su naturaleza, las causas que los determinan y la dirección en que se desenvuelven. Y quienes más contribuyen a ello son los más serios autores marxistas de diferentes países, aunque algunos no marxistas plantean y examinan también interesantes cuestiones.

En cuanto al contacto con ciertos norteamericanos, para mí fue también enriquecedora la relación con Charlie Small y su esposa Berthe, que habían venido a México perseguidos por el macartismo, después de estar varias semanas en la cárcel por negarse a informar al Comité de Actividades Antiamericanas. A ellos los conocí en la segunda mitad de los años cincuenta, y por su conducto me relacioné con otros como los Drucker, Meyer y Belle Zycovsky, el escritor Albert Maltz, y desde unos años antes había conocido a Abe Magil –y tiempo más tarde a su esposa Harriet–, al profesor Maurice Halperin y a los Stern, todos ellos personas progresistas con diferentes posiciones políticas y maneras de pensar, pero a quienes en ciertos grupos reaccionarios de Estados Unidos se veía como «peligrosos comunistas» empeñados en realizar actividades «subversivas,» por razones tan diversas como haber simpatizado con la República Española y no con el franquismo y el fascismo, apoyar las demandas de los trabajadores, luchar por la paz, militado en organizaciones de izquierda y especialmente en el Partido Comunista u oponerse a la guerra fría y a posiciones abiertamente antisoviéticas.

Charles Small era de Nueva Jersey, y Berthe, de Florida; Charles era muy activo, y aun durante su exilio en México mantenía relaciones con numerosas organizaciones y personas en Estados Unidos, y también con no pocos norteamericanos a los que el macartismo y la intolerancia habían obligado a refugiarse temporalmente en nuestro país, y para quienes Charles

---

<sup>20</sup> Entre otros de Daniel Singer, Immanuel Wallerstein, István Mészáros, John Bellamy Foster, Michael Tanzer, Ellen Meiksins Wood, William Tabb, Michael Yates, Samir Amin, James Petras, Barbara Epstein, Noam Chomsky, Robert McChesney y Michael Dawson.

<sup>21</sup> De autores como Michael Bleany, Stuart Hall, Sam Gindin, Paul Hirst y Grahame Thompson, Andrew Gamble, así como de Paul Krugman, Bennett Harrison, Peter Drucker, Walden Bello, Robert Reich, Lester Thurow, David Held, William Greider, Richard Barnett, John Cavanagh, Edward Lutwak, Alfred Chandler, Michael Porter, Jurgen Habermas y Manuel Castells.

era su principal enlace. Las luchas propiamente mexicanas le interesaban también, sobre todo cuando tenían una proyección latinoamericana y antiimperialista; pero él era muy respetuoso y consciente de que involucrarse en asuntos mexicanos, podría contribuir a agravar su situación.

La mayoría de los refugiados norteamericanos eran modestos, e incluso habían preferido venir a México porque, aparte de estar cerca de Estados Unidos, era más barato y encontraban más fácil vivir ahí. Algunos de ellos, aun siendo muy modestos en un principio hicieron dinero; otros, en cambio, como Fred Field, de la familia Vanderbilt, Martha y Alfred Stern, y varios de «los 10 de Hollywood» eran ricos.<sup>22</sup>

Desde los años cincuenta y sesenta obtuve también enseñanzas del trato con otros extranjeros, como el profesor John Bernal, con quien me reuní en algunas ocasiones. Y también aprendí de la lectura de algunas obras de otros autores, en las que estudié economía, historia, ciencia política, y en general los aspectos de las ciencias sociales que más me interesaban.

Alguna vez comentábamos Raúl Roa y yo –y coincidíamos–, que nos había acercado al marxismo más que la obra de Marx, ciertos escritos de Lenin como el *Qué hacer*, *El estado y la revolución*, y *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. En mi caso, además, al escribir el libro *Teoría leninista del imperialismo*, fue cuando pude prestar especial atención a la obra de Lenin, y aun a la de autores como Rosa Luxemburgo, Bujarin, Kautsky, Gramsci y otros. Y de los años en que empecé a trabajar de lleno en el campo de la

D. F. Maza Zavala

## LOS MECANISMOS DE LA DEPENDENCIA

Para el distinguido amigo  
y colega Dr. Alonso Aguilar  
Monteverde con la admiración  
cordial de  
D. F. Maza  
Caracas, nov. 1973.



ROCINANTE



Para el distinguido amigo y colega Dr. Alonso  
Aguilar Monteverde, con la admiración cordial  
de D. F. Maza Z. Caracas, nov. 1973.

<sup>22</sup> Un interesante y muy bien documentado libro sobre los norteamericanos que se refugiaron en México en respuesta a la persecución macartista es el de Diana Anhalt, *A Gathering of Fugitives. American Political Expatriates in México 1948-1965*, publicado por Archer Books en 2001.

economía y el desarrollo del capitalismo, –en los cincuenta y sesenta– vienen a mi memoria otros autores.<sup>23</sup>

Desde la segunda mitad de los años sesenta, tanto el trabajo de investigación económica como la tarea docente, sobre todo cuando algunos compañeros impartimos varios cursos en el Seminario de Desarrollo y Planificación de la entonces Escuela Nacional de Economía, nos reclamaron múltiples nuevas lecturas.<sup>24</sup>

Ya en la década de los setenta, una de las actividades de la que probablemente más aprendimos varios compañeros y yo fue el Seminario de Teoría del Desarrollo, del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM. El Seminario se fundó en 1972, y nos fue muy útil porque nos obligaba a estudiar. En él teníamos frecuentes sesiones académicas, al principio para conocer mejor a ciertos autores, y más adelante para ahondar en el examen del desarrollo capitalista, antes y durante la fase imperialista, tanto en general como específicamente en México y otros países de América Latina. Y al trabajar sobre tales cuestiones no sólo volvimos con frecuencia a textos teórico-históricos fundamentales sino que entramos en contacto y conocimos también la obra de numerosos latinoamericanos. Además de estudiar de nuevo a Marx, Lenin, Varga, Lukacs, Dobb, Baran, Sweezy, Lange, Kalecki, Palme Dutt, Steindl, Piero Sraffa y otros, empezamos a conocer o a prestar mayor atención a economistas como los de la CEPAL –Prebisch, Furtado, Noyola, Sunkel, Vúskovic, Paz– así como a Sergio Bagú, Maza Zavala, Aníbal Pinto, Antonio García, Francisco Mieres, Héctor Malavé Mata, Armando Córdoba, Silva Michelena, José Consuegra y otros.

En el Seminario, al menos en los años que a mí me tocó coordinarlo, entre los compañeros que más trabajaron recuerdo a Arturo Guillén, a Josefina Morales, Ana. I. Mariño, Jorge Carrión, Fausto Burgueño, Marina Chávez, Carlos Jiménez, Juvencio Wing, y de aquellos que no formando parte del Seminario, participaban a menudo podría mencionar a Carmona, Bagú, Vúskovic, Pierre Charles, Dos Santos y otros compañeros procedentes de varios países latinoamericanos.

Fernando Carmona se interesó siempre en el Seminario, apoyó su creación y participó en varios de sus libros, pero con frecuencia se excusaba por

<sup>23</sup> Como John Strachey, Maurice Dobb, Michal Kalecki, Joan Robinson, John Maynard Keynes, Alvin Hansen, lista que pronto se ampliaría con nombres como los de Collin Clark, Karl Mannheim, Joseph Schumpeter, R. H. Tawney, Evsey Domar, Shigeto Tsuru, Danilo Dolci, J. K. Galbraith y Gunnar Myrdal.

<sup>24</sup> Aunque seguramente omitiré muchos nombres de autores a los que estudiamos, entre ellos podría mencionar a Charles Bettelheim, Ignacy Sachs, Oscar Lange, S. Strumillin, Amartia Sen, Dudley Seers, Jurgen Kuczynski, Bert Hoselitz, Fritz Sternberg, S. Kuznets, Kim Sung, Hans Singer, A. K. Cairncross, Gotfried Haberler, Paul Bairoch, Charles Kindleberger, Seymour Harris, Frants Fanon, Paolo Sylos-Labini, David Horowitz, Giovanni Arrighi, Christopher Hill, Thomas Balogh, Albert Hirschman, Gerald Pleier, Robert Baldwin, Rosenstein Rodan, Josef Steindl, George Lukacs, R. Palme Dutt, T. Szennes, Ernest Mandel, Richard Meier, Benjamín Higgins, H. Myint, Samuel Lurie, James Duesenberry y Jagdish Bhagwati.

no poder asistir a las sesiones académicas, durante un tiempo porque sus ocupaciones de director del Instituto se lo impedían, y aun posteriormente, porque tenía a su cargo otras actividades que debía atender.

En la etapa anterior, de unos quince años, en que fui profesor en la entonces Escuela Nacional de Economía de la UNAM y estuve en contacto con muchas otras universidades tanto de México como de otros países, aprendí también de los estudiantes; aprendí de ellos porque sus preguntas, sus dudas, sus inquietudes e inclusive algunas de sus respuestas me ayudaron a advertir insuficiencias y fallas en mis exposiciones y ciertos planteos, a tratar de ser más preciso y claro en ellos, y a reexaminar cuestiones de las que me había ocupado de manera apresurada.

Seguramente muchos profesores, sobre todo de aquellos más «profesores», creen que ellos son los que enseñan y los estudiantes quienes aprenden. Pero, sin menospreciar lo que algunos profesores aportan y la forma en que ayudan a prepararse a sus alumnos, también es cierto que, sobre todo en el trabajo de Seminario, en que los estudiantes no se limitan a escuchar al profesor sino que intervienen activamente, plantean dudas y dicen lo que piensan, un profesor que los oiga con atención y los estimule para participar, y que revise con cuidado lo que escriben cuando estudian algún tema, tiene bastante qué aprender.

La aparición de la revista bimestral de análisis político, *Estrategia*, a fines de 1974, nos permitió reparar con más cuidado en lo que ocurría en México, y enriqueció el trabajo de algunos de nosotros.

Cada bimestre nos reuníamos en un pequeño grupo al menos dos veces, una para proyectar el número siguiente, y otra para revisar y cambiar impresiones sobre el material que se había preparado. Dichas reuniones duraban dos y media a tres horas cada una; eran muy provechosas, y gracias a ellas pudimos lograr un amplio acuerdo sobre no pocas complejas cuestiones.

En la primera de las reuniones antes mencionadas participábamos los miembros de la Dirección Colectiva de la Revista, y a examinar el contenido de cada número, además de dichas personas, asistían a la sesión compañeros que aun no siendo miembros de la Dirección, eran autores de algún artículo importante. Y ya que la revista se publicaba, se realizaba una sesión más, ésta más amplia que las anteriores, en la que se cambiaban impresiones sobre los materiales del número recién aparecido.

Años después, al ampliarse la Dirección Colectiva, además de las personas ya señaladas –salvo el pintor Ignacio Aguirre, a quien perdimos– pasaron también a formar parte de ella otros compañeros. Y ya en su última etapa, la Dirección de la revista invitó como colaboradores especiales en asuntos latinoamericanos a varios distinguidos intelectuales, investigadores y dirigentes de diversos países de Nuestra América, quienes aceptaron la invitación, y con quienes a partir de entonces pudimos comunicarnos a menudo y recoger valiosas sugerencias.

El haber sostenido la revista durante 19 años, en los que se publicó regularmente, sin interrupción, fue importante. Lo fue no sólo porque algunos escribimos numerosos artículos, sino porque además de ello y de las múltiples reuniones de trabajo ya mencionadas, tuvimos frecuentes encuentros con trabajadores, maestros, estudiantes e intelectuales que simpatizaban con *Estrategia*, la estudiaban y la seguían número a número con interés. Y aunque seguramente nos faltó mucho por hacer, en varios campos hicimos avances significativos, logramos cierta unidad, y gracias a ella, acuerdos sobre asuntos en los que hasta entonces no los había.

Con *Estrategia* colaboraron, aparte de las personas ya mencionadas, otras que, por escribir con frecuencia, también hicieron contribuciones significativas. Entre ellas podría mencionar a Arturo Guillén, Víctor Bernal Sahagún, Josefina Morales, Jesús Hernández Garibay, Luis Carrión, Enrique Olivares, Ana Francisca Palomera, Bertha Luján, Iván Gomezcesar, Nico Shwarz, José Luis Balcárcel, Laura Becerra, Ezequiel Maldonado, Irma Portos y Alejandro Witker.

En 1987, cuando *Estrategia* se había consolidado, surgió el Movimiento del Pueblo Mexicano, que para muchos compañeros y para mí fue otra experiencia política importante y una fuente más de enseñanzas. En un principio, la revista y el Movimiento trabajaron cada uno por su propio cauce; pero en un momento dado aquélla se afilió a éste, y las posiciones, más amplias e incluyentes del MPM, empezaron a ser recogidas, examinadas y más difundidas.

El Movimiento del Pueblo Mexicano intentó ser una organización política no partidaria, que aspiraba a ganar a grupos muy amplios de personas a organizarse, para crear conciencia sobre la necesidad de alterar la correlación de fuerzas, a favor de los intereses, derechos y demandas de los trabajadores, o sea de la gran mayoría de la población. En el MPM, sobre todo en sus primeros años se lograron avances alentadores, y tengo la impresión de que todos aprendimos, por ejemplo, a trabajar en equipo, a superar y corregir viejas prácticas, a respetar las opiniones de compañeros u otras personas que discreparan de las mayoritarias o de las nuestras, y a utilizar un lenguaje sencillo y no radical, sobre todo al reunirnos con gente sencilla del pueblo.

Con frecuencia, sin embargo, advertimos a la vez que muchos compañeros, dispuestos a dedicar largas horas a reuniones internas en las que se discutían ciertas cuestiones, en realidad tenían poco interés en vincularse directamente y de nuevas maneras a la gente, para conocer sus problemas y ganarla a una participación activa en asuntos que en general no le atraían y aun consideraba ajenos. En realidad, aunque en el MPM vimos con mayor claridad ciertas fallas, comprendimos también que no era fácil corregirlas. Al respecto, recogeré algunos fragmentos de un artículo aparecido en *Estrategia*, porque considero que en él se expresaban posiciones del Movimiento.

«... Organizarse no es algo meramente formal... significa más bien agruparse conscientemente en torno a un propósito concreto y bien definido, a partir de

una concepción común, y con el compromiso de trabajar conjuntamente y desplegar todo el esfuerzo que sea preciso, hasta lograr lo que se busca;

- La teoría y la práctica son, en la lucha política, indivisibles... Una requiere de la otra y ambas pueden apoyarse mutuamente. Y aunque en un momento dado no se hable de la teoría, ésta, desde luego en tanto tenga validez científica, es indispensable para actuar exitosamente. La aceptación de la teoría no tiene por que expresarse en posiciones rígidas. Una táctica, concretamente, debiera ser siempre flexible y creativa, lo que no sólo no riñe con la estrategia en que se inserta sino que contribuye a fortalecerla, y a que ambas se apoyen mutuamente;
- (...) el conocimiento de la realidad supone el contacto con la gente, no sólo un contacto esporádico y superficial, sino uno (...) que permita saber lo que los demás hacen, piensan, sienten, les preocupa, apoyan y rechazan; los problemas que más les afectan y el papel que su esfuerzo juega en la comunidad...
- Debido a la desigualdad de nuestro desarrollo, la realidad concreta de cada región importante del país y de cada segmento del pueblo es algo que debe conocerse a fondo, pues solo así se puede definir adecuadamente lo que, en cada caso, conviene hacer. Es decir, lo que responde a ciertas condiciones y tiene mayores perspectivas;
- El empleo de un lenguaje radical, además de ser innecesariamente complicado, no acerca a los trabajadores. Antes al contrario se vuelve una traba, un obstáculo más que deriva en una creciente incomunicación. De ahí la necesidad de hablar llanamente, con sencillez y claridad;
- Ciertas organizaciones de izquierda dan a veces la impresión de que ellas mismas, no el pueblo, son el eje de la acción. Y, a partir de esa errónea perspectiva tienden a menospreciar a quienes no militan en sus filas ni comparten íntegramente sus posiciones. De ahí a una u otra forma de sectarismo: hay sólo un paso, y como sabemos, el sectarismo aísla y debilita. Pues bien, a nuestro juicio una práctica correcta debiera ser capaz de atraer al mayor número posible de trabajadores y de convencerlos de la necesidad de organizarse y de comprender que, de lo que ellos hagan depende en gran parte que las cosas cambien o no; y logrado esto se pueden plantear y alcanzar metas cada vez más ambiciosas.
- La lucha política tiene, como se sabe, un objetivo central: el que el pueblo ejerza el poder. Por ello, la clave en cada fase de esa lucha es contribuir a que el pueblo mismo, no otros en su nombre, se organice, cobre conciencia de su papel y actúe en la forma en que, dadas las condiciones prevaletientes y la posibilidad de modificarlas, resulte mejor para avanzar en tal dirección;
- El definir... las formas de organización que mejor respondan a ciertas necesidades, es siempre un asunto difícil. Como en otros casos, lo que aquí resulta obvio es que a nada llevan el acartonamiento y la rutina, y que si se conoce bien la realidad en la que se actúa, se está en mejores condiciones para hacer lo que deba hacerse;
- La acción política, desde luego, debe ser democrática. Lo esencial para lograrlo es quizás el trabajo conjunto, la práctica responsable y honesta de la crítica y la autocrítica; la búsqueda empeñosa del mayor acuerdo posible, la libertad para expresar lo que se piensa, el derecho de la mayoría a hacer valer sus posiciones, y el respeto a las de otros, así sean minoría; el no tomar decisiones a espaldas de quienes deban participar en ellas, y lo que es muy importante, el no confundir la

verdadera democracia con un liberalismo y un democratismo verbalistas, que en la práctica sólo debiliten y estorben la acción;

- Para alcanzar las metas fundamentales en cada etapa de la lucha es preciso contar con un programa. Pero éste no consiste en un alegato abstracto, una mera e interminable lista de problemas y demandas de todo orden ni, menos aún, en exaltar retóricamente lo que intenta hacerse, sin saber a ciencia cierta de qué se trata y cómo lograrlo. Consiste sobre todo en definir certeramente esas metas, y en elegir los medios para alcanzarlas, cuidando desde luego, que éstos demuestren su eficacia en la práctica, y que, de no ser así, se hagan oportunamente los cambios y ajustes que procedan;

- Cuando se habla de la necesidad de emplear medios adecuados para lograr ciertos fines, podemos incurrir en el error de pensar que se trata, sobre todo, de los llamados medios «materiales», y no reparar en que los fundamentales son los humanos, es decir, el número, tipo de personas, condiciones y preparación de las mismas para acometer ciertas tareas...

- En la actividad política es necesario distinguir a los amigos de los enemigos, saber atraer a los simpatizantes, aliarse con ciertas fuerzas, neutralizar a otras, y diferenciar, entre los propios enemigos, a aquellos con quienes no tenemos por qué enfrentarnos de inmediato de aquellos con los que, en cambio, esa confrontación es inevitable. Y, desde luego, distinguir al enemigo principal de quienes son secundarios, y en cierto modo, enemigos menores.

- Otro aspecto también muy importante de una práctica política correcta es, para nosotros, trabajar con verdadero espíritu unitario. Desafortunadamente, con frecuencia ciertos elementos en la izquierda dan la impresión de estar unos contra otros. Y olvidando que el grueso de nuestro pueblo no está aún políticamente organizado, se mueven en círculos estrechos y cerrados, como si fuera más importante lograr que alguien pase de un partido a otro de los existentes en la izquierda, que ampliar el marco, la proyección y las perspectivas de ésta, atrayendo por primera vez a quienes no militan en ninguna organización, que son la inmensa mayoría de los mexicanos;

- Incluso es frecuente que quienes forman parte de una organización menosprecien a quienes no pertenecen a ella, no muestren el debido respeto y aun sean hostiles a tales personas. Lo que a la postre no sólo no contribuye a beneficiar a nadie sino que debilita y ahonda el desacuerdo, provoca una explicable desconfianza y aun crea enemistades gratuitas e innecesarias. Por lo que es obvio que esta viciosa y «canibalesca» práctica debiera sustituirse por otra que se base en el respeto a los demás y que entienda que la tarea de organizarse supone ganar a la gente a hacerlo responsable y libremente, y no valiéndose de la manipulación;

- Y lo que en esta nueva práctica debiera pasar también al primer plano y ser una referencia constante en la acción es el respeto a lo mejor de nuestra cultura y nuestra historia. No basta... recordar ciertos hechos en actitud ritual; lo que importa es entender profundamente el sentido de la historia, saber de dónde venimos y hacia dónde vamos, reapreciar el papel decisivo del pueblo y comprender que es éste, en su callada labor cotidiana, en acciones modestas y desde luego en sus grandes luchas, el que más aporta a nuestra cultura, el que más contribuye a preservarla, y el único que puede dar respuesta a los problemas de hoy;

- Quienes piensan que lo que hace la izquierda mexicana es en lo fundamental correcto, probablemente no compartirán nuestras inquietudes... Nosotros, en

cambio, estamos convencidos de que tenemos que hacer las cosas cada vez mejor y de que ello no supone parchar esto o aquello, sino realizar cambios profundos que permitan trabajar de una manera más seria, más consecuente, más eficaz; por eso hablamos de la necesidad de una práctica política en la que nos empeñemos porque cobre realmente vida aquello que es esencial para lograr lo que pretendemos.

Lo anterior, obviamente, no es fácil. Tenemos que aplicar creadoramente la teoría a nuestra realidad, conocer ésta a fondo y aprender de ella. Tenemos que romper con viejas inercias, y no sólo hablar en nombre del pueblo sino actuar en su seno y volvernos parte indisoluble de él. Y, sobre todo, tenemos que demostrar que nuestra entrega a la causa del pueblo no es un pasatiempo ni una manera de utilizar el tiempo libre sino nuestro mayor y más importante compromiso...<sup>25</sup>

De otras actividades, por ejemplo reuniones sobre diversos problemas tanto en México como en otros países, recogimos también enseñanzas, así como del esfuerzo que en varias ocasiones desplegamos en apoyo a la candidatura presidencial de Cuauhtémoc Cárdenas, al que ya me referí en un capítulo anterior, y del que fundamentalmente aprendimos a tomar en cuenta el potencial que representan los ciudadanos no sólo en un proceso electoral sino en la acción política en general, y la necesidad de modificar la relación entre los partidos políticos y la gente en gran parte no organizada y entre los partidos y los movimientos sociales de diferente naturaleza, que en años recientes han pasado al primer plano y cobrado cada vez mayor significación en múltiples ámbitos. Pero, por limitaciones de espacio y tiempo sólo mencionaré aquí, algo de lo que hemos aprendido en la revista *América Libre* y en la Asociación por la Unidad de Nuestra América, AUNA México.

*América Libre* es una interesante revista latinoamericana y latinoamericanista, que empezó a publicarse hace unos años bajo la dirección de Frey Betto desde Sao Paulo, y a editarse en Buenos Aires. Con ella he colaborado modestamente en varias formas. En un principio les ayudé a dar a conocer la revista en México, les envié algún artículo, que gentilmente publicaron, y en dos ocasiones me invitaron a participar en juntas informales de la Dirección, lo que afortunadamente pude hacer, con algunos compañeros de países hermanos. Y ello nos permitió contribuir a evaluar el trabajo realizado y a conocer lo que se pensaba hacer en adelante.

Desde que *América Libre* empezó a publicarse, con otros mexicanos he sido miembro del Consejo Latinoamericano de Redacción, cuerpo del que también forman o formaron parte, entre otros distinguidos intelectuales y luchadores por la liberación de nuestros pueblos, Mario Benedetti, de Uruguay; Leonardo Boff, Antonio Candido, Paulo Freire y Emir Sader, de Brasil; Fernando Cardenal y Miguel D'escoto, de Nicaragua; Nils Castro, de Pana-

<sup>25</sup> Alonso Aguilar Monteverde. «Sobre algunas de nuestras fallas y cómo corregirlas». *Estrategia*, núm. 76, julio-agosto de 1987, pp. 36-40. Véase, además, del propio autor, «La lucha política se prepara día a día, no se improvisa», *Estrategia*, México, núm. 74 marzo-abril de 1987. p. 74.

má; Patricio Echegaray y David Vilas, de Argentina; Schafick Jorge Handal, de El Salvador; Marta Harnecker y Volodia Teitelboim, de Chile; Narciso Isa Conde, de la República Dominicana; Fernando Martínez Heredia y Manuel Piñeiro, de Cuba; Rigoberta Menchú y Guillermo Toriello, de Guatemala, y Gérard Pierre Charles, de Haití. De todos ellos y de otros autores que colaboran en la revista he aprendido muchas cosas, y por ello puedo decir que, como en otros casos, lo que he recibido de ese esfuerzo colectivo es mucho más que lo muy poco con que yo pude ayudar.

En cuanto a la Asociación por la Unidad de Nuestra América, en poco más de diez años en que hemos trabajado cerca de doscientas personas en este modesto esfuerzo unitario, hemos entendido mejor que antes cuestiones como éstas:

- incluso quienes simpatizan con América Latina, suelen menospreciar lo que ésta representa y aun piensan que es poco o nada lo que nuestros países, en general atrasados y pobres, pueden hacer frente a las naciones más poderosas;
- no pocos parecen convencidos de que la unidad de Nuestra América sigue siendo una utopía, y de que, en cambio, la supeditación a Estados Unidos es inevitable y aun lo más conveniente;
- seguramente muchos también, sin reparar en las nuevas condiciones que



Guillermo Toriello, 1911-1997.

caracterizan al internacionalizado mundo de nuestros días, continúan pensando que los más graves problemas pueden resolverse por cada país en forma aislada y dispersa, es decir a escala meramente nacional;

- el nivel de conciencia en torno a la importancia de la unidad regional latinoamericana sigue siendo bajo, y todavía son muchos quienes creen que la integración regional de Nuestra América es algo solamente económico y aun exclusivamente comercial. O en otras palabras, no advierten que se trata de un proceso complejo y multidimensional, en el que lo social, político y cultural es igualmente, y aun más importante;
- con frecuencia se cree que la integración regional compete a

los gobiernos, y no se advierte que la participación activa de la gente es fundamental;

- debido a la propaganda que se hace, sobre todo desde Estados Unidos, muchos creen que la creación del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), promoverá el desarrollo y la integración de Nuestra América, y no se percatan de que el ALCA es un vehículo para fortalecer la dominación imperialista continental y aun global de Estados Unidos;

- aun en casos en los que se acepta que es preciso romper con viejas inercias y rutinas, renovar las formas de organización y de acción, y consolidar posiciones independientes, no es fácil dejar atrás prácticas inadecuadas y antidemocráticas, que angostan y debilitan los campos en que se trabaja y aun llevan frecuentemente a derrotas innecesarias;

- todavía falta mucho por hacer para que se entienda que la integración y el desarrollo son hoy inseparables, y que a la vez sólo podrán realizarse en la medida en que, en lugar de preservar el viejo e injusto orden de cosas imperante, se avance hacia una nueva forma de organización de la sociedad;

- concretamente, y sin menospreciar desde luego la cooperación de numerosas organizaciones y personas a la lucha por unificar a nuestros pueblos, lo que a menudo todavía no se comprende es que el financiamiento de esa actividad debe quedar a cargo de quienes trabajan en ella y no de otros. O sea que no se puede tratar de ser independiente y depender de quienes no comparten esa posición.

- pese a todo lo anterior, la causa de la unidad de nuestros pueblos empieza a abrirse paso, y esfuerzos de nuevo tipo, en los que junto a puntos de acuerdo hay también discrepancias y contradicciones, nos enseñan a unirnos en la diversidad;

- y no obstante limitaciones, fallas y errores, la lucha por la unidad de Nuestra América se libra hoy en mejores condiciones que antes, y ante el peligro de una cada vez mayor subordinación a Estados Unidos, como la que el ALCA representa, movimientos como el que ha surgido a partir y en torno al Foro Social Mundial de Porto Alegre, el nuevo gobierno de Lula da Silva en Brasil, la República Bolivariana de Venezuela, de Hugo Chávez, el movimiento indígena en Ecuador y en México, la firmeza de la revolución cubana y las nuevas luchas en otros países como Bolivia, dan cuenta de que la situación de nuestras naciones está cambiando.

Por lo que hace a la causa de la unidad de nuestros pueblos cabría señalar que, además de mantener la solidaridad de siempre a la Revolución Cubana, hace un tiempo fue parte del trabajo de un pequeño grupo de personas que a invitación del embajador Lino Martínez, nos reunimos informalmente con frecuencia en la Embajada de Venezuela, a cambiar impresiones sobre algunos de los graves problemas que hoy aquejan a Nuestra América. A esas reuniones asistieron, entre otras personas, los entonces embajadores de Paraguay y Ecuador, Efraín Enríquez Gamón y Gustavo Vega-Delgado,

el embajador de Uruguay, Samuel Lichtensztejn, los ex embajadores de Panamá y Colombia, Jorge Turner y Gustavo de Greif, y los mexicanos Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano, Horacio Labastida, Mauro Jiménez Lazcano, Carlos Véjar Pérez-Rubio, Cuauhtémoc Amezcua, Guadalupe Rivera Marín, Edur Velasco y el que esto escribe.

Después de mencionar múltiples fuentes, en las que a lo largo de años recogí valiosas enseñanzas que me ayudaron en la realización de mi trabajo, alguien podría pensar que, gracias a ellas, las cosas fueron volviéndose más sencillas, y problemas que en un principio parecían muy complejos, a la postre resultaron fáciles de entender y de situar. Pero no fue así, y este comentario me hace recordar una anécdota.

Hace años nos invitaron a varias personas a participar en una mesa redonda en la que se recordó el origen y significado del panamericanismo. Pues bien, uno de los expositores señaló que después de buen número de años de estudiar ciertos problemas, había llegado a un punto en el que no le planteaban ya mayor dificultad.

A mi me tocó intervenir enseguida y comenté que había sentido una sana envidia al oír lo anterior, pues ese no era mi caso. En realidad tenía más años trabajando sobre ciertas cuestiones, y no obstante múltiples lecturas y reflexiones me seguían pareciendo muy complejas, y cuando volvía sobre algún tema incluso de aquellos que había estudiado, tenía siempre que reexaminar algunos aspectos. Por ello suelo decir que entre los estudiosos del proceso de desarrollo de la sociedad no hay expertos. No los hay porque siempre es más lo que uno no sabe que lo que sabe, y aun lo que cree que sabe.

La capacidad de previsión de la ciencia social es limitada, y no es extraño que la realidad, aun cuando uno crea haber descubierto sus principales contradicciones, y su dinámica interna, tome cursos inesperados e incluso desconcertantes. De hecho nunca se sabe en qué dirección se desenvolverá un proceso, y por eso es fácil equivocarnos. Y aunque uno recoja de la realidad ciertos elementos y comprenda los cambios que se registran en un período o lugar determinado, sucede también a menudo que tales elementos pueden ser secundarios o que, por falta de profundidad y rigor en el análisis, no se descubra lo fundamental de la dinámica interna del proceso social.

Ante tal situación, algunas personas tienden a reaccionar en forma negativa, como si el intento de explicar científicamente ciertos hechos careciera de sentido, y la explicación teórica del proceso histórico fuera ociosa y en nada pudiera contribuir a entender mejor lo que acontece, y menos a transformar la realidad; desde tal posición es fácil caer en un raso pragmatismo, en el que de hecho se renuncia al conocimiento, aun cuando, a menudo también se procede dogmáticamente, y en vez de enriquecer el análisis teórico con los siempre valiosos elementos que aporta la realidad, se divorcian teoría y práctica y se crea que si ésta no se desenvuelve como estaba previsto, peor para ella.

## Capítulo 6.

### Los viajes y el conocimiento de la realidad

*Ha mencionado usted algunos viajes, ¿podría decir cuáles recuerda con especial interés y qué significaron?*

Los viajes fueron, en general, muy importantes en mi trabajo, a veces para conocer otros lugares, para entrar en contacto con ciertas personas, para cambiar impresiones y buscar un acuerdo en torno a diversos proyectos, incluso para romper la rutina y descansar, y sobre todo para tener una visión distinta de la realidad y comprender aspectos de ella y problemas que usualmente no están en los libros, y que hay que apreciar de manera directa, desde otra perspectiva.

Dos cuestiones que los viajes permiten reapreciar son, por ejemplo, que para entender ciertos procesos internacionales es preciso verlos en planos muy amplios y no sólo como partes de un todo sino como expresión de éste, y que, cuando se piensa en los problemas del país propio desde afuera, o sea desde más allá de sus fronteras, la imagen que de él se tiene cambia y en ciertos aspectos se enriquece.

*¿Hizo usted algunos viajes desde sus primeros años?*

De niño, digamos entre los seis y los once años viví en pequeñas poblaciones en el sur de mi estado de Sonora. Pues bien, a mi padre le agradaba salir al campo y a lugares cercanos, con la familia, y a los chicos nos gustaba hacer esos breves recorridos, en parte porque sabíamos que al menos una llanta del automóvil se poncharía, lo que nos daba la oportunidad de ayudar a cambiarla, y ello nos resultaba divertido.

Los caminos vecinales eran por entonces malos, a veces meras brechas angostas y polvosas. Desde luego no había por aquellos rumbos carreteras pavimentadas o siquiera de terracería, así que incluso un breve recorrido

de ochenta a cien kilómetros solía ser pesado. Y ni qué decir cuando llovía y los caminos estaban lodosos. Con todo, al recordar las múltiples ocasiones en que fuimos a Etchojoa y Huatabampo, a Yavaros y otros lugares en el mar donde había tranquilas y extensas playas, a Álamos, y a diversas haciendas de la región del Mayo, me doy cuenta de que gracias a esos cortos viajes empezamos a conocer el sur del Estado.

Años más tarde, cuando mi familia se fue a Ciudad Obregón, los principales paseos fueron a los hermosos campos agrícolas del Valle del Yaqui, al Náinari, hacienda de la familia del general Obregón, a Navojoa, y menos a menudo a los pueblos yaquis, a Empalme y Guaymas.

En la etapa de la escuela Secundaria, en la que viví en Hermosillo, aparte de visitar Ciudad Obregón cuando tenía vacaciones, desde la capital empecé a viajar hacia el Norte, sobre todo al rancho de la familia Aguilar -la Noria del Verde-, en la región de Carbó, y de vez en cuando fui a Guaymas y en ocasiones hasta la frontera, o sea Nogales, pasando por Santa Ana y Magdalena.

En esos años, también, acompañé a mis padres y hermanas en un agradable recorrido turístico que hicimos con dos familias sonorenses amigas, aprovechando una vacación de mi padre, que por cierto casi nunca tomaba vacaciones.

Esa vez el viaje fue a Nogales, y de ahí a Tijuana y Mexicali, por Estados Unidos, porque por entonces no había una carretera nuestra que uniera a Sonora con Baja California. Posteriormente visitamos San Diego y los Ángeles, y en la última etapa estuvimos en la presa Boulder y el Gran Cañón.

El viaje fue muy interesante porque nos llevó a un hermoso rincón de la Baja California y de México, que sentíamos muy lejano; porque pudimos apreciar la riqueza, el avance y la diversidad del estado norteamericano de California; porque viniendo de una región agrícola -como el Yaqui-, en la que se hablaba ya de la necesidad de construir grandes presas, nos llamó la atención la enorme presa Boulder, y porque el Gran Cañón nos pareció una maravilla de la naturaleza que nos impresionó profundamente.

*Me imagino que habiendo tenido usted que salir de Sonora para hacer estudios de preparatoria, ello contribuyó a ampliar su visión del país. ¿Fue así?*

Como ya dije, la preparatoria la hice en Guadalajara, y aunque ésta era entonces relativamente pequeña, para mí era una ciudad grande y lejana, de otra región de México.

Yo viajaba por tren, y aun cuando generalmente no hacía escala en algún lugar intermedio, el solo recorrer estados como Sinaloa, Nayarit y parte de Jalisco era toda una nueva experiencia. Eran otros paisajes, otra vegetación, otros climas e inclusive otros tipos de gente y otras maneras de hablar.

Ya en Guadalajara conocí algunos de los alrededores: Tlaquepaque, Zapopan, Chapala, y más tarde Tepatitlán y varios poblados de la región

de los Altos de Jalisco. Y en la licenciatura universitaria, en la ciudad de México, mi conocimiento del país se fue ampliando poco a poco. En efecto estuve varias veces en Cuernavaca y Cuautla, en Toluca, Puebla, Pachuca y otras ciudades cercanas a la capital, y tiempo después conocí Querétaro, Celaya, Guanajuato, Morelia y otros lugares.

Siendo estudiante universitario, al menos una vez al año viajaba a Sonora en las vacaciones de invierno. De modo que al concluir mis estudios conocía ya, aunque casi siempre en forma muy superficial, buen número de entidades del país.

Los viajes en México, que multipliqué sobre todo en los años del Movimiento de Liberación Nacional, me permitieron conocer el país. Gracias a ellos pude recorrer montañas y costas, disfrutar de hermosos paisajes, apreciar la diversidad del territorio y la riqueza cultural de nuestro pueblo. Y si bien a menudo visitamos lugares pintorescos muy atractivos, aun los secos y desérticos tenían su belleza. Del desierto, por ejemplo, me sorprendieron sus colores, los ocre y grises, las rocas casi negras de ciertos cerros en Sonora, las blancas arenas en la región de Altar y hacia el Sur de Mexicali, junto al mar, a su vez intensamente azul.

Lo que sin embargo me causaba pena en los recorridos por el país es la dramática desigualdad social y especialmente la miseria de numerosos trabajadores en el campo y las ciudades. Siempre que fui al Noroeste, me interesó acercarme a los hermosos valles agrícolas de los Estados de esa región. Con frecuencia pude comprobar que aun en los más mecanizados y modernos, al lado del camino muchas familias vivían en condiciones lamentables, en chozas paupérrimas, y tomando el agua insalubre de los canales. Y la pobreza de muchos mexicanos era todavía mayor y más impresionante en estados como Zacatecas, Guerrero, Oaxaca, Chiapas y otros de los más atrasados.

*Cuando estuvo usted en Estados Unidos para hacer estudios de postgrado, ¿qué lugares visitó?*

Después de despedirme de mis padres, en Sonora, viaje a Nogales y Tucson, Arizona, desde donde volé a Nueva York, con varias escalas, y durante poco más de un año viví en esta ciudad, a la que en adelante regresé con cierta frecuencia.

Mi estancia en Nueva York fue, en verdad, muy enriquecedora. Entre otras cosas me permitió ver los desajustes de la economía norteamericana al terminar la guerra, acercarme a las luchas que los trabajadores empezaban a librar, al ser afectados por el desempleo; familiarizarme con libros y revistas en los que, desde posiciones críticas-avanzadas se examinaba lo que acontecía en Estados Unidos y otros países, hacer nuevos y queridos amigos y aprender, tanto en lo que estudiaba como en lo que veía, cosas de las que nada o muy poco sabía hasta entonces.

Y, desde luego, la enorme, interesantísima y en más de un aspecto única ciudad de Nueva York me impresionó grandemente, y gracias a largas y agradables caminatas, la disfruté mucho.

Durante mi estancia me llamaron también la atención, por un lado el cosmopolitismo de la ciudad, pues por todas partes veía gente que procedía de lejanos países, y la cantidad y riqueza de la información sobre lo que ocurría en múltiples países.

Al retornar a México preferí hacerlo en autobús, lo que me permitió recorrer varias importantes y hermosas regiones y pasar unas horas en Pittsburgh, Tulsa, San Antonio y finalmente en Nogales. Y en los diversos lugares del sur en que el autobús se detuvo, me impresionó la discriminación racial. En Tulsa, por ejemplo, vi autobuses urbanos en los que los negros tenían que amontonarse tras de una reja en los pocos asientos de atrás, porque no se les permitía sentarse o siquiera ir de pie en el más amplio espacio reservado a los pasajeros «blancos»; y en varios lugares de Texas me tocó ver, lo que me pareció indignante e increíble, que incluso en restaurantes modestos había signos que indicaban que los negros no podían entrar.

Mientras viví en Nueva York conocí bien la ciudad, y muy poco los alrededores, salvo lugares muy cercanos en Long Island y varias ciudades del lado de New Jersey.

La ciudad me impresionó grandemente, en particular Manhattan; y en largas caminatas, poco a poco me familiaricé con múltiples barrios; la quinta avenida, cerca del parque central y la calle 59, y alrededor de San Patricio y el Rockefeller Center, así como las avenidas paralelas hacia el Este: Madison, Park Avenue, Lexington y la Tercera; el tranquilo, acogedor y hermoso Sutton Place, frente al bullicioso río del Este y el puente Queensborough, y hacia el norte de la isla, cerca del río de Harlem, el espectacular puente de Washington; y hacia el sur, el barrio de la Universidad de Columbia, y más abajo Washington Square; las librerías de viejo cerca de la calle 14, Union Square; Broadway a varias alturas, el puente de Brooklyn y la espectacular vista del perfil de Manhattan desde las llamadas Brooklyn Heights; el barrio financiero, en la parte baja de la isla, sobre todo a partir de Trinity Church y Wall Street, algunos muelles y los grandes barcos.

De ese primer año en que estuve en Nueva York recuerdo, entre otras cosas, que debido a que los jóvenes estaban en el ejército, llamaba la atención el gran número de mujeres en el metro, otros medios de transporte y ciertos sitios, lo que obedecía a su creciente presencia en la fuerza de trabajo.

Otro hecho que me causó profunda impresión fue la forma en que la gente se lanza a la calle para celebrar la terminación de la guerra. Relativamente temprano, esa noche de agosto de 1945 caminé por Broadway, desde Columbus Circle hasta Times Square. Y en verdad nunca había visto una manifestación semejante, en la que todo era alegría, entusiasmo, cantos, gritos y una actitud espontánea y amistosa de la gente; distinta a su forma de actuar ordinaria.

E inmediatamente después de que la guerra concluyó, cuando empezaban a aflorar viejos y nuevos problemas, un acto que siempre recordaré es un mitin en el Madison Square Garden al que asistimos Stella y yo, de solidaridad con los trabajadores que no encontraban empleo o lo habían perdido, y que terminó con varias hermosas canciones de Paul Robeson, y una impresionante colecta de fondos en la que se comenzó preguntando quién podía aportar mil dólares o más, y se terminó pidiendo que cada uno de los asistentes contribuyera al menos con un dólar.

Años después volví muchas veces a Estados Unidos; y estando en Nueva York, o de regreso a México, conocí ciudades de Canadá como Montreal, Québec y Toronto, y norteamericanas como Boston, Washington, Chicago y Nueva Orleans.

De Canadá, nos gustaron mucho tanto Québec como Vancouver. Québec la visitamos por primera vez en invierno, y al menos yo, nunca había visto tanta y tan hermosa nieve. Recuerdo que, desde la parte alta de la ciudad, nos impresionó ver a numerosos chicos patinando sobre el congelado Río San Lorenzo. Vancouver, en donde estuvimos años después, nos gustó mucho también, y sobre todo nos agradó caminar todas las mañanas en el parque Stanley, la vista de The English Bay, y los alrededores. Anecdóticamente comentaré que, estando en Vancouver, nos invitó una noche a cenar un amigo canadiense –dirigente sindical– que era por entonces funcionario del Gobierno Municipal. Y al preguntarnos nuestra impresión de la ciudad le dijimos que nos agradaba mucho, pero que a menudo no sabíamos en dónde estábamos, dado el gran número de extranjeros, y en particular personas procedentes de diversos países del oriente. Él comentó que no le extrañaba, pues «los canadienses ya somos aquí una minoría.» También hablamos de la dependencia de Canadá, y nuestro amigo, que recientemente había estado en México, dijo que él pensaba que ellos dependen más que nosotros de Estados Unidos.

En 1948 volví a Nueva York, en donde pasé tres meses estudiando principalmente cuestiones financieras, relacionadas con la inversión extranjera. De regreso me detuve unos días en Washington, lo que resultó interesante pues pude conversar sobre la relación de México con Estados Unidos con el licenciado Alfonso Cortina, quien representaba a la Nacional Financiera, y con don Luis Quintanilla, por entonces embajador de nuestro país en Estados Unidos, y de ambos recogí la opinión de que nuestras relaciones con la potencia del norte eran todo, menos fáciles.

Entre 1956 y 1990, o sea durante treinta y cuatro años no pude entrar a Estados Unidos porque se me negaba la visa, por considerar que yo participaba en esfuerzos y organizaciones hostiles a las posiciones políticas del gobierno de ese país. Y fue hasta el último año antes mencionado cuando, al derogarse la Ley McCarran, se me extendió una visa, aunque no dejé de tener dificultades para entrar al país vecino.

Entretanto, inclusive en varias ocasiones en que recibí alguna invitación para ir a Estados Unidos, se me negó el permiso para entrar, o al menos no se respondió a la solicitud de visa con oportunidad. Recuerdo, por ejemplo, que las Universidades de Colorado, Pittsburgh y California me invitaron a algún seminario o a dictar conferencias sobre cuestiones en las que yo trabajaba. En los tres casos acepté, agradecí la invitación, y pedí a los invitantes que ellos solicitaran la visa norteamericana, porque para mí no era fácil hacerlo, lo que recibieron con agrado y sintiendo que no sería problema; pero en los tres casos, también, unos días después se me informó que el tiempo disponible se había agotado, sin que hubiera respuesta a la solicitud de visa, por lo que mi viaje no era ya viable. En otras ocasiones la respuesta fue negativa.

Regresar a Estados Unidos después de 34 años significó, entre otras cosas, encontrar no pocas novedades. Me sorprendió, por ejemplo, que la discriminación de los negros, si bien seguía presente, no era ya tan obvia y ofensiva como antes. Me sorprendió, asimismo, que debido al gran número de trabajadores latinoamericanos migrantes, el español se oyera mucho más. Advertí, acaso por primera vez, expresiones dramáticas de pobreza y aun de miseria, que contrastaban con múltiples signos de riqueza, poder y bienestar. Comprobé que la población tenía, quizás como en ningún otro país, orígenes muy diversos, y que en vez de aprovechar ese rico potencial y apoyarse unos a otros, a menudo tuve la impresión de que estaban todos contra todos. Y, desde luego me di cuenta de que había mucho de nuevo. En ese viaje sólo estuve en Houston y Nueva York, y el primero se había convertido de una pequeña en una ya muy importante ciudad, y Nueva York, aunque a primera vista parecía ser el de siempre, a medida que lo recorrí pude advertir que gracias a la larga fase de expansión de la postguerra, se había rejuvenecido y modernizado, con numerosos nuevos grandes edificios.

*¿Cuándo hizo usted su primer viaje a países hermanos de América Latina?*

En 1950 formé parte de la delegación mexicana a la III Sesión de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), de las Naciones Unidas, que se realizaba en Montevideo. Con ese motivo me detuve unas horas, para cambiar de avión, en la ciudad de Panamá, y más adelante por tres o cuatro días en Buenos Aires, que no conocía, en donde además de disfrutar la ciudad, pude advertir algo de las contradicciones del régimen peronista. En Montevideo estuve con más calma, y desde ahí conocí otros lugares de Uruguay.

Ya de regreso hice breves escalas en Sao Paulo y Río de Janeiro, y recuerdo que el economista Fernando Zamora y yo, que viajábamos juntos, intentamos detenernos en Puerto Rico, pero a mí se me pidió visa, que no tenía, y por ello tuvimos que continuar hasta Miami, Florida, donde permanecimos de un día para otro. De ahí bajamos a La Habana, ciudad en la que tampoco pudimos quedarnos, por lo que después de unas horas seguimos

nuestro viaje a la ciudad de México. Y a propósito de tener que ir hasta la Florida, cabe aclarar que por entonces no había, desde el sur de Nuestra América, vuelos directos a México.

En el propio año de 1950 pasé los últimos tres meses en Nueva York, por ser miembro de la delegación de México a la v Asamblea General de las Naciones Unidas, que presidió don Luis Padilla Nervo. Antes de salir de México, don Manuel Tello, entonces Secretario de Relaciones Exteriores, recibió dos veces a los integrantes de la Delegación, para darnos a conocer la posición de esa secretaría sobre diversos asuntos, y ya en Nueva York, aunque a ratos cansaba oír algunos largos y adornados discursos, la participación en esa Asamblea fue para mí muy útil, pues entre otras cosas me permitió oír excelentes intervenciones, enterarme de graves problemas, iniciar una relación con varias personas, saber lo que hacía la Comisión de Desarrollo de la ONU, creada poco tiempo antes, así como estudiar otros materiales sobre ese tema -y sobre la situación económica internacional- que para nosotros era fundamental, y sobre lo que yo hice mis dos principales intervenciones en la segunda comisión de la asamblea.

*¿Realizó usted por entonces algunos otros viajes de trabajo en México o en el extranjero?*

Sí, sobre todo mientras fui funcionario del Banco Nacional de Comercio Exterior, entre 1953 y 1956, hice varios viajes relacionados con asuntos a mi cargo. Por ejemplo, el problema del plátano hizo necesario que fuera cuatro o cinco veces a Tabasco; el proyecto de impulsar la avicultura y la necesidad de conocer la situación existente y los problemas de la actividad, me llevaron a Sonora, Sinaloa, Jalisco, Puebla y otras entidades. El interés en la ganadería me permitió ir a varias regiones del Norte y del Golfo de México. Un estudio sobre la pesca me ayudó para ir a Baja California y Sonora, y después a Veracruz, Campeche, Yucatán y Quintana Roo, y el interés del Banco en la cuestión algodонера me obligó, en cierto modo, a acercarme a centros algodoneiros importantes como Mexicali, Hermosillo, Ciudad Obregón, La Laguna y Matamoros, y al respecto, cuando dirigí el Departamento de Estudios Económicos del banco no dejó de sorprenderme que varios jóvenes economistas trabajaran sobre ciertos productos de exportación, sin conocer las principales regiones de la que esos productos procedían.

A propósito de mis frecuentes viajes a Villahermosa, Tabasco, en los años 1953-55, en donde me reuní varias veces con el gobernador Bartlett, recuerdo anecdóticamente que en uno de los largos, en verdad maratónicos actos a los que concurrían centenares de plataneros, al aflorar ciertas discrepancias y desacuerdos en torno a lo que debería hacerse, dejé sentir al gobernador mi temor de que las cosas se complicaran y él, tranquilamente, me dijo: no se preocupe, en Tabasco, si se da oportunidad de que todos hablen, no hay problema. En efecto, todos los que quisieron hablar, lo hicieron, y después de once o doce horas terminó la reunión.

El trabajo en el Banco, además, con frecuencia requería atender reuniones internacionales en otros países. Por ejemplo, en 1953, formé parte de la delegación mexicana a una conferencia económica de la OEA en Caracas, que presidió don Ricardo J. Zevada; y en 1956, también como miembro de otra delegación encabezada por el ingeniero Julián Rodríguez Adame, fui a Washington, a una Reunión de la Comisión Internacional Consultiva del Algodón, en la que, por circunstancias inesperadas, a la postre no participé.

*¿Cuándo hizo usted su primer viaje a Europa y qué lo llevó allá?*

En 1958 yo presidía el Círculo de Estudios Mexicanos, y el Consejo Mundial de la Paz nos invitó para asistir a una reunión en Estocolmo sobre Desarme y Cooperación Internacional. A mí se me eligió para ir como representante del Círculo, y posteriormente como presidente de la delegación mexicana.

La reunión fue para mí una rica fuente de enseñanzas, principalmente porque me tocó participar en el comité de resoluciones, que se repartió entre quienes podían expresarse en inglés o en francés. Formé parte del primer pequeño grupo, que presidió el científico británico John D. Bernal, a quien conocí en esa ocasión, cuya sencillez, modestia y talento me impresionaron y al que encontraría a partir de entonces varias veces. Pues bien, cuando el grupo que trabajaba en francés terminó de elaborar un proyecto de texto, lo sometió a los que se expresaban en inglés. Si mal no recuerdo, lo hizo el escritor soviético Ehreburg, y el profesor Bernal comentó que le parecía muy retórico, demasiado general, impreciso, y un texto en el que se prestaba más atención a la forma que al contenido. Y al leerse el proyecto en inglés, Ehreburg y otros lo consideraron frío, inatractivo e inadecuado para movilizar a la gente en favor de la paz. Unos y otros tenían cierta razón, y sus respectivos argumentos ayudaron para que al final se redactara un llamamiento mejor.

En 1960 hice otros viajes interesantes, como ya lo recordé. En mayo de ese año fui uno de los integrantes de un pequeño grupo de personas a quienes invitó el canciller cubano Raúl Roa, para asistir a una gran manifestación popular el 1° de mayo, participar en una reunión de solidaridad con Cuba y a permanecer unos días en La Habana. La invitación nos entusiasmó, ya que simpatizábamos con la revolución cubana y nos interesaba saber lo que ahí acontecía, y desde México no era fácil seguir el proceso. Faltaba información, y los hechos se sucedían tan de prisa que siempre estábamos atrás de ellos.

Charlando con el canciller Roa después de nuestro arribo, en un momento de la conversación nos preguntó si teníamos ya lista nuestra intervención para el acto de la mañana siguiente. Fue así como nos dimos cuenta de que, en realidad, nadie sabía con precisión lo que debíamos hacer. El propio Roa nos dijo, entonces, que a la mañana siguiente habría un importante encuentro de solidaridad con Cuba, y que seguramente se esperaba

con interés nuestra intervención. Cuando esto ocurrió empezaba a anochecer, y el canciller comentó: me temo que algunos de ustedes tendrán que trabajar esta noche, y lo único que yo puedo hacer es ofrecerles mi oficina en el Ministerio de Relaciones Exteriores, para que ahí redacten el texto que exprese su posición.

Como sabíamos poco del curso de la Revolución, pedimos a un viejo y estimado amigo que residía en La Habana, el economista Juan Noyola, que nos acompañara y ayudara a aclarar las dudas que seguramente suscitaría nuestra encomienda. Noyola aceptó hacerlo, y gracias a su valiosa cooperación sorteamos el problema dignamente. A eso de las 5 o 6 de la mañana se terminó de redactar el documento, y un rato después lo pusimos a consideración de otros compañeros, y ya aprobado, Fernando Benítez comentó que sólo faltaba decidir quién lo leería, a lo que añadió que pensaba que él debía hacerlo porque era quien leía mejor. Los demás estuvimos de acuerdo en que él fuera el lector, lo que por cierto hizo muy bien, y como un actor teatral.

Ese primer viaje a Cuba después de la revolución fue extraordinario. En unos cuantos días de estancia en La Habana aprendimos mucho más que durante meses en México. Aquí, casi siempre con retraso, leíamos sobre ciertos hechos; en La Habana vimos el proceso volcarse en las calles, advertimos el entusiasmo de la gente y hablamos con quienes estaban dirigiendo la Revolución e influían directamente en su curso. Aparte de los discursos del comandante Castro, y en particular el de ese 1º de mayo, fueron muy esclarecedoras para nosotros las explicaciones de Carlos Rafael Rodríguez, de Raúl Roa, Osvaldo Dorticós, Ernesto «Che» Guevara, Juan Marinello y otros distinguidos dirigentes a quienes pudimos escuchar. Y también nos resultaron muy útiles los comentarios de Juan Noyola, Regino Boti y otros amigos.

A varios de nosotros la Revolución Cubana nos hizo sentir que era el inicio de la transición a nuevas formas de organización social, y si bien no se hablaba aún de socialismo, al oír a varios de los principales dirigentes pensamos que estábamos frente a una ruptura histórica profunda y realmente revolucionaria.

En el otoño de ese propio año hice un largo viaje, esta vez a China, del que ya hice también algún comentario. Y el licenciado Emilio Portes Gil, que aparte de presidente interino de la República años atrás, había sido recientemente embajador de México en India, se acercó al doctor Montaña y le pidió lo propusiera como integrante del grupo que iría a China, lo que fue aceptado. Cabrera y yo, por otra parte, consultamos si podíamos acompañarnos de nuestras esposas, desde luego cubriendo nosotros sus gastos, y los amigos chinos se mostraron de acuerdo.

Casi todos los invitados mexicanos hicieron el viaje a través de la Unión Soviética. Mi esposa y yo seguimos otro camino, al parecer menos congestionado. Viajamos vía Suiza, y después de detenernos dos días en Berna,

con algunos otros latinoamericanos seguimos a Ginebra, en tren, y de Ginebra volamos a Bombay, pasando por Líbano, que entonces estaba todavía relativamente en calma. En Bombay ocurrió algo inesperado: primero se nos dijo con imprecisión que quizás haríamos allí una escala, y unos minutos más tarde se nos informó que estaríamos en esa ciudad dos días, y que mexicanos y venezolanos podríamos desembarcar, no así argentinos, brasileños y otros latinoamericanos, porque en sus países había habido fiebre amarilla. Se nos aclaró, además, que los gastos de hospedaje de nuestra breve estancia correrían a cargo de la compañía de aviación. Dos venezolanos, uno de los cuales era el investigador Salvador de la Plaza, con quien a partir de entonces hice una larga amistad, y mi esposa y yo, desembarcamos, y durante dos días caminamos muchas horas en Bombay. Los demás latinoamericanos permanecieron aislados en el aeropuerto.

En Bombay tuvimos una agradable experiencia. Después de instalarnos en el hotel al que la línea aérea con la que viajábamos, nos llevó, ya al anochecer salimos a caminar, y a unas cuantas cuadras vimos que al fin de una calle había una especie de danza y bastante gente alrededor. Nos acercamos, y cuando nos preguntábamos qué era aquello, un joven se dirigió a nosotros en inglés y nos propuso subir al balcón, pues desde ahí tendríamos una mejor vista. Nos explicó que era una fiesta popular, al parecer de origen religioso, y después nos invitó a pasar un momento a su habitación, en el mismo edificio, y tomar una copa de algo, para nosotros, desconocido. Fuimos con él, y a partir de ese momento recibimos no menos de media docena de invitaciones para conocer a otras personas y compartir algunos bocadillos y extrañas bebidas.

Ya tarde, cerca de la media noche, caminamos de regreso al hotel, y nos causó profunda impresión ver a centenares, o probablemente miles de personas durmiendo en las calles, sobre el pavimento, lo que sin duda era una dramática expresión de miseria.

La breve e inesperada escala en Bombay resultó interesante, además, porque un modesto profesor de primaria se acercó a nosotros cuando caminábamos, y después nos acompañó varias horas, lo que nos dio oportunidad de hacer múltiples preguntas sobre la India, y en particular sobre educación, problemas sociales y condiciones de trabajo, cuestiones sobre las que el profesor estaba bastante bien informado, y nos dio respuestas que nos ayudaron a saber lo que acontecía, al menos en Bombay.

Después de hacer una breve escala en Tailandia, continuamos a Hong Kong, y por tren, de ahí a Cantón, desde donde volamos en un DC-3 -en viaje de casi doce horas- a Pekín.

De ahí hacia el sureste fuimos al importante puerto de Shanghai, en donde visité la Universidad y pude charlar con varios economistas. Y desde Pekín hicimos otro interesante y largo recorrido y estuvimos en Chinchou, Shenyang, Anshan y otras ciudades del noreste.

La estancia en China nos permitió ver comunas y modernas fábricas, cambiar impresiones con intelectuales y altos funcionarios, tomar nota de avances que la Revolución había hecho posibles y de problemas aún no resueltos, apreciar diferentes manifestaciones artísticas y artesanales, oír diversas opiniones acerca de la relación con la Unión Soviética e incluso comprobar que ya entonces China empezaba a dejar atrás dramáticas expresiones de pobreza y aun de hambre tradicionales, lo que en particular sorprendía al licenciado Portes Gil, quien tenía la impresión de que nuestros anfitriones habían preparado un «show» para engañarnos, y tendía a comparar las condiciones de China con las de la India, por lo que no le resultaban las cuentas. Y algo más que el licenciado Portes Gil no podía entender, era por qué las puertas de las habitaciones en los hoteles en que nos alojábamos, no tenían llaves, y lo que no le convencía era que le dijeran que no se necesitaban.

Los cambios logrados por la revolución nos impresionaron, aunque a la vez sentimos con frecuencia que el desarrollo, a partir de las condiciones existentes y en la forma en que se proyectaba alcanzarlo, resultaría más difícil de lo que se pensaba. En particular las comunas y la idea de aumentar grandemente la producción de acero a partir de pequeñas instalaciones nos hicieron dudar, y a menudo, además, nos pareció que la visión que se tenía del capitalismo era muy parcial y simplista.

El regreso de China lo hicimos Stella y yo por la Unión Soviética, Inglaterra y Canadá, gracias a lo cual pudimos estar por primera vez en Moscú, en donde visité la Escuela de Economía de la Universidad Lomonosov. Nuestra estancia en Moscú fue muy breve, y poco o nada pudimos saber acerca de la situación de la Unión Soviética. No obstante, visitamos un espléndido museo, y charlando con un profesor universitario recogimos cierta información sobre la dirección en la que se impulsaba por entonces el desarrollo, y por cierto también sentimos que algunas opiniones que oímos sobre el capitalismo, y en particular sobre el capitalismo del subdesarrollo latinoamericano, no eran muy convincentes.

En Londres nos reunimos con una amiga norteamericana que vivía allí, visitamos algunas excelentes librerías, fuimos una noche al teatro y, desde luego, estuvimos en la National Gallery, y en Toronto hicimos una inesperada y breve estancia, porque así lo decidió la compañía de aviación en la que volábamos.

Allí, por cierto, viniendo de China nos sorprendió que en el viejo hotel del centro de la ciudad en que nos hospedaron una noche por cuenta de la compañía de aviación, la puerta de nuestra habitación tenía dos llaves y un cerrojo especial, además de una inscripción en la que se recomendaba usar llaves y cerrojo, y se advertía que en caso de robo el hotel no se hacía responsable.

Unos meses después, a principios de 1961, el general Lázaro Cárdenas, como ya comenté en un capítulo anterior, me pidió gentilmente que lo repre-

sentara en una reunión de la presidencia del Consejo Mundial de la Paz, de la que él era miembro, que estaba por realizarse en la India, y a la que él no podría asistir. Le agradecí la distinción y le ofrecí que consideraría de inmediato la posibilidad del viaje.

La sesión de la presidencia del Consejo Mundial de la Paz fue muy interesante, y además de conocer a gente altamente calificada, me permitió participar en diversos cambios de impresiones, a veces durante cuatro o cinco horas; advertir que en torno a ciertas cuestiones se llegaba fácilmente a un acuerdo, mientras que respecto a otras afloraban ciertas discrepancias, ver algo de la India, y encontrarme de nuevo con el profesor Bernal.

Al año siguiente, de nuevo el general Cárdenas me pidió que lo representara en una conferencia de Solidaridad con la Revolución Cubana, reunión en la que, además, participamos varios compañeros miembros de la Dirección del Movimiento de Liberación Nacional. Yo preparé una intervención y pedí a la señora Clementina Batalla de Bassols que si estaba de acuerdo, ella la leyera. Aceptó y lo hizo muy bien. Y en los días que pasamos en La Habana me dio mucho gusto conocer y charlar brevemente varias veces con el doctor Salvador Allende y el escritor chileno Volodia Teitelboim, con quienes coincidí en un pequeño comité encargado de recoger los acuerdos de dicha reunión. Y, llevando la representación de don Lázaro Cárdenas, en una cena en el hotel Habana Libre, incluso pude conversar brevemente con Fidel Castro.

En 1963 hice otros viajes de trabajo por distintos rumbos.

Hacia mediados del año, el Comité Nacional del MLN me comisionó para hacer un recorrido por varios países de Latinoamérica, a fin de poner a consideración de organizaciones y personas amigas la propuesta de realizar una Conferencia Latinoamericana y Caribeña, para responder a la Alianza para el Progreso del presidente Kennedy, de Estados Unidos; alianza que en realidad pretendía que las clases dominantes en nuestros países, a fin de cerrar el paso a cambios revolucionarios, aceptaran ciertas reformas que aun pudiendo lesionarlas de inmediato, a la larga las beneficiarían. Y aunque ello no se decía, de hecho se proponía asimismo renunciar a un desarrollo independiente, y aceptar que la subordinación a Estados Unidos sería ventajosa.

Con tal motivo estuve en Brasil, Uruguay, Argentina, Chile y Colombia, y si bien en todas partes encontré una favorable acogida a la propuesta, de momento no fue fácil decidir en dónde podría realizarse la Conferencia.

En Brasil, con la valiosa ayuda de nuestro buen amigo Valerio Konder conversé con varias personas que pensaban que su país, bajo el gobierno de Goulart, parecía ser el mejor lugar para celebrar la reunión, porque esta sería vista con respeto, sus propósitos y acuerdos difundidos ampliamente, y donde había condiciones propicias para interesar y movilizar a importantes grupos de ciudadanos. En general tuve la impresión de que personas vinculadas a diferentes organizaciones, coincidían en lo antes dicho. Pero a

punto de dejar Río de Janeiro para proseguir mi viaje, recogí de un importante dirigente político -Carlos Marighela- una opinión distinta. Él estuvo de acuerdo en que, bajo un gobierno como el de Goulart, el clima para el encuentro que se proyectaba podría ser propicio y aun favorable. Su duda, sin embargo, era otra: ¿Podría sostenerse ese gobierno? Él temía que las fuerzas más conservadoras de dentro y de afuera lo vieran con creciente hostilidad, y aun se empeñaran en derrocarlo, lo que a la postre ocurrió.

En Montevideo estuve también varios días y charlé con dirigentes políticos y sindicales, y con intelectuales progresistas que prometieron trabajar por la Conferencia Latinoamericana. Entre otras personas conversé con Vivian Trias, con don Carlos Quijano, que dirigía el prestigiado semanario *Marcha*, y quien gentilmente me invitó un día a almorzar, llevando con él al talentoso y por entonces muy joven colaborador del periódico, Eduardo Galeano, con quien desde ese día hice una buena amistad, al igual que con don Carlos, quien años más tarde vendría a México en el exilio. Me hubiera gustado reunirme con Rodney Arizmendi, pero me parece que no estaba en Uruguay.

En Montevideo tuve, además, la grata experiencia de que personas ligadas a diferentes organizaciones y que al parecer tenían explicables discrepancias, estuvieron de acuerdo en la idea de realizar la Conferencia, convinieron en que sería muy oportuna y útil, y ofrecieron colaborar para llevar adelante el proyecto.

Días después estuve en Buenos Aires.

A menudo se dice que los argentinos no son fáciles, que suelen ser suficientes y que se interesan más en Europa que en Nuestra América, pero en la breve estancia de que hablo yo tuve otra impresión, porque las personas a quienes me acerqué -dirigentes políticos e intelectuales-, fueron muy cordiales y amistosas, y no sólo se mostraron dispuestas a conversar, a menudo varias horas, sino que me invitaron a conocer algún lugar de interés, a comer o tomar una tasa de café o una copa de vino con otros amigos, y dos o tres de ellos, que habían asistido a la Conferencia Latinoamericana que se celebró en México a principios de 1961, hicieron muy buenos recuerdos de su breve estancia en nuestro país.

De las varias cordiales e interesantes reuniones con algunas personas en Buenos Aires, recuerdo una con el exvicepresidente de Argentina Alejandro Gómez y otra con David Thiefenberg, dirigente del Partido Socialista. Los argentinos ofrecieron asimismo participar, y aunque entre ellos advertí diferencias no fáciles de superar, pude apreciar a la vez que tan solo en esa ciudad había un importante potencial que no debía menospreciarse.

De Buenos Aires, ciudad que visitaba por segunda vez, y que ahora conocí mejor, continué a Santiago de Chile. La estancia en Chile fue de lo más valioso del viaje pues la amistad con la profesora Olga Poblete, con Salomón Corbalán y otros dirigentes políticos, así como el conocimiento del doctor Salvador Allende y de varias personas más, permitió hacer de

inmediato muy útiles contactos, y a partir de ahí tener interesantes y provechosos cambios de impresiones.

A través de Salomón Corbalán entré rápidamente en contacto con los principales dirigentes del Partido Socialista, incluyendo al doctor Allende, entonces senador, y a quien como ya comenté, había conocido en La Habana un año antes; a Raúl Ampuero, que presidía dicho Partido, a Clodomiro Almeida y otros.

En Santiago me reuní también con la profesora Olga Poblete, a quien yo estimaba y a la que me dio mucho gusto volver a ver. El intercambio de impresiones fue igualmente provechoso y cordial. Incluso diría que más rico que otros, porque en Santiago pusimos énfasis en que los movimientos de liberación debían organizarse, de ser posible en todos nuestros países, ya que su plena emancipación no sería una tarea a acometer aisladamente, desde cada país, sino un esfuerzo en el que, sin perjuicio de las luchas nacionales, tendrían que conjugarse esfuerzos a escala regional.

Entre otras personas charlé asimismo con Pedro Vúskovic y varios economistas, y puedo decir que el saldo de la visita a Santiago fue muy positivo, que en todas las personas con quienes entré en contacto, encontré muy buena disposición a apoyar el proyecto de una nueva Conferencia de Latinoamérica y el Caribe, a participar en su realización, e incluso algunos mencionaron que quizás la Conferencia podría realizarse en Chile.

Del trabajo realizado en Chile destacaría dos reuniones con pequeños grupos vinculados al FRAP -Frente Revolucionario de Acción Popular-, un cambio de impresiones con varios economistas, un viaje de todo un día a Valparaíso y Viña del Mar con dirigentes del Partido Socialista, un encuentro en el Congreso de la República con motivo del acto realizado por el trigésimo aniversario de la fundación de ese partido -en el que incluso me invitaron a decir unas palabras-, una larga conversación con Raúl Ampuero, por entonces presidente del mismo, y una amistosa reunión en casa de los señores Salvador Allende y Hortencia Busi de Allende. Y tanto en ese como en otros encuentros no sólo se acogió con entusiasmo la idea de la Conferencia, sino que se ofreció trabajar para que Chile fuera el lugar en que se celebrara.

Conforme al plan de viaje, faltaba solamente visitar Colombia, por lo que de Santiago de Chile volé a Bogotá. Aquí, entre otras personas entrevisté a Jorge Zalamea, activo pacifista. Alguien me mencionó al profesor Antonio García, a quien no conocía por entonces, y al que no vi porque entiendo que no estaba en la capital. En cambio, en una pequeña reunión con varios amigos, una diputada a quien había conocido en México, me sugirió ver a Adolfo López Michelsen, quien poco tiempo después sería candidato, y al triunfar en las elecciones, presidente de Colombia. Solicité verlo y pude conversar con él unas dos horas, le di cuenta del proyecto, le pedí su opinión y sugerencias, y lo encontré interesado, receptivo y respetuoso, convencido de que en lo que se hiciera debía procederse con posiciones am-

plias y realmente unitarias. Pero en el contacto con los amigos colombianos tuve a menudo la sensación de que los problemas y objetivos de que hablábamos nosotros: soberanía, independencia, liberación y paz, despertaban menos interés que las cuestiones internas que más de cerca les afectaban. Y, como en otros momentos, en ese recorrido latinoamericano, sentí a la vez que no teníamos claro como combinar la acción propiamente nacional, con la latinoamericana e internacional.

A propósito de América Latina, durante los años sesenta y setenta, adonde más viajé fue, en la primera década en México, y en la segunda a países hermanos, y sobre todo a Cuba, Venezuela y Ecuador.

*¿Cuál fue su impresión, después de conocer mejor nuestra América, y qué enseñanzas recogió usted de esos viajes?*

Ya dije que, desde muchacho, cuando estudiaba en la Universidad, me interesé en Latinoamérica, y tanto otros compañeros cercanos como yo éramos latinoamericanistas. Por entonces nos interesaban especialmente ciertas figuras y distinguidos pensadores: Bolívar, Martí, Rodó, Ingenieros, Vasconcelos, Mariátegui, y poco después Anibal Ponce, Narciso Bassols y otros. Pero nuestra vinculación a Latinoamérica era, en buena medida libresca, es decir, fruto de lo que leíamos.

En cambio, cuando años más tarde viajé y empecé a conocer algunos de nuestros países desde otra perspectiva, descubrí nuevos e importantes aspectos de su historia, su cultura y su vida. Comprendí entonces que Latinoamérica era, en realidad, nuestra patria grande. Me sorprendió lo mucho que teníamos en común, y aunque con frecuencia reparé también en ciertas diferencias, sentí que había, sin duda, una identidad cultural latinoamericana, de la que sin embargo no teníamos clara conciencia ni utilizábamos como parte de un rico potencial. Entre otros rasgos característicos semejantes pensé que, además del idioma, entre los principales estaban nuestro pasado colonial, el subdesarrollo, el defectuoso aprovechamiento y aun desperdicio de los recursos disponibles y la dependencia del imperialismo y de la ideología dominante. Por todo ello, desde entonces empecé a advertir que si bien retóricamente estábamos de acuerdo en la conveniencia de conjugar esfuerzos y unirnos, en la práctica seguíamos dispersos, separados unos de otros, y débiles.

*Pero volvamos a los viajes de trabajo de que antes hablaba. Después de su recorrido por Latinoamérica, ¿hizo usted algunos otros viajes en esa época?*

Sí, en compañía del doctor Guillermo Montaña y Fernando Carmona, a fines de 1963 estuve en Polonia, donde ellos fueron a una reunión del Consejo Mundial de la Paz, y yo, de nuevo, en nombre del general Lázaro Cárdenas, participé en una sesión de la Presidencia de ese Consejo.

El viaje, en particular para mí, fue muy provechoso y estimulante, ya que entre otras cosas me permitió acercarme a un país que no conocía,

que había sido brutalmente destruido por el nazismo en la Segunda Guerra Mundial y en el que el costoso y difícil proceso de reconstrucción estaba en marcha; volver a ver al distinguido profesor inglés John D. Bernal y a varios de sus más cercanos colaboradores, como Ivor Montagu; entrevistar al destacado economista polaco Oscar Lange, quien por entonces era presidente de la Comisión de Planificación, y que unos años antes había hecho una breve visita a México. Y por lo que hace a la sesión de la presidencia del Consejo, aparte de oír a personas que conocían a fondo de lo que hablaban, para mí fue un reto tratar de convencer a los miembros de dicho cuerpo, de que al menos en nuestros países del llamado «tercer mundo», la lucha por la paz no debía divorciarse de los más graves problemas y de la necesidad de construir una estrategia que permitiera un desarrollo nacional independiente.

Concluida la reunión en Varsovia, en donde pude, además, acercarme al interesante y prometedor trabajo teórico de varios dirigentes de la lucha por la paz y a algunos economistas, Guillermo Montaña y yo, en respuesta a una invitación amistosa nos detuvimos tres o cuatro días en Praga, y pude entrevistar a varios dirigentes de la lucha por la paz y a algunos universitarios. Después hicimos una breve escala en París, y aquí saludamos a otros amigos y al doctor Morones Prieto, por entonces embajador de México, que era amigo de Montaña, y quien deseoso de saber lo que pasaba en nuestro país, nos invitó dos veces a cenar.

De vuelta en México, oportunamente informé al general Cárdenas de la reunión de la presidencia del Consejo, y tiempo después me enteré de que el profesor Bernal le había escrito una carta —a la que se hace referencia en el capítulo 3— expresando el interés de los miembros de la presidencia de que siguiera formando parte de ella, y sugiriéndole que, si no podía asistir a alguna reunión, yo fuera, en caso de estar él de acuerdo, en su nombre.

De los días en Varsovia recuerdo, en particular, la conversación con el doctor Lange, quien al preguntarle por su trabajo comentó: es curioso, cuando yo no sabía de planificación, escribí con otro autor un libro (me parece que fue *Economic Theory and Socialism*), y tuvimos mucho éxito en países en los que tampoco se sabía mucho sobre ella. Ahora, en cambio, que presido la Comisión de Planificación y debemos trabajar en serio, con frecuencia no sabemos qué hacer. Sabemos, añadió, que centralizar demasiado es inaconsejable, y que quedarnos atrás es también inconveniente, pero lo que no nos queda claro es en dónde está la línea divisoria y el punto de equilibrio.

En la entrevista, el doctor Lange mencionó otros problemas que en la práctica no era fácil resolver, y a punto de terminar, amablemente me regaló y dedicó su obra *Political Economy*, que acababa de publicarse en Inglaterra.

Hubiera deseado saludar también al profesor Kalecki, pero no tuve oportunidad de hacerlo.

En 1964, estuve de nuevo en China, ahora con motivo de un Simposio Científico realizado en los suburbios de Pekín. El viaje fue esta vez, por Vancouver, Tokio y Hong Kong, y en las dos últimas ciudades nos detuvimos unos días.

El simposio fue importante, aunque participando tantas personas y examinándose tal cantidad de cuestiones, al menos yo sólo pude seguir algunas de las ponencias escritas y de las exposiciones verbales que se hicieron en torno al desarrollo económico. El breve texto que preparé se denominaba «Desarrollo económico, planificación y liberación nacional», y en él se destacaban, de manera muy resumida, las características del subdesarrollo y la importancia de forjar una estrategia capaz de superar tal situación, así como de planificar el desarrollo para aprovechar mejor los recursos disponibles y hacer triunfar la causa de la liberación nacional, o sea una verdadera y plena independencia.

Como parte del trabajo del Simposio recuerdo, además, que se nos invitó a una reunión en el Palacio del Pueblo, en la plaza Tienanmen, a la que concurrieron unos cuarenta a cincuenta economistas de diferentes países, y en la que al repararse en las responsabilidades del economista pronto afloraron dos posiciones muy diferentes y aun encontradas. Y mientras que unos procedíamos de países subdesarrollados, y desde luego socialistas, veíamos a la economía como una ciencia social, y como economía política, varios europeos y sobre todo una economista inglesa defendieron posiciones neoclásicas, lo que por cierto no dejó de sorprender, aunque sus opiniones fueron escuchadas con respeto.

Al terminar el simposio, ya para salir de China viajé a Cantón, en donde estuve sólo de un día al siguiente, y varios profesores me invitaron a visitar la Escuela de Economía, y después a reunirme con ellos a tomar té y postres, lo que se me dijo se acostumbraba ofrecer a los visitantes, y se hizo esta vez en un agradable restaurante frente a un hermoso lago.

En Europa me detuve unos días en París, y tuve oportunidad de conversar con varias personas vinculadas a un centro de estudios marxistas y adquirir algunos libros que pensé serían muy útiles para mi trabajo.

Por entonces hice otro interesante viaje a Israel, para participar en un Seminario organizado por la Universidad de Jerusalén, que empezó en Tel Aviv y continuó y concluyó en Jerusalén, y en el que presenté una ponencia sobre el papel de la reforma agraria en el proceso de desarrollo, concretamente en México.

Terminado el Seminario, se nos dijo a los participantes que había la posibilidad de realizar un recorrido por Israel, y que quienes se interesaran en hacerlo podrían inscribirse en uno de dos pequeños grupos, según hablaran inglés o francés. El recorrido, que duró unos cuatro días nos llevó al Mar Muerto, después a lo largo del Río Jordán, al Mar de Galilea, en la frontera con Líbano, a Nazareth, y hacia el final, tras visitar buen número de kibutsim y de cooperativas rurales, oír a varias personas muy calificadas

y cambiar impresiones con quienes amablemente nos alojaron en sus pequeñas casas en el curso de la gira, ésta concluyó con una reunión con el Ministro de Trabajo, en la que se habló de los principales avances y de problemas aún no resueltos.

De regreso a México me detuve un par de días en Atenas y de ahí continué a Belgrado, en donde tuve dos experiencias interesantes. Una consistió en que me acerqué a la Comisión de Planificación de Yugoslavia, y pude recoger una valiosa información, así como entender mejor los problemas que planteaba el intento de racionalizar la inversión. La otra consistió en que conocí a un periodista de Radio Belgrado, al que interesaba mucho América Latina, y de quien me dio la referencia don Ricardo Zevada. Con él y su esposa tuve varias reuniones, ambos fueron muy amables, y gracias a ellos conocí algo de su país, no sólo porque me dijeron lo que pensaban de algunos problemas sino porque me llevaron a dos hermosos lugares sobre el Danubio, y un domingo me invitaron a un breve recorrido en el que nos detuvimos en varios pequeños poblados y pudimos ver el campo y cómo vivían los campesinos.

De nuestras conversaciones, recuerdo que varias veces la persona de que hablo, mencionó que, desafortunadamente, aun había en su país mucha desigualdad. Un signo de ella era grave: junto a campesinos que cultivaban pequeñísimas extensiones de tierra, había propietarios que tenían 40, 50 y más hectáreas. Y en cuanto a los automóviles, mientras él, por ejemplo, podía tener uno por ser periodista de Radio Belgrado -carrito que, por cierto era muy modesto- a numerosas personas les era muy difícil adquirirlo. Y, procediendo yo de una nación como México, en donde la desigualdad social es realmente dramática, lo que él dijo me pareció más bien que daba cuenta de lo mucho que se había avanzado en busca de cierta igualdad.

A principios de los años sesenta, al regreso de un viaje intenté detenerme en Roma, y no obstante que en la embajada de Italia a la que consulté, se me aseguró que no requería visa si mi estancia no excedía de 48 horas, al llegar al aeropuerto, adonde había volado en la línea norteamericana TWA, una aeromoza me pidió esperar un momento para hacer una aclaración sin importancia. Esperé un rato, y finalmente me llevaron ante la policía de inmigración y se me dijo que no podría detenerme en Roma porque mi pasaporte señalaba que era válido para viajar por varios países de Europa, y no mencionaba Italia, y sobre todo, porque carecía de visa.

Yo debía estar en Londres dos días después, y había hecho una reservación de alojamiento; pero al no poder hacer escala en Roma, tuve que irme en el primer avión disponible y llegué a Inglaterra dos días antes de lo previsto.

Al presentar mi pasaporte a las autoridades británicas de inmigración se me concedió permiso para permanecer en Inglaterra tres meses, que era lo acostumbrado. Pero cuanto estaba en espera de mi equipaje, oí mi nombre y fui adonde se me indicaba. La policía quería saber por qué iba yo a

Londres con tanta frecuencia y cuál era, en esta ocasión, el motivo de mi viaje.

Le respondí que viajaba a menudo por razones de mi trabajo y que esta vez estaba en Londres porque la Universidad de México deseaba invitar, por mi conducto, a la distinguida economista Joan Robinson para que dictara unas conferencias y participara en un Seminario. Me preguntaron dónde me hospedaría y si vería a otras personas, y les mencioné que probablemente saludaría al científico inglés, profesor John D. Bernal. Entonces se me pidió la visa que acababa de concedérsese, y el agente con quien hablaba me dijo: haremos una corrección, pues no necesita usted permanecer en Inglaterra tres meses, y como su pasaje aéreo de regreso a México señala que usted saldrá dentro de cinco días, le autorizaremos que permanezca en Inglaterra precisamente esos cinco días. Y añadió: y deberá informar del lugar en que se hospede.

Cuando, dos días después llegué adonde había hecho oportunamente la reservación, que por cierto era un agradable lugar en el que me hospedé gracias a la gentileza de Leo Huberman, quien enterado de mi viaje a Londres me pidió aceptara la invitación de Monthly Review Press, para alojarme allí, la señora responsable del pequeño hotel comentó que habían llamado de parte de la policía para saber si estaba yo hospedado, y ella les dijo que, según la reservación, debía llegar uno o dos días después.

Ya instalado, solicité una entrevista a la señora Robinson, y la estimada compañera inglesa, Frances Kelly, a quien había conocido poco tiempo antes en México, a través de Paul Baran, se ofreció gentilmente a ir conmigo. La señora Robinson nos invitó a almorzar en su departamento, en Cambridge, adonde fuimos por tren. Estuvimos charlando casi dos horas y aceptó con agrado la invitación para ir a México.

Otra persona a quien vi en esa breve estancia en Londres fue el profesor Bernal. Recuerdo que sin tener una cita con él fui a verlo.

En los días en que estuve en Londres, conversé también con Ralph Miliband, gracias a que una noche nos invitó a cenar a su casa a Frances Kelly y a mí. Recuerdo que charlamos un buen rato, y en tanto yo quería conocer su trabajo y qué pensaba sobre la situación de Inglaterra y Europa, en general, a él le interesaba charlar de América Latina y, en particular, sobre el Movimiento de Liberación Nacional y la actividad que estábamos realizando en México. Y por lo que hace a su trabajo, creo que él ya se ocupaba de lo que poco después sería el *Socialist Register*.

Ya dije que en los años sesenta viajé principalmente en México y hacia países hermanos de Latinoamérica. Pues bien, uno de esos viajes fue a Cuba, con motivo del Congreso Cultural de La Habana, y otro a Maracaibo, en Venezuela. En el Congreso Cultural me tocó formar parte del pequeño grupo que se ocupó de proponer algunas conclusiones de la Comisión en la que trabajamos, y de esa reunión recuerdo con especial agrado que casi todos los días almorzamos juntos don Jesús Silva Herzog, Arnaldo Orfila y

yo, y en dos ocasiones también Julio Cortázar, a quien Arnaldo propuso que invitáramos, y el que sin duda enriqueció nuestras conversaciones.

En la reunión de Maracaibo tuve el gusto de ver a estimados amigos como Salvador de la Plaza, el doctor Maza Zavala, Gastón Parra, Diego Hernández y André Gunder Frank, quien también había sido invitado a dictar una conferencia.

En 1972 volví a Cuba, en esta ocasión para formar parte del Jurado del Premio Casa de las Américas. Yo conocí a Haydée Santamaría en el año sesenta, cuando empezaba a dirigir ese importante centro cultural, y desde entonces me impresionó el cariño que ella tenía a su trabajo y el excelente equipo de colaboradores que empezaba a formar, un equipo en el que se advertía el interés en trabajar conjuntamente, en ayudarse unos a otros y en actuar con entusiasmo, respeto y tolerancia. Pues bien, doce años después podían ya advertirse los ricos frutos del esfuerzo colectivo.

En años anteriores y en los siguientes participé en múltiples reuniones realizadas en Cuba, a las que fui invitado por el Centro de Investigaciones de la Economía Mundial, la Casa de las Américas, la Universidad de La Habana, el Centro de Estudios sobre América, Prensa Latina u otros organismos, y aparte de que ello fue siempre interesante y provechoso, para mí resultó especialmente enriquecedor debido a que casi siempre pude conversar, a veces largamente, con personalidades y dirigentes políticos del más alto nivel.

En 1981 recuerdo que al participar, de nuevo como miembro del Jurado del Premio Casa de las Américas, me tocó conocer Isla de la Juventud, en donde, aparte de tener el gusto de ver a estimados amigos como Mariano Rodríguez, Roberto Fernández Retamar, Eduardo Galeano y otros, inicié una buena amistad con Antonio Núñez Jiménez, compañero del Jurado.

A propósito de América Latina, hacia fines de los años setenta me invitó la Universidad de Puerto Rico a dictar varias conferencias en el Departamento de Economía, sobre la Crisis, la forma en que nos afectaba y lo que, ante ella, podíamos hacer. Respecto a ese viaje debo decir que un estimado y viejo amigo puertorriqueño, Manuel Maldonado Denis, me había dicho varias veces que ojalá pudiera ir a su país. Y al enterarse de que la Universidad me había invitado, me envió unas líneas y, sabiendo que se me había negado desde años atrás la visa para entrar en Estados Unidos, me recomendó que fuera a la Embajada en México, seguro de que esta vez no habría problemas pues con la invitación oficial que yo había recibido, extenderían la visa. En efecto, en esta ocasión se me concedió.

Curiosamente, al tomar en México el avión hacia San Juan, encontré a Maldonado Denis, quien regresaba de Nueva York. Al llegar a nuestro destino se me hizo esperar, y cuando ya habían pasado todos los pasajeros, se me llevó con la policía norteamericana de inmigración, uno de cuyos oficiales me informó que no podría desembarcar. Le pregunté si había alguna deficiencia en la visa y me dijo que no; pero que la falla consistía en que la

Embajada de México no debía haberla expedido porque yo no podía entrar a Estados Unidos. En realidad de nada sirvió la invitación ni la propia visa. Y después de repetir una y otra vez que yo no podría entrar, el agente me preguntó si era comunista, a lo que yo respondí que no iba a Puerto Rico a discutir mi posición política con la policía. Entonces se me dijo que debía esperar –lo que hice unas seis horas–, porque mi asunto sería consultado en Washington, y ya casi a media noche supe que el resultado de la consulta había sido negativo. Entonces fui llevado, con dos o tres personas más a las que se hacían diversos cargos, a unos separos del aeropuerto, en donde la policía me quitó pasaporte, dinero y papeles. Y al reclamar que si no podía entrar a Puerto Rico, pedía se me permitiera retornar de inmediato a mi país, me dijeron que eso era imposible, primero, porque no podía pasar por Estados Unidos, y segundo, porque debería permanecer detenido durante 48 horas, porque sólo podía regresar en la misma línea aérea en la que había viajado a Puerto Rico.

El doctor y profesor Maldonado Denis, en carta al rector de la Universidad, en la que pide elevar una inmediata protesta ante las autoridades del U. S. Immigration Service, escribió al día siguiente:

El doctor Aguilar... fue sometido en mi presencia a un trato humillante e indigno por las autoridades de inmigración norteamericanas... En una flagrante violación de sus derechos humanos le fue negada la más elemental ayuda legal, sus documentos... fueron requisados, y en todo momento se le trató como si fuera un delincuente en vez de una de las más distinguidas figuras intelectuales de México... De nada valieron mis protestas... ni mis indicaciones de que el doctor Aguilar era un invitado de la Universidad de Puerto Rico...<sup>1</sup>

Mientras estuve detenido en el aeropuerto, el abogado de la Universidad me habló por teléfono para decirme que les preocupaba mi situación, y que haría lo que estuviera a su alcance para que se me pusiera en libertad, pero fracasó; y el cónsul de México en San Juan tuvo la atención de decirme que pediría a las autoridades de inmigración norteamericanas que se me pusiera en libertad y quedara bajo su responsabilidad, aunque no estaba seguro de que aceptaran su propuesta, porque dichas autoridades eran muy duras y con frecuencia arbitrarias. Y en efecto tampoco consiguió lo que pretendía.

En los años ochenta hice algunos nuevos viajes a diversos países latinoamericanos, y en 1980-81 estuve varias veces en Cuba. En este último año participé en un Seminario en el Centro de Investigaciones de la Economía Mundial (CIEM) cuando todavía lo dirigía Oscar Pino Santos, en el que durante varios días cambiamos impresiones sobre la crisis y el nuevo orden económico internacional, Celso Furtado, Gérard de Bernis y otros economistas.

Unos meses después tomé parte en la creación de la Asociación de Economistas del Tercer Mundo, en la que trabajé con distinguidos compañeros

latinoamericanos y de otros países, fui relator general, y presenté una ponencia que tuve la suerte de que se publicara no sólo en México y Cuba, sino en Francia, España, Argelia y otros países.

El resto de la década de los ochenta viajé a varios países hermanos de América Latina y tuve algunas reuniones de trabajo en Europa. De los primeros recuerdo, en particular, un Seminario en la Universidad Central del Ecuador, cuando era rector el economista y buen amigo José Moncada, quien nos invitó a Pedro Vúskovic, Samuel Lichtenstejn y a mí. Los intercambios de opiniones con profesores y estudiantes resultaron muy interesantes y útiles; y aparte de los temas económicos que se examinaron en la Universidad, recuerdo que a Pedro y a mí nos invitaron a hablar en un acto político en el que se debatió lo que en nuestros países podríamos hacer para avanzar en el proceso de nuestra liberación.

Pedro, además, me invitó un día a almorzar con una hermana de él que venía de Santiago de Chile, y el oírlo fue conmovedor, porque una y otra vez, al preguntarle Pedro por viejos amigos, ella respondió: desapareció y nunca supimos de él, no lo volvimos a ver; supimos que estaba en la cárcel, y muy a menudo, se le asesinó. En esas dramáticas palabras se resumía la dictadura de Pinochet.

A fines de 1980 hice un viaje a la Unión Soviética, con motivo de un seminario copatrocinado por la Academia de Ciencias de ese país y por las Naciones Unidas, al que asistí en calidad de profesor visitante, y además de participar, de hecho en todas las sesiones, dicté una conferencia.

El tema central fue el desarrollo de naciones del llamado tercer mundo en un contexto internacional desfavorable, y los participantes fueron diplomáticos de varios países afroasiáticos, que se interesaban o cuyo trabajo tenía relación con la problemática del desarrollo.

El Seminario se inició en Moscú, continuó en Leningrado y terminó en Tibiliti, Georgia. En varias ocasiones hubo interesantes debates, en los que tanto algunos profesores como dos o tres de los diplomáticos participantes hicieron valiosas contribuciones.

En 1981 yo había participado en un coloquio patrocinado por la Organización de Solidaridad con los Pueblos Afroasiáticos y la Asociación Francesa de Amistad y Solidaridad con los Pueblos de África, que tuvo lugar en la Universidad de Ciencias Sociales de Grenoble, en el que coincidí con el destacado economista francés Gérard de Bernis y otros, y presenté un trabajo que me había sido solicitado sobre «Factores internos y externos en las estrategias de desarrollo».

Lo más importante para mí fue, sin embargo, el contacto con la República Democrática Alemana. En ésta yo había estado sólo un día a principios de los años setenta, una vez que, viniendo de Dinamarca, me detuve en Berlín Occidental, en donde Ernst Feder me había invitado a charlar con varios profesores de la Universidad Libre. Al día siguiente tuve interés en pasar al otro Berlín, lo que hice sin dificultad, y me acerqué a la Universi-

dad Humboldt, y recordando a un profesor –entonces Radvany y ahora Schmidt– que había vivido en México durante varios años, pregunté por él, y me dijeron que no estaba en ese momento en la Universidad, pero que podrían comunicarme con él por teléfono. Les agradecí la atención y el profesor me dijo que estaba con gripe y que no iría ese día a la Universidad; me preguntó cuánto estaría en Berlín y al contestarle que sólo ese día, me pidió hablar de nuevo con la señorita que me había atendido, quien comentó que un profesor me acompañaría durante las horas que permaneciera allí. Caminamos un buen rato, me mostró algunos de los lugares que habían sido más destruidos durante la II Guerra, y lo que se hacía para restaurarlos, me invitó a almorzar, y por la tarde me llevó gentilmente a donde debía tomar el tren de regreso al otro Berlín.

Años después fui a la Alemania Democrática cinco o seis veces, tanto porque participé en la Sociedad de Amigos de ese país, como porque me vinculé a la Universidad antes mencionada y al Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Rostock, en donde participe en Seminarios u otras reuniones académicas casi una vez por año, además de haber dictado conferencias en esos y otros centros.

En la RDA estuve de paso en hermosas ciudades como Eisenach, Erfurt, Dresden, Leipzig y otras, y con más calma en Berlín, Weimar y Rostock. Ahí hice muy buenos amigos, entre quienes podría mencionar al exembajador en México Peter Rolf, al entonces embajador Joachim Naumann y su esposa Rose Marie, al doctor Kiesling, a Jurgen Queitch, Billy Schaffer, y otros. Me vinculé, además, a la *Revista Economía y Política*, conocí a varios distinguidos economistas, tuvieron la gentileza de publicarme varios artículos y el libro mencionado –*Wirtschaftliche Krisenprozesse in Lateinamerika*–, y se me concedió el doctorado *honoris causa* indicado antes.

La crisis, y a la postre la caída del socialismo europeo, y en particular de la RDA me sorprendieron. En mis frecuentes viajes a ese país advertí ciertas limitaciones y problemas; pero también se observaban grandes avances y un nivel de vida digno. La parte oriental de Alemania fue, con mucho, la más destruida en la II Guerra. Dresden y otras ciudades, de hecho en los últimos días del conflicto fueron innecesaria y brutalmente arrasadas. Recuerdo a varios amigos comentar que la reconstrucción, sobre todo en los primeros años, fue muy penosa, y tuvo que hacerse frente a numerosos sabotajes, que en sólo un momento acababan con lo que había tomado mucho tiempo y esfuerzo construir. Pese a la hostilidad de la RFA y de los países capitalistas, la RDA se desarrolló económicamente y su vida cultural era realmente muy rica.

En una ocasión, estando en Weimar, me sorprendieron gratamente varias cosas: el cuidado de los niños, el gusto con que la gente acudía a programas musicales en que con frecuencia se ofrecían trozos de música clásica con canciones populares, y el interés con que decenas de gentes esperaban que se abriera la casa de Goethe, para comprar una edición de sus obras completas.

Pero, volviendo a Cuba, a punto de concluir 1981 recibí una invitación para conversar con el comandante Fidel Castro, a quien yo había visto de lejos, y aun de cerca en varias reuniones; pero siempre rodeado de numerosas personas que querían hablar con él, y que volvían difícil oír lo que decía, y más difícil abrirse paso entre ellas, lo que en realidad yo no me atreví a hacer. En el rato que charlé con Fidel, éste habló de la revolución, de lo que se había logrado, de lo que aún no se conseguía y de la importancia de que nuestros pueblos se unieran. En un momento de la conversación recordó algo sobre México, en donde él había vivido antes de volver a Cuba en el Granma, y al final hizo referencia, con preocupación, a lo que sucedía en Polonia y otros países socialistas, en donde pensaba que los dirigentes se estaban alejando de sus pueblos, y al despedirme de él y agradecerle la entrevista, recuerdo que sus últimas palabras fueron que él comentaba a menudo con otros dirigentes cubanos que debían mantenerse siempre cerca del pueblo, conocer sus problemas y principales demandas. Y que confiaba en que si ello se hacía y se demostraba sensibilidad ante la gente, en Cuba no ocurriría lo que empezaba a acontecer en Polonia. Y unos momentos antes, me dijo: probablemente usted ya tiene las obras de José Martí, pero le vamos a regalar una nueva y muy bonita edición que acaba de publicarse. Y me dio el primer tomo, por cierto, amablemente dedicado, y me anunció que pronto me harían llegar los demás.

En los años ochenta volví a Cuba, en dos ocasiones, para participar en otros tantos encuentros latinoamericanos en defensa de la soberanía nacional, y hacia fines de la década, para tomar parte de nuevo en el Jurado del Premio Casa de las Américas, en el que esta vez coincidí en la sección de Ensayo con Ricardo Alarcón, y en que se otorgó el premio a Fernando Martínez Heredia, por un valioso estudio sobre el pensamiento de Ernesto Che Guevara.

*¿Qué países de África pudo visitar; cuáles fueron en su caso los motivos de sus viajes a ese continente, y su impresión general de esa experiencia?*

Mi primer viaje fue a Senegal, a principios de los años setenta, con motivo de un seminario organizado por el economista egipcio Samir Amin, quien dirigía un Centro de Investigaciones de las Naciones Unidas en Dakar. En ese seminario participamos varios latinoamericanos, entre quienes recuerdo a Sergio Bagú, Fernando Henrique Cardoso, Enrique Oteiza, Gérard Pierre Charles, Armando Córdova, y Héctor Silva Michelena.

La reunión fue interesante porque en ella se examinaron algunos problemas del subdesarrollo, a propósito de los cuales, después del Seminario pedí a varios compañeros latinoamericanos autorización para recoger sus principales intervenciones en un libro. Y, habiendo aceptado la invitación, poco tiempo después publicamos el libro *Problemas del subdesarrollo latinoamericano* (1973). En esa ocasión, además, conocí algunos trabajos de Samir

Amin, de quien también editamos en México, al regreso del Seminario, su estudio titulado *Categorías y leyes fundamentales del capitalismo*.

Al terminar el Seminario se nos invitó a hacer un recorrido por Senegal, por cierto en un vehículo cuyas ventanillas no podían abrirse, y con temperatura de 40 grados centígrados. Viajamos Bagú, Gérard, Oteiza y yo, con una profesora francesa que fue nuestra guía, poco más de mil kilómetros de ida y vuelta. Cruzamos Gambia, que como una daga parte a Senegal, y fuimos hasta lugares lejanos, deteniéndonos en varias comunidades donde pudimos acercarnos a la vida familiar, de la que entre otras cosas nos impresionó que, según se nos dijo, el Corán permite a un hombre casado tener hasta cuatro esposas, cada una de las cuales hace su vida familiar, junto y en armonía con las demás.

Años más tarde, ya en los ochenta, viajé a Argelia, Egipto, Libia y Etiopía, e incluso a Marruecos, aunque aquí no en plan de trabajo, coincidiendo en Argelia con compañeros latinoamericanos como Oscar Pino Santos, Pedro Vúskovic, José Luis Ceceña y otros, cuando se creó la Asociación de Economistas del Tercer Mundo.

A Libia fui invitado por la Universidad de Benghasi, y además de participar en un seminario sobre la situación económica internacional y el impacto del desigual avance tecnológico sobre los países subdesarrollados, algunas personas tuvimos un interesante encuentro con el dirigente Mohamed Kadafi, quien denunció a gobiernos extranjeros que, de una u otra manera creaban problemas artificiales y estorbaban el desarrollo de Libia.

En Etiopía, adonde fui con motivo de la Segunda Conferencia Internacional sobre Empresas Transnacionales y Estrategias de Desarrollo Económico, contribuí con una ponencia sobre «Estrategias de las empresas transnacionales en los países subdesarrollados.» En esa reunión conocí a varios distinguidos economistas, así como a algunos dirigentes políticos, y saludé a Nouri

## JOSE MARTI

Obras Completas

*Para el Profesor Alonso  
Aguilar con admiración, res-  
peto y sincera amistad  
Fraternalmente,  
Fidel Castro  
Cuba, Dic. 17, 1981*



EDITORIAL DE CIENCIAS SOCIALES. LA HABANA. 1975

Para el Profesor Alonso Aguilar, con  
admiración, respeto y sincera amistad.  
Fraternalmente, Fidel Castro. Cuba, Dic. 17, 1981.

Abdel Razzak, editor en jefe de la revista *Development & Socio-economic Progress*, publicación trimestral de la Organización de Solidaridad con los Pueblos Afro-Asiáticos, con quien había hecho amistad desde años atrás.

Como en otras ocasiones, en Addis Abeba me tocó participar en un pequeño comité que se encargó de recoger algunos acuerdos y de proponer un breve documento final. Al respecto recuerdo que trabajamos desde ya entrada la tarde en un hotel cercano al sitio en que se celebraba la Conferencia. Pero como había un toque de queda y no pudimos terminar nuestro trabajo a la hora en que el toque se iniciaba, convinimos en quedarnos en ese hotel, y a eso de las cuatro o cinco de la mañana concluimos; después dormimos ahí un par de horas, y nos preparamos para asistir a la sesión de clausura, que empezaría a las 9.

Durante la estancia en Etiopía pude hacer con otras personas un largo recorrido de 10 a 12 horas en autobús, en dirección de Somalia, en el que nos tocó ver el fruto del esfuerzo que se había desplegado para asegurar salud y educación a numerosos niños que habían perdido a sus padres; vimos también una dramática miseria en gran parte de la zona que recorrimos. Y en el avión de regreso a Europa, mi vecino era un ingeniero cubano, quien me contó que había pasado dos años en Etiopía, donde había trabajado con otros profesionales también cubanos en la construcción de una importante presa, para retener un poco de agua en una región en la que la sequía era realmente grave y causaba un enorme daño.

Los viajes a África me resultaron muy interesantes por varias razones, en particular porque la gente a la que conocí me pareció muy sencilla, modesta y agradable, y porque, en general, tuve la impresión de que mucho más que en otros continentes, los africanos querían saber de América Latina, y acercarse a ella. Probablemente ello obedecía a que, en aquellos años luchaban por la unidad africana y era importante también el intento de algunos países afroasiáticos de conjugar esfuerzos para enfrentarse al neocolonialismo y consolidar su independencia. En esa perspectiva, el incluir a Latinoamérica y dar a esa lucha una dimensión tricontinental, se volvía importante para hacer frente con éxito al imperialismo y superar el subdesarrollo. Y aunque se desconocía la situación de nuestros países, como nosotros desconocíamos la de ellos, y no se tenía claridad respecto a qué hacer para avanzar en una nueva dirección, uno simpatizaba con lo que se decía acerca de ello, y con quienes subrayaban la importancia de lograr esa unidad. Ese ambiente me recordó al general Lázaro Cárdenas, debido a que desde la Conferencia Latinoamericana que él dirigió a principios de 1961, al hablarse de la liberación nacional de Nuestra América, él fue una de las personas a quien por primera vez oí decir que una vez que los latinoamericanos avanzáramos en el intento de unirnos, deberíamos trabajar por la unidad tricontinental, es decir, la de África, Asia y América Latina.

En los últimos cuatro o cinco años viajé menos que antes, no obstante lo cual visité sobre todo varias naciones hermanas. Por ejemplo, estuve en

Santiago de Chile, participando en una reunión organizada por la Central Latinoamericana de Trabajadores (CLAT), en la que se examinaron ciertos aspectos del proceso de globalización y su impacto sobre Latinoamérica, así como la forma de avanzar en el intento de integrarnos y unirnos regionalmente. En el encuentro tomaron parte decenas de organizaciones sindicales y sus principales dirigentes, y algunos de ellos hicieron interesantes observaciones acerca de los cambios que estaba sufriendo la composición de la fuerza de trabajo y el proceso productivo.

Durante mi breve estancia en Santiago me habría gustado saludar a varios amigos, como Orlando Caputto, y otros; pero no pude dar con ellos. En cambio, por haber participado en la reunión, conversé un buen rato con Gonzalo Arroyo, vicerector de una Universidad, con quien había coincidido en otras conferencias en diversos países, y un poco antes charlé también con Emilio Máspero, secretario general de la CLAT, de quien recibí la invitación para participar en la reunión de Santiago de Chile.

De regreso a México me detuve un fin de semana en Lima, donde conversé con varios intelectuales –entre otros Aníbal Quijano y Sara Beatriz Guardia–. Al día siguiente me reuní con la persona que había encabezado la recolección de firmas en Perú, para expresar el rechazo del pueblo al propósito de Fujimori, de reelegirse, y que estaba muy contento porque las firmas recogidas excedían el máximo previsto. Y charlé también con dos dirigentes sindicales, que se mostraron muy bien dispuestos a apoyar la causa de la unidad latinoamericana, aunque señalaron que una posible dificultad consistía en que las fuerzas progresistas en Perú tenían múltiples discrepancias que no era fácil superar, y que en parte debido a ello no pocas organizaciones y aun individuos preferían trabajar en forma aislada, en vez de hacerlo conjuntamente.

En el año 2000, en una ocasión fui a Caracas, a un encuentro de economistas convocado por la revista del Banco Central de Venezuela, en el que tuve la oportunidad de saludar a viejos amigos y hacer nuevas relaciones. Además de asistir regularmente a las sesiones de trabajo, participé con una conferencia, y de hecho todos los días almorcé en el Banco con algunos de sus principales funcionarios, esto es el presidente, el primer vicepresidente y el director general; y el último día que pasé en Caracas, el licenciado Gastón Parra –primer vicepresidente– y su esposa e hija, me recogieron amablemente en el hotel en que me hospedaba, porque nos había invitado a comer en su casa el licenciado Castellanos, presidente de dicha institución. Tanto entonces como en los días previos se habló a menudo de la difícil situación de América Latina y del empeño con que las fuerzas más conservadoras se oponían al gobierno del presidente Chávez, en Venezuela. En la comida a la que invitó el licenciado Castellanos, se recordó que las cosas parecían complicarse en Argentina, sobre la que particularmente hizo algunos interesantes comentarios el economista Eric Calcagno, también presente, y quien entre otras cosas señaló que el gobierno –entonces presidido por

De la Rúa- contribuía a hacer las cosas más difíciles, porque no se resolvía a tomar algunas de las medidas que había anunciado en su campaña.

Y al referimos a la integración latinoamericana coincidimos en que, sin perjuicio de oponernos al ALCA, teníamos que avanzar en el trazo y puesta en práctica de una nueva estrategia de desarrollo, así como llevar adelante la integración de nuevas y más eficaces maneras, y comprender que una y otra tarea no eran privativas de los gobiernos, sino más bien de aquellas que sólo pueden acometerse con éxito si la gente cobra conciencia de su papel y participa resueltamente en tales esfuerzos.

En dos ocasiones estuve recientemente en Ecuador. La primera invitado por la Universidad Andina, a través del doctor José Moncada, en que trabajé cinco mañanas en un cursillo para estudiantes de postgrado en ciencias sociales, dicté dos conferencias públicas en la propia Universidad; y el último día en Quito me reuní con varios jóvenes que tenían interés en conversar sobre algunos de los problemas que más gravemente nos afectan.

La última vez, hace apenas unos meses, fui invitado por tres universidades: la Andina, la Central y la de Cuenca. En todas ellas di una charla y tuve, además, intercambios de opiniones con profesores e investigadores. En Quito, asimismo, me invitaron a dar una conferencia algunos economistas y funcionarios del Banco Central; y en la Universidad de Cuenca, me reuní dos o tres veces con varios profesores, para trabajar conjuntamente en torno a cómo enriquecer los estudios de postgrado en economía, y me dio gusto que no obstante tener probablemente diferentes maneras de pensar, sentí que había una amplia base de acuerdo respecto a qué hacer.

Aunque había estado en Ecuador en diversas ocasiones, esta fue la primera vez que visité Cuenca, y como me hospedé en un pequeño hotel en el centro de la ciudad, varias veces pude caminar y disfrutar esa parte de la ciudad; el sábado y domingo, durante algunas horas, gracias a la gentileza del director de la Facultad de Economía y de su esposa, los acompañe, con sus hijos, en un agradable recorrido por esa hermosa región.

Finalmente, en febrero de 2003 estuve unos días en La Habana, esta vez con motivo del V Encuentro Internacional de Economistas sobre Globalización y Problemas del Desarrollo, en el que saludé a algunos amigos y presenté una ponencia sobre el tema general del Encuentro. En esa ocasión, además, Stella y yo pasamos un fin de semana muy agradable gracias a la gentileza de Oscar Pino Santos y Elsa su esposa, quienes nos invitaron a hospedarnos esos dos días en su casa, a un concierto sinfónico, a caminar por La Habana vieja y el Malecón, a ver los avances de la restauración, e incluso a visitar un hermoso lugar de paseo -Las Terrazas- en el camino de La Habana a Pinar del Río.

Finalmente, en 2006 estuve de nuevo en La Habana en una reunión internacional, en la que participó como uno de sus principales organizadores el exministro de Cultura Armando Hart, y presenté una ponencia titulada «Utopía, Ciencia y Lucha»; posteriormente hice un corto viaje a San Cris-

tóbal de las Casas, invitado por la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Chiapas, en la que dicté una conferencia sobre la Soberanía y las Autonomías reclamadas por los pueblos Indios:

Aparte de los viajes antes mencionados, pude haber hecho otros, pero en no pocas ocasiones me excusé por no poder aceptar ciertas invitaciones, bien por tener algún compromiso previo fuera de México, porque el trabajo me impedía salir, o porque como recordé en algún pasaje, se me negaba la visa.

De estos últimos casos sólo mencionaré uno, por parecerme revelador. A fines de los años ochenta recibí una invitación de la Organización de Solidaridad con los Pueblos Afro-asiáticos, organización consultiva no gubernamental de las Naciones Unidas, para participar y presentar una ponencia en una reunión especial de la ONU, sobre Desarme y Desarrollo, que tendría lugar en la ciudad de Nueva York. Los invitantes me pedían solicitar la visa a la embajada de Estados Unidos en México.

Recordando que en ocasiones anteriores había tenido dificultades para obtenerla, me acerqué a la oficina de las Naciones Unidas, y después de informarles que había sido formalmente invitado para tomar parte en la asamblea antes mencionada, pregunté si podría la oficina de la ONU ayudarme, solicitando la visa. Me dijeron que lo harían con gusto, y al hacer referencia a que en años pasados me la habían negado, el funcionario con quien hablaba comentó que en este caso tendrían que extenderla porque, tratándose de una reunión oficial de la ONU, estaban legalmente obligados a hacerlo. Me pidieron hablar con ellos o volver en diez a doce días, para recoger la visa; pero el plazo transcurrió, sin que llegara la visa, por lo que preferí informar a los invitantes, enviarles mi ponencia y hacerles ver que, dado lo ocurrido, temía que a la postre no pudiera acompañarlos.

Me contestaron de inmediato, pidiéndome esperar, y al día siguiente recibí un largo cable en el que el jefe de la delegación norteamericana a la asamblea especial de la ONU, ordenaba a la embajada expedir sin demora la visa solicitada. Al conocer el texto del cable, los funcionarios de la ONU con quienes había hablado, me expresaron su confianza de que todo se resolvería. Esperé unos días más, y entonces se me dijo que la Embajada de Estados Unidos ofrecía extender la visa, pero yo debía ir personalmente y ver a una señora cuyo nombre no recuerdo. Lo que en cambio sí recuerdo es que fui a la Embajada, mencioné que dicha señora me había pedido que la viera, y después de una larga espera ni siquiera me recibió. Comunicqué a Nueva York de nuevo lo acontecido, y aunque me insistieron en exigir la visa, mi paciencia se había agotado, y opté por olvidarme del asunto.

Los viajes a que se hace referencia en las páginas anteriores y otros no mencionados fueron de trabajo en los que se examinaron diferentes cuestiones vinculadas principalmente a la crisis, el desarrollo y el subdesarrollo, el capitalismo y el imperialismo, el capital trasnacional, la globalización y otros temas. Adicionalmente, si bien con menos frecuencia hice otros tam-

bién interesantes, casi siempre de descanso o vacaciones, o para conocer ciertos lugares. Entre ellos podría mencionar, de los hechos en México, varios al noroeste, al sureste, a entidades del norte, del Golfo de México y de occidente, o sea en muy diversas direcciones, y por buena parte del país.

En Estados Unidos, sobre todo con nuestra hija y su familia, que radican y trabajan en Houston, aunque también solos Stella y yo, o con familiares de ella, hemos, en particular después de 1990, hecho recorridos en distintas regiones. Por ejemplo a San Francisco, California, y lugares relativamente cercanos hacia el norte y el sur de esa ciudad; con Lidia y su esposo e hija fuimos también hace unos años a Seattle, porque él había trabajado en esa zona y quería que la conociéramos. Pues bien, entonces la visitamos; incluyendo la península Olímpica y varias de las islas cercanas –en particular la isla San Juan– y hacia el interior del estado de Washington, hicimos un recorrido en dirección de Spokane. Otra vez fuimos al Gran Cañón, pasando por Phoenix y Flagstaff, y después conocimos el noreste de Arizona, y nos detuvimos en dos o tres reservaciones de indios navajos, cuyo aislamiento y pobreza nos impresionaron. También con nuestra hija y su familia recorrimos en una ocasión la zona en la que se libraron las principales batallas de la guerra civil en el país vecino, y con ese motivo conocimos varios lugares de Pennsylvania, Maryland y Virginia, y nos detuvimos unos días en Washington D. C. Varias veces fuimos a Nueva York y alrededores, y con una sobrina de Stella y su esposo, también a Vermont –región de Manchester–, y nosotros solos, a Boston y varias ciudades como Salem y Rockport, hacia el norte, y años después a Filadelfia y Chicago.

En Europa, entre otros recorridos, en los últimos años visitamos varias veces Madrid, y en una ocasión Toledo y Barcelona; y más recientemente hicimos un viaje al norte de España, en el que conocimos San Sebastián, Bilbao, Santander y la pintoresca Santillana del Mar. Después bajamos por Valladolid, a la hermosa Salamanca, y de aquí regresamos a Madrid, por Ávila. Y en un viaje posterior al sur, que hicimos en autobús y resultó muy agradable, estuvimos en Córdoba, Sevilla, Torremolinos, Málaga y Granada, y unos días después visitamos de prisa Marrakech, en Marruecos.

En dos ocasiones, regresando de Europa, nos detuvimos en Lisboa, y en uno de esos viajes fuimos a Coimbra. Otras veces estuvimos en Praga y Budapest, que disfrutamos grandemente, y en el último viaje a esas bellas ciudades, hicimos escala en Viena. Años atrás, estando en Francia e Inglaterra, en el primero de dichos países hicimos un recorrido en autobús por la Normandía, y fuimos un día a Chartres, y en Inglaterra, además de volver a Cambridge, conocimos Oxford y «the Shakespearean country».

En un viaje anterior, a principios de los años noventa, hicimos un recorrido familiar en Italia, de Roma hacia el norte, en el que contando con una buena guía, leímos lo que decía acerca de cada uno de los lugares por los que pasábamos. Y cuando se señalaba que por razones históricas, culturales, artísticas o de otra naturaleza era un sitio que merecía visitarse, nos detenía-

mos en él. Así conocimos Trevi, Spoleto, Perugia y Remini, y, ya sobre el Adriático; Padua y Venecia, así como Verona, Mantua, Florencia, Siena y Orvieto, entre otras ciudades.

En cuanto a otros viajes en el país o en el extranjero, mientras trabajé, por ejemplo, en el Banco Nacional de Comercio Exterior e hice estudios para esta institución, ella cubrió los gastos, y cuando viajé en nombre del Movimiento de Liberación Nacional, lo acostumbrado fue que el MLN financiara una parte de los gastos y yo otra. Por último, tratándose de viajes familiares de descanso o vacaciones, cuando los hicimos mi esposa y yo solos, desde luego me hice cargo de los gastos, y cuando fueron, además, mis hijos y sus familias, dividimos el gasto total en tres partes, y cada familia cubrió una de ellas. Cabría añadir que, en general, los gastos de viaje fueron modestos y sólo incluyeron servicios básicos.

Volvamos muchos años atrás, de los viajes que a principios de los años sesenta hicimos en México con motivo de nuestro trabajo en el Movimiento de Liberación Nacional, que como ya señalé en otro capítulo fueron muchos, podría recordar algunos que, por diversas razones, resultaron particularmente interesantes y útiles. Me limitaré sin embargo a decir que entre los más provechosos y agradables podría mencionar algunos recorridos por la región de Apatzingán, en Michoacán; otros por el norte de Tamaulipas, y en particular Reynosa y Valle Hermoso, varias estimulantes reuniones de trabajo en Monterrey, un concurrido acto público en Ciudad Obregón, Sonora, un mitin de apoyo a trabajadores de varias despepitadoras de algodón en Mexicali, y también en Baja California, sobre todo un inesperado y grato encuentro con trabajadores en huelga en una empacadora de Ensenada.

Recuerdo que estando en esa ciudad, quisimos expresar nuestra solidaridad a los trabajadores en huelga, y, a la vez, contarles de nuestra actividad e invitarlos a unirse al MLN. Pues bien, al llegar a la fábrica en huelga en donde debíamos reunirnos, no había nadie, las máquinas estaban paradas, y todo era soledad y silencio.

El que no hubiera algunos trabajadores, sobre todo, nos sorprendió. Pero enseguida nuestros compañeros nos dijeron que para evitar algún problema habían preferido que la reunión no fuera en la fábrica sino en otro sitio. Cruzamos varios espacios vacíos; nos llevaron a una lancha, y después de recorrer en ella un corto tramo llegamos a una embarcación en la que había unos doscientos de los trabajadores en huelga. Aquello fue una muy grata sorpresa y el encuentro con los trabajadores una hermosa reunión.

## Capítulo 7.

### Evaluación de conjunto del trabajo realizado

*Diría usted que gracias al esfuerzo desplegado por ustedes se consiguió en lo fundamental lo que se perseguía; y de no haber sido así, ¿por qué?*

La respuesta a estas cuestiones no es fácil, porque remite a hechos de diferente naturaleza y alcance, que no basta considerar de manera esquemática y simplista.

Una primera reflexión al respecto se relaciona con la forma en que no sólo nosotros, sino la izquierda en general, y no especialmente en México sino en realidad en todas partes, concebíamos la transformación de la sociedad. Acaso influidos por cierto determinismo, creíamos –y aun podría decir: confiábamos– que el socialismo se implantaría e impondría al capitalismo como ningún otro sistema social lo había hecho hasta entonces. O en otras palabras, que tal proceso se realizaría con una rapidez sin precedente.

Nuestra posición sobre el capitalismo no era y, aun podría decir, nunca fue catastrofista. No pensábamos que el ya viejo sistema estaba en vías de derrumbarse. Al contrario, pese a todos sus problemas lo suponíamos fuerte, con vastos recursos a su disposición y capaz, por lo tanto, de enfrentarse con éxito a ciertas luchas y demandas populares. Pero al mismo tiempo, la severidad y persistencia de la crisis y la gran depresión de los años treinta, las profundas e insolubles contradicciones capitalistas, así como el que la Unión Soviética hubiera logrado en muy pocos años convertirse en un gran país industrial, la derrota del nazi-fascismo, la liberación nacional de numerosos países coloniales de Asia y África, el triunfo de la revolución china y del movimiento revolucionario encabezado por Ho Chi Minh en Vietnam, la victoria de la revolución cubana, y el persistente estancamiento económico que siguió a la larga fase de expansión de la postguerra, nos hacían pensar que incluso en cierto modo estaba en marcha el proceso de transición del capitalismo al socialismo y que las fuerzas antiimperialistas y anticapitalistas ganaban terreno y aun triunfaban en importantes frentes de lu-

cha. Nadie imaginaba que la Unión Soviética y los países socialistas europeos se enfrentarían a los graves problemas que vivieron hacia fines de los años ochenta, y menos que estuvieran a punto de desaparecer.

Aunque sabíamos que el socialismo no estaba exento de contradicciones, riesgos, tropiezos y fallas, tendíamos con frecuencia a verlo como un proceso siempre en ascenso e incluso inevitable, lo que en la práctica significaba que abandonábamos el análisis crítico, propiamente dialéctico.

Un factor ligado a lo anterior, por sí solo significativo, consistió en que si bien estábamos convencidos de que el examen riguroso y el profundo conocimiento de la realidad eran necesarios, lo cierto es que lo que hacíamos dejaba a menudo mucho qué desear. Es decir, eran exámenes parciales que no nos permitían conocer y evaluar correctamente la verdadera correlación de fuerzas. Subestimábamos con frecuencia al capitalismo y su capacidad para preservar ciertas condiciones socialmente muy inestables, desiguales e injustas, y sobreestimábamos la fuerza de los pueblos, y en particular la de los sectores progresistas dispuestos a organizarse, unirse y luchar de manera revolucionaria, por un cambio social y político de fondo. Y cuando apenas concluía la Segunda Guerra Mundial, sobre todo en Estados Unidos e Inglaterra, y poco tiempo después en otros países, empieza a reaparecer y extenderse el anticomunismo, cobra impulso la política antisoviética de la «guerra fría» y surge el «macartismo»; pensamos que todo eso estaba destinado a fracasar porque los pueblos lo rechazarían, lo que a la postre no fue así.

Todo lo cual se explica porque nuestra apreciación de la realidad era a menudo inadecuada, y como antes dije, parcial. O sea, dejaba de considerar ciertos hechos, incluso de aquellos que no pocas veces resultaron muy importantes. Por ejemplo, no obstante que en los últimos decenios se registraron múltiples cambios que afectaron la economía, la política, la cultura, y por tanto el funcionamiento todo del sistema social, lo cierto es que no los examinamos con suficiente cuidado, razón por la cual mientras unas veces les atribuimos una importancia mayor que la que realmente tenían, otras los menospreciamos, y no logrando saber cuáles eran sus causas, su naturaleza y alcance, no comprendimos su verdadero papel ni la forma en que debíamos enfrentarnos a ellos. Concretamente, a mi juicio, ello nos ocurrió con los cambios que sufre el proceso de trabajo y el movimiento del capital, o sea, nada menos que con los extremos de la principal contradicción del sistema.

Aun en aquellos casos en que nuestras posiciones eran más sólidas, se menospreciaba la ideología con la que el enemigo, recurriendo a la manipulación, la tergiversación y la mentira, hacia valer sus posiciones aunque fuesen falsas. Al respecto, algunas personas consideran que uno de los mayores éxitos de los neoliberales ha sido hacer creer a mucha gente que sus políticas, pese a limitaciones, fallas y resultados negativos, son las únicas posibles. Como dice Frei Betto en su artículo «¿Crisis de la Utopías?»:

Por más que tengamos hoy una crítica al positivismo, yo muchas veces me pregunto si la izquierda no ha sido demasiado positivista a lo largo de la historia. Por ejemplo yo he conocido muchos compañeros... profesores de marxismo leninismo... y uno de ellos me decía... poco antes de la caída del Muro de Berlín... algo muy interesante: 'Cuidamos tanto de canalizar el río y hacer puentes geoméricamente perfectos, que nos olvidamos de la presión del agua. Ahora la presión del agua es más fuerte que todo nuestro cemento y todos nuestros puentes...'

Muchas veces hemos cometido el error de apegarnos de tal manera a la racionalidad, o mejor dicho, al racionalismo, que cuando nos enfrentamos con los fracasos históricos, con los errores, con los equívocos, con las derrotas, nos quedamos en estado de perplejidad y no sabemos cómo aplicar a los hechos las teorías que traemos en la cabeza...

El problema es... cómo podemos nosotros bajar un poquito de nuestras ideas claras y distintas, cartesianamente muy bellas, y acercarnos a los excluidos, a los pobres, a los obreros, a los habitantes de las favelas, a los campesinos. ¿Qué significa construir la historia con esta gente...?

Ahora sabemos que solamente va a cambiar esta realidad ... si hacemos un rescate de la subjetividad humana en la historia... no hay ningún partido, no hay ninguna teoría marxista, no hay ninguna esperanza cristiana, no hay nada que vaya a mover la historia si nosotros no la movemos...<sup>26</sup>

Todo ello es algo que con frecuencia se ha olvidado. Creímos a veces que el curso de la historia estaba predeterminado e incluso que el progreso era inevitable, y los hechos han demostrado que no es así.

Lo cierto es que no solamente no logramos que el socialismo se abriera paso como se esperaba, sino que a menudo tampoco pudimos avanzar, a más corto plazo, bajo el capitalismo. A veces probablemente nos ganó la idea de que dentro de tal sistema poco podría hacerse, y en otras ocasiones, a la inversa, sin caer en una posición reformista, asignamos a ciertos cambios un papel más importante que el que realmente tenían, y pensamos que a partir de ellos las cosas serían diferentes y mejores. Pero si a estas horas hiciéramos un balance global tendríamos que reconocer que las fuerzas progresistas no se unificaron como era preciso hacerlo, el nivel de organización y de conciencia de los trabajadores tampoco fue el necesario para comprender lo que acontecía y hacer frente con éxito a los más serios problemas, el avance de las fuerzas revolucionarias en los países capitalistas más desarrollados no se realizó y aun hubo retrocesos, sobre todo en Estados Unidos, Inglaterra e Italia; los movimientos revolucionarios en varias naciones subdesarrolladas fueron importantes, pero no pocas veces enfrentaron una cerrada oposición capitalista e imperialista, además de «guerras sucias» que les impidieron sostenerse y triunfar, como por ejemplo ocurrió en Guatemala, Chile y Nicaragua.

---

<sup>26</sup> Frei Betto. *América Libre*. Buenos Aires, núm. 8. noviembre de 1995, pp. 37-42.

A lo anterior, sin duda muy importante, habría que añadir otros hechos que también contribuyeron a que a menudo no lográramos hacer con éxito lo que se proyectaba.

Recapitulando sobre nuestra experiencia, y tratando a la vez de no repetir lo que ya dijimos en capítulos anteriores, podría decir que con frecuencia incurrimos, o bien en el error de prestar más atención a lo que se debatía en reuniones internas que al contacto estrecho y creativo con la gente, o bien, en el otro extremo, tendimos a caer en cierto activismo y a dejar de lado cuestiones de fondo y aspectos más importantes de la acción propiamente política. A veces, probablemente, nos preocuparon más ciertas cuestiones secundarias en las que advertíamos discrepancias, que otras más importantes en las que había amplio consenso y la posibilidad de actuar conjuntamente.

Otro error en el que con frecuencia incurrimos consistió en que nos faltó flexibilidad y sensibilidad, para lograr una mayor cooperación de ciertos compañeros. Acaso no pocas veces, pensando que nosotros trabajábamos más y mejor que otras personas, tendimos erróneamente a exigir a éstas más de lo que estaba a su alcance, lo que, es comprensible, las desalentó.

Una falla de otra naturaleza que también estuvo presente en nuestra acción fue que a menudo no supimos articular lo nacional y lo internacional, lo público y lo privado, lo propiamente estructural y lo secundario, el quehacer de corto y de largo plazo, y los distintos elementos del proceso social. Y una expresión de ello es que aun comprendiendo que la democracia y la independencia son inseparables, y que sin ésta, aquélla no es posible porque no existe en realidad soberanía del pueblo ni de la nación, nos faltó profundidad para apreciar las nuevas y más graves formas que adopta la dependencia bajo la globalización capitalista, sobre todo neoliberal, y para advertir que bajo esas condiciones, la cada vez mayor desigualdad entre las naciones y dentro de cada una de ellas, vuelve más formal y menos real la democracia.

Más de una vez hablamos de la necesidad de ser capaces de trazar una estrategia revolucionaria de largo alcance, pero en realidad no logramos eslabonar lo que, conforme a tal estrategia tendría que hacerse bajo el capitalismo, con lo que correspondería a una fase de transición e incluso a una nueva organización social, propiamente socialista.

Seguramente ejercieron una influencia negativa otras fallas y errores. Por ejemplo, aun cuando lo que se intentaba hacer era ambicioso y complejo, no pocas veces la forma en que se preparaba era insuficiente e inadecuada, e incluso se recurría a la improvisación como si ésta fuera una virtud, y el resultado, a la postre, era siempre muy inferior al que se esperaba.

El bajo nivel de organización fue también una limitante; a la que se ligaba la falta de estímulos. De hecho todo el trabajo, así reclamara diariamente muchas horas, se hacía en forma gratuita, y a menudo sin siquiera el debido reconocimiento. A diferencia de lo que ocurre en los partidos,

que aun siendo pequeños participan en las elecciones y suelen obtener algunos puestos que representan ciertos ingresos, y aun aquellos que no logran la votación mínima requerida por la ley y pierden su registro, disfrutan de un subsidio que en el más modesto de los casos puede alcanzar millones de pesos, aunque también es cierto que ese dinero se paga a un alto precio de diversas maneras, y sobre todo con una mayor dependencia. Y ni qué decir acerca de quienes renuncian a posiciones independientes y se integran al aparato estatal, no para ejercer el poder sino para servir a quienes realmente lo ejercen, y que a cambio de un puesto más o menos bien remunerado dejan de luchar y aun se vuelven defensores del injusto orden social imperante.

Yo recuerdo a no pocas personas que en un momento dado participaron en la lucha, que solían comentar que en realidad nada o muy poco podía ofrecerles la clase en el poder. Lo cierto, sin embargo, es que la burguesía mexicana ha sido más hábil que en otros países para integrar en posiciones subordinadas a muchos que antes la combatían. Y con una curul en la Cámara de Diputados o de Senadores, una embajada, una gubernatura o algún puesto de funcionario en el gobierno federal o en el partido oficial, la clase en el poder ha logrado a menudo que algunos de aquellos que estaban contra ella, se disciplinen, abandonen sus posiciones críticas, y dejen de ser un problema.

Aun personas que no caen en una u otra forma de carrerismo, acaso no reparando en que la lucha revolucionaria se proyecta a largo plazo, después de unos años de participar en ella se cansan y aun piensan que no tienen perspectivas.

A propósito de fallas y errores, que de una u otra manera han estado también presentes en nuestro esfuerzo y en la práctica de la izquierda, otros que cabe mencionar y que es preciso corregir y superar consisten en que, en general, se presta todavía muy poca atención a la necesidad de capacitar y de elevar la formación política de los cuadros, y cuando algo se hace, es frecuente que la capacitación tienda a ser o bien muy pragmática, o bien libresca, teorizante, parcial y abstracta, o sea que no se relaciona estrechamente con el medio concreto en que se actúa y con los problemas cotidianos y demandas principales de la gente.

Esa falla se liga a otra. La mayor parte de los ciudadanos, hombres y mujeres, no está organizada ni sabe qué hacer. Y quienes les invitan a organizarse, no les proponen formas de organización sencillas, atractivas, unitarias y eficaces, que estén a su alcance, lo que significa que no saben vincularse a los trabajadores de la ciudad y del campo, a las mujeres, a los jóvenes, y este es un desafío que plantea problemas ante los que aún no se tienen respuestas adecuadas.

Podría extenderme y señalar otras fallas y errores, pero me limitaré a mencionar algunos más.

En realidad no logramos precisar cuáles eran las actividades y formas de organización más adecuadas para atraer y movilizar al pueblo.

Tendíamos a acercarnos a quienes respondían más fácilmente a nuestro llamado, que a menudo eran pequeños grupos relativamente radicalizados.

No prestamos la debida atención al trabajo teórico, por lo que se repetían con frecuencia ciertas posiciones y, de hecho se caía en una u otra forma de pragmatismo.

A menudo se reparaba más y aun se seguían posiciones o corrientes de izquierda de otros países, que aquellas más estrechamente ligadas y representativas de nuestra realidad. Y aun pensando que no caímos en posiciones marxologistas, del tipo de las que años después se multiplicaron en diversos medios, nos faltó relacionar más de cerca la realidad -y aprender de ella- con nuestras posiciones teóricas.

En general no fuimos capaces de proyectar el Movimiento, a partir de aquello que para la gente era lo más importante, y que estaba ligado a sus más graves problemas y principales aspiraciones.

No examinamos con suficiente claridad y precisión cómo y por qué después del sexenio cardenista, el país y en particular el gobierno se movieron hacia la derecha, sobre todo bajo Ávila Camacho, Miguel Alemán y Gustavo Díaz Ordaz, y cómo, a su vez, viejos liberales como Echeverría y López Portillo, apoyaron y fortalecieron incluso a quienes habrían de combatirlos, como ocurrió con los gobiernos de De la Madrid, Salinas y Zedillo.

Nuestra lucha por la liberación nacional no dejó suficientemente claro que la plena independencia no sería posible bajo un capitalismo como el que padecíamos, y que para avanzar sería preciso saber cómo transitar hacia una nueva y mejor forma de organización social.

Otro factor que sin duda representó un obstáculo que condicionó desfavorablemente nuestra lucha es la hostilidad que frecuentemente desenlaza en una u otra forma de represión, que se utiliza unas veces para intimidar y en ocasiones para destruir a quienes pretenden que las cosas cambien y para impedir su acción.

En todas las actividades a las que a lo largo de mi vida me vinculé, esa hostilidad estuvo presente. Cuando estudiantes, recuerdo importantes y entusiastas manifestaciones que a menudo terminaban porque la policía se hacía presente y las disolvía con manguerazos de agua y gases lacrimógenos.

Años más tarde, cuando decenas de miles de personas hacían constar su solidaridad con la Cuba Revolucionaria, la policía se encargó también varias veces de reprimir esas grandes marchas. Y lo mismo ocurrió, sobre todo unos años antes en que telegrafistas, maestros, ferrocarrileros y otros trabajadores protestaban masivamente y reclamaban mejores condiciones de trabajo; y desde luego, años después con el movimiento estudiantil, que fundamentalmente fue agredido por la brutal represión de 1968 y 1971.

Después de las fraudulentas elecciones de 1988, los dirigentes del PRI han dicho que tan sólo en los primeros años de vida del partido, desaparecieron o fueron asesinados alrededor de 300 de sus miembros, y otras organizaciones que defienden derechos humanos esenciales aseguran, a su vez, que tales derechos, individuales y colectivos, son con frecuencia violados.

Todo ello, claro, ejerce influencia y a menudo desalienta y atemoriza; y el problema va mucho más lejos. Tan sólo en los últimos decenios la represión en América Latina tuvo alcances trágicos. Y si bien Uruguay, Paraguay, Argentina, Bolivia y Chile son países geográficamente muy alejados del nuestro, la trágica represión que en ellos se vivió bajo las dictaduras militares contribuyó explicablemente a que numerosas personas no se ligaran a esfuerzos que concitaban abierta hostilidad de las clases dominantes. Bastaría recordar que tan sólo en Argentina se señala con frecuencia que unas treinta mil personas, fundamentalmente hombres y mujeres jóvenes, desaparecieron y seguramente a gran parte de ellos se les privó de la vida, tan sólo en los pocos años de dictaduras militares, y en Chile las fuerzas reaccionarias apoyadas por el imperialismo norteamericano no sólo quebrantaron el orden y derrocaron un gobierno constitucional, sino que asesinaron al presidente Salvador Allende.

Por lo que hace, concretamente, a nuestra actividad, puedo decir que a partir del Movimiento de Liberación Nacional, en numerosas ocasiones pudimos comprobar que lo que hacíamos era estrechamente vigilado y que la hostilidad y el rechazo a tales esfuerzos se manifestaba de diversas maneras y a diferentes niveles. Varias veces tuvimos conocimiento de que algunas modestas personas habían muerto de manera extraña, lo que nos causó profunda pena. A menudo se detenía y aprehendía arbitrariamente a miembros del Movimiento, y en no pocas veces al preguntar en provincia a ciertos compañeros por su trabajo, nos informaban que no era fácil avanzar porque una u otra forma de represión lo impedía. Con frecuencia supimos que a personas que trabajaban en instituciones públicas, como PEMEX, el Seguro Social y otras, se les despedía cuando se vinculaban al MLN, o se les hacía saber que tendrían que trasladarse de donde trabajaban y vivían, a otro lugar. Recuerdo que a dos compañeros ingenieros empleados en PEMEX, uno en Reynosa, Tamaulipas y el otro en Culiacán, Sinaloa, se les daban tan sólo unos cuantos días para moverse con sus familias a Villahermosa y algún otro lejano lugar, amenazados de que en caso de no hacerlo, perderían su empleo. Y a propósito de estas situaciones del todo irregulares e ilegales, en una ocasión en la que varios compañeros de la Dirección del MLN denunciarnos lo ocurrido ante el ingeniero Pascual Gutiérrez Roldán, entonces director general de PEMEX, éste respondió hipócritamente que ignoraba tales cosas y que le preocupaban, y nos ofreció intervenir, pero nada cambió, y concretamente nuestros dos compañeros perdieron su trabajo.

La vigilancia de que nuestro esfuerzo era objeto estaba siempre presente. Compañeros ejidatarios, en regiones agrícolas de varias entidades, nos daban cuenta a menudo de que si defendían sus derechos, reclamaban la intervención del gobierno o solicitaban un pequeño préstamo para hacer posible su trabajo, algún funcionario les decía: ¿pero cómo quieren ustedes que hagamos tal o cual cosa a su favor, cuando sabemos que se han incorporado al Movimiento de Liberación Nacional, que es enemigo del gobierno?

En varios viajes de trabajo a diversos lugares de la provincia advertimos que la policía nos seguía de cerca.

Aun en la ciudad de México, podría decir que en todas nuestras reuniones públicas -incluyendo conferencias y mesas redondas en el local del Movimiento, en la calle de El Salvador-, había siempre dos o tres policías a la entrada del auditorio donde se realizaba la reunión. Y como ya conocíamos a los policías, con frecuencia les decíamos que podían entrar y sentarse, para tomar nota con mayor comodidad de lo que deberían informar; y al terminar dichos actos, los policías solían molestar y aun detener arbitrariamente a varios compañeros, de preferencia jóvenes, a quienes hasta eso de la media noche dejaban en libertad.

Apenas constituido el Movimiento, la Procuraduría citó a varios compañeros. En una ocasión lo hizo al doctor Guillermo Montaña, a quien acompañé.

Se trataba del Departamento de Averiguaciones Previas, y no obstante que el doctor Montaña era un distinguido profesor universitario y un médico del nivel de Ignacio Chávez, Manuel Martínez Báez, Ismael Cosío Villegas y otros, la policía lo trató en forma irrespetuosa, majadera y casi como si fuera un delincuente. Después de que él y yo esperamos unos treinta minutos, alguien gritó: «el expediente de Guillermo Montaña», que resultó un voluminoso legajo, que quién sabe lo que contenía. En el interrogatorio quisieron saber si el doctor Montaña militaba en el MLN -lo que desde luego ya sabían-, y por qué lo hacía, y antes de terminar le recomendaron tener cuidado, pues su participación en el Movimiento podría perjudicarlo.

Por lo que a mí hace, diría que tuve suerte porque no fui víctima de una grave acción represiva, pero con frecuencia se me molestó e inclusive se me amenazó. Mencionaré sólo algunas de esas experiencias.

Desde antes de que se creara el MLN, y aun muchos años después, como ya dije en capítulos previos, en varias ocasiones al tratar de viajar a Estados Unidos o incluso al llegar a ese país, o a otros, fui sometido a largos y hostiles interrogatorios, y concretamente dos o tres veces, amenazado y advertido que incluso podía ser encarcelado porque se me hacían, por cierto sin fundamento alguno, graves cargos. Y aunque las imputaciones eran desmedidas e inventadas, no dejaban de preocupar porque la CIA u otro organismo de ese tipo podía hacer el papel de juez y parte, y lanzar irresponsablemente cargos que aun sin base ni prueba alguna, en un momento dado

bastaran para violar derechos humanos esenciales y privarlo a uno de su libertad.

Al margen de todo ello recordaré otros hechos reveladores.

A punto de crearse el MLN, en realidad dos días antes de la Asamblea Nacional Constitutiva, se me citó a un juzgado penal del D.F. En respuesta a la notificación decidí ir al juzgado, y lo que allí ocurrió no dejó de ser extraño. El secretario con quien hablé, comentó que no entendía lo ocurrido porque al parecer se me vinculaba a un fraude, pero al revisar el expediente no encontraba elementos que me incriminaran. El propio Secretario del Juzgado repitió que no entendía lo que había pasado, y que si había algo en mi contra se me volvería a citar.

Mi casa estaba casi siempre vigilada, y mis teléfonos, como los de tantos otros mexicanos, intervenidos. En alguna ocasión en que encontré al licenciado Braulio Maldonado, quien se había ligado al Movimiento de Liberación, comentó que vivía muy cerca de mi casa, -al otro lado del parque «hundido»-, que varias veces había pasado frente a ella con el deseo de charlar conmigo, pero había preferido no detenerse y buscarme porque a un lado había visto un automóvil sin placas de la policía. Y añadió: no crea usted que exagero; yo fui alto funcionario del PRI y sé cómo procede la policía. La conozco desde dentro.

Otro hecho curioso y revelador fue que, no obstante que, a diferencia de los viejos liberales, el MLN adoptó desde un principio una posición respetuosa hacia los cristianos y otros religiosos, a quienes incluso invitamos a sumarse al Movimiento, al ir varios compañeros una vez a Zamora, Michoacán y semanas después a Monterrey, en ambos casos nos sorprendió que la prensa anunciara, dando nuestros nombres, que seríamos «excomulgados» por la Iglesia. Y aunque ello nos pareció un anacronismo fuera de lugar, sentimos que el singular anuncio obedecía al propósito de presentarnos como gentes hostiles a la religión de la mayoría de los mexicanos.

Más adelante, las posibles acciones represivas adoptaron otras formas. Una tarde me buscó un abogado de la Procuraduría a quien yo conocía desde años atrás y al que no había visto por mucho tiempo. Nos recomendó tener cuidado porque había órdenes de aprehensión abiertas contra mi y otros compañeros de la Dirección del Movimiento. Por entonces, además, varias noches recibí en casa llamadas telefónicas anónimas en las que me amenazaba a mi y a miembros de mi familia, «si seguía atacando al gobierno desde el Movimiento de Liberación.»

Aun años más tarde la policía no dejó de molestarme. Cuando publicábamos la revista *Estrategia*, en 1977, llegué una tarde a casa a eso de las seis, y al parar el automóvil, dos policías abrieron la puerta del lado izquierdo y me jalaban desde afuera. Yo estaba escribiendo un ensayo y traía varios libros conmigo, y al verlos, uno de los policías exclamó: ¡Ah, literatura comunista! Apenas bajé del automóvil me pidieron abrir la puerta porque entrarían a casa. Antes quise saber de qué se trataba y pedí se identificaran,

y uno de ellos sacó una credencial, que ni siquiera pude ver, y me dijo: somos de la policía. Eran seis agentes, todos ellos armados, el que parecía ser el jefe con una pistola, y los otros cinco, con metralletas.

Al insistirles en saber a qué obedecía su presencia, uno de ellos contestó que se les había informado que en casa había una persona secuestrada por la Liga 23 de Septiembre. Les aseguré que todo ello era falso, y no dejé de preocuparme porque dicha Liga era una extraña organización, no sé si real o inventada por la policía, pero a la que un día antes había mencionado la prensa por alguna acción delictuosa en la colonia Narvarte, al sur de la ciudad, en la que había habido un muerto.

Los policías recorrieron de arriba abajo y con las armas en alto toda la casa, abrieron closets en varias habitaciones y aun los cajones de ciertos muebles; sustrajeron algunos papeles míos en los que trabajaba –entre otros una expresión de solidaridad con una huelga en la UNAM, una ponencia para un seminario y varias notas de un libro que estaba escribiendo–, y después de una hora, antes de salir me dijeron que el cargo que se me hacía –que a la postre no supe en qué consistía– era grave. Ya en la calle se quedaron cerca de dos horas más en la esquina más cercana, acaso para intimidar o por si alguien me buscaba.

Stella, mi esposa, me dijo en un momento dado que los policías habían llegado a casa antes que yo, que le habían pedido abrir la puerta, y al no hacerlo le repetían que la echarían abajo. Ella trató de llamarme para decirme que no fuera a casa, pero yo iba ya en camino, por lo que no me alcanzó y no pudo hablar conmigo.

Con motivo del allanamiento, cerca de 200 intelectuales y artistas protestaron públicamente, y, por recomendación de un viejo amigo, días después hablé con un abogado penalista que incluso había sido alto funcionario en la Procuraduría, y lo que él comentó fue que un atropello de ese tipo no procedía, a su juicio, del jefe de la policía. Según su experiencia debía venir de algún funcionario del gobierno de mucho más alto nivel; por lo que me recomendó que, sin dejar de hacer lo que legítimamente hacía, procediera con cautela.

Todo lo anterior, quisiera subrayar, lo recojo aquí porque creo que son hechos y experiencias cuyo conocimiento puede ser útil para quienes hoy, en condiciones seguramente distintas a aquellas en las que otras personas y yo participamos en varios esfuerzos, tengan interés en contribuir a que las cosas cambien en beneficio de la mayoría de los mexicanos. En otras palabras, si bien conocer y rescatar algo del pasado puede ser importante y aun necesario para situar ciertos procesos en perspectiva histórica y entenderlos mejor, lo que fundamentalmente he querido hacer no es tanto revivir algunas experiencias personales, acaso menores y aun ya invigentes, sino utilizarlas, incluidos desde luego amenazas, tropiezos y derrotas, como elementos que, vistos críticamente contribuyan al trazo de una estrategia que permita a nuestros pueblos conquistar su verdadera

liberación. Por ello éste será el tema de mis últimas reflexiones. Es decir, pese a que soy viejo y mi vida va quedando en gran medida atrás, lo que todavía más me interesa es saber cómo librar las luchas por delante con éxito, pues aun sabiendo que lo más probable es que no me toque ya participar en ellas, lo que importa es que muchos otros las vivirán y demostrarán que una sociedad menos injusta y mucho mejor que la actual es posible si se lucha hasta la victoria por ella.

Desde luego no intentaré ofrecer aquí un bosquejo de lo que esa estrategia podría ser, pues ello sólo el pueblo, en la lucha misma y en tanto sea capaz de prepararse, elevar su conciencia, organizarse y unirse, podrá hacerlo. Lo que señalaré serán solamente algunos de los elementos que es preciso tener presentes al tratar de avanzar en esa dirección.

- Una estrategia es una línea de acción de gran alcance y de largo plazo, o sea no es una política que sólo se ocupe de asuntos menores ni de algo coyuntural. Por tal razón, al proyectar lo que se intente hacer, es necesario pensar en lo que puede hacerse bajo determinadas condiciones dentro de la actual organización social, y también más allá de ella.

Con frecuencia se cree que bajo el capitalismo nada puede hacerse para cambiar las cosas. Pensar así, en mi opinión es un error, como lo es creer que bajo este sistema pueden resolverse aun los más graves problemas. Lo cierto es que habiendo serias limitaciones e incluso obstáculos insuperables, todo lo que pueda contribuir a avanzar, habrá que hacerlo.

- Una primera cuestión fundamental cuando se quiere llevar adelante con éxito cambios de fondo, es que entendamos que nosotros mismos debemos cambiar. Esto parece sencillo pero es bien complejo, y generalmente se deja de lado o se da por supuesto. Si nosotros no cambiamos, en vez de protagonistas o agentes del cambio, a menudo seremos un obstáculo más a rebasar. Y cuando se reconoce que tenemos que cambiar, debiera entenderse que no se trata tan sólo de modificar un aspecto concreto determinado de nuestra manera de pensar o de actuar, sino de reapreciar autocríticamente en conjunto y a fondo todo lo que somos y hacemos, y en particular lo que no hacemos bien, y sabiendo por qué es ello así, actuemos sobre las causas y seamos capaces de reorientar nuestros esfuerzos y desplegarlos de mejor manera, en formas y con métodos adecuados que permitan atraer, movilizar e integrar especialmente a aquellas fuerzas cuya incorporación en la lucha social es necesaria para asegurar la victoria.

- Hoy, oponerse al neoliberalismo es importante, pero no basta. Es preciso ir más lejos y dejar claro lo que se propone como alternativa. Esto es necesario ya que los viejos liberales, inconformes con las políticas neoliberales, creen a menudo que los actuales problemas se resolverán si tan sólo se vuelve atrás, a las viejas políticas desarrollistas y populistas que ya fracasaron. Y eso, obviamente, no es ofrecer una alternativa.

A propósito del neoliberalismo no debiéramos incurrir en un error semejante a aquel en que caen quienes lo defienden. Estos, con frecuencia repiten que las políticas neoliberales traerán crecimiento económico, bienestar, armonía y progreso. Lo cierto es que a menudo más bien representan lo contrario; pero aun así, sería incorrecto atribuir todo lo que anda mal a esas políticas, pues hay hechos más profundos y contradicciones importantes que explican lo que acontece. Por otra parte, debiéramos también tratar de entender a qué obedece que, no obstante no resolver los problemas a los que supuestamente se enfrentan, muchos parecen convencidos de que la apertura comercial y financiera, la desregulación y la privatización propias del neoliberalismo, entrañan avances que es preciso realizar y defender. Acaso la principal falla del neoliberalismo consista en pretender que un mercado «libre», o sea, que se desenvuelva espontáneamente, en particular sin interferencias del Estado, facilita y aun hace posible el desarrollo, y que la historia confirma todo ello, cuando lo que la historia demuestra es más bien que no sólo países como Estados Unidos, Alemania, Japón y los llamados «tigres asiáticos», sino incluso Inglaterra, Suecia y otros de aquellos menos intervencionistas, se desarrollaron gracias en buena parte a la acción del Estado.

Los neoliberales repiten que el «libre comercio» es la clave del progreso económico. Lo que no reconocen ni están dispuestos a modificar es que los países más desarrollados siguen siendo proteccionistas y no hacen en la práctica lo que recomiendan y aun obligan a hacer a las naciones subdesarrolladas, y tampoco reconocen que, en realidad, más que liberalizar el comercio, lo que les importa es asegurar a los grandes capitales la mayor libertad para que se muevan dentro de cada país y de unos a otros, como más les convenga, para elevar su tasa de ganancia.

El neoliberalismo es verbalmente antiestatista; pero en realidad las políticas neoliberales obedecen en buena parte a la acción del Estado, el que bajo tales políticas sigue interviniendo, aunque en formas diferentes de las tradicionales, bajo la presión de fuerzas muy conservadoras.

- Otro hecho que es necesario tener presente al proyectar una nueva estrategia de desarrollo es que la globalización no es algo fatal e inevitable, sino una tendencia que caracteriza al capitalismo y en particular al imperialismo en los últimos decenios. Quienes sólo la ven como expresión de las políticas neoliberales no entenderán por qué autores como Marx, Engels, y tiempo después, Lenin, Bujarin y otros, advertían hace ya muchos años que el capitalismo se proyecta y tiende a desarrollarse globalmente. En mi opinión tampoco entenderán lo que acontece quienes piensan que la globalización es sólo una palabra sin contenido, o sea «globaloney», y que lo único que importa es el imperialismo, pues si bien éste es fundamental, la tendencia de globalización precede al imperialismo, y la mundialización del capital y aun el capitalismo da cuenta de contradicciones que rebasan al impe-

rialismo y los cambios que éste sufre en años recientes. El hecho de que la globalización no sea algo inexorable permite pensar en que si bien el capital y los capitalistas son quienes más influyen sobre ella, hoy es menos difícil que antes que los trabajadores y en general los sectores sociales a quienes más afecta la globalización, se opongan a ella y sus efectos más negativos, internacionalicen sus luchas y traten de sumar fuerzas y abrir nuevos caminos que realmente les permitan avanzar y mejorar sus condiciones de trabajo y de vida.

- La pérdida de importancia de grandes áreas precapitalistas, el colapso y la desaparición de la Unión Soviética y los demás países socialistas europeos y la globalización, sobre todo en los países capitalistas más desarrollados y poderosos, han contribuido a intensificar el proceso de mundialización del capital, entendido éste no sólo como expresión de la cada vez mayor importancia de las empresas e inversiones transnacionales, sino como signo de que el ámbito de las relaciones de producción capitalistas es cada vez mayor.

- El Estado-nación no es ajeno a la globalización ni a las políticas neoliberales ni está desde luego, como algunos creen, a punto de desaparecer. En ciertos casos incluso se ha fortalecido, y aun cuando su soberanía ha sido en otras ocasiones a menudo lesionada, la acción del Estado sigue siendo importante, aunque sobre todo cuando dominan las fuerzas más conservadoras, lo que más les importa es preservar el injusto y desigual orden de cosas prevaleciente.

- Una nueva estrategia tendrá actualmente que ser antiimperialista y anticapitalista, y al mismo tiempo ser capaz de atraer e incorporar a la lucha tanto a organizaciones y personas progresistas, con reservas hacia el socialismo, como a socialistas convencidos de que sólo un nuevo tipo de socialismo más democrático, atractivo, estimulante y justo que el que hasta ahora conocimos, podrá resolver los graves problemas que aquejan a la humanidad. Y para ser eficaz, esa estrategia deberá reparar en los cambios de diversa magnitud que el capitalismo y el imperialismo han sufrido, y en vez de tratar de imponer ciertas formas de lucha, digamos tradicionales, admitir que muchas de las nuevas formas de organización y de acción de los pueblos son importantes, y que, lejos de rechazarlas o menospreciarlas, entrañan aportes que pueden contribuir a fortalecer a quienes intentan realizar cambios de fondo como condición del desarrollo y el progreso.

Por lo anterior, dos cuestiones que conviene subrayar son que si no advertimos y evaluamos correctamente cambios que el capitalismo y el imperialismo han sufrido, corremos el riesgo de que al enfrentarnos a ellos escapen a nuestra atención aspectos importantes. Por ejemplo hoy es indudable que la forma en que se desenvuelve el proceso de acumulación de capital no es la misma de otros tiempos, y la inversión financiera, a menudo

improductiva y especulativa es una nueva forma de valorización en la que la cantidad de capital-dinero se multiplica, de hecho sin necesidad de producir más, que da cuenta tanto de rupturas en el ciclo del capital como de la mundialización de éste último. Por otra parte, lejos de descalificar y aun rechazar ciertas nuevas formas de organización y de lucha, debemos admitir que las más diversas de ellas son dignas de explorarse y utilizarse, y que los partidos políticos tienen que reconocer que actualmente no son ellos sino nuevos movimientos sociales y populares, los que más influyen en el proceso de transformación de la sociedad.

- Sorprende hoy la revolución que se ha producido en los medios de comunicación, gracias a la cual el intercambio internacional de bienes y servicios se ha incrementado e internacionalizado como nunca antes y las nociones de espacio y tiempo han cambiado profundamente. El acervo de información se ha ampliado y enriquecido con una celeridad sin precedentes y no obstante todo ello la comunicación de las ideas sigue siendo difícil, debido a que el control que poderosos capitalistas ejercen de los medios de difusión facilita la desinformación y la manipulación, y a menudo oculta y deforma lo que acontece y refuerza la ideología dominante y las posiciones de quienes se oponen a cualquier cambio social progresista.

- Con frecuencia señalan ciertos autores que, dada la forma en que las nuevas tecnologías desplazan y aun reemplazan trabajadores, éstos son cada vez menos, y anticipan incluso una situación futura en la que no habrá trabajo. Lo cierto es que si bien el número de obreros tradicionales que producen bienes materiales tiende a reducirse, el de quienes con su esfuerzo personal como asalariados o trabajadores por su cuenta participan en la economía formal e informal es cada vez mayor.

Lo que sucede es que la composición de la fuerza de trabajo y el proceso productivo han cambiado grandemente, que la economía informal ha cobrado creciente importancia, que cada día hay más personas, hombres y mujeres, que trabajan por su cuenta; que los trabajadores en el comercio y los servicios son cada vez más y que los trabajadores migratorios aumentan también como nunca antes, todo lo cual contribuye a que cambie el mundo del trabajo y, por tanto, la contradicción capital-trabajo.

- En otros tiempos, y concretamente en la fase de ascenso del capitalismo, la burguesía contribuyó a realizar reformas que consolidaron e hicieron avanzar el capitalismo. Actualmente, en cambio, las fuerzas más conservadoras, que han cobrado creciente importancia bajo las políticas neoliberales, se oponen a cualquier cambio progresista e incluso a reformas que en otros tiempos fueron vistas con interés y aun simpatía por la clase en el poder. En realidad ésta sólo admite hoy las reformas llamadas «estructurales» que recomiendan el FMI, el BM, la OMC y otras instituciones internacionales, que en verdad son meros ajustes superficiales y aun contrarre-

formas que fundamentalmente benefician a los grandes capitalistas y tienen a preservar el injusto orden de cosas existente.

Los trabajadores mismos encuentran a menudo muy difícil luchar por cambios que en otros tiempos contribuyeron a realizar. Lo que quiere decir que en las condiciones actuales tendrán que organizarse de nuevas y mejores maneras.

Ante la transformación que ha sufrido el proceso de trabajo, hoy es evidente que entre otras cosas se requiere un nuevo sindicalismo. La vieja forma de organización de los sindicatos de trabajadores ha quedado atrás y actualmente es ya inadecuada, y probablemente ello vale también respecto a los partidos políticos.

- Para avanzar en el proceso de transformación social es preciso que la lucha de los pueblos sea, cada vez más, una lucha política. Al mismo tiempo, sin embargo, mucha gente se resiste a participar en la política porque desconfía de ella, porque la supone ligada al clientelismo, al oportunismo, la deshonestidad y la corrupción. Ante ello es necesario no sólo postular sino demostrar en la práctica que debe en realidad sustentarse en la ética y ser una forma de acción especialmente digna. Y también es necesario entender que las nuevas luchas políticas surgirán de múltiples e importantes movimientos sociales hoy en proceso de desarrollo, y no de lo que decidan, de arriba abajo, ciertos partidos.

Algunas organizaciones de izquierda acostumbraron, en otros tiempos, actuar a partir de acuerdos precisos que en cierto modo no permitían la discrepancia. En las condiciones actuales ello será cada vez más difícil y aun imposible, porque las nuevas constelaciones de fuerzas necesarias para avanzar en un mundo cada vez más internacionalizado y complejo son heterogéneas, y a menudo tendrá que actuarse a partir de ciertos consensos, más que de acuerdos formales. O en otras palabras, en los nuevos esfuerzos será tan importante como siempre lograr la unidad, pero acaso más difícil, pues tendremos que aprender a unirnos en la diversidad, a respetar a todos y en particular a quienes discrepen en ciertas cuestiones y a reconocer las diferentes identidades y el derecho a mantenerlas.

- Un aspecto sin duda importante de las luchas de nuestros días es la democracia y cómo avanzar en el proceso de democratizar el funcionamiento todo de la sociedad. Si se habla de democracia es preciso tener claro que no se avanzará si en vez de profundizar, renovar y enriquecer el concepto de democracia, se piensa que ésta se limita a lo electoral y a las formas tradicionales de una democracia supuestamente representativa, pero no realmente participativa, en la que la gente influya directamente en la toma de decisiones.

E inclusive, menos puede aceptarse que la democracia deba sujetarse al «Consenso de Washington» y al *american way of life*, y que lo que se aparte

de tales estrechas concepciones, así lo decidan los pueblos en ejercicio de su soberanía, sea antidemocrático.

- La lucha por la liberación de América Latina y el Caribe seguirá siendo nacional, o sea, se desenvolverá en el marco de cada país. Y al mismo tiempo será latinoamericana e internacional, es decir, se realizará dentro de las fronteras nacionales y más allá de ellas. Precisamente por ello y porque esa lucha no tendrá éxito si se realiza en forma dispersa, aislada y débil por cada país, el contacto con otros pueblos, la comunicación, la cooperación, la solidaridad y el apoyo mutuo se vuelven fundamentales.

Por ello es muy importante que cada una de dichas actividades se realice de mejores maneras que antes. Y lo que puede contribuir a que ello se logre es que la integración regional latinoamericana y caribeña se fortalezca y lleve adelante también de nuevas y más eficaces maneras. Para ello es preciso que la integración no se limite a suscribir acuerdos de «libre comercio», o siquiera a ciertas actividades económicas. La integración, a la vez, tiene que ser política y cultural, y desenvolverse en nuevas formas que rebasen lo que hasta ahora se ha hecho, que articulen integración regional y desarrollo, y contribuyan a hacer de nuestros países una verdadera comunidad latinoamericana y caribeña de naciones libres e independientes, que haga posible su liberación.

- El proyecto latinoamericano de transformación social debe partir de la reapreciación crítica rigurosa de nuestras realidades, y no de posiciones ajenas y lejanas; y los planteos teóricos en que se apoye la lucha tendrán que reformarse, actualizarse y enriquecerse.

- La recapitulación autocrítica y el reconocimiento de las más graves fallas y errores en que la izquierda latinoamericana ha incurrido, deberán ayudarnos al menos para que no cometamos dos o más veces el mismo error.

- Con frecuencia dependemos, al formular líneas de acción política, de lo que ciertos intelectuales, partidos o corrientes ideológicas sugieren hacer. Sin perjuicio de nuevos y precisos planteos de ese tipo que merezcan atención, lo que es fundamental es conocer lo que los pueblos mismos hacen. Hoy, por ejemplo, en Nuestra América, entender por qué y cómo Cuba ha podido enfrentarse con éxito al imperialismo, aun después de desaparecer la Unión Soviética y los demás países socialistas europeos, así como lo hecho por el Frente Amplio, en Montevideo, el alcance de la revolución Bolivariana en Venezuela, el triunfo de Lula da Silva en Brasil, las luchas de los pueblos indios en varios países, y otras experiencias, incluyendo la reapreciación de esfuerzos que no triunfaron, es sin duda muy importante para que, en adelante, podamos avanzar.

Inicialmente pensé que con las líneas precedentes terminaría el presente texto; pero al hacer la última lectura sentí que algo faltaba, y pronto me di

cuenta de que no había una referencia a quienes en su mayor parte traté de cerca, y que fallecieron en los años a que este libro se refiere. Desde luego no todos ellos participaron de la misma manera. Algunos lucharon tan intensamente que podríamos decir que en ese esfuerzo entregaron su vida. Otros, en cambio, se vincularon a la lucha política en cortos lapsos de tiempo y su presencia fue modesta. A todos, sin embargo, los recordamos con respeto y simpatía, y a no pocos de ellos incluso con admiración y afecto. Y aunque no pretendo partir de un inventario riguroso, mencionaré a algunas de dichas personas, seguro de que al proceder de ese modo, haré también un reconocimiento a su valiosa contribución.

Empezaré recordando a algunos de los mexicanos a quienes perdimos.

La lista incluiría a Narciso Bassols y a su esposa Clementina Batalla de Bassols, a los generales Lázaro Cárdenas y Heriberto Jara, a queridos compañeros como Enrique Cabrera, Fernando Carmona, Jorge y Luis Carrión, Bernardo Castro Villagrana, Guillermo Montaña, Horacio Zalce; a Víctor Manuel Villaseñor, Ricardo J. Zevada, Jesús Silva Herzog, Manuel Mesa Andraca, Luis Padilla Nervo y Andrés Iduarte; a Gilberto Bosques e Ignacio García Téllez; a Juan F. Noyola, Matilde Rodríguez Cabo, Jorge L. Tamayo, Francisco Martínez de la Vega, Víctor Bernal, Valentín Campa, Emilio Krieger, Rodolfo González Guevara, Carlos Zapata Vela, Antonio Canchola, Guillermo Bonfil, Ermilo Abreu Gómez, José Alvarado, Eli de Gortari, Sergio de la Peña, Adelina Zendejas, Jacinto López, Abelardo Villegas, Horacio Labastida, Enrique Brito y Leopoldo Zea, así como a los pintores Ignacio Aguirre, David Alfaro Siqueiros, Alberto Beltrán, Pablo O'Higgins, Diego Rivera y Alfredo Zalce.

Entre los amigos cubanos a quienes también perdimos mencionaré al excanciller Raúl Roa y su esposa la cardióloga Ada Kouri, al comandante Ernesto Che Guevara, a Carlos Rafael Rodríguez, a Osvaldo Dorticós, Juan Marinello, Oscar Pino Santos, Manuel Piñeiro, Mariano Rodríguez, Antonio Núñez Jiménez, Mirta Aguirre, Haydeé Santamaría, Blas Roca y Nicolás Guillén.

Entre quienes fueron embajadores de Cuba en México, no podrían faltar Joaquín Hernández Armas y José Antonio Portuondo, con quienes hice una estrecha amistad.

Entre amigos y compañeros de Estados Unidos, que ya no están con nosotros, cabría recordar a Leo Huberman, Paul M. Sweezy, Paul Baran, Harry Magdoff y Harry Braverman, todos ellos del grupo de Monthly Review Press, así como a Charles Small, a Drucker y el escritor Albert Maltz, que vinieron a México perseguidos por el «macartismo»; al científico Linus Pauling, a quien conocí en la lucha por la paz, y Víctor Perlo y Abe Magil, ambos ligados al Partido Comunista norteamericano, quienes también han fallecido, y a Wright Mills.

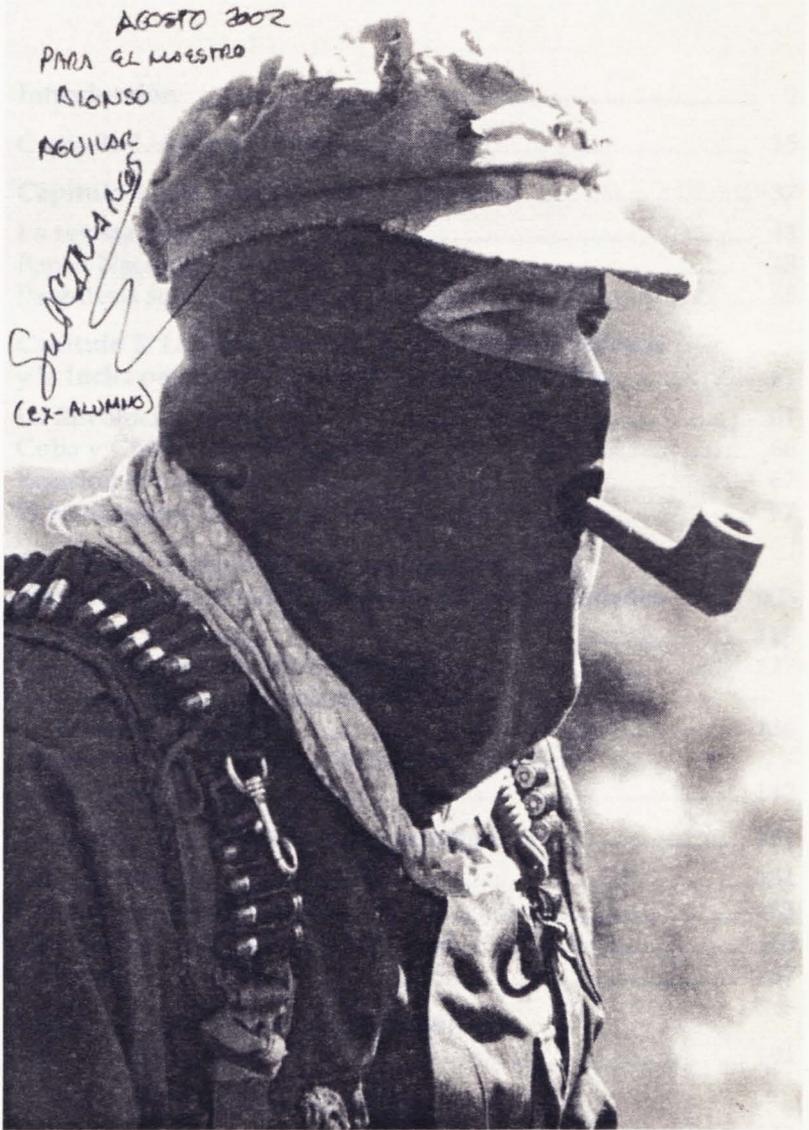
En cuanto a amigos de otros países que también se han ido, incluiría al menos a Sergio Bagú, Arnaldo Orfila, Gregorio Selser, Ezequiel Martínez

Estrada, Raúl Prebisch, Adolfo Dorfman, Héctor P. Agosti y Marcos Kaplan, de Argentina; a René Zavaleta, de Bolivia; a Josué de Castro, Darcy Riveiro, Celso Furtado, Octavio Ianni y Carlos Marighela de Brasil; al colombiano Antonio García; al doctor Salvador Allende, Pedro Vúskovic, Clodomiro Almeyda, Salomón Corbalán, Pablo Neruda y Hernán Ramírez de Chile; a Manuel Agustín Aguirre, Agustín Cueva y José Moncada de Ecuador; a Luis Cardoza y Aragón, Guillermo Toriello y Augusto Monterroso, de Guatemala; Jorge Schafick Handal, de El Salvador, a Cheddi Jagan de la Guayana Británica; a Gérard Pierre Charles, de Haití; a Juan Bosch, de la República Dominicana; a Manuel Maldonado Denis, de Puerto Rico, a Carlos Quijano, de Uruguay, y a Salvador de la Plaza, Rómulo Gallegos, Ludovico Silva y Miguel Otero Silva, de Venezuela.

Por lo que hace a personas a quienes conocí en países europeos, cabría mencionar a John. D. Bernal, Ivor Montegu, Joan Robinson y Ralph Milliband, de Inglaterra; a Lelio Basso, de Italia; a Charles Bettelheim y Laurette Séjourné, de Francia; al doctor Oscar Lange, de Polonia, y a Víctor Volsky, de Rusia. Y de China, al menos debiera mencionar al destacado dirigente político Chou En Lai, con quien varias veces estuvimos en contacto.

Dije ya que la participación de esas personas en la lucha social y política, así como sus posiciones, fueron diferentes; no obstante todos, en general, merecen nuestro reconocimiento. Por eso he querido cerrar este libro recordándoles.

Pero a esa breve lista debiera agregar los nombres de quienes, en los últimos años, prestaron su valiosa cooperación en varios esfuerzos políticos. Todos ellos, por fortuna, sobreviven. Y de lo que no tengo duda es que su participación, concretamente en el esfuerzo por la integración, la unidad y la independencia de Nuestra América, fue importante. Entre tales personas podría mencionar a Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano, a Elena Urrutía, Laura Bolaños, Fernando Paz Sánchez, Arturo García Bustos, Mauro Jiménez Lazcano, Graciela Arroyo, Carmen Galindo, Magdalena Galindo, Josefina Morales, Jesús González Schmal, Amalia Solórzano de Cárdenas, Laura Becerra, Gastón Martínez, Cecilia Madero, Enrique Andrade, Sol Arguedas, Jorge Fons, Rodolfo Stavenhagen, Agustín González, Isaac Palacios Solano, Bernardo Bátiz, Jesús Hernández Garibay, Héctor Roldán, Patricia Galeana, Ana Francisca Palomera, Ana I, Mariño, Ana María Cetto, Irma Portos, Luis González Souza, Luis de la Peña, Carlos Véjar Pérez Rubio, Miguel Concha, Manuel Peimbert y Clara Jusidman.



Subcomandante Insurgente Marcos.

# Índice

<b>Introducción</b> .....	9
<b>Capítulo 1. Años de estudiante</b> .....	15
<b>Capítulo 2. Los años cuarenta y cincuenta</b> .....	37
La revista <i>Índice</i> .....	43
Banco Nacional de Comercio Exterior .....	48
Paréntesis sobre el trabajo profesional .....	55
<b>Capítulo 3. La Revolución Cubana, Lázaro Cárdenas y la lucha por la Liberación Nacional y por la Paz</b> .....	61
La Revolución Cubana .....	61
Cuba y China: dos revoluciones .....	66
Relación con el general Lázaro Cárdenas .....	67
El Movimiento de Liberación Nacional .....	77
<b>Capítulo 4. Labor editorial, revista <i>Estrategia</i>, Movimiento del Pueblo Mexicano y otras actividades</b> .....	105
La revista <i>Estrategia</i> .....	113
Movimiento del Pueblo Mexicano (MPM) .....	127
Apoyo ciudadano a la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas .....	136
Asociación por la Unidad de Nuestra América (AUNA México) .....	142
<b>Capítulo 5. Fuentes de valiosas enseñanzas</b> .....	151
Narciso Bassols y otras personas .....	154
General Lázaro Cárdenas .....	163
Movimiento de Liberación Nacional .....	166
La Revolución Cubana .....	167
<b>Capítulo 6. Los viajes y el conocimiento de la realidad</b> .....	191
<b>Capítulo 7. Evaluación de conjunto del trabajo realizado</b> .....	223

*Por un México libre y menos injusto*, se terminó  
de imprimir durante el mes de abril de 2007  
en Publidisa, Calzada Chabacano N° 69,  
C.P. 06950, México D. F. La edición,  
en papel de 90 gramos, consta  
de 500 ejemplares.

